

P. C. Doherty

EL ARQUERO DIABÓLICO



Detectives medievales



Lectulandia

Apenas nadie lloró la muerte de lord Henry Fitzalan, brutalmente asesinado durante una bulliciosa fiesta. Célebre por sus libertinas costumbres, sus escapadas a medianoche en compañía de brujas y su ilimitado egoísmo, tenía muy, muy pocos amigos. Así la investigación que debe llevar a cabo Hugo Corbett consiste no tanto en hallar un sospechoso, sino en escoger entre ellos al auténtico culpable.

Encontrar a un asesino siempre es una empresa arriesgada, sobre todo cuando los sospechosos son multitud y la verdad es más terrible de lo que nadie podría imaginar. Un caso idóneo para Corbett.

Lectulandia

Paul C. Doherty

El arquero diabólico

Hugo Corbett - 11

ePub r1.0

Titivillus 26.09.17

Título original: *The Demond Archen*

Paul C. Doherty, 1996

Traducción: Petunia Díaz

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

*En memoria de Patrick Leonard
de Woodford Green, de su esposa
Patricia y de sus valientes hijos
Steven, Michelle, Joanne y Nicola.*

Prólogo

El bosque de Ashdown era, o al menos eso es lo que dicen, tan viejo como la propia isla. Los cronistas, que se vanaglorian de este tipo de conocimiento, aseguran que hubo un tiempo en el que allí vivían dragones y que sus oscuros robleales eran el hogar de los gigantes Gog y Magog, ogros que celebraban sus sangrientos festines comiéndose la carne de sus víctimas y, posteriormente, afilaban sus huesos. Se cree que todo tipo de criaturas se ocultaban en aquellas profundidades pantanosas y laberínticas. Las leyendas hablan del hombre glasto, un temible gigante peludo, con un solo ojo rojo y unos dientes como garfios, que por las noches merodeaba entre los árboles en busca de presas.

El forajido, el proscrito conocido como el «hombre búho» hizo caso omiso de tales habladurías. Era cierto que el bosque de Ashdown podía ser un lugar solitario y tenebroso, pero rebosaba de vida: los tejones cavaban su hogar bajo tierra; los zorros tenían allí sus guaridas; los halcones y cernícalos construían su nido, con los cuervos y los grajos, en las ramas de los árboles; los conejos y las liebres corrían dando saltos a través de los claros cubiertos de musgo; los ciervos, fueran gamos o corzos, atravesaban volando, como fantasmas dorados, el oscuro y verde follaje. Pero lo más importante es que era propiedad de lord Henry Fitzalan, objeto del odio y miedo del hombre búho. El proscrito se puso aquel apodo no tanto por su modo de vestir (unas botas de cuero verde oscuro y una capucha de piel curtida desgastada), sino por su sigilo a la hora de deslizarse entre los árboles, dejar su marca y fastidiar a lord Henry cada vez que lo deseaba.

El día de la festividad de San Mateo de 1303, el hombre búho había salido de su guarida al amanecer para poner en práctica alguna de sus diabluras contra su enemigo. Llegado al lindero de un claro, contempló la iglesia inhóspita de San Oswaldo en los árboles. El hermano Cosmas estaba sentado fuera, en un banco, con una jarra en la mano. No se atrevió a acercarse a aquel fiero franciscano, un hombre que no concedía el perdón ni a sí mismo ni a sus feligreses. Un sacerdote que podía conjurar visiones del mismísimo infierno y recitar, sin titubear, el apartado del Libro de las Revelaciones sobre los tres espíritus impuros que nacían de la boca del Gran Dragón.

Detrás de la iglesia entrevió el osario. Observó cómo salía el humo. Entonces era cierto lo que decía la gente del bosque, los feligreses del hermano Cosmas, sobre que había decidido limpiar el cementerio, cavar y desenterrar antiguos restos y llevarlos al osario, mientras extraía otros para ser consumidos por el fuego. La iglesia, a pesar de su apariencia inhóspita, era un lugar muy concurrido al que acudían taladores, carboneros, guardabosques, cazadores furtivos, capitanes e, incluso, proscritos que habitaban en las profundidades de los bosques.

El hombre búho estudió la puerta frontal de la iglesia; en la parte superior había un relieve sobre el juicio final en el que aparecía la muerte sorprendiendo a un rey, a

su reina, a nobles y a obispos. Debajo, una frase que el hombre búho conocía muy bien:

Como sois, así fuimos una vez,
como somos, así seréis

Se sonrió. «Una buena advertencia», pensó. Era una pena que lord Henry Fitzalan no la tuviera en cuenta. Fitzalan, señor del feudo, con mano de hierro hacía cumplir a rajatabla las leyes forestales y exigía el pago de sus impuestos todo el año. Lord Henry no perdonaba el menor delito, aunque se tratara del robo de un penique. El gran señor nunca se acercaba por aquel lugar. Al igual que todos los que poseían tierras, tenía su capilla privada o, cuando la situación lo requería, visitaba a aquellas damas de alta cuna, siempre en presencia de su priora *lady* Magdalena, que erguía su cabeza como si fuera tan sagrada y antigua como la reliquia de santa Hawisia, de la que tan orgullosa se sentían ella y su priorato.

El hombre búho hizo un alto para comprobar las flechas de su aljaba. Sin que el fraile pudiera verle, este misterioso proscrito de Ashdown se arrodilló y se santiguó recitando rápidamente su oración preferida:

Cristo a mi lado.
Cristo detrás de mí.
Cristo a mi derecha.
Cristo a mi izquierda.

A continuación, dedicó una breve invocación a san Cristóbal. El hombre se abrió el justillo y sacó una medalla de plata fundida que llevaba colgada de un trozo de guita. Contempló el santo con el Niño Jesús sobre sus hombros. Decían que si uno miraba a san Cristóbal, justo después del amanecer, aquel día no sufriría una muerte violenta. El hombre búho necesitaría toda la ayuda y protección de aquel santo. Lord Henry, o al menos eso decían las habladurías, había organizado una gran cacería cerca de Savernake Dell. Había cercado el terreno para sus huéspedes franceses, señores y escribanos del otro lado de los estrechos, y al que sus guardabosques habían conducido, previamente, al venado para darle caza. Estaba decidido a no perderse. Quería causar tal lío y confusión que lord Henry y sus invitados jamás olvidarían la cacería de aquel día.

El hombre búho cogió el arco asiéndolo por la cuerda y se apresuró. Tenía que acercarse al alojamiento de caza de Beauclerc para observar la salida de lord Henry y sus invitados. El proscrito se movió cautelosamente, sus ojos estudiaban constantemente los árboles y el terreno que tenía al frente. Sabía que estaba jugando a un juego mortal. A los guardabosques y vigilantes de lord Henry, una buena colección de astutos bellacos, les encantaría atraparle, tenderle una emboscada y entregarlo a su señor como si de una pieza se tratara. O todavía peor, si le cogían y ejercían la ley

forestal, lanzarían una cuerda por encima de una rama, le echarían el lazo al cuello y luego, aquellos bastardos, se hincarían de rodillas para observar como moría por asfixia. Sin embargo, el hombre búho era muy listo. Más cambiante y rápido que un zorro, conocía todas sus tretas y trampas. Nunca descubrirían quién era realmente.

El forajido se detuvo al inicio de un claro y escudriñó cuidadosamente el terreno que, a pesar de haber llovido la tarde anterior, estaba seco gracias al fuerte sol de otoño. Con la mirada, buscó cualquier señal de anomalía, algún hoyo cavado en el suelo o una cuerda sobresaliendo de alguna de esas enormes trampas de acero, con unos dientes como navajas, escondida cuidadosamente bajo un lecho de hojas rojizas.

Cuando estaba a punto de cruzar el claro oyó un ruido procedente de su izquierda. Sin perder tiempo sacó una flecha de su aljaba y la colocó en el arco, pero luego se detuvo. Un zorro, triunfante tras su cacería matutina, salió de entre los árboles, orgulloso como el vencedor de un torneo, con un conejo muerto colgando de sus fauces. El animal, arrogante como un príncipe, corrió a través del claro y desapareció a lo lejos entre los arbustos. El hombre búho suspiró aliviado, si el zorro no había percibido peligro, ¿por qué tendría que hacerlo él?

Se deslizó a través del claro silencioso como una sombra y, por fin, llegó a una hilera de árboles donde el terreno se inclinaba, perdiéndose hacia un sendero del bosque. El hombre búho hizo un alto. Aquel era un lugar bastante concurrido por viandantes, viajeros y peregrinos que se dirigían hacia el priorato de santa Hawisia. Los mercaderes que pasaban la noche en la taberna de El Demonio en los Bosques (un hostel de grandes dimensiones, dos o tres millas más abajo del camino), también solían pasar por allí. El hombre búho aguzó el oído. Ni un ruido, nada a la vista. La niebla de la mañana empezaba, ahora, a levantarse. Escuchó el trino de los pájaros en los árboles del otro lado, todo parecía estar en orden, ni un gorjeo de alarma de esos heraldos de los bosques que siempre se quejaban furiosos ante la presencia de un intruso en sus dominios privados. El proscrito consideraba aquellos pájaros como sus exploradores. Después de todo, le habían educado muy bien. Había crecido en los bosques y conocía cada canto de los pájaros, cada sonido. Podía distinguir lo que era normal y lo que anunciaba el peligro, lo que era viejo y lo que era nuevo. Satisfecho, sigiloso como el zorro que acababa de cruzarse ante él, se dirigió hacia el sendero. Los pájaros, desde las ramas, empezaron a protestar, pero aquello era normal. Una vez pasó de largo retomaron sus cantos de la mañana, sus habituales maitines. Volvió a detenerse. Le gustaba aquel pensamiento. Las criaturas de Dios cantan el divino oficio como las altivas monjas en su priorato decorado con todo lujo de detalles. Tal vez, algún día, les haría una visita y pondría en práctica alguna de sus tretas para fastidiar a la hermanastra de lord Henry.

El hombre búho se apresuró. Nunca supo realmente lo que pasó. Quizá fue el modo en el que Dios le enseñó que el orgullo precede a la caída, que había actuado con demasiada confianza. Llegó al final del sendero cuando entrevió el destello del acero bajo tierra. Retrocedió justo a tiempo alejándose de la malvada trampa que se

ocultaba bajo aquel lugar. Cogió un palo y empezó a limpiar el terreno con rabia. La trampa de hierro se cerró tan estrepitosamente que el hombre perdió el equilibrio, resbaló sobre el musgo y fue a parar, dando trompicones, al fondo de un ribazo. Inmediatamente, desenvainó la daga y miró temeroso a su alrededor. Había perdido el arco, lo vio en el suelo a una yarda de distancia, se arrastró en su dirección, intentando alcanzarlo con una mano, cuando notó que sus dedos se hundían bajo un manto de hojas y tierra y palpaban algo frío y suave, algo que no debería estar allí.

El hombre búho se arrodilló y, cavando como un animal, retiró las hojas y el manto de tierra. Un rostro en descomposición le miró fijamente. La carne era de un blanco lívido. Una vez esparcidas la tierra y las hojas, percibió el hedor a corrupción.

—Debe hacer semanas que estáis aquí —murmuró.

Volvió a cavar, removiendo la tierra, las hojas y los helechos hasta que el cuerpo entero, enterrado, quedó al descubierto. Tenía las uñas y los dedos bien cuidados y se preguntó qué haría el cadáver de una mujer como aquella en un foso tan poco profundo. Movié el cadáver y de inmediato le asaltó el hedor a descomposición. Algunas partes del cuerpo habían sido mordisqueadas por animales del bosque. Cuando cesaron las oleadas de aquel olor nauseabundo examinó su rostro. Las palabras grabadas encima de la puerta de la iglesia de san Oswaldo: COMO SOMOS, ASI SEREMOS, le vinieron de pronto a la cabeza. En otro tiempo, aquel había sido un rostro agraciado, incluso bello, de pómulos bien marcados, labios carnosos y unos ojos que, abiertos, habrían estado llenos de vida. Tenía el cabello, de un castaño oscuro, enmarcándole el rostro y el cuello parecía más digno de llevar un colgante o una gargantilla de oro, en vez de esas horribles heridas azuladas teñidas de un marrón rojizo. Una herida de flecha, concluyó. Le había alcanzado de pleno en la garganta, una muerte rápida. Pero ¿quién era?, ¿cómo había llegado a aquel lugar?

El hombre búho se sentó sobre los talones. Conocía las habladurías sobre el bosque. Los proscritos y forajidos solían atacar a los viajeros, pero raras veces mataban a sus víctimas, solo se llevaban consigo los objetos de valor y luego desaparecían como sombras. Pero una mujer como aquella, de piel suave y manos tan bien cuidadas... Cuando una persona así desaparecía se organizaban partidas de búsqueda, se llevaban a cabo interrogatorios y se ofrecían recompensas. El hombre búho respiró hondo. A menos, claro está, que fuera obra de Fitzalan. Al gran lord le gustaba la carne suave y perfumada. ¿Quizá aquella joven no le habría complacido? ¿Habría huido en medio de la noche? ¿Pero por qué dispararle una flecha a la garganta? Y, seguramente, lord Henry podría haber encontrado fosos más profundos y lugares mucho más recónditos para enterrarla. ¿Y dónde estarían su ropa y posesiones? Parecía que la habían despojado de todas ellas. ¿Dónde andaría su caballo o palafreñ?

Levantó la vista hacia los cuervos que revoloteaban en círculo sobre sus nidos. ¿Y ahora, qué podía hacer? ¿Dejarla allí? Aquel cuerpo le trajo memorias, despertó sus pesadillas, el odio que sentía por lord Henry. No podía dejarlo ahí, a merced de los

carroñeros. Le pesaría sobre su conciencia y despertaría sus miedos de morir abandonado en algún lugar solitario, sin que nadie se ocupara de su cuerpo. El hombre búho recordó su verdadera vocación, e inclinándose sobre el cuerpo susurró un réquiem seguido por las palabras de la absolución.

El aire de la mañana había transportado el tañido lejano de las campanas del priorato de santa Hawisia convocando a las jóvenes damas a cantar sus oraciones. Se sonrió. ¿Acaso las monjas no estaban comprometidas a ejercer buenas acciones? ¿A atender a los enfermos y a enterrar a los muertos? El bosque era un lugar seguro. Los guardabosques y hombres de caza de lord Henry se encontrarían más abajo, cerca de su alojamiento, bien lejos de cualquier camino que pudiera tomar. Sí, eso es lo que haría. No se atrevía a llevar el cuerpo a san Oswaldo, no estaría bien. No, les ofrecería a *lady* Magdalena y sus buenas monjas la oportunidad de demostrar algo de caridad. Se colgó el arco sobre la espalda, sacó la capa que su amigo le había dado y la utilizó para envolver el cadáver, luego lo levantó, empezó a correr medio agazapado de vuelta por el camino que había andado y desapareció entre los árboles.

«*Exsurge Domine! Exsurge et vindica causam meam!*»

—¡Resucitad, Oh Dios! ¡Resucitad y juzgad mi causa!

Las buenas monjas del priorato de Santa Hawisia entonaban los versos de apertura del oficio de prima tal como les había enseñado la maestra del coro, *lady* Juana. De pie, en sus sillas de coro de madera pulida, se alzaba una hilera tras otra de damas, con sus blancos hábitos de pura lana, que solo rompían los griñones almidonados de color crema enmarcando sus rostros. Unos cordones negros rodeaban sus delgadas cinturas y una medalla de plata, con la insignia de su patrona santa Hawisia, colgaba de cada uno de los cuellos. Todas seguían su Libro de Horas, como les habían enseñado, vocalizando con cuidado las palabras, temerosas bajo la mirada de águila de la priora *lady* Magdalena, sentada en una enorme silla parecida a un trono.

Lady Magdalena era una mujer de edad indefinida. Llevaba, por supuesto, el cabello oculto, pero su rostro ovalado no tenía marca alguna, ni una sola arruga que delatara el paso del tiempo. Tenía unos ojos azules de mirada cortante, una nariz aguileña y unos labios finos, prietos cuando demostraba su genio. *Lady* Magdalena, una mujer elegante y de alta cuna, hermanastra de lord Henry, dirigía su lujoso priorato con tanta firmeza como cualquier barón mandaría en su feudo o un guardia vigilaría su castillo. Podía caminar como una reina o deslizarse silenciosa como una gata cuando estaba de ronda, tal como decían las buenas monjas, alerta a cualquier posible altercado y asegurándose de que todo estaba en orden. Parecía tener la habilidad de estar en todas partes en todo momento, de saberlo todo sobre sus faltas y sus debilidades más ocultas. Pero sobre todo, *lady* Magdalena parecía tener el don de ser capaz de leer el Libro de Horas, cantar el divino oficio y, sin embargo, a la vez,

observarlas detenidamente. Todas habían confesado que la temían, desde la subpriora *lady Agnes* hasta la novicia *lady Marcelina*.

Pero a decir verdad, *lady Magdalena* no dejaba de discurrir y aunque estaba recitando el Libro de Horas, escuchando el canto de las buenas hermanas y vigilándolas, las palabras del salmo la distrajeron. Satán rugía como el enemigo que era, incluso en este lugar, pensó *lady Magdalena*. Su priorato de santa Hawisia podía ser una joya reluciente en medio del tranquilo verdor del bosque de Ashdown, sin embargo, más allá de sus muros, se ocultaban los forajidos como el hombre búho, el fiero predicador hermano Cosmas, la gente del bosque y, por encima de todo, el sátiro de su hermanastro, lord Henry.

Lady Magdalena cerró los ojos, luego hizo memoria y levantó la vista al Libro de Horas, iluminado por la luz del atril que tenía encima. El pintor había dibujado, para marcar el principio del salmo, un pequeño demonio con apariencia de caballero, vestido con una armadura roja, cuya mano asía un estandarte en el que aparecían representadas tres ranas negras. «Qué oportuno», pensó *lady Magdalena*. Satán era un ángel caído, un caballero en continua batalla contra el buen señor Jesús, justo igual que su hermanastro. Justo igual que muchos, un caballero. *Lady Magdalena* estaba orgullosa de que su hermoso priorato fuera un santuario para mujeres en el que podían resguardarse del mundo cruel y férreo de los hombres.

La priora levantó la vista hacia su izquierda, a través de los pilares de mármol que separaban la iglesia de la espaciosa capilla lateral que contenía los restos de la virgen mártir santa Hawisia. Su cuerpo descansaba bajo un sarcófago de madera de roble pulida. Encima se había colocado una vitrina de cristal puro, reforzada por un astrágalo de plata, obra de un artesano cuyos servicios habían sido contratados especialmente en Chartres, Francia. *Lady Magdalena* entrecerró los ojos. Desde donde permanecía, bajo el cristal, podía alcanzar a ver los bucles dorados sobre el cojín de seda bordado. Era la reliquia más preciada del priorato, una fuente de veneración, peregrinaje y, principalmente, de dinero. Ahora, gracias a la reciente restauración ordenada por su hermanastro, el sepulcro estaba más bello que nunca. Con la arribada de la primavera se correría la voz y llegarían más peregrinos a pagar sus devociones. *Lady Magdalena* se sentía muy orgullosa de la fama de supriorato, no solo como centro de estudio y devoción para las damas de alta cuna, sino como un santificado lugar de peregrinaje. De pronto entrevió una figura por el rabillo del ojo y se volvió enojada. La hermana Verónica, la celadora, le miraba inquieta, su rostro delgado y taciturno reflejaba preocupación.

—¿Qué pasa? —preguntó *lady Magdalena* inclinándose.

—Oh, mi señora —murmuró la celadora—. El cadáver de una joven ha aparecido en la puerta falsa.

Lady Magdalena cerró los ojos: estaba claro que aquel no era un buen día.

Capítulo I

Una hora más tarde, justo después del mediodía, lord Henry Fitzalan y su partida de caza se reunieron detrás de la empalizada construida alrededor de Savernake Dell, un claro natural en medio del gran bosque, el lugar más idóneo para que tuviera lugar la cacería. A lo lejos, pudieron oír el bramido del cuerno de un cazador, los gritos y voces de los ojeadores y el ladrido agudo de los perros, similar al tañido de las campanas. Lord Henry se irguió, la empalizada se extendía en forma de herradura, tapando los árboles. Si los rastreadores habían hecho bien su trabajo, en particular Roberto Verlian, jefe de los guardabosques, los ciervos correrían en aquella dirección y su partida disfrutaría de un buen día de caza. Chasqueó los dedos y un joven criado se apresuró a servirle una copa de oro que lord Henry le prendió de las manos para, posteriormente, darle un sorbo. Era un clarete fuerte, el mejor de Burdeos. Una vez calmó su sed, se la devolvió al criado y se llevó las manos al estómago, los dolores que sufrió la noche anterior habían desaparecido. Pasarían la tarde cazando y por la noche celebrarían un festín, con la carne de venado más succulenta, en el gran salón del castillo de Ashdown. Levantó la vista, por encima del hombro, en dirección a su hermano William que, de pie, le miraba con el ceño fruncido y una expresión huraña en el rostro.

—¡Vamos, vamos, hermano! —añadió lord Henry, sintiendo de pronto un brote de buen humor.

Su hermano se le acercó, aplastando la tierra blanda con sus botas de montar de tacón alto. A continuación, se echó la capa sobre los hombros mientras Henry le observaba, rápidamente, de pies a cabeza. Llevaba la túnica manchada de vino y las calzas sucias de barro. Su hermano era un buen soldado pero un cortesano pobre y, sobre todo, un mal perdedor. La sonrisa de Henry se dilató al coger a William por los hombros y atraerlo hacia sí.

—Hoy, querido hermano —le susurró con la sonrisa fija—, vamos a disfrutar de un buen día de caza. Vamos a entretener a los invitados del rey —señaló con la cabeza hacia donde se encontraba el señor Amaury de Craon, el enviado de la corte francesa de rostro pálido y cabellos pelirrojos, con cara de zorro, que permanecía de pie cotilleando discretamente con su séquito.

—Me importa un bledo ese francés, hermano —espetó William—. Me prometisteis que el feudo de Manningtree sería mío para mi trigésimo cumpleaños.

—He cambiado de opinión —replicó lord Richard—, Manningtree permanecerá conmigo.

—¿Y yo qué? —preguntó William indignado—. ¿Yo también me quedaré contigo, hermano? ¿Me convertiré en un parásito de tu corte? ¿Alimentándome de las migajas de tu mesa?

—Eres mi hermano más querido. Eres mi heredero —añadió lord Henry. Acto seguido esbozó una mueca—. Bueno, hasta que me case y tenga un centenar de hijos.

—¿Pero por qué Manningtree no puede ser mío?

—Primero, porque lo digo yo. Segundo, porque lo necesito. Y tercero, hermano, porque quiero teneros cerca. No quiero perderos de vista y que conspiréis con algunos de mis caballeros, digámoslo así, menos favorecidos. Os he dado a elegir, podéis quedaros aquí y ser mi hermano en todos los sentidos o entregaros cien libras, dos caballos de los buenos, una armadura y, luego, marcharos en busca de vuestra propia fortuna en otro sitio. Hasta entonces —añadió agarrándole con fuerza—, me sonreiréis cuando yo os lo diga. Haréis lo que yo os mande.

Su hermano se soltó y retrocedió, se llevó la mano a la daga que llevaba cogida al talabarte ceñido a la cintura.

—¿Qué vais a hacer hermano? —se burló lord Henry—, ¿solucionar aquí nuestros asuntos? —dio un paso al frente, el buen humor había desaparecido de su rostro—. Vamos, querido hermano, sacad vuestra daga, acabemos con esto ahora. Pero os diré una cosa —agarró la empuñadura de su espada—, os veréis con la cabeza colgando de los hombros antes de que os dé tiempo a desenvainar vuestra daga. Ahora, demostradme lo hombre que sois.

William dejó caer la mano.

—Buen chico —añadió lord Richard, a punto de volverse sobre sus talones.

—¿Quién es el hombre búho? —preguntó de pronto William.

—Bueno, hermano, pues un proscrito, un forajido, un estorbo.

—¿Pero por qué os amenaza? ¿Qué hay de esos mensajes que aparecen colgados en la puerta del castillo o que dispara a vuestras puertas y contraventanas? Un buen arquero, hermano, ¿por qué debería rebelarse contra vos?

—Hermano, soy un gran señor —explicó lord Henry—. Vengo como vos de una familia de gran linaje. Me he ganado algunos enemigos, no solo entre mis parientes y amigos, sino mucho más allá de estos. Un día saldré de caza, pero no en busca de gamos o corzos, sino del hombre búho. Cuando le coja le colgaré de la verja de la heredad y pondré fin a todo este asunto.

—Debe odiaros con toda su alma.

—Hermano, mejor el odio que el desprecio.

—¿Y los franceses? —preguntó William—, ¿por qué le han pedido al rey...?

—¿Por qué le han pedido al rey qué? —le interrumpió lord Henry, acercándose tanto a su hermano que pudo oler su aliento a vino—, ¿qué les acompañe de vuelta a París para representar a la Corona en los desposorios del príncipe Eduardo y la princesa Isabel? —sus ojos se abrieron con expresión burlona—. Sí, eso es lo que estoy haciendo, William. ¿Y por qué? Porque soy lo que vos no sois, un gran señor, un amigo y confidente del rey. No solo aquí me temen, sino en lugares que vos jamás habéis visitado.

—Sí, os temen y odian —respondió William—. Incluso a mí me amenazáis, como anoche...

—*Mes excuses*, hermano —añadió lord Henry acercándose más—. Solo os

insinué lo que sé, pero ahora os lo diré. Sé a lo que se dedica ese jovencito de Gaveston.

Y dando media vuelta, lord Henry regresó con su séquito.

—Pronto llegarán nuestras presas —les recordó—. ¿Hacemos una apuesta, caballeros? ¿Qué os jugáis a que mi flecha será la primera en abatir un ciervo y se le clavará en lo más profundo de su corazón?

El murmullo de la conversación se acalló, lord Henry apuró su copa y la dejó a un lado.

—Vamos, vamos, caballeros, ¿nadie se atreve a aceptar mi apuesta?

—Yo lo haré —aceptó Amaury de Craon, levantando una mano—. Van diez libras de oro, mi señor.

El invitado francés se acercó con la mano extendida. Lord Henry se la estrechó, sus ojos se entrecerraron mientras De Craon la sostenía con firmeza, atrayéndolo un poco hacia él. El francés le sostuvo la mirada.

—Y cuando vengáis a Fontainebleau, lord Henry, os llevaré de caza a nuestros bosques.

—*Seigneur* Amaury, acepto vuestra apuesta. Me quedaré con vuestro oro y con mi mano.

El francés sonrió y le soltó.

—En Francia —añadió lord Henry sintiendo como la rabia hervía en su interior ante el descarro de aquel delegado francés—, intentaré ir a cazar algo más que un ciervo.

Sus enigmáticas palabras causaron el efecto deseado. De Craon se humedeció nerviosamente los labios y desvió la mirada.

—Oh, no os preocupéis —le tranquilizó lord Henry cogiendo al francés por el brazo y alejándolo del resto—, no saben nada de lo que digo.

—¿Vendréis a Francia, lord Henry?

—Volveré con vos.

—¿Y el señor Pancius Cantrone?

—Mi médico todavía no lo sabe, pero también vendrá.

—Mi señor —continuó susurrando Amaury de Craon— estará encantado de ver al señor Cantrone y silenciar su boca viperina. Pero ¿cómo lo haremos?

—Viajaremos hasta Rye. Me acompañará la guardia real y también mi hermano William, al que no pienso quitar un ojo de encima. Lo que hay que hacer se hará entonces.

Amaury de Craon retiró su brazo.

—¿Y el rey no está receloso de que os hayamos pedido a vos acompañar a los enviados franceses?

—Mi querido Amaury, ya he atendido otras embajadas en ocasiones anteriores. Poseo tierras en Gascuña. Soy el consejero de más confianza del rey. ¿Por qué no tendría que ir a París? Las negociaciones de la boda entre el príncipe de Gales y la

princesa Isabel han sido dispuestas por su Santidad el Papa y, con el tiempo, traerán la paz a ambos reinos.

Amaury de Craon observó a aquel lord inglés, misterioso y astuto, alto y fornido, con los oscuros cabellos repeinados hacia atrás. En su rostro ruborizado, aquellos ojos azul cielo le recordaron a los de su señor el rey Felipe IV de Francia: fríos, desalmados, constantemente urdiendo conspiraciones. Amaury sabía por qué Felipe deseaba la presencia de aquel noble en París y, sobre todo, por qué aquel traidor de Cantrone, que había huido de la corte francesa, debía ser regresado de vuelta.

—¿Y no pondrá la corte inglesa objeciones sobre Cantrone?

Amaury forzó una sonrisa, temeroso de que el resto sospechara de aquella conversación privada.

—Amaury, Amaury —añadió lord Henry imitando el acento francés—. Os preocupáis demasiado. No será la primera vez, y seguro que tampoco la última, que alguien muere o desaparece en París. ¿Y por qué tendría que poner objeciones la corte inglesa? Cantrone no es un ciudadano de este reino. Es un italiano que se dedica a vagabundear por la faz de la tierra. Todo se habrá olvidado cuando se celebre la boda.

Amaury levantó la mirada hacia el roble que colgaba sobre su cabeza. Vio a una ardilla saltar de rama en rama. Percibió el canto nítido de algún pájaro, en lo alto de los árboles, entonando su dulce melodía, lejano al complot que se estaba urdiendo abajo y a la sangrienta matanza que tendría lugar cuando los cazadores azuzaran a las presas en dirección a la encerrona que les habían preparado.

—Mi querido lord Henry —añadió De Craon sacudiéndose algunas migajas de su túnica roja de lana y, posteriormente, deslizando el pulgar por su cinto—, no os temo, ni a vos, ni a vuestro rey, ni a nada de lo que pueda suceder.

—¡Corbett! —exclamó de pronto lord Henry—, tenéis miedo de *sir* Hugo Corbett. He oído hablar de la rivalidad que existe entre ambos.

Lord Henry recordó el rostro misterioso e impassible enmarcado por cabellos oscuros, como el plumaje de los cuervos^[1] del guardián del Sello Secreto Real, el confidente de mayor confianza del rey Eduardo. *Sir* Hugo Corbett, quien, en más de una ocasión, se había enfrentado, espada contra espada, al enemigo francés.

—Teníamos noticias de que había muerto —afirmó malhumoradamente De Craon.

—Apuesto a que sí —añadió lord Henry soltando una risotada—, y seguro que las campanas de París repicaron hasta el cielo.

—Oímos que había muerto en Oxford, de una flecha al corazón.

—Le hirieron. Fue atacado por un asesino al que mato su siervo Ranulfo-atte-Newgate. Pero era un dardo de caza, no una ballesta. Le alcanzó los huesos, pero tengo entendido que Corbett da gracias a Dios al grueso justillo de piel que llevaba puesto aquel día y al cuidado de los doctores y médicos del rey. Se recuperó —la sonrisa de lord Henry fue todavía mayor—. De hecho, puede que venga a

presentarnos sus saludos.

De Craon carraspeó y escupió acto seguido.

—¿Es cierto? —siguió inquiriendo lord Henry tirando de la manga de De Craon—. ¿Es cierto que vuestro señor ha puesto precio a la cabeza de Corbett?

—¡Eso es ridículo! —espetó De Craon—. Si Felipe de Francia hiciera eso, Eduardo de Inglaterra tomaría represalias.

—Sí, así es, en efecto.

Lord Henry se volvió; el resto de cazadores habían empezado a impacientarse. Se oyeron los cuernos mucho más cerca y los ladridos de los perros inundaron el valle.

—Debemos volver a nuestros puestos, mi señor.

Lord Henry se encaminó hacia la empalizada, un criado se acercó, corriendo, y le entregó un arco de madera de tejo. A continuación, cogió una flecha rematada con plumas de ganso gris. Era un hombre que vivía el momento, ahora ya se había olvidado de De Craon, Corbett, su malhumorado hermano y los mensajes amenazadores del hombre búho. Recordó el rostro encantador, de piel aceitunada, de Alicia, la hija del jefe de los guardabosques, y miró a su alrededor.

—¿Dónde está Verlian?, ¿dónde está el jefe de los guardabosques?

—Todavía no ha regresado, señor —gritó uno de sus siervos señalando el claro—. Seguramente estará por ahí, pendiente de que todo vaya bien.

—¡Qué loco! Se va a meter en la línea de tiro. No sería el primero al que han matado en medio de una cacería —lord Henry se encogió de hombros—, pero conoce que la caza pronto va a empezar, seguro que sabe lo que se hace.

A su alrededor, sus huéspedes ya estaban preparando los arcos, las cabezas se volvieron en dirección al bosque esperando a que aparecieran los ciervos. Sin embargo, lord Henry todavía seguía algo distraído. Si Alicia, por lo menos, le diera una oportunidad. ¿Era por eso que su padre se mostraba tan hosco y distante? Lord Henry apuntó el arco y esperó. Pronto se saldría con la suya, y en el fondo de su corazón le traía sin cuidado el daño que pudiera causar. Paseó rápidamente la mirada a su alrededor y se dio cuenta que William había desaparecido. ¿Dónde se habría metido? ¿A esconder su mal humor entre los árboles? De nuevo se escuchó el sonido de los cuernos de caza, seguido por un temblor de tierra y, finalmente, ante sus ojos apareció un corzo, moviéndose con tanta rapidez que sus pezuñas apenas parecían tocar el suelo. La velocidad del animal cogió desprevenidos a los cazadores. Se tensaron y levantaron los arcos y, acto seguido, salió disparada una lluvia de flechas, pero el ciervo parecía tener más vidas que un gato, ya que cruzó el claro, entrevió la empalizada y de un salto la atravesó.

La huida del corzo fue reprobada por un montón de abucheos. Lord Henry se enfureció. Su flecha, como las de sus huéspedes, había fallado su objetivo. De Craon soltó una carcajada. De nuevo se oyó otro cuerno, bien alto y claro. Otro ciervo apareció entre los árboles. Lord Henry levantó el arco, disparó, pero el animal resbaló y aquello le salvó de la lluvia de dardos que pasaron silbando por su lado o fueron a

clavarse a su alrededor. Lord Henry, fuera de sí, cogió otra flecha y la colocó en el arco. Esta vez no fallaría. Percibió una imagen borrosa antes de que una flecha le alcanzara, de pleno, en el pecho. Lord Henry retrocedió, dejando caer su arco al suelo. Miró aterrorizado a su alrededor, casi inconsciente por el dolor, luego se volvió ante la mirada asustada de su séquito. Finalmente, cayó de rodillas, se echó lentamente hacia un lado, mientras pestañeaba y la sangre había empezado a salirle a borbotones por la boca.

* * *

—¡Hugo! ¡Pensaban que estabais muerto!

Eduardo de Inglaterra permanecía sentado en el gran salón del palacio de Eltham, al sur del Támesis. Encima de la puerta de la entrada colgaba un enorme par de cuernos y en las paredes, los escudos de los principales caballeros del reino. En la esquina del fondo uno de los capellanes había encendido una vela teñida de rosa y la había colocado frente a la imagen de la Virgen con el Niño. El rey Eduardo se pasó las manos entre sus cabellos, canosos, que caían a los lados de su rostro severo y surcado de arrugas. Volvió a escanciar su copa y la de su acompañante, Juan de Warrenne, conde de Surrey. Luego suspiró y sonrió a su guardián del Sello Secreto, que estaba sentado al extremo de la mesa, cabizbajo, en su silla de respaldo alto.

—¿Me habéis oído, Hugo?, ¡pensaban que estabais muerto! —sonrió el rey.

Los cabellos oscuros de Corbett, surcados por algunas canas, enmarcaban su semblante de piel aceitunada y bien afeitado. El escribano desvió ligeramente su mirada oscura y penetrante. Tenía un rostro afable, pero algo misterioso. «Sois como un libro cerrado, Corbett», pensó el rey Eduardo. El vasallo había dejado su capa sobre el respaldo de la silla sobre la que ahora se inclinaba su criado Ranulfo-atte-Newgate. El rey dirigió la mirada hacia el joven. Ranulfo era el vivo retrato de la salud, con su delgado rostro de piel blanca, cabellos pelirrojos, limpios y bien peinados, recogidos con una coleta en la nuca. Al igual que su amo, vestía una túnica oscura sobre una camisa blanca.

—¿Estáis sordo? —De Warrenne tomó un sorbo de su copa de vino y desvió la mirada al fondo de la mesa, sus desorbitados ojos azules parecían sobresalirle más de lo habitual. Nunca había entendido la paciencia que el rey Eduardo tenía con aquel escribano tan reservado—. Bueno —añadió De Warrenne—, quizás es verdad que estáis sordo.

Corbett extendió una mano. Ranulfo suspiró, abrió su cartera y depositó dos piezas de oro en la mano de su amo.

—Majestad, mis disculpas —sonrió Corbett—, pero había hecho una apuesta con Ranulfo de que me diríais esas mismas palabras, por lo menos, unas diez veces antes de comunicarme la verdadera razón por la que me habéis llamado —hizo una reverencia hacia De Warrenne—. Y mis disculpas también para vos, pero la vuestra

fue la décima.

El rey Eduardo golpeteó la mesa con los puños y soltó una carcajada. A continuación, le dio un codazo a De Warrenne que le devolvió la mirada.

—Qué bien volver a veros, Hugo —sonrió el rey. Su ojo derecho, que le goteaba constantemente, permanecía casi cerrado. Chasqueó los labios y se sacudió algunos restos de comida de la túnica de caza que había vestido precipitadamente, después de la misa—. ¿Sabéis qué? —le preguntó—. Cuando voy a misa y rezó al buen señor, a los monjes les molesta. Pues bien, esta mañana mi buen obispo de Winchester quería celebrar un sermón, le dije a de Warrenne que empezará a toser y pronto pilló la indirecta —el rey Eduardo se reclinó en la silla y miró, con los ojos entrecerrados, a su escribano del Sello Secreto—. Pensamos que ibais directo al osario, Hugo. ¡Una flecha casi a la altura del corazón!

—Tuve suerte, majestad. El cuadrillo era pequeño y el asesino no lo disparó con todas sus fuerzas porque iba corriendo. Es maravillosa la protección que puede ofrecer un justillo de piel de becerro.

—Pero estuvisteis muy enfermo.

Corbett se dio unas palmaditas en el pecho.

—El hueso se quebró, la herida se cicatrizó, pero la carne se pudrió dentro.

—Os envié medicinas.

—Y a mi mujer, *lady Maeve*, gracias, majestad.

—Iba a venir a veros —el rey parecía avergonzado—, pero no podía soportar veros morir, Hugo. No podría perder a otro ser querido. Todos me abandonan.

«No empecéis, —pensó Corbett—. No empecéis a gimotear y a lloriquear por los tiempos pasados». Respetaba a su rey, con su rostro de guerrero, enjuto, aquel cerebro fértil, que parecía una caja de lombrices, siempre urdiendo nuevos planes y estrategias. Pero si no hubiera sido un príncipe, pensó Corbett, el rey Eduardo habría sido un trovador, un cuentista. En un abrir y cerrar de ojos podía pasar de ser de un viejo rey afligido a un guerrero, rebosante de energía, intentando aplastar a su enemigo o, sentado en su cancillería, tejiendo una telaraña para atrapar a sus enemigos del extranjero. Podía ser perverso, vicioso y malévolo, pero, otras veces, magnánimo, generoso, olvidar una ofensa y hasta un insulto. Podía sentarse a jugar con los niños de sus sirvientes, estallar de risa con los mimos y, luego, salir a grandes zancadas al patio de entrenamiento, desenvainar su espada y enseñar a los jóvenes cómo luchar.

Corbett se preguntó de qué humor estaría el rey aquella mañana. Se dio cuenta de que el rey tenía miedo a las enfermedades y a la muerte. Sus viejos amigos se estaban muriendo y Corbett dio gracias a Dios, en silencio, porque el rey no hubiera venido al feudo de Leighton. Hubiera distraído a *lady Maeve*. Y, solo con Ranulfo, casi se volvió loco preguntándole a todas horas cómo estaba e iba evolucionando la herida. Corbett fijó la mirada en De Warrenne, que estaba acostumbrado a los largos silencios del rey, pero el conde de Surrey era un hombre que siempre llevaba el

corazón en la mano. A pesar de sus miradas hurañas y llenas de rabia, el buen conde parecía preocupado y con la mirada distraída en su copa de vino.

—Me encontraba en Westminster cuando recibí vuestra llamada —añadió.

El rey Eduardo examinó sus dedos.

—¿Y el asesino? —preguntó el monarca levantando la mirada—. Tengo entendido que vuestro criado lo mató.

—Debo agradeceros, majestad, que hayáis ascendido a Ranulfo a escribano de la cancillería del Sello Verde.

—Oh, sí, sí —replicó el rey—. Todos sabemos que Ranulfo es ahora un escribano, pero sigue siendo vuestro criado.

Eduardo se perdió en una de sus cavilaciones. A menudo se había preguntado si debía separar a Corbett y a Ranulfo, hacerles luchar el uno contra el otro. Corbett, que sentía adoración por la ley, insistía en la importancia de las cortes. Sin embargo, Ranulfo creía en un cambio y en la ejecución de los traidores, que era lo mismo que pensaba el rey.

—Maté al asesino, majestad —afirmó Ranulfo llevando los dedos hacia la empuñadura de la espada, que ahora podía llevar en presencia del monarca.

—Un par de buenos golpes, según tengo entendido —replicó el rey—, uno al estómago y el otro a la espalda. Luego le cortasteis la cabeza y la colgasteis cerca de la puerta principal de Oxford. ¿Se alarmaron el baile y los buenos burgueses?

—Al baile y a los burgueses se les recordó el poder del rey —afirmó Ranulfo—. Hice lo que tenía que hacer por el bien del reino —subrayó, especialmente, la última frase, el permiso todopoderoso que se le concedía a cualquier escribano real para legalizar lo que había hecho.

—¿Qué pensáis de eso, Hugo? —preguntó el rey con tacto.

—La Iglesia proclama la autodefensa. Y un ataque a uno de sus escribanos es un ataque al rey.

—Sí, sí, así es —Eduardo se dio unas palmaditas en el estómago—. Entonces, ¿estáis ya recuperado para ocuparos de vuestros deberes?

—Como siempre.

—Ya os encargasteis una vez de los Sellos —añadió Surrey—. ¿Qué pretendéis, Corbett, convertiros en un campesino?

—Su majestad, si así fuera, vendría y os pediría todos los consejos que pudierais darme.

El rey Eduardo soltó una sonora carcajada.

—Estáis aburrido, ¿verdad, Hugo? Y *lady* Maeve, ¿está bien?

—Como siempre, señor. Mi hija Eleonor os da las gracias por los presentes que vuestro mensajero trajo de Windsor.

Corbett movió los pies con intranquilidad, empezaba a estar impaciente.

—De Craon ha vuelto a Inglaterra —anunció el rey.

—Eso he oído —sonrió Corbett—. Mis espías, por toda la costa sur, me

mantienen bien informado de su viaje a Sussex, al dominio de lord Henry Fitzalan, en Ashdown. Tengo entendido que lord Henry ha sido elegido para conducir a los enviados ingleses a Francia.

—Eso ya no podrá ser. Surrey tendrá que mover las posaderas y, por una vez en su vida, hacer algo útil.

De Warrenne eructó, y acto seguido, se sonrió.

—Lord Henry Fitzalan —explicó el rey— llevó de caza a De Craon, a su séquito, a su hermano y a todos los miembros de su casa a Savernake Dell. Ya he estado allí antes, es un claro en medio del bosque, un buen lugar para atraer a los ciervos y darles caza —añadió, gesticulando con la mano—. Ya sabéis como se organizan esas cosas. Los cazadores permanecen a un lado del claro, detrás de la empalizada, y se conduce al venado hacia aquella dirección. Parece ser que llegaron dos, pero pudieron escapar. Lord Henry estaba furioso. Estaba a punto de disparar de nuevo cuando una flecha salió de entre los árboles, desde el fondo del claro, a unas quince o veinte yardas de distancia, y le alcanzó de pleno en el corazón.

—¿Un accidente de caza? —preguntó Corbett, haciendo caso omiso de los gestos burlescos de De Warrenne.

—Suele ocurrir ese tipo de accidentes —admitió el rey con tranquilidad—, pero no creo que sea el caso. No era una flecha de caza. Se disparó con un arco largo, afilada para la guerra o para matar a alguien, tal como sucedió.

—Un buen arquero —concluyó Corbett—. Una flecha al corazón es difícil creer que se trate de un accidente.

El monarca se preguntó cuándo y cuánto debía contarle a Corbett; estaba contento de ver a su escribano sentado, enderezado y con la mirada cautelosa. «Sois un buen perro de caza —pensó Eduardo—. Os dejaré que echéis un vistazo al bosque de Ashdown y ya veremos lo que vuestro perro callejero, de cabellos pelirrojos, puede descubrir».

—Lord Henry era un hombre extraño —continuó el rey—. Era dueño de grandes fincas en Sussex y en otras localidades. Era un soldado, un diplomático y un cortesano. Le envié a varias misiones en Aviñón, Roma y París —el rey hizo un alto.

—¿Y por qué era extraño, señor? De Warrenne ha hecho lo mismo en otras ocasiones —Corbett mantuvo erguida la cabeza—. Y el conde de Surrey no es un hombre extraño.

—Vigilad vuestras palabras, Corbett —le advirtió el conde.

—Lord Henry siempre fue un rebelde —explicó el rey—. Su padre luchó al lado los sublevados, conducidos por Montfort, pero luego cambió de bando, justo a tiempo. En cuanto a lord Henry... bueno, confiaba en él. Hablaba con fluidez al menos tres lenguas. Sabía leer y escribir; además, fue estudiante de la Universidad de Cambridge.

—Pero dijisteis que era algo extraño... —persistió Corbett.

—Me refería a sus opiniones sobre la religión —afirmó el rey—. Eran... como

algo originales. Viajó a Palestina, estuvo con los templarios y, digamos, le resultó difícil aceptar algunas doctrinas de la iglesia.

—¿Estaba metido en la magia negra? —preguntó Corbett—. Creo que existen algunos informes judiciales, además de los rumores y habladurías.

—En ocasiones se adentraba en el bosque de Ashdown —afirmó Eduardo—, acompañado de una bruja o de alguna mujer sospechosa de serlo, como Jocasta, medio española, viuda de algún marinero asentado en las afueras de Rye que, posteriormente, fue expulsada de aquel lugar. Tiene una hija y Fitzalan le dio una choza en el bosque y un trozo de tierra cerca de un pozo.

—Pero eso no es todo —adivinó Corbett.

—No, claro que no. Lord Henry era un mujeriego. Ninguna mujer de Sussex estaba a salvo de él. Nunca se casó y, a menudo, decía que no tenía necesidad de beber de una sola copa cuando podía hacerlo de varias. Ahora bien, según lo que hemos averiguado, el jefe de sus guardabosques, Verlian, tenía una hija bastante hermosa llamada Alicia. Lord Henry la incluyó en su lista y quiso ganarse su corazón y su cuerpo.

—Y Verlian se opuso.

El rey se encogió de hombros.

—En realidad no tuvo que hacerlo. Alicia lo hizo por él. Tuve la oportunidad de conocer a ambos un día que visité a lord Henry en su mansión. Alicia es una mujer menuda, de cabellos oscuros, con el rostro de un ángel y un cuerpo que tentaría hasta a nuestros monjes. En fin, Verlian era el responsable de la cacería de ayer por la mañana en Savernake Dell pero nunca apareció. De hecho, parece que se ha esfumado y todas las acusaciones recaen sobre él.

—Bien, es una conclusión bastante lógica —concluyó Corbett—. No sería la primera vez que un marido o un padre iracundo ha acabado con la vida de un burlador como él.

—¿Sabéis lo que eso significa? —preguntó el rey, lleno de intención, a De Warrenne.

El conde alzó su copa y bebió un trago. El rey estaba pisando terreno pantanoso. El matrimonio de De Warrenne era la comidilla de toda la corte. El rey Eduardo se dio cuenta de que había ido demasiado lejos y apretó, cariñosamente, la mano de su vasallo.

—Si no lo sabéis —añadió—, preguntádselo a Ranulfo.

El recién nombrado escribano de la Cancillería del Sello Verde se limitó a desviar la mirada, estudiando los escudos de las paredes. «Algún día —pensó—, aquí estará colgado mi escudo, el escudo de *sir* Ranulfo o, incluso, del obispo Ranulfo». Estaba aprendiendo rápidamente las lecciones de su maestro «Cara Larga» sentado detrás de él: mantened la boca cerrada, no respondáis a insultos y, en caso de duda, sonreíd, haced una reverencia y esperad a que llegue otro día.

—Pero vos no creéis que fuera Verlian, ¿verdad? —preguntó Corbett.

—No, no lo creo —el rey Eduardo se humedeció los labios—. Fitzalan era un hombre al que vigilaban muy de cerca. Tenía las manos manchadas de sangre en demasiados asuntos. El deseo le dominaba. Demasiado dinero. Debería haberse casado, sentar la cabeza y convertirse en un miserable como todos nosotros, ¿eh, De Warrenne?

—Uno puede ser feliz en su matrimonio —ironizó el conde—, siempre y cuando no comparta la misma cama y la misma casa.

El rey Eduardo soltó una risita.

—Iba a permitir que Fitzalan fuera a Francia —continuó—. Siempre me pregunté por qué querría ir y por qué el rey Felipe quería que fuera él y no otro.

—¿Era un traidor?

—Poseía tierras en Gascuña. Creo que su madre era francesa, pero no estoy seguro. Los traidores suelen ser hombres apasionados, Corbett, apasionados por una idea o desesperados por el oro. Fitzalan no tenía tiempo para lo primero y tenía demasiado de lo segundo. Creo que sabía algo sobre la corte francesa, por eso quería volver a París.

Corbett reprimió su emoción.

—Entonces, los franceses podrían haber planeado su asesinato. De Craon siempre lleva sicarios en su barco.

—No esta vez —respondió el rey—. Parece ser que Fitzalan cayó de bruces al suelo y murió de inmediato. Entonces empezó el caos. *Sir William* cabalgó al momento hasta el feudo para asegurarse de que no se producía ningún saqueo y de que el tesoro estaba a salvo. De Craon le siguió al cabo del rato. Por lo poco que sé, nadie del séquito de De Craon desapareció.

—Entonces, señor, ¿quién fue?

El rey Eduardo levantó los ojos al cielo.

—Parece ser que *sir William* tenía todas las de ganar. Ha heredado una inmensa fortuna y la relación entre ambos hermanos no era, precisamente, buena. Y, por supuesto, está nuestra querida hermana en Cristo, *lady Magdalena Fitzalan*, priora de santa Hawisia, que ha heredado una lujosa casa en el bosque de Ashdown. *Lady Magdalena* era muy crítica con su hermanastro, especialmente respecto a sus opiniones religiosas.

Hizo una pausa.

—¿Alguien más?

—Ashdown, como todos los bosques, tiene su población de proscritos. Hay uno en particular, que se hace llamar «hombre búho», que libraba advertencias y cartas amenazadoras a lord Henry, ya desde meses precedentes a la muerte. El hermano Cosmas, un franciscano de la iglesia local de San Oswaldo en los Árboles, también tuvo sus rencillas con lord Henry —añadió el rey con un suspiro—. La lista es infinita. Pero hay algo más.

El monarca se puso en pie, se dirigió a la puerta y la cerró con el pie, luego giró la

llave en la cerradura.

—Os voy a mandar allí, Hugo, pero debéis andar con ojo. Puede ser una trampa. De Craon podía querer matar a Fitzalan, pero también podría haber venido a rematar el trabajo que el loco asesino de Oxford no pudo terminar...

Capítulo II

El rey escanció una copa y la puso delante de Corbett, al que observó de cerca.
—No parecéis preocupado, Hugo.

Corbett se encogió de hombros.

—De Craon ha ido tras de mi cabeza durante años.

—Pero esta vez puede que vaya en serio —añadió De Warrenne—. El rey Felipe se está entrometiendo en todas y cada una de las cortes de Europa. Ha convertido al papa Bonifacio VIII, prácticamente, en su prisionero. Sabemos que tiene espías entre los rebeldes, en Escocia, y que le encantaría interferir en nuestro negocio de la lana con Flandes —el viejo conde se aclaró la garganta—. Para él sois un estorbo, Corbett. Puede que hayáis ganado vuestra apuesta con Ranulfo, pero realmente querían vuestra cabeza.

Surrey solo deseaba poder alterar la compostura del escribano, pero Corbett ya había jugado a aquel juego con anterioridad. Había oído los rumores, sabía que De Warrenne le despreciaba como escribano; y, aparte, sin tener en cuenta los peligros, los complots de asesinos clandestinos a los que se enfrentaba y su propio servicio militar en Gales y Escocia.

—¿Estáis diciendo, señor, que De Craon mató a Fitzalan sabiendo que así me enviaríais a Ashdown?

—Es posible que ocurra otro accidente en el bosque —añadió el rey.

—Podría ser una teoría. Pero vos dijisteis que había más.

—Y hay más. La mañana en la que lord Henry fue asesinado, el cuerpo desnudo de una mujer joven apareció ante la puerta falsa del priorato de Santa Hawisia. Naturalmente, eso causó una gran conmoción entre las buenas hermanas. Desconocemos la identidad del cadáver, de dónde procedía o quién le disparó una flecha a la garganta. El cuerpo estaba en descomposición, con restos de tierra y de hojas todavía pegados al cuerpo. La monja de Santa Hawisia que amortajó el cadáver para el funeral, cree que la joven ya hacía tiempo que estaba muerta y sepultada en algún claro del bosque. Luego desenterraron el cuerpo y, en un gesto macabro, lo dejaron a las puertas del priorato.

—¿Y qué pasó después? —preguntó Corbett.

—*Lady* Magdalena ofició los Actos Corporales y celebraron el funeral en el propio cementerio del priorato, después de informar del acontecimiento al baile de la localidad. Así que, como podéis ver, Hugo, tenemos dos muertes provocadas por el disparo de una flecha en el bosque de Ashdown. ¿Será obra del hombre búho? ¿Tendrán alguna relación ambas muertes? De todos modos, os voy a mandar allí, dispondréis de autorizaciones para hacer lo que creáis que tenéis que hacer.

—Pero, en realidad, la muerte de lord Henry os trae sin cuidado, ¿verdad?

—Así es, Hugo, me importa un bledo si ha ido al cielo o al infierno. Sin embargo, su muerte nos ofrece la oportunidad de descubrir por qué los franceses exigieron que

fuera lord Henry el que presidiera a los enviados ingleses a París para las negociaciones de boda. Quiero constatar si era un traidor y si lo mismo puede decirse de todo su séquito —el rey Eduardo se reclinó en la silla—. Dentro de unos años la princesa Isabel será mayor de edad, se casará con el irresponsable de mi hijo, que cumplirá con su deber y me dará un heredero.

—Y ese heredero será el nieto del rey Felipe I.

—¡Exacto! Ahora bien, estoy ligado a este matrimonio por un solemne tratado y el decreto papal. Pero si puedo descubrir que el rey Felipe ha roto esta tregua conspirando con alguno de mis magnates...

—Enviaréis a vuestros abogados a Aviñón —terminó la frase Corbett— y pediréis que sea rescindido el tratado de paz. No habrá trato, ni boda, ni ningún nieto para el rey Felipe IV sentado en vuestro trono de Westminster.

El rey Eduardo sonrió.

—Sabéis utilizar las palabras de forma maravillosa, Hugo.

Corbett se llevó la mano a la boca y miró hacia la mesa. La vieja herida de su pecho todavía le dolía, pero Corbett estaba intentando ocultar sus sentimientos. ¿Estaría el rey Eduardo utilizándole como cebo? ¿Qué pasaría si iba a Sussex y uno de los sicarios de De Craon daba en el blanco? ¿Echaría la culpa al rey Felipe, llamaría a su puerta reclamando justicia y rescindiría el tratado de paz? O peor todavía. ¿Qué pasaría si fuera a Ashdown y el propio rey Eduardo enviaba a uno de sus asesinos? ¿Se atrevería el rey a jugar con él? ¿A sacrificarle frente al altar de la conveniencia y luego a echarle la culpa a los franceses? Corbett levantó la vista rápidamente. El rey Eduardo estaba mirando a Ranulfo. Conocía esa mirada. ¿Elegiría a Ranulfo para ser su verdugo? ¿Acaso su ambicioso escribano se atrevería a vender su amistad para conseguir un mayor reconocimiento? ¡No, claro que no!

—Parecéis un tanto nervioso, Hugo.

Corbett se removió en la silla. Cogió una copa y la levantó en alto. Quería demostrar que no estaba temblando.

—¿Y qué pasa, señor, si la muerte de Fitzalan no tiene nada que ver con De Craon?

—Es posible.

—¿Y qué ocurrirá si voy hasta Ashdown, es decir hasta el queso del ratón de De Craon? El *seigneur* Amaury no podrá resistir la tentación de enviar a uno de sus asesinos tras de mi.

—Continuad —la voz del rey se había convertido casi en un ronroneo.

—¿Acaso no os volveríais, encolerizado, a llamar a su puerta para cargarle la culpa de mi muerte? ¿No enviaríais las cartas más iracundas a Su Santidad en Aviñón, lamentándoos por la muerte de vuestro escribano mayor en manos de un asesino francés?

—Hugo, Hugo, ¿cómo podéis decir tal cosa?

—Sois muy franco —espetó De Warrenne.

Corbett observó al viejo conde. «Sois un mujeriego y un borracho —pensó—, pero os he juzgado mal. Tenéis sentido del honor. Quizá no sea de vuestro agrado, pero vos también sospecháis de los complots del rey».

De Warrenne bajó su mirada.

—Os digo que sois muy franco, escribano —musitó el conde.

—Solo estoy siendo sincero —respondió Corbett—. Es mi vida. El mismo rey ha reconocido que De Craon puede ir tras de mi cabeza.

—Pero no os envío allí por ese motivo —el rey pasó de ser un príncipe afligido a un señor ofuscado—. Hugo, esto es Inglaterra. Vais a ir al bosque de Ashdown, pero si De Craon mueve un solo dedo en vuestra contra, haré que le corten la cabeza. ¿Me entendéis, Corbett? Haré que se la quiten de los hombros y luego la colgaré de una vara en el puente de Londres para que los cuervos puedan picotear en ella, como hacen con el resto de alimañas.

Corbett empezó a reír. Al principio, de una manera sofocada pero, cuanto más pensaba en lo que el rey había dicho, más le costó reprimir la carcajada.

—¿Lo encontráis divertido, Hugo? Os parece gracioso lo que a vuestro rey no le hace ni pizca de gracia.

Corbett se enjugó las lágrimas con el dorso de la mano.

—Majestad, soy escribano de vuestro Sello, señor de vuestros secretos, vuestro vasallo más fiel pero yo también presiento el juego —el rostro de Corbett se endureció—. No soy un mozo de taberna al que podéis enviar a hacer recados. Tampoco soy un escribano novato de cabellos repeinados, orgulloso de llevar un traje nuevo y que se cree todo lo que le dicen. Así que, ¿por qué no hablamos de una vez? De rey a siervo fiel, de príncipe a concejal, o como muy bien habéis dicho vos al principio, como dos amigos que han visto pasar juntos muchos días y el cambio de las estaciones.

—Nos vais a mandar a Sussex —continuó Corbett con un tono, incluso, más grave— porque queréis descubrir el motivo de la muerte de uno de los barones más importantes de este reino.

—Cierto.

—Y, también, queréis descubrir si hay alguna conexión entre la muerte de lord Henry y la de la joven que fue dejada a las puertas del priorato de santa Hawisia.

—Estoy de acuerdo.

—Y también deseáis que, de paso, no le quite el ojo de encima a De Craon y descubrir así la verdadera relación entre lord Henry Fitzalan y la corte francesa.

—Ya os lo he dicho.

—Y, para terminar, tampoco lamentaríais que ocurriera un accidente que pudierais utilizar para anular las capitulaciones matrimoniales con Francia. Desearíais que no fuera mi muerte, pero si eso sucediera, ¿la utilizaríais?

—Sí, sí lo haría —reconoció el rey con un suspiro—. Os tengo en grandísima estima, Hugo, y por supuesto que me vengaría de vuestra muerte, pero ese acuerdo...

—Debéis respetarlo —insistió Corbett—. Lo decidió el consejo por unanimidad. Cualquier intento de romperlo conduciría a la guerra más encarnizada y despertaría la ira del papado.

—¿Os parece bien el acuerdo?

—Sabéis que sí, señor.

El rey Eduardo abrió las manos.

—Entonces, que sea Dios el que decida —el rey echó hacia atrás la silla—. Debéis estar en Sussex al anochecer.

A continuación, Eduardo se encaminó hacia la puerta, dio unas palmaditas a Corbett en el hombro, guiñó el ojo a Ranulfo y con De Warrenne pisándole los talones salió de la estancia dando un portazo.

—No deberíais haber dicho eso —afirmó Ranulfo acalorado. Echó un banco a un lado y se sentó junto a su amo.

—Debía decir la verdad —replicó Corbett—. Ya sé que el rey no quiere verme muerto, pero también sé que desea romper ese acuerdo de boda. Pero no me matarán, ¿verdad Ranulfo?, no con mi ángel de la guarda protegiéndome.

Su criado se ruborizó y sus ojos azules miraron en otra dirección.

—Siempre pestañeas cuando estás nervioso —se rio Corbett—, como cuando *lady Maeve* me echa un rapapolvo.

Ranulfo golpeó la mesa con sus guanteletes tachonados de metal.

—*Sir Hugo*, soy vuestro hombre en la paz y en la guerra. Me salvasteis de la horca. Os debo mi vida.

Ningún papa, ningún rey ni ningún sacerdote podrán pagar nunca esa deuda.

—No, no podrán —afirmó Corbett, con un suspiro, y poniéndose en pie—. Pero pueden intentarlo y tú eres un hombre ambicioso, Ranulfo-atte-Newgate. En fin, ya no podemos regresar a Leighton —se frotó el pecho donde todavía le molestaba la herida—. Haremos que los escribanos firmen las autorizaciones y comisiones y, antes de que anochezca, estaremos en Ashdown.

La puerta se abrió y un criado, con el tabardo real, de color azul, rojo y dorado, entró sosteniendo una vara blanca con la que golpeó imperiosamente el suelo.

—¡Dios mío! —se burló Ranulfo—. ¡Es el arzobispo de Canterbury!

—El rey Eduardo, príncipe de Gales, requiere vuestra presencia —anunció el chambelán con gesto pomposo—. Os espera en el patio de torneo.

—Bueno —susurró Corbett—, esto va a ser interesante.

Siguieron al chambelán, fuera del gran salón, en dirección al patio. El sol de la mañana brillaba sobre la grava empapada de lluvia. En aquel lugar bullicioso, los mozos sacaban a los caballos fuera de los establos, descargaban a los palafrenes y desataban los carros. Los pollos picoteaban el suelo, cloqueando con estridencia ya que un perro de palacio venía corriendo tras ellos lanzando agudos ladridos. Había criados y soldados en armas por todas partes. Un grupo de arqueros reales había sacado a un ladrón para ejecutar el castigo; le despojaron de todas sus ropas, le ataron

a un árbol y ahora le estaban azotando, enérgicamente, con varillas de sauce blanco. El hombre no podía gritar porque le habían amordazado e intentaba desatarse, retorciéndose de dolor por las heridas rojas que le cruzaban, ahora, la blanca espalda llena de granos.

El chambelán les condujo a lo largo de un sendero hecho con losas de terraza y que llevaba al patio de torneo, cubierto de tierra, que no era más que un espacio rectangular, alargado y polvoriento, con una justa de madera en el medio. Dos jinetes esperaban a ambos lados, cada uno vestido con su armadura. Uno llevaba el blasón de los Beaumonts de Norfolk y el otro, el más próximo a Corbett, el dragón rojo de Gales.

De pronto, se oyó un toque de trompeta metálico y persistente. Los caballos empezaron a avanzar al trote y, luego, a medio galope. Se bajaron las lanzas a la altura de la cabeza de los caballos mientras ambos jinetes cabalgaban al encuentro. El príncipe de Gales era más rápido, su caballo más ligero y más veloz. Su lanza logró sortear el escudo de su oponente y le alcanzó directamente al pecho. El caballero de Norfolk se balanceó sobre su silla, intentó mantener el equilibrio pero, finalmente, cayó estrepitosamente al suelo, levantando nubes de polvo, ante la aclamación y el griterío de los espectadores. El príncipe, victorioso, dejó caer su lanza, sacó su espada y se dirigió a medio galope hacia su oponente derribado. Este tuvo el sentido común de no resistirse, se sacó el casco y extendió las manos en señal de sumisión.

El príncipe Eduardo desmontó, se sacó, también, su casco y, con la ayuda de un criado, empezó a quitarse la armadura. Luego ayudó al caballero de Norfolk a ponerse en pie, dándole unas acaloradas palmaditas en la espalda. Cuando el príncipe vio a Corbett se dirigió a su encuentro, con algunas piezas de armadura todavía colgándole del cuerpo, pero que, simplemente, arrojó al suelo para que sus criados las recogieran. El príncipe Eduardo era un hombre de gran atractivo físico, de unos seis pies de estatura, de cabellos dorados, con un corte a lo *garçón*, y un bigote y barba bien recortados. Tenía el rostro ovalado, con unos ojos azules penetrantes, rubicundo, pero con unos labios finos y una boca cuya expresión era bastante agresiva. Sin embargo, se dejó de ceremonias, estrechó la mano de Corbett y dio unas palmaditas a Ranulfo en los hombros.

—*Sir* Hugo, me alegro de veros. ¿Ya estáis recuperado? ¿Cómo está *lady* Maeve? —su sonrisa se dilató todavía más—. Después de todo, ella es de mi principado. Dicen que no hay nada como una mujer galesa en la cama —luego, se mordió la lengua y cerró los ojos—. Lo siento, Hugo.

—Ofensa no cometida, ofensa no admitida, señor.

—¿Y qué hay del noble Ranulfo? —el príncipe Eduardo intentó ocultar su metedura de pata golpeando cariñosamente el hombro del criado de Corbett—. Por lo que he oído le adoran todas las doncellas, ¿eh?

Se volvió y llamó con señas a un criado que se acercó apresuradamente con una bandeja, y cuya precipitación la hizo tambalear mientras el príncipe llenaba tres

copas. Cuando Eduardo acabó de servir las, soltó un sopapo en la oreja al hombre, quien retrocedió llevándose una mano a la cabeza.

—No fue culpa suya —protestó Corbett.

—Tenéis razón —el príncipe tomó un sorbo de vino y se volvió—. ¡Rushlett! —gritó.

El ofendido criado se acercó vacilante. El príncipe señaló las tres copas.

—Siento haberos pegado. Cuando hayamos acabado podéis quedaros con las tres copas de la bandeja y venderlas.

Su criado se retiró y le dio las gracias efusivamente.

—No son mías —explicó el príncipe Eduardo—. Son del obispo de Winchester, pero para cuando se dé cuenta, ya las habrá vendido. Da igual, es lo suficientemente rico para volverlas a comprar. Os marcháis hacia Ashdown, ¿verdad? —prosiguió precipitadamente—. Han asesinado a lord Henry y el enviado francés está buscando desesperadamente a un sustituto. Mi padre tiene tanta prisa para que me case, ¿eh?

—¿Deseáis vuestros desposorios? —preguntó Corbett.

—No os hagáis el inocente conmigo, escribano —respondió el príncipe. Luego suspiró—. Supongo que me tendré que casar con esa cortesana. Y durante el resto de mi vida tendré al rey Felipe sobre mis espaldas. Ese beato, hipócrita, confabulador...

—Vuestro padre político en el futuro —añadió Corbett para terminar la frase.

El príncipe se enjugó el sudor de la cara y tomó otro sorbo de la copa.

—Cuando mi padre muera... —añadió con malicia.

—Y que ese día tarde en llegar —le interrumpió Corbett, incluso hablar sobre la muerte del rey podía ser considerado traición.

—Sí, sí, pero bien se ha de morir. Da igual, cuando muera, Corbett, Ranulfo, os quiero a mi servicio. Os voy a necesitar. Los nobles me detestan y los obispos solo hacen que darle a la lengua como si fueran gallinas cacareando.

—No es por vos, señor, es...

—Sí, ya lo sé, es por Piers Gaveston.

Corbett se relajó, por lo menos ya se había mencionado el nombre. Era el hombre de confianza del príncipe de Gales, algunos incluso decían que su amante. Se rumoreaba que era un oportunista de Gascón, hijo de una bruja que parecía ejercer una influencia indebida sobre el heredero. Gaveston era un joven astuto, caballero de torneos nato y un excelente jinete. Poseía un gran atractivo físico que había utilizado para jugar a ser el Jonathan con el David del príncipe Eduardo. Corrían todo tipo de habladurías y las malas lenguas aseguraban que los habían encontrado solos en la cama, por lo que el rey, furioso, expulsó a Gaveston del reino.

—Quiero que Piers regrese —afirmó el príncipe dando una patada en el suelo—. Si no puedo tener a mis amigos, ¿de qué me sirve este reino?

Corbett lanzó una mirada de advertencia a Ranulfo.

—Me reuniré con vos en Ashdown —añadió el príncipe dando media vuelta pero estudiando a Corbett por el rabillo del ojo.

—¿Erais amigo de lord Henry? —preguntó Corbett.

El príncipe meneó un dedo jugueteando.

—Ese es nuestro Corbett, piadoso como una monja, con esos ojos inocentes y esa cara de no haber roto nunca un plato. Deberíais haber sido abogado en el banco real. No era amigo de lord Henry, pero sí de su hermano William. Y, como sabéis, he ido de peregrinaje en más de una ocasión a Santa Hawisia.

—¿Y os alojasteis en el feudo de Ashdown? —preguntó Corbett.

—Allí o en una taberna en la carretera que va a Ashdown. Hay buena caza en sus bosques —sonrió—, aunque no creo que lord Henry pensara lo mismo, ¿eh? En fin, ¿cuándo os marcháis?

—Cuanto antes, señor. Vuestro padre nos ha dado órdenes de partir hacia allí y hacia allí vamos.

Eduardo asintió. Volvió a dar unas palmaditas a Corbett en los hombros, perdido en alguna de sus cavilaciones, y, susurrando algo por lo bajo, se retiró con su séquito.

—¿A qué venía todo eso? —preguntó Ranulfo.

—No lo sé —replicó Corbett—. Esto es como una tela de araña, todo el mundo miente. El rey Felipe es un mentiroso. De Craon no vería la verdad ni aunque le diera en las narices. En cambio, nuestro rey nos la oculta y el príncipe Eduardo ara su propio surco. ¿Qué hora debe de ser?

Ranulfo levantó la vista al cielo.

—Todavía no son las nueve.

—Enfarda nuestras pertenencias. Prepara los caballos, también el de carga, y asegúrate de que traes todas mis alforjas.

—¿Dónde vais?

—Daré una vuelta por palacio —añadió Corbett—. Cuando hayas terminado, reúnete conmigo en la puerta principal. Vamos a cruzar el foso y a dirigirnos al pueblo, a la taberna del Árbol de Jesse. Su propietario alquila una habitación llamada la Estrella de Belén y que, según parece, decoraron unos peregrinos que visitaron Tierra Santa.

—Por el amor de Dios, amo, ¿de qué demonios estáis hablando?

—¿Yo? —sonrió Corbett—, ¿con mi cara de monja y mis miradas de no haber roto nunca un plato?

Ranulfo suspiró. A continuación, fijó su mirada en un paje que llevaba una pesada alforja de guerra de alguno de los contendientes.

—Echo de menos a Maltote, amo, y no solo porque se ocupaba de los caballos.

Corbett siguió la mirada de Ranulfo y observó al paje, tambaleándose con el pesado arnés sobre los hombros. Maltote había sido su escudero, un joven algo torpe pero con un don indiscutible para los caballos. Había sido asesinado en una callejuela inmunda de Oxford y su cuerpo yacía ahora bajo las losas de su capilla en la posesión de Leighton.

—Le echo mucho de menos —prosiguió Ranulfo—. Me alegro de haber matado a

su asesino. Espero que su alma se pudra en el infierno.

Luego se alejó, como siempre hacía, para ocultar las lágrimas.

Corbett dio una vuelta por palacio saludando a conocidos, deteniéndose a charlar con los escribanos que le estrecharon la mano y le felicitaron por su regreso. Se fue a la cocina y convenció al cocinero para que le sirviera algo de pan, queso y una jarra pequeña de cerveza. Se sentó tranquilamente y comió, fijándose en la hora que la vela marcaba en su soporte de hierro, cerca de la puerta; cuando estaba a punto de llegar al décimo círculo rojo, Corbett se dirigió a la puerta principal, donde Ranulfo ya le estaba esperando.

—Amo ¿por qué vamos a la taberna del Árbol de Jesse y a esa habitación de la Estrella de Belén?

—Ya te lo he dicho.

Corbett cogió a Ranulfo por el brazo. Pasaron por la caseta del puente y llegaron al camino que se perdía entre los árboles hacia el pueblo. Corbett se aflojó su cuello blanco. Era un día de otoño, todavía caluroso, los árboles se despojaban de las hojas que caían formando un manto dorado que crujía bajo sus pies. Se echaron a un lado para dejar pasar a una hilera de hombres con sus cargas; los caballos quejándose por el hedor a sangre de la carne de venado, gargantas cortadas y estómagos destripados que habían colocado sobre sus lomos. Los guardabosques y cazadores, manchados de sangre, estaban de buen humor. Todavía no era mediodía y solo habían estado cazando desde el amanecer para llevar carne fresca a las cocinas reales.

—Ibais a decir algo, amo —le susurró Ranulfo a Corbett deseando que no se quedara pensativo en uno de sus largos silencios.

—Bueno, ahora estamos lejos de palacio. Te lo diré. Todo el mundo miente, Ranulfo. Ahora bien, aunque permanecía postrado en mi cama de dosel de Leighton y *lady* Maeve me colmó de cuidados y atenciones, sin embargo, seguí recibiendo noticias de mis espías, mercaderes, viandantes, caldereros y eruditos.

—Pero si dijisteis que solo os informaban de habladurías, del cotilleo del pueblo.

Corbett negó con la cabeza.

—Cierto, la mayor parte lo eran. Sin embargo, te diré una cosa, Ranulfo, si hubiese tenido que permanecer en esa cama un día más me habría vuelto loco. No me malentiendas, amo a *lady* Maeve más que a mi vida. Y en cuando a Eleonor, bueno, ya sabéis cómo es.

—Y *lady* Maeve está de nuevo en estado de buena esperanza —apuntó Ranulfo.

—Tan espléndida como una rosa al mediodía.

—¿Un chico esta vez?

—Y un hijo vivo es lo único que deseo. Ahora bien, mi mente es como la de cualquier otra persona, hay que mantenerla bien afilada. Sé que De Craon había averiguado cómo evolucionaban mis heridas y, seguramente, rezó por mi muerte. Nos estamos acercando a un momento sumamente emocionante, Ranulfo. Un heredero inglés va a casarse con una princesa francesa. Felipe de Francia va a ver como su

sueño se convierte en realidad, un descendiente de su gran antepasado, Luis, se sentará en el trono de Westminster. El rey Eduardo desea liberarse de ese compromiso. Si lo consigue, tendremos una sangrienta guerra. Así que presté atención a lo que me contaron mis espías, en especial a Aidan Smallbone, un solitario escribano de la propia cancillería secreta del rey.

—Pero pensé que... —interrumpió Ranulfo.

—Sí, lo sé. Yo soy el encargado de los sellos secretos. Mensajes como ese deberían llegarme a mí directamente, pero hay un verso de la Sagrada Escritura que nuestro rey cree a pies juntillas: no le gusta que su mano izquierda sepa qué está haciendo su mano derecha. De ese modo, determinados mensajes y documentos le llegan a él. Todo lo que el maestre Smallbone hace es, una vez termina con ellos, colocarlos en una cámara secreta. Eduardo siempre está presente cuando lo hace. De todos modos, el maestre Smallbone es amigo mío. Me envió una carta preocupándose por mi estado de salud, expresando su deseo por verme y eso significa que tiene algo que vender.

Entraron en el Árbol de Jesse. El dulce olor a jamón y piernas de venado ahumadas y curadas para la llegada del invierno impregnaba la taberna. El propietario saludó a Corbett con una reverencia y les condujo por unas escaleras de madera. Ranulfo se sintió decepcionado con la habitación de la Estrella de Belén. Era una cámara espaciosa, bien amueblada, pero las pinturas eran simples garabatos y, además, se encontraban en bastante mal estado, las estrellas doradas, sobre el techo azul, estaban descoloridas y la pintura había empezado a desconcharse. El maestre Smallbone era un hombre calvo, difícil de definir, con una nariz que le goteaba constantemente y que se secaba con la manga de su justillo mugriento. Corbett le saludó con bastante efusividad, se sentaron alrededor de una pequeña mesa de caballete y empezaron a intercambiar cotilleos y algunas bromas, mientras el propietario les servía unas jarras de cerveza y unas lonchas de carne de venado. Una vez se marchó, Corbett cerró la puerta con el pestillo. Smallbone comía como si la vida le fuera en ello, pero cuando Corbett sacó una moneda de oro, se la arrebató y se la metió rápidamente en su monedero.

—Muy bien, maestro Smallbone, ya he pagado vuestros honorarios. Ahora cantad.

—El rey quiere romper el acuerdo.

—Eso lo sé.

Smallbone sorbió por la nariz.

—Cree que Gaveston ha vuelto a Inglaterra.

—¡Qué! Pero si fue exiliado bajo pena de muerte o mutilación.

—La vida, algún miembro, ¡qué más da! —se mofó Smallbone—. Ha sido visto en Londres y lo mismo rumorean los bailes de puerto, pero si sigue en Londres o no, eso no se sabe.

—Proseguid.

—El rey está profundamente interesado en la muerte del médico de Fitzalan. Ya sabéis que lord Henry, durante algún tiempo, había alquilado los servicios del italiano Pancius Cantrone y se lo llevaba con él en sus viajes.

—¿Y por qué debería el rey estar interesado en él?

—Porque una vez trabajó con Gilles Malvoisin.

Corbett dejó la jarra de cerveza sobre la mesa.

—¿Malvoisin? Hace mucho tiempo fue médico de la corte francesa. En especial de Juana de Navarra, la fallecida esposa del rey Felipe IV. Pensé que Malvoisin murió en un accidente naval en el Sena.

—Y así fue —prosiguió Smallbone, engullendo la carne de venado y permitiendo que su salsa le resbalara por la barbilla.

—¿Y qué más sabéis, maestro Smallbone?

—Bueno, el rey está también interesado en Simon Roulles, que ha sido enviado a París.

—¡Roulles! —exclamó Corbett.

—¿Quién es? —preguntó Ranulfo.

—Yo le formé —explicó Corbett—. Es un ladronzuelo, Ranulfo, un gran bailarín, un cantante, un trovador, un mujeriego, pero pensé que había muerto en un alboroto callejero en Roma.

Smallbone negó con la cabeza.

—Está vivo y se encuentra en París y, a decir verdad, haciendo la corte a la señora Malvoisin. Y esto es todo lo que tenía por vender.

—¿La viuda del médico?

—La misma.

—Vaya, vaya, vaya —comentó Ranulfo.

—¿Y sabéis por qué, maestro Smallbone? —preguntó Corbett.

El pequeño escribano negó con la cabeza.

Corbett dejó a un lado su pierna de venado, le dio las gracias y, seguido de Ranulfo, salió de la habitación. Antes de bajar las escaleras Corbett se detuvo.

—Recuerda bien mis palabras, Ranulfo. Cuando lleguemos a Ashdown no bajes la guardia: ese lugar podría ser un nido de víboras urdiendo toda clase de complots y asesinatos —hizo una pausa—. Hay algo muy feo y misterioso acerca de todo lo que nos han contado.

Capítulo III

Roberto Verlian, jefe de los guardabosques del fallecido lord Henry Fitzalan, habría estado de acuerdo con Corbett. No se había lavado ni cambiado de ropa, y su cara y manos estaban llenas de arañazos de las zarzas y ortigas por las que se había arrastrado para abrirse camino.

Había regresado a Savernake Dell y visto el cadáver de lord Henry, aquella flecha de una yarda de largo se había clavado profundamente en el pecho. Verlian regresó, a hurtadillas, al feudo solo para cerciorarse de que él era el primer sospechoso; las lenguas empezaron a hablar pronto, los dedos a señalar. ¡Verlian había matado a su amo! Le iban a capturar y a llevar a juicio. Verlian decidió huir, convertirse en un forajido y adentrarse en los bosques. ¿Qué tipo de justicia podía esperarle a manos de *sir* William? El señor del territorio tenía el poder del hacha y de la carreta. Le atraparían y le llevarían al patio del feudo para colgarle antes de que terminara el día, confiscarían todas sus posesiones y entonces, ¿qué sería de Alicia?

Verlian se agazapó junto a un roble, un árbol muy viejo que, según las leyendas del bosque, fue utilizado, en su tiempo, para ejecutar los sacrificios, por los paganos. Verlian no había comido, aparte de un poco de pan y algo de carne ahumada que había robado de la choza de un carbonero. Ahora, permanecía a la escucha, como los animales a los que solía dar caza, aguzando el oído ante cualquier ruido que delatara a sus perseguidores y transportara la brisa de la mañana.

Se cruzó de brazos. Había pasado la noche cerca del riachuelo de Radwell, y ahora le dolía todo el cuerpo, de pies a cabeza, pero ¿qué otra cosa podía hacer? El feudo de Ashdown era un lugar hostil, el baile de la localidad se encontraba a muchas millas de distancia. Su mente, cansada, repasó los acontecimientos de las últimas semanas. Lord Henry se había mostrado muy persistente en el cortejo de su hija Alicia. No la dejaba en paz. Le hizo todo tipo de regalos, carne dulce, vino, ropa muy cara, presentes, incluso un palafrén blanco como la nieve. Pero Alicia se mantuvo en sus trece.

—No soy la amiga de ningún hombre —espetó—, ni tampoco la amante de ningún señor.

Rechazó todos los regalos. Pero lord Henry se volvió todavía más insistente, incluso se presentó en la choza que tenían en su finca de Ashdown. Alicia, cuyo genio no conocía límites, había cogido un arco y una flecha de su arcón de guerra y había amenazado a lord Henry diciéndole que si no la dejaba en paz, le mataría y alegaría que había sido en legítima defensa. Fitzalan se puso muy malhumorado y soltó toda clase de advertencias y amenazas. Les recordó que tanto Verlian como su hija eran sus siervos; que él era el dueño del techo bajo el que vivían y que los caminos de Sussex no eran un buen lugar para un hombre sin tierras y su hija. Verlian había recurrido a *sir* William en busca de ayuda pero el joven hermano, tan reservado, no pudo ofrecerle ningún apoyo.

Verlian escuchó un crujido bajo tierra y miró a su alrededor, solo había sido un tejón saliendo de su guarida para olisquear el aire de la mañana. ¿Habría matado *sir* William a su hermano?, se preguntó Verlian, ¿habría querido hacerse con toda su fortuna y luego cargar la culpa al pobre guardabosque?, no estaba seguro de nada. Se sentía débil por el hambre, la cabeza le daba vueltas y parecía que iba a perder el juicio de un momento a otro. ¿Acaso no había soñado él con matar a lord Henry? O incluso peor, ¿dónde había estado Alicia aquella mañana? ¿Podría haber sucedido? De pronto fijó la mirada. ¿Había sido su imaginación? No, el sonido de un cuerno de caza atronó por todo el bosque. Verlian había oído los rumores de que *sir* William, ahora dueño del feudo, estaba resuelto a dar caza al asesino de su hermano. Ya había ofrecido algunas recompensas, un centenar de libras esterlinas por el asesino, ya fuera muerto o vivo. Verlian, un soldado que había luchado en la marcha escocesa, tembló de miedo. Tal vez se había equivocado. De nuevo, el toque del cuerno, se oyó ahora con total claridad, seguido del ladrido de los perros de caza de Fitzalan, unos mastines entrenados especialmente para seguir el rastro humano.

Verlian se puso en pie y corrió, medio agazapado, tan rápidamente como pudo, alejándose de aquel terrible sonido pero, cuanto más avanzaba, más cerca se encontraban sus cazadores. Intentó reconocer dónde se encontraba. Recordó sus días de caza. Si pudiera llegar al riachuelo de Radwell, así utilizaría el agua para borrar cualquier rastro, pero ¿adónde le conduciría?

Llegó a un claro y vio una choza. La puerta estaba abierta y un penacho de humo salía del tejado de paja. Se sentó en cuclillas, durante un rato, intentando mantener la compostura. Sí, sí, ahora se acordaba, Jocasta la bruja vivía allí, ella y la bobalicona de su hija. ¿Pero le ayudarían? Se dirigió, a toda prisa, hacia la puerta abierta. Las mujeres estaban sentadas a la mesa. Jocasta era una mujer alta, de rostro moreno, con el cabello negro como el carbón cayéndole por su rostro de facciones duras. Sus ojos no pestañeaban ni un segundo. Su hija, con el cabello también pardusco y aquella mirada perdida, se limitó a levantar una mano y continuó canturreando una cancioncilla sobre la muñeca de madera que tenía en el regazo.

—¡Necesito comer! —suplicó.

—Entonces no estáis en el lugar adecuado, Roberto Verlian.

—Soy inocente.

—Ningún hombre es inocente.

—¡Por el amor de Dios! —rogó Verlian entre gritos, al escuchar como se acercaba cada vez más la partida de caza.

Jocasta se acercó a una cesta cerca de la puerta y le lanzó dos manzanas.

—Sois hombre muerto, Verlian. Si *sir* William no os mata lo harán sus cazadores.

—¡Por favor!

—¡Utilizad vuestra mollera! ¿Acaso tenéis el cerebro tan perdido como el de mi hija? Habéis pedido ayuda a Dios; entonces, es a él a quien debéis recurrir.

Y luego, cerró la puerta en sus narices. Verlian dio un mordisco a las manzanas.

Tenían un sabor agrio, eran difíciles de masticar y tenía la boca tan seca. Estaba a punto de echar a correr de nuevo cuando recordó lo que le había dicho la bruja y entonces soltó un suspiro de alivio. Claro, solo había un lugar que pudiera acogerle. Cruzó volando el claro, faltó de aliento y sin fuerzas Verlian se abrió paso entre las zarzas, desesperado por encontrar el camino que andaba buscando. Los cazadores se acercaban, el ladrido de los mastines sonaba como un toque de difuntos. No paraba de correr, sin hacer caso de la bilis en el fondo de la garganta, de las lágrimas empañándole los ojos, de los dolores punzantes en la espalda y las piernas y de aquella terrible rampa que sentía en el lado izquierdo. Tropezó y cayó de bruces, los guijarros del camino le arañaron manos y mejillas. Se puso en pie, continuó corriendo y, por fin, llegó al claro donde, ante él, se alzaban las puertas abiertas de San Oswaldo en los Árboles. Balbuceando y a trompicones, Verlian se arrojó en su interior, cerró la puerta de un portazo, bajó la barra y se apoyó en ella. La entrada de la pequeña iglesia estaba a oscuras, solo percibió una pequeña luz que procedía de detrás de la reja labrada que separaba el coro de la nave. Pudo vislumbrar también los bancos y taburetes en los cruceros, sumidos asimismo en la penumbra.

—¿Quién anda ahí?

Una figura apareció por la reja. Verlian reconoció al hermano Cosmas. Avanzó por la iglesia dando traspiés. El franciscano llevaba un cuchillo en una mano y en la otra la vela que había estado afilando. Verlian llegó a la reja, donde el franciscano le empujó hacia los estrechos escalones. El guardabosque tocó el altar y, luego, se agachó debajo de él mientras el monje se encaminaba hacia su encuentro, una figura fantasmal con hábito marrón, la parte inferior de su pálido rostro oculta por aquella barba negra, desarreglada, que le caía hasta la altura del pecho.

—¡Sois Roberto Verlian! —exclamó—. El antiguo jefe de los guardabosques de lord Henry. Dicen que sois un asesino.

—¡No soy un asesino! ¡Soy inocente de cualquier crimen! Y os pido que me acogáis en santuario.

El franciscano sorbió por la nariz y se agachó a su lado.

—Poco puedo hacer por vos, buen hombre —sus ojos penetrantes parecían bondadosos—. *Sir William* es el señor del feudo.

—Pero no de esta iglesia —replicó Verlian.

—No, en eso tenéis razón.

El franciscano se puso en pie ante los golpes que aporreaban la puerta sin cesar.

—Y tal vez ya sea hora de que se lo recuerde.

En la enorme casa enmaderada que se alzaba en la esquina de la rue San Denis, desde la que se podían oír las campanas de Nôtre Dame, Simon Roulles, el eterno estudiante, el escolar errante, el siervo leal del rey Eduardo de Inglaterra, había encontrado su propio santuario en la lujosa cámara de *madame* Malvoisin. Simon, al

que su venerable amante conocía con el nombre de Bertrand, se dio la vuelta sobre la cama y se quedó observando a su última conquista.

—De verdad —le susurró la dama— estáis hecho un gallito, o mejor dicho, todo un pavo real.

Simon soltó una risotada y se reclinó en el cabezal.

—¿Por qué yo?

Le había hecho la misma pregunta en multitud de ocasiones durante los últimos días. Simon siempre intentaba ser honesto. Después de todo, ¿cuántos años tenía? ¿Había cumplido los veinticuatro o veinticinco veranos? Bueno, la mujer de cabellos canosos que yacía a su lado le doblaba, por lo menos, la edad. En su juventud, *madame* Malvoisin debería haber sido muy bella. Tenía unos ojos brillantes, unos labios carnosos y el maquillaje que llevaba ocultaba cualquier arruga que indicara el paso del tiempo. Tenía un cuerpo rollizo, cálido, suave como la seda y, si debía ser franco, para un alma perdida como él, ella suponía un agradable agarradero.

La conoció en el mercado, con el cabello encrespado y acicalado. Él llevaba su mejor túnica, con los colores propios del estudiante de cuadrivio y trivio de la Sorbona. Ella había perdido a su doncella y llevaba un fardo de ropa bastante pesado. Simon se ofreció a ayudarla. Cuando llegaron a la acogedora mansión, con sus cámaras de paneles de madera, Simon aceptó tomar una copa de vino dulce y algunos mazapanes. Desde luego, la dama le volvió a invitar y, por supuesto, él aceptó. Había llevado a *madame* Malvoisin a dar una vuelta por el barrio latino, a aquellas tabernas llenas de estudiantes, alegres y despreocupados, que cuando bebían se ponían a cantar y a bailar como auténticos profesionales; luego en el campo o en algún bote en medio del Sena, Simon había demostrado ser un pretendiente persistente.

Madame Malvoisin no se preocupó por guardar las apariencias. Aquel joven estudiante era el dueño de su corazón y de su dormitorio. De hecho, le importaban muy poco las habladurías y las risitas sofocadas de sus doncellas o los rumores que hacían circular sus vecinos, a los que no se les escapaba nada. Después de todo, ¿qué eran sino celos? Envidia de su buena suerte. ¿Acaso no se merecía todo esto? Había sido la respetable esposa de un médico de la corte real hasta que el pobre Gilles, demasiado borracho, sufrió un accidente en un bote. Volvía de un encuentro con sus amigos médicos y, según el barquero, Gilles insistió en quedarse de pie, pero la chalana volcó y a los pocos días encontraron el cuerpo del pobre, que sacaron del Sena como si de pescado se tratase.

Madame Malvoisin contempló el baldaquín dorado sobre la cama de dosel. A menudo, se preguntaba sobre la muerte de su marido. ¿Habría sido un accidente o un asesinato? ¿Acaso no había insinuado Gilles algunos oscuros secretos sobre la corte, sobre cosas que un hombre nunca debería saber? Y ahora, había entregado su corazón a aquel joven encantador cuyas manos, una vez más, acariciaban sus pechos, recorrían su estómago hasta su lugar secreto. Se dio la vuelta y le apartó la mano.

—Me habéis dicho que os vais.

Él la besó en los labios.

—Sí, muy pronto, querida, pero volveré. Tengo que solucionar un asunto. Mi primo tiene una granja en la calle Calais. Le había prometido hacerle una visita desde mediados de verano.

—¿Y cuándo os vais?

—Para la festividad de San Miguel. Pero estaré de vuelta antes de mediados de octubre.

Simon se puso rígido al percibir un crujido en el pasillo de fuera.

—Pensé que habíais dicho a vuestras doncellas que no subieran hasta aquí, al menos hasta que os hubierais levantado.

Madame Malvoisin soltó una risita, como la jovencita que se sentía en aquel momento. Simon era un amante tan vigoroso que no podía ahogar sus gemidos y quejidos. Había echado a sus criados del pasillo, les había prohibido estrictamente acercarse a su cámara hasta que se hubiera levantado y vestido para el día.

—¿Por qué estáis tan nervioso? —le dijo en tono de broma—. Eso solo les interesa a mis criados.

—¿A qué criados? —Simon subió el tono de voz.

—A mi doncella Isabel. Siempre me hace preguntas.

Simon se sentó. Escuchó otro crujido. Siempre se había enorgullecido de su prudencia y astucia. ¿Acaso no le había parecido ver a Isabel hablando con un extraño la tarde anterior? Estaba seguro de que había visto como recibía unas monedas. De nuevo se oyó otro ruido. Haciendo caso omiso de las protestas de *madame Malvoisin*, Simon saltó de la cama. Se puso precipitadamente sus calzas de lana y su camisa de batista. *Madame Malvoisin* le observaba ahora, sentada sobre la cama, con los ojos abiertos como platos. Simon miró hacia la puerta. El picaporte se movió hacia abajo, inmediatamente desenfundó su espada y daga cuando los sicarios vestidos de negro se colaron en la cámara. *Madame Malvoisin* soltó un chillido, se tapó con las sábanas hasta la altura de la cara y, pálida, observó a aquellos hombres horribles, con capuchas sobre sus cabezas y unas máscaras que les tapaban el rostro. ¡Aquello no podía estar pasando de verdad! ¡Sería una pesadilla! Cinco, no, seis figuras contó. Pero los hombres no le prestaron atención, se dirigieron al joven escribano. No podían ser ladrones. ¿Dónde estaban sus criados? Abrió la boca para gritar pero apenas pudo pronunciar sonido alguno. Uno de los hombres vestidos de negro se acercó a Simon.

—*Monsieur*, vais a venir con nosotros.

Simon dio un paso al frente, con la espada y la daga en guardia. Su oponente le hizo frente y sus armas se encontraron con un estallido metálico. Simon retrocedió. Miró hacia la ventana, pero el agujero era estrecho y sabía, además, que había demasiada altura. Maldijo su estupidez. Había cometido un error, uno que se había prometido que no cometería jamás: estar en una habitación en la que no había escapatoria, ninguna puerta o ventana por la que colarse como había hecho en

multitud de ocasiones. De nuevo dio un paso al frente, pero su oponente fue más rápido, se volvió y clavó su espada en el hombro de Simon. El espía inglés dejó caer el arma, doblegándose ante el dolor punzante que le recorría el pecho. Sus enemigos le rodearon, le obligaron a ponerse de rodillas y le retorcieron los brazos a la espalda antes de volver a ponerlo en pie. El dolor de su hombro se había vuelto muy intenso.

—*Monsieur*, quedáis arrestado.

—¿Bajo qué cargo? —balbuceó Roulles—. ¡Me niego!

—Bajo el cargo de asesinato.

—¿De quién?

El líder del grupo se acercó ahora a *madame* Malvoisin, todavía traspuesta por el pánico. Ella se resistió mientras el hombre la tendió en la cama y, cogiendo un cojín, se lo colocó sobre la cara. Roulles se quedó petrificado, observando cómo su amante luchaba por su vida, su cuerpo arqueándose, sus brazos y piernas repartiendo golpes a diestro y siniestro. El asesino se mantuvo firme, hasta que el cuerpo de *madame* Malvoisin dejó de moverse.

—Ahí está vuestra víctima —contestó el forajido—. ¡Lleváoslo!

Corbett se llevó la mano a la altura de los ojos para contemplar Savernake Dell y se inclinó, hundiendo la punta de su daga, sobre las manchas oscuras que todavía cubrían la hierba cubierta de rocío.

—¿Se encontraba vuestro hermano en este lugar?

Sir William Fitzalan asintió.

—Estaba preparando una flecha en el arco, iba a disparar cuando el asesino acertó de pleno en su pecho.

—¿Y ese asesino...? —preguntó Ranulfo.

La cara sudorosa de *sir* William esbozó una sonrisa.

—Lo sabéis muy bien: fue nuestro guardabosque Roberto Verlian, que se ha dado a la fuga. Se encuentra en el santuario en San Oswaldo en los Árboles.

—¿Cómo sabéis que es culpable? ¿Porque huyó? ¿Porque ha solicitado ser acogido en el santuario?

—Fue el único que no estaba aquí cuando mi hermano murió. Verlian conocía este bosque y es nuestro maestro del arco.

Corbett volvió a dirigir la mirada hacia donde el médico italiano vestido de negro, Pancius Cantrone, permanecía de pie bajo las ramas extendidas de un roble. Un poco más lejos se encontraban los criados de Fitzalan con los caballos. «Un lugar tranquilo y pacífico», pensó Corbett. La niebla del amanecer se había levantado. Incluso, los pájaros permanecían en silencio, sin agitarse, hasta que el sol saliera completamente. La luz de la mañana se reflejaba en el rocío de las hojas y en la hierba, haciendo que el pequeño valle brillara a medida que la luz se iba extendiendo. A Corbett le recordó Leighton, sus paseos con Maeve hacia el gran pantano. Se sentaban cerca del arroyo,

envueltos con sus capas, y observaban la salida del sol. Era un momento muy tranquilo del día que Corbett adoraba, pero aquel lugar era diferente.

—Verlian no era el único ausente, ¿verdad? —preguntó Corbett.

Sir William le miró de soslayo.

—Vos tampoco estabais aquí —apuntó Corbett con una sonrisa—. Hablé con vuestros criados. He hecho algunas preguntas bastante detalladas.

—Tan solo estáis en Ashdown desde anoche.

—Sí pero en una taberna como El Demonio en el Bosque todo se sabe. El tabernero parece tener buen olfato para estar al corriente de todas las novedades, aunque si se equivocó rectificaré mis conclusiones.

Sir William desvió la mirada. Era un guerrero, un cazador orgulloso de no tener miedo de nadie excepto de aquel escribano de rostro oscuro, con sus autorizaciones y comisiones reales, acompañado de su siervo de ojos felinos y que parecía no inmutarse por nada.

—Me alejé un poco —explicó—. Fui hacia los árboles, tenía que hacer de cuerpo.

—Pues elegisteis un mal momento. Tengo entendido que, por lo menos, dos ciervos corrían en dirección al valle. Los cazadores estaban cerca —apuntó Ranulfo.

—Como si hasta el mismísimo Santo Padre se hubiera acercado al galope —espetó *sir William*—. Cuando uno tiene los intestinos revueltos no puede hacer otra cosa. No me voy a ensuciar las calzas por nadie.

—Pero teníais a un médico a mano.

—Había regresado al feudo —gruñó *sir William*—. *Sir Hugo*, hacéis que me sienta incómodo. La noche anterior a la cacería lord Henry y sus invitados se quedaron a pernoctar en el hostel de Beauclerc.

—¡Ah, sí! —recordó Corbett rascándose la barbilla—. Y comisteis o bebisteis algo en mal estado.

—Solo mi hermano y yo. Nos pusimos enfermos, salimos disparados hacia las letrinas, pero luego se nos pasó.

—No, no —le cortó Corbett—. Contadnos exactamente lo que ocurrió.

—Comimos y bebimos hasta tarde. Estuvimos de fiesta un buen rato y luego nos acostamos. Me encontraba, casi, en mi cámara cuando empecé a tener dolores de estómago. Me puse a vomitar como nunca en mi vida. Con tanta fuerza que luego el estómago y los intestinos me dolieron terriblemente.

—¿Y vuestro hermano?

—Lo mismo. Sin embargo, a la mañana siguiente ya nos encontramos bastante bien y tampoco queríamos decepcionar a nuestros invitados.

—¿Ellos también se pusieron enfermos?

Sir William entrecerró los ojos.

—No, ahora que lo preguntáis, creo que no. A mi hermano y a mí nos dio vergüenza preguntarlo, pero no parecían mostrar ningún síntoma.

Cantrone seguía de pie, en silencio, casi como una estatua, perdido en sus

cavilaciones.

—¿Y habéis hablado de esto con el médico de la casa? —preguntó Corbett—. Quiero decir, vos y vuestro hermano os pusisteis bastante mal, pero parece ser que nadie más.

William se humedeció sus labios secos.

—Y supongo que os esperáis mi siguiente pregunta —insistió Corbett.

—Y la respuesta es sí —contestó *sir* William—. Mi hermano y yo compartimos una botella de vino especial.

—¿Quién la trajo?

—No lo sé. La abrió uno de los criados.

—¿Y antes no habíais tenido ningún síntoma de dolencia?

—No, ninguno.

—¿Quién más se encontraba en el hostel?

—El *seigneur* De Craon, miembros de su casa, nuestros criados. Ah y Verlian y el hermano Cosmas, el párroco de San Oswaldo, que vino a entregar unas advertencias.

—¿Sobre qué?

—Mi hermano tenía una mano muy dura, *sir* Hugo. Hacia que se cumpliera la ley forestal al pie de la letra.

—Ah sí, he oído hablar de las trampas de acero que puso en el bosque, de cazadores furtivos que al primer delito han acabado con las orejas cortadas y las narices rasgadas y luego, al segundo, colgados de un árbol, sin más.

—Los señores de Savernake tienen el derecho del hacha y la carreta.

—No mientras yo esté aquí —espetó Corbett—. Pero ya hablaremos del asunto más tarde. ¿Os dais cuenta de lo que estáis diciendo *sir* William? Parece como si alguien hubiera intentado envenenaros a vos y a vuestro hermano. Las cosas se complican por segundos. Algunos, incluso, dicen que vos no estabais enfermo, pero vuestro hermano sí.

El rostro de *sir* William se llenó de rabia.

—¿Qué estáis insinuando? —se llevó la mano a la daga que colgaba de una cincha de su cinturón.

—Será mejor que ni la toquéis —le advirtió Corbett—. Ranulfo no piensa las cosas dos veces y podría malinterpretaros. Además, en estos asuntos, *sir* William, debo recordaros que represento al rey —añadió Corbett con un suspiro—. Mirad, solo me he limitado a señalaros lo que dicen las malas lenguas. Podría ser que alguien estuviera conspirando contra vos en Beauclerc, pero los hechos pueden malinterpretarse, la gente enseguida saca conclusiones erróneas.

—Y si se sacan conclusiones erróneas sobre vos, *sir* William —intervino Ranulfo—, también las pueden sacar sobre Roberto Verlian. Todo Ashdown sabe que le perseguisteis, a través del bosque, para acabar con su vida.

Sir William tragó con dificultad.

—Mató a mi hermano y huyó.

—No tenéis pruebas —continuó Corbett—. Y mientras yo esté aquí, *sir William*, acciones como estas quedan absolutamente censuradas. De todos modos, estábamos hablando de dónde os encontrabais cuando mataron a vuestro hermano.

—Me metí entre los árboles. Me alejé bastante. Hice mis necesidades y cuando regresé, mi hermano había muerto.

—¿Y os quedasteis junto a él para llorar su muerte?

—¡Ya sabéis lo que hice! Mi hermano tenía una flecha atravesándole el corazón. Estaba muerto, no había nada que yo pudiera hacer.

—Por eso cogisteis el caballo y, seguido por vuestros fieles siervos, cabalgasteis de vuelta al feudo, dejando que los otros cargaran con el cadáver de vuestro hermano y lo trajeran de vuelta.

—Lord Henry estaba muerto —repitió *sir William*—. Todo el mundo sabe, *sir Hugo*, lo que pasa cuando, de repente, muere el señor feudal. Los criados se dedican al pillaje y la ratería. En el feudo de Ashdown se encuentran muchos tesoros. Si aceptáis mi invitación de quedaros, podréis verlos con vuestros propios ojos.

Corbett se agachó, de nuevo, para examinar la mancha de sangre.

—Gracias por vuestra invitación, *sir William*, pero sabéis que el *seigneur* De Craon se aloja en vuestra casa. No creo que fuera muy sensato resguardarnos bajo el mismo techo —se puso en pie y observó los agujeros a lo largo del suelo—. ¿Aquí es dónde se levantó la empalizada?

—Sí, he ordenado que la derribaran.

Sin embargo, Corbett no le escuchaba. Se había puesto en marcha, campo a través. Ranulfo le miró, *sir William* se encogió de hombros y, a continuación, ambos siguieron los pasos del escribano. A un lado, a lo lejos, Corbett ya había empezado a apartar las zarzas. Desenvainó la espada y se abrió camino. El bosque se extendía a su frente, con sus enormes robles y los helechos brotando entre ellos. Era un lugar de una oscuridad variable. Las sombras parecían revolotear y Corbett estaba convencido de que, si estuviera solo, su mente le haría alguna jugarreta y esas sombras se convertirían en figuras silenciosas y amenazadoras. Ahora entendía por qué existían tantas leyendas sobre extrañas criaturas que habitaban el bosque. Aquel valle le recordó los de Gales, repletos de árboles majestuosos y, también, el espeso bosque de Sherwood. Reprimió un escalofrío cuando pensó en las emboscadas en las que casi había perdido la vida. Ranulfo y *sir William*, haciendo crujir la maleza a su paso, se acercaron a él. Corbett volvió la vista hacia el claro donde se había encontrado lord Henry.

—El asesino debió de tener una buena vista —observó.

Corbett recorrió el lugar arriba y abajo. A veces, el otro lado del valle quedaba cubierto por las ramas que colgaban de los árboles y los tallos de los helechos pero también dejaban entrever una buena vista que, un maestro del arco podía haber aprovechado para permanecer oculto en las sombras y disparar una flecha.

—Ranulfo —le ordenó—, vuelve con los criados de lord Henry. Uno de ellos

debe llevar consigo un arco y una aljaba de flechas. Tráemelos.

Ranulfo se apresuró a obedecer. Corbett intentó ponerse en la mente del asesino.

—Sin lugar a dudas no se trató de un accidente de caza —afirmó con confianza.

Volvió a recorrer el lugar y, al final, eligió un lugar donde permaneció hasta que regresó Ranulfo. Corbett cogió el arco, eligió una flecha de la aljaba y se quedó mirando la punta cruel, acabada en metal.

—¿Esto es una flecha de guerra? —preguntó.

—Sí —contestó *sir* William—. Si estuviéramos cazando, *sir* Hugo, tendría la forma de una hoz.

Corbett sostuvo la cuerda del arco por la mitad, colocó una flecha, respiró profundamente y, finalmente, lo levantó. Una vez la flecha se encontró al mismo nivel que sus ojos tensó la cuerda.

—Bien, Ranulfo, empieza a contar —le ordenó.

Corbett bajó el arco y dirigió la vista hacia el lugar en el que habían matado a lord Henry, luego volvió a levantarlo y apuntó con cuidado. Notó una ligera brisa rozándole la mejilla, fijó la vista en el lugar elegido mientras controlaba la respiración. Pudo sentir el poder de aquel arma, los dedos pulgar e índice de la mano izquierda sujetaban la flecha, justo detrás de la pluma de ganso gris. Suspiró y, al mismo tiempo, disparó la saeta. Casi sin poder verla, esta cruzó el claro y desapareció, entre los árboles, al otro lado. Ranulfo había llegado al número nueve cuando Corbett bajó el arco.

—Muy poco tiempo —afirmó Corbett—, solo unos cuantos segundos. El asesino ha alcanzado su blanco, ahora debe desaparecer. Al otro lado del claro todo es caos y consternación. ¿Qué debe hacer el asesino a continuación, Ranulfo?

—Si fuera yo, amo, tendría un caballo cerca. Correría lo más rápidamente que pudiera e intentaría alejarme de este lugar.

—¿*Sir* William?

—Yo haría lo mismo.

—Pero ese no es el problema, ¿verdad? —musitó Corbett entregando el arco al señor del feudo—. El asesino debió huir, pero ahí no se encontraba el auténtico peligro.

—Fue antes, ¿verdad? —preguntó Ranulfo.

—Sí. Me llevó algún tiempo encontrar un lugar, el mejor sitio para disparar. Ahora bien, el asesino debía saber que lord Henry quería organizar una cacería en Savernake Dell, pero desconocía dónde se encontraría el señor del territorio y si podría encontrar un lugar desde donde tuviera una adecuada vista de él.

—Claro —afirmó Ranulfo—. El homicida pudo venir aquí tan solo para ver a lord Henry acompañado de sus criados y sus invitados.

—Exactamente. En ese caso, nuestro asesino pudo haber intentado matar a lord Henry antes o incluso decidir hacerlo otro día —sonrió a *sir* William—. Pero hay algo que no acaba de encajar en lo que estoy apuntando, ¿verdad?

El señor feudal le devolvió una mirada atónita.

—Sabéis que hay algo que no encaja, *sir* William. Vuestro hermano, lord Henry, era un hombre poderoso. Siempre era el primero en todo. Siempre tenía que estar al frente de todo. Era el anfitrión, el gran cazador.

—Pero eso lo sabía todo el mundo —espetó *sir* William.

—Queréis decir aparte de su familia —apuntó Ranulfo.

—Como dice *sir* Hugo —contestó *sir* William a la defensiva—, lord Henry siempre era el primero en todo. El primero en nacer, el primero en los torneos, en los desfiles y, sí, en las cacerías también.

Corbett se alejó, examinando los enormes robles. Se encaminó hacia uno muy antiguo, hueco, truncado, tal vez, por un rayo. Tenía, por lo menos, dos yardas de grosor. A su alrededor, se encontraban otros árboles muy parecidos a este.

—¿Dónde estamos?

—Nos encontramos al final de Savernake Dell —explicó *sir* William—, a este árbol, detrás de los robles, le llaman el «hombre hueco». Mi padre, cuando era un niño, nos contó que hubo una gran tormenta en la que algunos rayos cayeron sobre estos árboles.

—¿Y? —preguntó Corbett.

—Es un lugar en el que se dan cita los amantes o donde juegan los niños —*sir* William les dedicó una sonrisa torcida—. Mi hermano y yo solíamos venir aquí a jugar al escondite.

Corbett se acercó a uno de los robles huecos donde pudo percibir el fuerte olor a moho, hongos y helechos del bosque. Era como estar dentro de una pequeña celda. Levantó la vista al cielo. Era un lugar excelente para que jugaran los niños, pero también para que se escondieran los forajidos o, incluso, un sicario en espera de asaltar a su víctima.

—Ranulfo, echa una ojeada a los otros robles.

—¿Y qué busco?

—Cuando lo encuentres, lo sabrás.

Sir William permaneció perplejo mientras Ranulfo y Corbett se movían de un árbol a otro en aquel claro de un verde oscuro. Corbett se agachaba en cada uno de ellos, escudriñando entre el suave musgo y los helechos, las ramitas secas y los tallos de las hojas. Los troncos huecos estaban oscuros, pero había suficiente luz para una búsqueda concienzuda.

—¡Por aquí! —gritó Ranulfo.

Se encontraba al lado de uno de los robles más alejados. Corbett se apresuró a su encuentro. Ranulfo observaba la suciedad en la palma de sus manos. Corbett vio unas pequeñas borlas de piel y una fina pluma de ganso gris. Las recogió, las examinó y se metió en el tronco hueco donde Ranulfo las había encontrado pero no descubrió ninguna otra pista. A continuación, guardó en su zurrón lo que habían hallado.

—Ahora sabemos que no fue un accidente —declaró—. Y aquí es donde se ocultó

el asesino. Creo que llegó a primera hora de la mañana, incluso el día antes, y escondió el arco y la aljaba. Así lo demuestran esta pluma y estas borlas. Más tarde, regresó y se ocultó en el hueco de uno de los troncos, asegurándose de que lord Henry se encontraba en Savernake Dell y este lugar del bosque estaba desierto.

Corbett caminó hacia donde había calculado que el homicida debió apuntar a su víctima, sin dejar de contar bajo su respiración.

—¡Muy poco tiempo! —gritó—. Luego el asesino debió apresurarse a dar media vuelta, ocultó el arco y la aljaba en uno de los robles huecos y, finalmente, fue en busca de su montura.

Ranulfo ya había anticipado tal conclusión y se encontraba oculto entre los árboles, apartando con el pie la alfombra de hojas caídas.

—¡*Sir Hugo!* ¡*Sir William!*, ¡por aquí!

Apartó las hojas con su daga, dejando al descubierto los restos dispersos de excrementos de caballo.

—Debió de atar el caballo a un árbol —explicó Ranulfo—, probablemente por la brida y, seguramente, el animal debía de llevar envueltas las pezuñas con algunos trapos —cortó con su daga un trozo de los excrementos—. Incluso, tuvo tiempo de cubrirlos.

—Bien, ahora ya sabemos cómo —concluyó Corbett—, pero desconocemos quién lo hizo y por qué.

Capítulo IV

Corbett permanecía sentado en el tronco de un árbol caído, haciéndole señas a *sir William* para que se acercara.

—¿Cuánta gente quería ver muerto a vuestro hermano? —le preguntó.

—Lord Henry era la ley en persona, *sir Hugo*. Nuestra familia posee vastas tierras. Nuestro nombre es muy antiguo. Mi hermano gozaba de los favores del rey, era un noble que había viajado a Italia, a Sicilia, al norte de España y a Francia.

—Es decir, que conocía a mucha gente —replicó Corbett—. Pero eso no significa que quisieran matarle, en un valle solitario, en una maravillosa tarde de otoño. *Sir William*, os agradecería si pudierais contestar a mis preguntas con la mayor franqueza y honestidad. Sabéis, y yo también, bueno, todos sabemos, que en este asunto hay gato encerrado.

—El médico y mis criados me están esperando —afirmó *sir William* con tono de queja.

—Ranulfo —ordenó Corbett—. Diles a los hombres de *sir William* que pueden quedarse o regresar al feudo.

—¡No, que se queden! —espetó *sir William*.

—Está bien —suspiró Corbett—. Ahora, *sir William*, decidme, ¿qué hay de vuestro hermano?

—Roberto Verlian, el jefe de los guardabosques, le odiaba.

—¿Por qué?

—Porque iba detrás de su hija Alicia. Una joven muy hermosa, es difícil imaginar que Verlian tenga una hija como ella. Lord Henry decía que tenía el rostro de un ángel. Estaba acostumbrado a salirse con la suya con las mujeres.

—¿Y Alicia se resistió?

—Despreció a mi hermano.

—¿Y Verlian también?

—Al principio era un criado fiel, pero la paciencia tiene un límite. En una ocasión, los Verlian amenazaron con matar a lord Henry si no desistía en su intento de cortejar a Alicia.

—Y por eso tenéis sospechas sobre vuestro guardabosque.

—Sí, además, Verlian es un maestro del arco y no se encontraba en la cacería.

—¿Y dónde podía estar?

—Es posible —afirmó *sir William* un tanto avergonzado— que Verlian se quedara rezagado mientras azuzaban a los ciervos hacia Savernake Dell. Después de todo, era su responsabilidad.

—Pero vos creéis que debió adelantarse a ellos, cogió el arco que había escondido, mató a vuestro hermano y luego huyó.

Sir William se recogió el borde de su capa y rascó, con su uña sucia, la punta de la flecha dorada que llevaba bordada. Estaba a punto de responder cuando Ranulfo

regresó, haciendo crujir la maleza a su paso.

—Vuestros hombres se esperan, *sir William* —anunció.

El criado de Corbett se sentó en el suelo, apoyando su espalda contra un árbol y luego estiró las piernas. Con su daga empezó a pulir una rama, canturreando algo por lo bajo.

—Entonces, ¿creéis que Verlian mató a vuestro hermano?

—*Sir Hugo*, tenía un motivo y tenía los medios.

—Pero no es lógico, ¿verdad? —preguntó Corbett—. Verlian es un hombre de Sussex que goza de un buen trabajo. Tiene una hija, debía conocer que la muerte de su señor le llevaría de cabeza a la horca.

—Un hombre puede hacer cualquier cosa cuando se le calienta la sangre y pierde el juicio.

—Pero Verlian, y sé que puedo preguntárselo a él mismo, no es un hombre temperamental. Los jefes de los guardabosques son hombres muy pacientes, astutos, de buen juicio. Y tengo entendido que, al principio, no demostró objeción alguna a que lord Henry acosara a su hija.

—Hizo la vista gorda —acordó *sir William*—, pero Alicia tiene una voluntad férrea y una lengua tan afilada como una navaja.

—¿Y quién más podría tener motivos? —insistió Corbett.

—El hermano Cosmas, el párroco de San Oswaldo en los Árboles. Como os he dicho, mi hermano era muy severo. En su tiempo, Cosmas fue, también, un soldado, hasta que se encontró con Dios. Luchó en el ejército de Henry, conde de Huntingdon.

—¿Y quién más?

—Mi hermano tenía un modo de proceder extraño. Tenía poco tiempo para Dios y menos para sus siervos.

—¿No le gustaban los párrocos?

—No, *sir Hugo*, no le gustaban. No le gustaba lo que él llamaba sus podridas palabras que musitan entre dientes. Henry había estudiado en las universidades de Salerno y Boloña, estaba al corriente de los conocimientos que procedían de oriente. Decía que a un hombre le esperaban más cosas que lo que promulga la iglesia. Coleccionaba libros escritos por magos y brujos. A menudo, iba al bosque. Hay una bruja, Jocasta, que vive con su hija, Blanche, que tiene el juicio totalmente perdido. Mi hermano les dio una choza y un poco de tierra.

—¿Por qué? —preguntó Corbett—, ¿era vuestro hermano un hombre generoso?

—No. Jocasta apareció hace unos tres o cuatro años con su hija colgando del brazo. Contó una historia sobre que habían sido expulsadas por los buenos burgueses de Rye. Mi hermano la recibió a solas en el salón del castillo de Ashdown. Estuvieron reunidos ahí durante horas. Después, me enteré que le había dado a Jocasta una choza y que una vez a la semana, cuando se encontraba en el feudo, le hacía una visita.

—¿Por qué?

—Sus criados dicen que estaba interesado en la magia negra. Jocasta sabe

conjurar hechizos.

—¿Y es eso cierto?

—No, no lo creo. Una vez, mi hermano recibió a un mago errante. El hombre decía que podía hacer surgir a Satanás del infierno. Mi hermano le contestó, «sí, ¿pero querrá él hacerlo?» y luego soltó una risotada. No, para seros franco, *sir* Hugo, mi hermano quizá iba a aquel lugar por otro motivo. A decir verdad, no he visto ninguna prueba que demuestre que Jocasta o su hija sean brujas.

—¿Y qué me decís de vuestra hermanastra?

Sir William se echó a reír.

—*Lady* Magdalena, la priora de Santa Hawisia, siempre ha sido y siempre será igual que mi hermano Henry, pero con enaguas. Es muy cabezona, arrogante y no inclina la cabeza ante nadie.

—¿Se llevaba bien con vuestro hermano?

—Como dos gatos. Se tenían un trato respetuoso pero distante. Se rodeaban el uno al otro, se sacaban las uñas, los dientes, pero pocas veces se peleaban.

—Una auténtica lucha de titanes, ¿eh?

—*Sir* Hugo, Santa Hawisia se encuentra en lo más profundo del bosque. Podéis hablar con mi hermana cuando queráis. Estoy seguro que estará encantada de compartir su buen juicio y sabiduría con vos —compuso una mueca—. Lord Henry hace poco remodeló la reliquia, pues mi hermana le estuvo presionando hasta que lo logró.

Corbett desvió la vista hacia donde Ranulfo ahora estaba tallando un rodrigón afilado, hundiendo su cuchillo en la madera blanca.

—Todavía nos queda otra persona.

—¿Yo?

—Sí, *sir* William, vos. Ni por asomo parecéis el hermano afligido. No estabais presente cuando lord Henry fue asesinado. Lo que decís no son más que habladurías. Es posible que desaparecierais en el bosque, siguierais un camino alrededor de la empalizada, cogierais el arco escondido, dispararais esa flecha, ocultarais el arma y regresarais, junto al resto, a toda prisa.

—En ese caso, *sir* Hugo, no hubiera necesitado un caballo, ¿verdad?

Corbett echó atrás la cabeza y se echó a reír.

—Hay otra posibilidad —intervino Ranulfo. Tiró al suelo el trozo de madera afilado y envainó su daga—. Quienquiera que mató a lord Henry era un maestro con el arco. ¿Cómo sabemos que fue alguien que él conocía? Hay muchos soldados sin tierra o arqueros de las guerras del rey, a quien poder contratar sus servicios, darles un caballo, un arco, unas flechas e instrucciones de a quién matar.

—¿Estáis diciendo que hice eso?

—No, *sir* William, lo único que digo es que pudo ser.

—¿Queríais a vuestro hermano? —le preguntó Corbett de forma cortante.

Sir William se tapó la cara con las manos y, luego, se frotó los ojos.

—Cuando era niño, cuando Henry, Magdalena y yo comamos entre los árboles como diablillos, no había ningún tipo de rencor, ni celos, ni amargura —luchó para que no se le rompiera la voz—. De hecho, Magdalena y yo adorábamos el suelo que Henry pisaba. Solíamos jugar en Savernake Dell. Henry hacia de Arturo, Magdalena de Ginebra y yo de *sir* Galahad. Los veranos parecían no tener fin. Los días parecían eternos. Veréis, nuestro padre se casó dos veces. Nuestra madre, la mía y la de Henry, murió muy joven. Nuestro padre se volvió a casar, su segunda mujer también murió al dar a luz pero Magdalena sobrevivió. Nuestro padre se volvió malhumorado y reservado, se preocupó más de sus tierras y de sus ingresos que de sus tres hijos quienes, en su opinión, habían costado la vida a las dos mujeres que amó. Entonces se nos permitió hacer lo que quisiéramos.

—¿Y qué cambió?

—Henry fue enviado a las facultades de Cambridge. Cuando regresó era un completo desconocido: altivo y arrogante, hablando griego y francés. Se burlaba de mis juegos de niño y de la piedad de Magdalena. Se unió cada vez más a mi padre, inmerso en la gestión de las tierras. Fue a la corte. Se convirtió en amigo del rey, sirvió, como sabéis, con distinción, en las marchas sobre Gales y Escocia. Magdalena ingresó en el priorato. No quería saber nada del mundo de los hombres. Nuestro padre murió. Todo se lo dejó a Henry —su tono de voz se agrió—. Yo soy un caballero, *sir* Hugo, con derecho a llevar espada, pero me convertí en un siervo, en un mozo de hacer recados. «¡Ven aquí, William, ve allá, William!, ¡haz esto, William, ahora aquello!» —hizo una pausa, respirando con dificultad—. Le pedí a mi hermano unas tierras, el feudo de Manningtree. Me dio su palabra, me prometió solemnemente que...

—Pero luego se retractó.

—Me dijo que debía esperar.

—Pero podríais haberos marchado —insistió Corbett—, muchos hermanos pequeños lo han hecho.

—Y lo hice. Durante un tiempo serví como caballero estandarte en la comitiva del príncipe de Gales. El príncipe Eduardo, a menudo, venía a Ashdown de niño.

—Sí, es cierto —Corbett mantuvo la mirada de Ranulfo. Hasta el momento, en el fondo, se había sentido impresionado por el candor y la honestidad del señor del feudo, pero ¿estaría *sir* William contándole la verdad que solo alcanzaban a ver sus ojos?

—Bueno, y ya podéis adivinar lo que pasó —*sir* William se puso en pie y se estiró—. El príncipe de Gales no es un guerrero, *sir* Hugo. Prefiere cavar un foso, luchar en un absurdo torneo, ser el Señor del Desgobierno. No saqué nada de estar a su servicio y regresé a casa. Oh, Henry fue bastante generoso: oro, plata, caballos, armaduras, pero él fue siempre el señor y yo tenía que suplicarle para todo. Tenía que rogarle las cosas y a veces le odiaba.

—¿Lo suficiente como para matarle? —le preguntó Corbett abruptamente.

Sir William bajó la cabeza, las lágrimas aparecieron en sus ojos.

—¡Que Dios me perdone, escribano! Todos llevamos la marca de Caín, pero os aseguro que lord Henry no era ningún Abel —retrocedió—. Ahora, *sir* Hugo, soy el dueño del feudo. Poseo Ashdown y sus tierras. No me inclino ante nadie a excepción del rey. Habéis enumerado los posibles asesinos, pero os olvidáis de uno: el *seigneur* De Craon.

Corbett negó con la cabeza.

—*Sir* William, os juro que podría olvidarme de muchas cosas, pero nunca me olvido ni me olvidaré del *seigneur* De Craon. Está constantemente en mis pensamientos.

—¿Por qué querría De Craon ver muerto a lord Henry? —preguntó Ranulfo.

—No lo sé. Vos sois el emisario real. De Craon es un misterio, un enigma, estaba deseoso de que mi hermano condujera los enviados franceses a París. Pero, *sir* Hugo, ¿por qué no se lo preguntáis vos mismo? Quizá no os podáis quedar bajo mi techo, pero esta noche insisto en que seáis mi invitado en el feudo de Ashdown. Bien, si no tenéis más preguntas, me reuniré con mis hombres.

Corbett se puso en pie.

—¿Por qué tanta prisa, *sir* William? Hace un día estupendo y falta mucho para que se acabe —se detuvo y escuchó como un mirlo empezaba a cantar, de forma tan clara y tan dulce, que Corbett se quedó maravillado de su belleza—. Dicen que estos bosques son muy antiguos, *sir* William y que albergan toda clase de criaturas.

—Buenas y malas, Corbett. Están los proscritos y hasta tenemos a un ermitaño que vive en las Rocas del Dragón, detrás del priorato.

—¿Por qué le llaman las Rocas del Dragón? —preguntó Ranulfo.

—Si vais a verlas os encontraréis con una caverna con la forma de la boca de un dragón rugiendo. Pero el ermitaño es inofensivo, está mutilado, le faltan las manos. Vive lejos de la voluntad de la gente del bosque.

—¿Es un hombre joven?

—De edad madura —replicó *sir* William—. Sé poco de él. Se hace llamar Odo Rievaulx.

—¿Y el hombre búho? —preguntó Corbett—. El tabernero me habló de él.

—Es un forajido, un proscrito. Libró su propia batalla contra mi hermano y, antes que me lo preguntéis, desconozco el motivo.

—Sí, la taberna del Demonio en los Árboles está llena de chismorreos como ese.

—El hombre búho —añadió *sir* William— era una pulga molesta que mi hermano quería aplastar.

—¿En qué sentido?

—Encontraba mensajes secretos, crípticos, atados a la punta de una flecha disparada a las puertas, a los árboles o a los caminos por los que lord Henry solía pasar. A veces eran solo una palabra con una caligrafía bastante mala, por ejemplo: «recordad».

—¿Recordad qué?

—No tengo ni idea. Mi hermano se ponía a maldecir esas misivas y luego las destrozaba. —*Sir William* se llevó la mano a los labios—. Una vez vi uno de esos mensajes porque yo lo encontré —cerró los ojos y luego los abrió—. Sí, decía, «Recordad a la Rosa de Rye».

—¿Qué significa?

—Al principio pensé que se trataba de una taberna y por eso empecé a hacer mis propias averiguaciones, pero no existe ningún lugar con ese nombre. Mirad, *sir Hugo*, este bosque divide la zona sur de la ciudad de Londres. Es una zona rica en ganado, pero hay en ella lugares oscuros y secretos. Los peregrinos viajan hasta Santa Hawisia. Los proscritos y forajidos se esconden bien lejos de los hombres del baile.

—¿Y hay asesinatos? —preguntó Corbett.

—Esas cosas pasan.

—¿Incluyendo el cadáver encontrado de esa joven?

Sir William se encogió de hombros.

—*Sir Hugo*, no sé nada sobre eso. Sin embargo, si esa mujerzuela era tan estúpida como para viajar sola por estos parajes, pues, es como una gallina que va de cabeza a la madriguera del zorro.

—¿Y sabéis algo de su muerte?

—Si supiera algo, os lo diría. El cadáver fue abandonado a las puertas del priorato de Santa Hawisia. Mi buena hermanastra le proporcionó un entierro cristiano, y, aparte de eso, no puedo deciros nada más —*sir William* recogió el arco y la aljaba y se los colgó al hombro—. Me habéis recordado que sois el enviado del rey así que, por favor, aceptad mi invitación para esta noche después de las vísperas.

Y sin esperar respuesta alguna, el señor feudal dio media vuelta y se encaminó hacia Savernake Dell.

—Ahí va un hombre preocupado —observó Ranulfo—. Amo, recogeré los caballos. ¿Regresamos a la taberna?

—No, creo que sería muy oportuno hacer una visita al priorato de Santa Hawisia —*Corbett* sonrió—. Cuanto más sé acerca de la familia de lord Henry, más intrigado estoy. *Sir William* es un hombre preocupado. Sin embargo, no creo que sea un asesino, aunque puede que me equivoque.

Corbett observó sus botas llenas de barro. Eran de piel roja, piel marroquí de muy buena calidad, fabricadas en España. Maeve se las había comprado en una feria celebrada en las afueras de la Torre. Miró las espuelas de plata sujetas al tacón y, perdido en sus cavilaciones, se sacudió restos de hierba que se habían pegado a sus calzas de piel.

—El bosque es un lugar tranquilo —añadió—, pero Ranulfo, ¿crees que un hombre que intentara llevar a cabo un asesinato pasaría inadvertido? Resultaría difícil no oír el tintineo de sus espuelas, el relincho del caballo o el crujido de las ramas a su paso.

—Bueno, recordad que se estaba celebrando una cacería —apuntó Ranulfo.

Levantó la vista hacia el árbol buscando al mirlo que les había ofrecido aquel canto tan bello.

—Y recordad, *sir* Hugo, que lord Henry estaba muy emocionado, al igual que sus invitados. La mañana en la que fue asesinado, el bosque estaba lleno de ruido, de los gritos de los hombres de caza, del ladrido de los perros, de la conversación de sus huéspedes.

Corbett sonrió.

—Voy a hacer de ti todo un hombre de campo. Ahora, Ranulfo, ve a por los caballos.

Ranulfo, murmurando por lo bajo lo mucho que odiaba el campo y detestaba aquellos lugares sumidos en la oscuridad, se marchó a través del valle. Uno de los mozos de *sir* William estaba cuidando a los caballos, era un joven de rostro pálido, de cabellos color panocha y con estrabismo en un ojo. Estaba hablando al caballo de Corbett, acariciándole el morro con cariño, susurrándole algo al oído, como lo haría un joven a su enamorada. Era bajo pero robusto, con unos dedos gordinflones. De sus botas de montar se había caído uno de los tacones, lo que hacía que se moviera con torpeza.

—¿Cómo os llamáis, chico? —preguntó Ranulfo.

—Baldock. Antes me llamaban Burdock, pero como no sonaba bien me lo cambié.

—Un nombre extraño —Ranulfo subió a la silla de montar y cogió las riendas del caballo de Corbett.

—¿Por qué os puso vuestra madre ese nombre?

El mozo de cuadra levantó la vista. A pesar de su estrabismo, tenía un rostro rubicundo y alegre.

—No conocí a mi madre —contestó— ni tampoco a mi padre. Me trajeron huérfano a este feudo hace ya algunos años.

—¿Y lord Henry se hizo cargo de vos?

—Era un hombre bastante amable, un buen señor. Bueno, era algo arrogante pero todos lo son, ¿verdad? Caminan por sus tierras sin darse cuenta de los gusanos que pisan a su paso.

—Sois todo un filósofo —añadió Ranulfo inclinándose.

—Soy un mozo de cuadra y muy bueno. No hay nada mejor para el estómago que cabalgar sobre el lomo de un caballo. Son un regalo de Dios, los caballos. Nos aman, no piden nada, solo un poco de atención.

Ranulfo se acordó de Maltote.

—¿Y qué más sabéis hacer, Baldock? ¿Sois bueno peleando o cuando sacáis la daga sois capaz hasta de cortaros?

Baldock señaló un poste que había quedado de la empalizada.

—¿Veis eso, señor?

—Tan claramente como vuestra nariz en medio de vuestra cara.

Baldock giró sobre sus talones y Ranulfo percibió un rápido movimiento de brazo. El mozo levantó la mano en forma de arco y el cuchillo, un puñal con una hoja fina y muy afilada, cruzó el aire y alcanzó el centro del poste.

—Aprendí eso de un saltimbanqui errante. Me he ganado más de una moneda en las tabernas.

—¿Y qué más sabéis hacer? —Ranulfo se había olvidado por completo de Corbett—. ¿Jugáis a los dados, Baldock? —rebuscó en su zurrón y sacó dos dados.

El cambio de expresión en el rostro del mozo fue digno de admiración. Reflejó tal angustia que cualquiera habría pensado que estaban amenazándole con colgarlo.

—¿Qué pasa? —preguntó Ranulfo. Señaló al suelo—. ¡Tirad los dados!

Baldock estaba a punto de negarse.

—Soy escribano del rey —le tranquilizó Ranulfo.

El labio superior de Baldock sobresalió con expresión obcecada.

—¡Vamos! —le instó Ranulfo—. ¡Mirad! —sacó un penique y se lo lanzó a Baldock que lo cogió al vuelo con gran habilidad—. ¡Por el amor de Dios, hombre, tirad los dados! Si os estoy pagando.

Baldock, finalmente, cogió los dados y se agachó.

—Ya veréis por qué no quiero —murmuró—, ya veréis, luego ya no querréis saber nada de mí.

A continuación, lanzó los dos dados blancos al suelo. Ranulfo pestañeó.

—¡Dos unos! —exclamó—, ¡tiradlos de nuevo, Baldock!

El joven mozo soltó un suspiro pero obedeció.

—¡Dos unos!, ¡no me lo puedo creer!, ¡otra vez!

Esta vez salió un uno y un dos. Baldock recogió los dados y se los devolvió a Ranulfo.

—No os he dicho mi nombre completo —confesó—. Me llaman Baldock sin suerte.

—No, no —negó Ranulfo, e intrigado removi6 dentro del zurr6n y sac6 un dado de seis puntos—. ¡Vamos, Baldock, os demostrar6 que est6is equivocado!

El joven mozo pestañeó.

—¿Tengo que hacerlo?

Ranulfo le entreg6 otra moneda y observ6 fascinado, hab6a utilizado aquel dado en multitud de ocasiones para arruinar a su oponente. Baldock lanz6 el dado y sali6 un tres.

—Debe ser el suelo del bosque —susurr6 Ranulfo—, esto nunca me hab6a pasado antes.

—Si cre6is que eso es malo —añadi6 Baldock—, esperad a oírme cantar —su rostro p6lido se hab6a ruborizado y sus ojos brillaban de rabia—. Si realmente os quer6is burlar de m6 ya s6 que ir6is al castillo y le contar6is a todo el mundo lo que hab6is visto, y entonces se reir6n y os preguntar6n ¿y no le hab6is o6do cantar?

Y antes de que Ranulfo pudiera contestar, Baldock abrió la boca.

—Una doncella de piel moscada...

Los caballos se encabritaron y empezaron a relinchar. Ranulfo soltó una maldición y clavó las espuelas, al mismo tiempo que asía con más fuerza las riendas del caballo de Corbett. Pero cuanto más cantaba Baldock, más nerviosos se ponían los caballos. Ranulfo nunca había oído un sonido tan horrible, ni en los alborotos de las tabernas, ni en las peleas callejeras, ni siquiera de la boca de los hombres sufriendo los peores dolores. La voz de Baldock era indescriptible, de un tono agudo y seco, parecido a un hombre atragantándose lentamente.

—¡Callad! —exclamó Ranulfo—, ¡por el amor de Dios, callad de una vez!

Baldock cerró la boca. Ranulfo tranquilizó a los caballos y el joven se acercó a las dos bestias, susurrándoles algo mientras las acariciaba. Los caballos relincharon y se relajaron. Baldock rebuscó en su zurrón, sacó una manzana que cortó en dos pedazos y dio uno a cada animal.

—¡Así, así! —dijo por lo bajo—. Baldock sin suerte, lo siente mucho. Bueno señor —añadió sosteniendo la brida del caballo de Ranulfo y con su estrabismo todavía más pronunciado—. Ahora ya sabéis por qué me llaman Baldock sin suerte. Desafortunado en visión, suerte y amores.

—¡Ranulfo! —Corbett permanecía al fondo del claro mirándole con impaciencia.

Su siervo lanzó otro penique a Baldock antes de desmontar y conducir los dos caballos a través del valle.

—¿Pero qué ocurre? —preguntó Corbett—, ¿qué era ese sonido tan horrible?

Ranulfo disimuló una sonrisa.

—Amo, luego os lo cuento. Estábamos hablando del pobre Maltote y puede que haya encontrado a un sustituto.

Corbett le miró interrogativo mientras cogía las riendas del caballo y caminaba entre los árboles.

—Si no recuerdo mal, el priorato debe de estar por aquí. Así que si nos perdemos, Ranulfo, será culpa mía.

Ranulfo maldijo por lo bajo y se quedó rezagado. Odiaba los bosques, los ruidos que no podía identificar, las figuras y sombras que parecían moverse entre los árboles. Corbett caminaba delante, perdido en sus pensamientos. La noche anterior, el dueño de la taberna de El Demonio en los Árboles le había esbozado un mapa. Corbett creía que iba en la dirección correcta, en busca de una vereda que les llevaría al camino que conducía al priorato.

Ranulfo, siguiéndole los pasos, pensó en Maltote y Baldock. De vez en cuando se detenía y escudriñaba a través de los árboles, recordando las advertencias sobre las criaturas que habitaban aquel lugar: los cortagargantas, que no dudaban en acabar con la vida de un hombre, simplemente, para hacerse con las botas que calzaba. Ranulfo se llevó la mano a la daga, estaba a punto de protestar cuando la hilera de árboles se terminó, el terreno se inclinó y vio el camino serpenteando a través del bosque.

Corbett montó su caballo, seguido de Ranulfo, que se acercó a su amo.

—No estaremos dando vueltas, ¿verdad? —preguntó—, ¿yendo de un lado para el otro?

Corbett levantó la vista hacia las esponjosas nubes blancas. El cielo era de un azul brillante y el sol apretaba con fuerza. Aspiró la suave fragancia del bosque, de los helechos, aquel tibio olor a humedad de los árboles empapados de lluvia.

—Al principio será fácil —predijo—, nos dejarán ir a donde queramos. Sin embargo, esto se parece bastante a un potaje y cuanto más al fondo metemos la cuchara, más peligroso resulta. Lord Henry fue asesinado y, de algún modo u otro, creo que ese cadáver sin marcas tiene algo que ver con todo esto. La joven fue asesinada, desnudada, y si los informes son ciertos, enterrada secretamente antes de que alguien la sacara y la depositara a las puertas del priorato. Los proscritos no hacen esas cosas —se detuvo manteniendo las riendas—. Tenemos a los Fitzalan, dos hermanos y una hermanastra, entre los que existe bastante antipatía e incluso odio. Luego está ese proscrito llamado el hombre búho con sus secretas amenazas. También restan permaneciendo en las sombras: Jocasta y su hija, Verlian, el hermano Cosmas y hasta Odo el ermitaño. Ese es el primer grupo. Luego tenemos al rey y sus intenciones. Tampoco debemos olvidar al príncipe de Gales y, por supuesto, tampoco a nuestro querido hermano en Cristo, el *seigneur* Amaury De Craon. Ahora bien, ambos grupos podían ser independientes pero, sospecho, Ranulfo, que cuanto más removemos el potaje, más se juntan. Así que, añadió con una sonrisa, dentro de poco será peligroso merodear por el bosque de Ashdown. Pero yo no iré en su búsqueda, soy el comisario del rey, haré que ellos vengan a mí.

Ranulfo estaba a punto de preguntar, cuando una flecha pasó zumbando por delante de él y fue a clavarse al suelo, incrustándose profundamente en el camino. Ranulfo desmontó inmediatamente y asió la pequeña ballesta que llevaba en la alforja colgada de la silla de montar. De nuevo, se oyó un zumbido y otra flecha se clavó en el camino detrás de él. Corbett también desmontó y utilizó su caballo como escudo.

—¡Hacia la derecha! —gritó Ranulfo.

Y como en respuesta a sus palabras, dos flechas más pasaron por encima de sus cabezas y fueron a clavarse en los árboles que tenían detrás.

Capítulo V

Corbett y Ranulfo se parapetaron detrás de sus caballos, que relinchaban y sacudían la cabeza al notar el nerviosismo de sus amos.

—¿Cuántos arqueros, Ranulfo?

—Solo uno, amo. No creo que intente matarnos. Ha errado por lo menos cuatro flechas, alguna podría haber dado en el blanco.

Corbett levantó, con precaución, la vista sobre la silla de su caballo, escudriñando entre los árboles, pero resultó en vano. El bosque podía ocultar a todo un ejército y él no había obrado precisamente con cautela. Al final los caballos se tranquilizaron.

—¿Sabéis qué, amo? Creo que se ha marchado.

Ranulfo salió, con cuidado, de detrás de su caballo, llevó una mano al morro y le habló suavemente. Observó cualquier movimiento entre los árboles.

—¡Estáis a salvo! —gritó una voz con estridencia—. ¡No quiero haceros daño!, ¡mirad la flecha!

Ranulfo se volvió hacia la flecha, todavía clavada en el camino delante de él y entonces vio el trozo de pergamino atado con una cinta roja sobre la pluma. Corrió hacia allí y arrancó la flecha. Cubriéndose con el caballo, desató la cinta; el trozo de pergamino estaba amarillento y grasiento, pero el mensaje se entendía perfectamente:

«El hombre búho envía sus saludos al emisario del rey. Ya se ha hecho justicia. El hombre búho ve y oye lo que desea. Va adonde quiere. Adiós».

Corbett arrebató el trozo de pergamino de las manos de Ranulfo y lo leyó.

—Es un hombre cultivado —comentó—. El hombre búho, un pájaro de la noche que se abalanza silenciosamente sobre su presa. Me pregunto si él es nuestro asesino.

—¿Y por qué el mensaje?

—Simplemente, ha querido dejar su marca —sonrió Corbett—, o decirnos, a su manera, que él no es el asesino de lord Henry.

Se guardó el trozo de pergamino en el zurrón y volvió a montar.

—No desea hacernos daño.

Reanudaron la marcha con cautela, estudiando ambos lados del bosque, temerosos de un nuevo ataque, hasta que, al final, llegaron a un cruce de caminos, donde se encontraron con el palo inclinado de una horca decrepita del cual colgaba, danzando en la brisa de la mañana, un trozo de cáñamo en el gancho de hierro oxidado.

—Iremos recto —afirmó Corbett.

El sendero, al principio, se inclinó, luego serpenteó y, posteriormente, se ensanchó. Finalmente, en un espacioso claro, se alzaron ante sus ojos los muros de piedra, de color rosa y miel, del priorato de Santa Hawisia. A pesar de lo pronto que

era, el lugar estaba lleno de actividad; los hermanos laicos se dirigían hacia los campos, los comerciantes y vendedores ambulantes se acercaban a las puertas principales. Los campesinos, con los carros rebosantes de productos para las cocinas del priorato, se amontonaban también esperando a que se abrieran las verjas.

—El priorato debe tener sus propias tierras —concluyó Corbett—, por lo que veo es como un pequeño reino en sí mismo. Ahora, vayamos a conocer a su gobernadora.

El escribano contempló con admiración los edificios que sobresalían por encima de los muros: tenían los tejados de pizarra negra y roja, un campanario altísimo. En algún lugar, dentro del priorato, tañó una campana y el aire de la mañana se impregnó con los olores, deliciosos y succulentos, de las cocinas.

Decidieron preguntar a un campesino.

—Bien, podéis esperar como nosotros —contestó un lugareño con el rostro marcado por la viruela, con una nariz y unos carrillos cortados por el viento y el sol—. Siempre es igual, esperar en la nieve, la lluvia o el sol, hasta que sus señorías abren las puertas —señaló al extremo del muro—, o podéis probar por la puerta falsa, pero que Dios os ayude si no se trata de un asunto urgente.

Corbett le dio las gracias y desmontó. Condujo a Ranulfo a través de la multitud y llamaron a la pequeña puerta claveteada. Se abrió una rejilla y se encontraron con unos ojos inquisitivos, pequeños y oscuros.

—¿Qué queréis?, ¿quién sois?

—Soy *sir* Hugo Corbett, emisario del rey, y este es mi escribano Ranulfo. Queremos entrar y ver a *lady* Magdalena.

—Mentís —protestó la voz con tono quejumbroso—, no vestís como un escribano real.

Corbett sacó su salvoconducto y aplastó el sello rojo, de cera, contra la rejilla.

—¡Abrid! —ordenó—, ¡o golpearé la puerta hasta que salte por encima de sus goznes!

—Primero enseñadme el sello —contestó la voz ofendida.

Se descorrieron los pestillos y la puerta se abrió de par en par. La monja que permanecía al otro lado era menuda, llevaba un velo de lana blanco, una cofia color crema y un hábito blanco, con un delantal negro encima.

—Soy la hermana Verónica —les informó—, la celadora, la portera, decidme lo que queréis y lo haré —escudriñó con la mirada a Corbett, con los labios fruncidos y su rostro marchito y pálido lleno de hostilidad—. Vos sí parecéis un escribano —miró a Ranulfo—, pero vos no, más bien parecéis uno de esos pajarracos a los que cuelgan de la horca.

—Vaya, cualquiera diría que este priorato se caracteriza por su caridad y recibimiento cristiano —se mofó Ranulfo.

La celadora negó con la cabeza.

—No seáis imprudente, ojos verdes. En mi otra vida tuve siete niños, dos maridos ya muertos desde hace tiempo. Ahora soy una monja consagrada a Dios.

—Y él os acogió —murmuró Ranulfo.

—¿Qué habéis dicho? —preguntó la monja llevándose la mano a la oreja—. No oigo muy bien, pero ¿acaso dijisteis algo impertinente?

—Mi escribano, simplemente, está sorprendido —intervino Corbett tomando la mano de la anciana—. No os deseamos ningún mal, hermana Verónica. Sin embargo, tenemos un asunto muy urgente que tratar. Debemos ver a *lady* Magdalena y a la famosa reliquia.

El rostro de la hermana se dulcificó.

—Bueno, podéis imaginar lo ocupadas que vamos a estar. Será mejor que os lleve a la iglesia. Podéis esperar ahí mientras voy a buscar a la priora.

Les condujo, a lo largo de un camino empedrado, a través de jardines cuidadosamente trazados al estilo francés, con macetas de flores colgando por todas partes y extensiones de césped. Una variedad de aromas impregnaba el aire. Corbett admiró, especialmente, los rosales que, plantados a ambos lados del camino desprendían un perfume muy particular. El jardín ocupaba un lado del priorato, pero, a lo lejos, pudo vislumbrar pequeños huertos con manzanos, perales y ciruelos. La hermana Verónica señaló hacia el otro muro, donde se encontraban abiertas unas enormes puertas de madera.

—Ahí detrás están los establos, los cobertizos, los almacenes y el horno. Al otro lado están los prados. Tenemos buenas ovejas e, incluso, tenemos hasta nuestro propio molino de viento.

Corbett asintió. Santa Hawisia parecía un lugar muy próspero. La iglesia que se alzaba ante él estaba construida con piedra revestida y rematada con tejado cubierto con pizarra gris. El sol de la mañana brillaba en los rosetones, y a ambos lados de la iglesia se alzaban dos edificios majestuosos, de ladrillos de color miel con las ventanas cubiertas de cristal.

—Nuestros dormitorios y el refectorio están en esa parte, señaló la hermana Verónica. Tenemos una casa para invitados y una enfermería. *Lady* Magdalena tiene sus cámaras privadas al final del camino de los claustros, cerca del muro que da al bosque. También tenemos una biblioteca y un *scriptorium*, añadió con orgullo.

—Perfecto, parece que a vuestro priorato no le falta de nada.

La hermana Verónica se detuvo bruscamente.

—Traemos aquí nuestras dotes. El priorato tiene tierras muy fértiles y, por supuesto, Santa Hawisia se hace cargo de nosotras —continuó la marcha, pero luego sus pasos volvieron a detenerse—. No puedo llevaros a nuestro recinto. El priorato no está todavía preparado para los visitantes y *lady* Magdalena es muy estricta respecto a la presencia de hombres en este lugar, ya sea un escribano o un príncipe. Por ello debéis esperar en la iglesia.

Les hizo señas para que subieran las escaleras pero al pasar Ranulfo por delante de ella, la hermana le asió por la manga.

—Tened cuidado con lo que tocáis. Esta es la casa de Dios y no una de esas

paradas de mercadillo.

Ranulfo le tomó la mano y, antes de que ella pudiera protestar, se la llevó a los labios.

—Hermana, ni en sueños osaría agraviaros. Siento una gran devoción por Santa Hawisia desde que era niño. ¿Sabéis que cuando era un muchacho tuve una visión de vuestra santa?

La hermana Verónica se quedó boquiabierta.

—Eso déjalo para luego, Ranulfo —le regañó Corbett.

Ranulfo le besó la mano y, antes de que la monja pudiera pensar en una respuesta adecuada, siguió a Corbett hacia la iglesia.

Se quedaron ante la puerta, maravillados por la belleza y elegancia de aquella joya de templo. El suelo, cubierto de losas, relucía como una patena. Los pilares, sosteniendo los cruceros, estaban pintados de un azul oscuro con coronas de oro. Las paredes de atrás brillaban con unos frescos de vivos colores que representaban escenas de la Biblia. Al fondo, una reja tallada de madera protegía las sillas del coro y el santuario. El aire estaba impregnado del perfume de las flores que se habían colocado, en unas macetas de cobre, al pie de los pilares. Vagas nubes de incienso flotaban todavía en el aire, alcanzando la luz del sol que se filtraba a través de los rosetones.

—De verdad que no le falta de nada —comentó Ranulfo—, es mejor que una capilla real.

—Con una diferencia —apuntó Corbett. Señaló hacia las paredes pintadas con unos tonos rojos, dorados, verdes y azules muy vivos.

—Eres un escribano de alto rango de la cancillería del Sello Verde, Ranulfo. Tienes que tener buen juicio y buen ojo. ¿No has notado algo en esas pinturas y esas ventanas?

Ranulfo se paseó por la iglesia. Estaba orgulloso de su educación. ¿Acaso no tenía su propia copia de la Biblia y dos libros de horas? Y a cualquier sitio al que iba, Ranulfo siempre observaba y escuchaba con atención. Algunas escenas no las pudo reconocer pero otras sí. Como la de Judit, del antiguo testamento, cortando la cabeza de su enemiga, Ruth la Moabita. Una escena le llamó particularmente la atención y le hizo sonreír: representaba la serpiente tentando a Adán. Pero, en esta ocasión, el cuerpo de Adán estaba tapado por un muro de ligustro, de manera que solo se le veía la cabeza sobresaliendo por detrás. Sin embargo, Eva estaba representada en toda su gloria, con la mano levantada, como si advirtiera a Adán para que no sucumbiera. En la pared de debajo de la ventana, el artista plasmó una escena dramática en la que aparecía Cristo maldiciendo el infierno, después de la crucifixión, donde dividía el bien del mal. Ranulfo se echó a reír.

—Son mujeres —añadió—, todas las escenas representan a mujeres. Apenas hay hombres, aparte de la cabeza de Adán y de Cristo. Y mirad, amo, incluso el Salvador, con sus largos cabellos y su rostro delicado, tiene algo de femenino.

—¿Y te has fijado en los condenados? —preguntó Corbett. Señaló las formas, oscuras e indefinidas, cada una de las cuales vestía una armadura magullada—. Mira Ranulfo, todos aquellos malditos por Dios son hombres pero los salvados son...

—¡Todo mujeres! —exclamó Ranulfo—, ¡incluso los ángeles!

Se pasearon por la iglesia. Las pinturas eran majestuosas, de llamativos cromatismos y dibujadas con gran maestría, pero el mensaje era siempre el mismo: tanto en el Cielo como en la Tierra, las mujeres representaban el bien, los hombres solo eran dignos de condenación.

Corbett dirigió la vista hacia la nave. Vio la capilla de la Virgen a la izquierda y, a la derecha, un sarcófago de madera de roble, reluciente, con la vitrina a la altura de la cabeza, iluminada por la luz de una docena de velas de cera.

—El último lugar de descanso de Santa Hawisia —explicó.

Estaba a punto de acercarse a investigar cuando, desde las sillas del coro, en el santuario se escuchó la voz de una mujer joven entonando el Salve Regina: *¡Salve Regina, Mater Misericordia, Vita Dulcedo et Spes Nostra, Salve!*

Corbett se llevó un dedo a los labios y, seguido de Ranulfo, entraron al santuario, decorado con todo lujo de detalles, con sus sillas de madera pulida a ambos lados. A lo lejos se alzaba un altar de mármol sobre un estrado cubierto por una alfombra de lana gruesa de color azul y dorado. Los candelabros de plata se izaban encima del altar y sobre este, un cáliz con incrustaciones de piedras preciosas colgado de una cadena, contenía el Sagrado Sacramento. La monja permanecía en una de las sillas frente al altar, con las manos pegadas al cuerpo. Corbett esperaba que siguiera cantando, pero la joven titubeó y empezó de nuevo.

—«*¡Salve Regina, Mater Misericordia, Vita Dulcedo et Spes Nostra, Salve!*»

—Salve Sagrada Reina, madre de la misericordia, Salve nuestra vida, nuestra dulzura y esperanza.

—*Ad te clamanus*, —pero la voz se le quebró de nuevo.

—*Ad te clamanus, exules filii Evae*, —entonó Corbett con un buen tono barítono.

—*Ad te suspiramus, gementes and flentes*.

—Por ti lloramos, pobres hijos desterrados de Eva. Hacia ti elevamos nuestros suspiros, gemimos y lloramos en este valle de lágrimas.

La monja se volvió. Su hermoso rostro, enmarcado por la cofia, estaba pálido de estupor.

—Yo... ¿qué estáis haciendo aquí?

—Esperamos a *lady* Magdalena —Corbett se acercó—. Parece que tenéis problemas con el himno. ¿No tenéis un libro de horas?

La joven monja, recuperando la compostura, sonrió tímidamente a Ranulfo.

—Soy la hermana Fidelis —se presentó precipitadamente—. Soy novicia. No puedo recordar las palabras. Por eso *lady* Juana, la profesora del coro, por no mencionar a *lady* Marcelina, la novicia al cargo del coro, me ha ordenado que me quede ante el altar y cante el himno hasta que lo haya aprendido correctamente.

Corbett presentó una reverencia.

—Soy *sir* Hugo Corbett, guardián del Sello Secreto, emisario especial de su majestad el Rey.

Los ojos de la hermana se abrieron como platos.

—No somos tan importantes como parece —sonrió Corbett—. De hecho, acabamos de encontrarnos con vuestra hermana Verónica, que nos ha tratado como a dos merodeadores.

—Me lo imagino. Le he pedido ayuda pero me ha dicho que estaba muy ocupada.

—Entonces nosotros os ayudaremos, ¿verdad, Ranulfo?

—No está permitido que los hombres canten aquí —apuntó la hermana Fidelis.

—No creo que el Señor se oponga —replicó Corbett—. Y vos debéis aprender la letra.

—Esto me dará de que hablar durante días —rio la hermana—. Vos empezad, yo repetiré cada estrofa.

Ranulfo, demasiado sorprendido para unirse a ellos, observó a su amo que, de pie junto a la joven novicia y con una voz profunda y potente, empezó el *Salve Regina*. Al final de cada estrofa hacía una pausa y la joven hermana la repetía; por fin, en la última, la monja se unió a él.

—¡*Oh, Pia!*, ¡*Oh, Dulcis!*, ¡*Virgo María!*

—¡Lo he cantado! —exclamó—. Ahora ya me lo sé. No se lo diréis, ¿verdad?

Corbett se volvió hacia Ranulfo.

—Nuestros labios están sellados, ¿verdad?

Ranulfo se limitó a asentir y se preguntó, no por primera vez, si la flecha que había alcanzado a su amo en Oxford no le habría dañado algo más que el pecho.

—Gracias —sonrió la hermana Fidelis—. Nunca puedo recordar la letra en el coro. *Lady* Juana es tan severa, golpea mis nudillos con un regatón.

Levantó su mano blanca, delicada, y les mostró los moretones en los nudillos. Corbett le besó la yema de los dedos.

—No es buena tanta severidad —añadió.

La hermana Fidelis se ruborizó y retiró la mano.

—Así que estáis esperando a *lady* Magdalena. Pues os diré algo, aún tardará un poco. A *lady* Magdalena le encanta hacer esperar a la gente. Incluso lord Henry, cuando venía aquí, tenía que esperar un buen rato en la casa de invitados —hizo una pausa—, y eso que había pagado generosamente la reforma de nuestra reliquia.

—¿Vienen muchos nobles a visitar el priorato? —preguntó Corbett.

—Oh, sí. El príncipe de Gales estuvo aquí.

—No sabía que el príncipe sintiera devoción por Santa Hawisia —añadió Corbett inocentemente.

—Pues así es, vino aquí. Pero soy solo una novicia, señor —añadió—, tales idas y venidas no son de mi incumbencia.

—¿Qué idas y venidas? —preguntó Corbett, rezando en el fondo para que *lady*

Magdalena tardara aún un rato en venir, ya que aquella joven de rostro fresco parecía deseosa de charlar.

—*Lady Juana* no debería pegarme con un regatón —la hermana *Fidelis* se lamió los nudillos.

Corbett la observó fijamente. Se preguntó si habrían llevado a la joven a aquel lugar por su vocación o por su inocencia.

—¿Qué estabais diciendo?

—Me ibais a hablar de esas extrañas idas y venidas.

—Ah, sí. Oh, señor, ¿cuál es vuestro nombre?

—*Sir Hugo Corbett*, emisario del rey.

—Bueno, veréis, *sir Hugo*, a veces sueño despierta, sobre todo en el refectorio. Nunca me acabo la comida, así que me encargan hacer tareas, pequeños castigos. Odio las hojas.

—¿Perdón? —preguntó *Ranulfo*.

—Las hojas —repitió la hermana *Fidelis*—, como no me acabo la comida rápidamente, cuando las otras novicias tienen tiempo libre yo tengo que barrer el patio. Me dan un delantal, pesado y grueso, que me araña el cuello y una escoba que pesa como un muerto. Tengo que barrer el patio empedrado que divide el refectorio de la casa de *lady Magdalena*.

—A mí tampoco me gustan las hojas —le dijo *Corbett*—. Y os lo prometo, hablaré con *lady Magdalena* para que no os castigue tan severamente.

—Oh, señor, ¿y le mencionareis también el regatón de *lady Juana*?

—¡Por el amor de Dios! —susurró *Ranulfo*.

—¿Qué me decíais de las hojas? —siguió *Corbett*.

—Bien, una noche, creo que era la víspera de San Mateo —se llevó los dedos a los labios—, ¿o era la festividad de San Cornelio?

—Estabais barriendo las hojas del patio.

—Sí, me escondí en una esquina, se estaba haciendo de noche, nadie pudo verme. Había robado un poco de mazapán del refectorio y tenía los dedos fríos. Da igual, me comí el mazapán. Estaba enojada porque todas las novicias estaban en la casa y las otras hermanas se estaban divirtiendo. Súbitamente —acercó su cabeza a la de *Corbett*, tan rápidamente, que el escribano estuvo a punto de dar un respingo—, de repente —susurró—, vi a un hombre cruzar el patio, llevaba una capa con capucha.

—¿Estáis segura que no era una de las hermanas? —inquirió *Corbett*.

—Las hermanas no llevan espuelas que tintinean ni tampoco espadas. Y, por supuesto, no andan con esos aires. Da igual, entró en la casa de *lady Magdalena*. Oh, pensé, ¿qué está pasando aquí? Y a la que se acercó, se abrió la puerta. Abajo, se encuentran su refectorio y las cámaras privadas y arriba, su alcoba. Nadie sube nunca hasta allí. Dejé la escoba en el suelo y crucé el patio. Miré por la ventana, pero no vi a nadie.

—Así que el hombre debió de subir al piso de arriba —apuntó *Corbett*.

—Supongo. Pero ¿sabéis qué, señor? Seguí barriendo el patio, pero el hombre nunca salió. Una semana después, era a final de mes porque habíamos celebrado la festividad de san Jerónimo, ese santo que...

—Sí —intervino Corbett—, sé quién fue san Jerónimo. ¿Y volvisteis a barrer el patio?

—No, señor, esta vez me toco barrer el suelo del refectorio yo sola, me volvieron a castigar. Y estoy segura —les confesó la hermana Fidelis— que volví a ver al mismo hombre cruzando el patio.

—Pero, seguramente, la priora no tiene amigos que sean hombres.

—Exacto, señor, no tiene amigos. *Lady* Magdalena cree que los hombres son peores que los demonios.

—¿Ha llegado a decir eso?

—No, solo nos advierte, por ejemplo, sobre cómo debemos comportarnos cuando tenemos invitados masculinos.

—¿Como yo?

—Oh, bueno, vos sois emisario del rey y me habéis ayudado a cantar. También le vais a decir a *lady* Juana que no utilice ese regatón.

—¿Y no sabéis quién era ese extraño? —preguntó Corbett.

La joven novicia negó con la cabeza.

—Quizá me he equivocado en lo que os he contado —musitó—. El extraño pudo salir por el otro lado.

—¿Qué lado?

—La casa de *lady* Magdalena es un pequeño palacio. Tiene su propia cocina y sus establos detrás, con un patio y una pequeña puerta falsa en el muro que da al bosque.

—Y ese extraño pudo salir por ahí.

—Es posible.

—¿Y habéis visto algo más sospechoso? —insistió Ranulfo.

La hermana Fidelis paseó la mirada asustada.

—Oh, no. Y no se lo he contado a nadie. ¡No me atrevería! Cuando *lady* Magdalena se irrita puede hacer temblar el suelo.

—¿Sale alguna vez del convento? —preguntó Ranulfo.

—Sí, el priorato tiene algunas propiedades en la ciudad de Rye. A veces, va allí con el limosnero o uno de sus hermanos, a cobrar los impuestos y a revisar las cuentas del administrador. Está fuera unos cuatro o cinco días, siempre es un alivio. Sin embargo, en algunas cosas *lady* Magdalena es muy buena y está muy orgullosa de su reliquia.

—Sí, iba a preguntaros sobre eso —Corbett miró por encima de sus hombros en dirección a la puerta. Seguro que *lady* Magdalena estaría al llegar y no quería que aquella joven novicia, inocente, se metiera en un lío—. Sé muy poco sobre Santa Hawisia.

—Oh, entonces dejad que os lo cuente. Lo he aprendido todo.

La hermana Fidelis les condujo al santuario y les dio una vuelta por la capilla. Corbett observó, con admiración, el largo sarcófago de roble.

—¿Cuánto tiempo tiene?

—*Lady* Juana dice que al menos doscientos años. El roble fue traído, especialmente, de la parte oeste del país.

Corbett paseó la vista alrededor de la capilla lateral. Sobre el altar de mármol construido al fondo de la pared, se alzaba una estatua que debía de ser Santa Hawisia, una joven con el cabello cayéndole por los hombros, vestida con una túnica real, púrpura y blanca, y que con las manos extendidas sostenía una espada. En las paredes, enormes frescos representaban escenas de la vida de la santa, en un maravilloso despliegue de colores. Contaban la historia de una mujer joven huyendo de caballeros armados con espadas, porras y mazas. En otra escena, aparecía un trozo de madera donde estaba arrodillada la joven santa, al lado de un charco y con un lirio en las manos.

—¿Quién fue Santa Hawisia? —preguntó Corbett dando golpecitos en la vitrina, a la altura de la cabeza, en el ataúd sobre el que Ranulfo, ahora, había fijado la mirada.

—¡Son cabellos! —exclamó su criado—. Mirad, *sir* Hugo qué trenzas doradas más hermosas.

Corbett apartó el manto púrpura con ribetes dorados que cubría la mitad de la vitrina y observó los tirabuzones enrollados en círculo, brillantes y dorados como el trigo maduro.

—¿Qué es esto? —preguntó.

—La reliquia —explicó la hermana Fidelis—, es el cabello de Santa Hawisia.

Corbett observó el fresco de detrás de él. Se fijó en la fecha, pintada en oro, al pie de la obra; decía 667 a. D.

—Santa Hawisia vivió hace muchísimos años —exclamó—, hace casi setecientos años, pero su cabello...

—Es porque es un milagro —afirmó la hermana Fidelis—. Veréis, señor, santa Hawisia era una princesa sajona. Su padre era el rey de estos parajes —cerró los ojos como si recordara una lección— y quería que se casara con un señor muy poderoso. ¿Qué es un *baronet*? —preguntó volviendo en sí.

—Un noble —contestó Corbett.

—Hawisia dijo que estaba entregada a Dios y que no se casaría con ningún príncipe. Su padre se enojó mucho. Hawisia era hermosa, muy conocida, sobre todo, por sus cabellos dorados. Ahora bien —la hermana señaló el fresco—, la princesa huyó del palacio de su padre, pero fue perseguida por los soldados. Hawisia se escondió en un bosque y encontró un pozo, este lugar. Se cortó sus cabellos dorados y los dejó al lado del agua como una ofrenda a Dios —la joven novicia volvió a cerrar los ojos—. Y, ah sí, cuando su padre la encontró, estaba tan enfadado por lo que había hecho que desenvainó la espada y se la clavó en el corazón —la hermana imitó el

gesto de un caballero atacando; Corbett dio un pisotón a Ranulfo para que no se riera —. Cuando se enfrió, sí, eso es —continuó, abriendo los ojos—, se arrepintió profundamente de lo que había hecho. Se convirtió al cristianismo, concedió a su hija un entierro honorable y fundó una casa de oraciones que, luego, se convirtió en el priorato de Santa Hawisia.

—¿Y esta es su tumba?

—Sí, Santa Hawisia yace debajo de las losas. Esta tumba fue construida por un antepasado de *lady* Magdalena. Los Fitzalan siempre sintieron una gran devoción por ella.

—¿Pero este no será el cabello de la princesa Hawisia? —preguntó Ranulfo.

—Oh, sí, sí —insistió la hermana Fidelis—. Veréis, es por eso que su padre se convirtió. Sus cabellos quedaron así desde el día que su hija murió: con el paso de los siglos no se han podrido ni se han estropeado. Si ponéis una mano sobre el cristal y recitáis una oración a Santa Hawisia, ella siempre responde.

Corbett estudió las trenzas doradas. El cabello parecía real, pero su aspecto era tan natural y lustroso como si hubiera sido cortado el día anterior.

En sus viajes había visto muchas reliquias. Muchos brazos de la Santa Cruz que luego sirvieron para plantar una tienda. Había visto por lo menos tres cabezas de san Juan Bautista, cinco piernas de san Sebastián, plumas del ala del arcángel san Gabriel y, en una ocasión, incluso, la piedra sobre la que se asentó Jesús antes de que ascendiera al cielo. Reliquias como estas se encontraban por toda Europa: sangre sagrada que caía en forma de lágrimas de las estatuas. Iban de lo sublime a lo ridículo, incluso, hasta la túnica que san José utilizaba cuando trabajaba en su carpintería.

Corbett golpeó la vitrina: era obra de un artesano, estaba magistralmente adaptada encima de la tumba. ¿Habría una explicación lógica para aquella reliquia? ¿Habría sido sellada para que el aire no la descompusiera? Era, sin lugar a dudas, todo un fenómeno. Ahora entendía por qué Santa Hawisia atraía a tantos peregrinos.

—Es muy hermosa.

—Oh, lord Henry la restauró recientemente.

—¿Cuándo?

—Hace unos tres meses. La reliquia estuvo sellada y cerrada durante un tiempo para poder pintar el techo y las paredes.

—¿Se ha abierto alguna vez la reliquia?

—No, nunca.

Corbett notó al momento que le estaban observando y se volvió para encontrarse con dos monjas, de pie, a la entrada de la capilla lateral. La primera era alta, de mirada severa, vestida con un hábito blanco como la nieve. Alrededor del cuello llevaba una medalla de oro colgada de una gargantilla. Detrás había otra monja, vestida de modo parecido, aunque más baja y parecía más nerviosa. Si las miradas pudieran matar, la joven novicia habría caído fulminada en aquel mismo lugar.

—¿*Lady* Magdalena Fitzalan? —preguntó Corbett acercándose a su encuentro.

La priora apenas desvió la mirada de la novicia petrificada.

—¿Qué estáis haciendo aquí, hermana Fidelis?

—Estaba practicando el Salve Regina.

—Y canta maravillosamente —añadió Corbett—, aunque tiene los nudillos algo doloridos.

—Es una chica muy torpe —replicó *lady* Magdalena fijando, ahora, sus ojos en Corbett.

—Pero cuando vuelva —continuó Corbett—, los moretones habrán desaparecido, ¿verdad?

Lady Magdalena chasqueó los dedos.

—Id a la casa de las novicias, hermana Fidelis —ordenó mientras observaba a Corbett de pies a cabeza—. Soy *lady* Magdalena Fitzalan. Esta es la hermana Agnes, mi subpriora.

La otra monja forzó una sonrisa.

—Y yo soy *sir* Hugo Corbett, guardián del Sello Secreto del rey, su emisario especial en estas regiones. Llevó conmigo su autorización y autoridad. Este es Ranulfo-atte-Newgate, mi siervo y escribano, de alto rango, de la cancillería del Sello Verde.

—No tenéis autoridad alguna en las tierras de una iglesia.

—La podría tener.

El delgado rostro de *lady* Magdalena esbozó una sonrisa.

—¿De verdad, *sir* Hugo? —pasó cerca de él, se encaminó hacia la reliquia y dedicó a Ranulfo la misma ojeada crítica—. ¡Tenéis una mirada muy descarada, chico!

—Estaba observando vuestro hábito, señora, es blanco como la nieve. ¿Es símbolo de santidad o solo de humildad?

Corbett cerró los ojos y respiró hondo.

—*Lady* Magdalena —añadió acercándose a su lado—, vuestro hermanastro ha sido asesinado.

—¡Que Dios lo acoja!

—Y el cuerpo de una joven fue dejado ante las puertas de vuestro priorato. Tengo entendido que ella también fue asesinada por una flecha en la garganta.

—¿Quién os contó eso?

—Su majestad el rey, por no mencionar las habladurías de la taberna de El Demonio en los Árboles.

—Tiene un nombre muy apropiado —la mirada de acero de *lady* Magdalena se mantuvo firme—. Bueno, es cierto, el cadáver de esa pobre joven se encontró en nuestro priorato y le ofrecimos un entierro cristiano.

—¿Por qué?

—Es un acto corporal de piedad.

—¿Conocíais a la mujer?

—¡No, por supuesto que no!

—¿Había visitado alguna vez este priorato o la reliquia?

—No, no lo hizo, podéis preguntárselo a cualquiera de la comunidad.

—¿Y dónde está enterrada?

—En nuestro cementerio.

Corbett sacó su autorización con el sello real.

—Entonces, mi señora, por la autoridad que me ha sido concedida, deseo que el cuerpo sea exhumado para que pueda examinarlo.

—No podéis hacer eso.

Corbett se alejó.

—Ranulfo, encuentra un azadón, una azada y una pala. Utiliza tu autoridad para descubrir dónde se encuentra el cadáver de esa pobre joven. Mi querida priora, daré parte de los hechos al rey y al arzobispo y podéis dar por sentado que explicaré que os habéis negado a colaborar conmigo.

—*Sir Hugo.*

El escribano se volvió. El rostro de *lady* Magdalena se había suavizado.

—No era mi intención discutir. Primero, dejad que conteste a vuestras preguntas. La vitrina que contiene la reliquia nunca se abre. Segundo, responderé a más preguntas en mi aposento y tercero, como priora de este lugar, haré que el cadáver sea exhumado.

Capítulo VI

Uno de los hermanos laicos del priorato clavó la punta de su pala debajo de la tapa del ataúd, la levantó y luego se alejó rápidamente. El ataúd no era más que un arca alargada cerrada con clavos. Corbett ordenó a Ranulfo que se quedara a un lado y, llevándose a la boca y a la nariz un paño empapado en vino, vinagre y otras hierbas, sacó su daga y se acercó. Los hermanos habían huido despavoridos. *Lady Magdalena* y el resto de la comunidad prefirieron no estar presentes. Ranulfo se mantuvo alejado, bajo las ramas extendidas de un tejo retorcido. Corbett retiró la tapa. A pesar del paño, el hedor era muy intenso; el cuerpo, debajo del velo de gasa, estaba ahora en completo estado de putrefacción. Sin embargo, a la vez, Corbett sintió una profunda tristeza. El cuerpo, amortajado con una sencilla túnica blanca, parecía joven, patético y desamparado. Retiró la cofia de la cabeza y vio que tenía el cabello cortado al rape. Cogió algunos hilachos entre sus dedos. Por alguna razón, estaba convencido de que se trataba de cabello teñido. La herida en la garganta estaba coloreada, ahora, de un repugnante tono azulenco.

—¡Que Dios se apiade de vos! —susurró Corbett—, pero es cierto, la muerte se lleva toda belleza.

De repente, se encontró de nuevo en Oxford, aquel asesino, de ojos salvajes, corriendo en su dirección, la flecha volando hacia su encuentro, su cuadrillo cruzando el aire a toda velocidad. Corbett desechó de inmediato tal pensamiento.

—Recordad que sois polvo y en polvo os convertiréis.

—«*Sic transit gloria mundi...*»

Corbett miró a su alrededor. Un hombre, con capucha y cogulla, permanecía de pie. Parecía un franciscano por su hábito marrón. Además, llevaba unas sandalias muy sencillas y asía un atizador con la mano. Ranulfo fue a su encuentro.

—Decidle a vuestro siervo, *sir Hugo*, que no soy ninguna amenaza.

Una mano, surcada de venas, se echó hacia atrás la capucha. Corbett vio una barba y un bigote negros y espesos, una calva, un rostro duro, pero de ojos alegres y llenos de luz. Corbett encontró el hedor a putrefacción insoportable. Se puso en pie.

—Soy el hermano Cosmas, párroco de San Oswaldo en los Árboles. *Lady Magdalena* me dijo que estabais aquí —la sonrisa del franciscano fue todavía mayor mostrando su dentadura amarillenta y resquebrajada—. Bueno, no fue ella precisamente, sino la bendita hermana Verónica que, en otra vida, debió de ser el heraldo de alguna ciudad.

Corbett sonrió. Siempre le habían caído bien los franciscanos: su devoción por los pobres, sus maneras bruscas y honestas, sus palabras francas y directas.

—He venido a por provisiones —añadió el fraile—, cualquier cosa que pida, y *lady Magdalena* se desvive por ejercer de señora del feudo. En el paraíso, estoy seguro de que le ofrecerán un puesto de alto rango, quizás al mando de la organización de los ángeles —observó al mirar el cuerpo—. El olor es repugnante.

Corbett se retiró de la boca y de la nariz el paño y asintió en señal de acuerdo.

—No parece inmutaros, hermano.

—¿Y qué es un cuerpo sino una bolsa de sangre? —replicó el franciscano—. El alma que alojaba ya se ha ido —su mirada se suavizó—. Pobre muchacha. Y, para responder a vuestra pregunta con sinceridad, *sir* Hugo, he sido soldado, cirujano en las guerras del rey. He visto más cadáveres de los que podría contar. A los humanos nos encanta matar, ¿verdad? —se inclinó al lado del ataúd, susurró unas palabras del réquiem y trazó una bendición en el aire—. Es la herida de una flecha —señaló la garganta—, un buen arquero.

—¿Sabéis tirar al arco, hermano?

—Fui todo un maestro en los ejércitos del rey. Siempre apuntad al cuello, me decían. La cabeza, el pecho y el estómago están protegidos, pero no hay salvación para un trozo de metal en la tráquea. Debió morir al instante. ¿Necesitáis ayuda, escribano del rey?

Corbett volvió a cubrirse la boca con el paño. Empezaba a sentirse algo mareado y deseaba alejarse de aquella tumba maloliente y aquel tético cadáver. Oyó como Ranulfo, debajo del tejo, tosía y maldecía aquel hedor que se estaba extendiendo, así que se apresuró. Levantó la ropa de la joven para examinar la parte frontal del cadáver.

No había marcas, excepto una en el hombro, con la imagen de un lirio. Era una marca vieja y la piel estaba medio descompuesta. Volvieron a colocar el cuerpo en su lugar y a cubrirlo con el velo de gasa. Corbett tuvo que alejarse para poder respirar mientras el franciscano, provisto de una piedra, volvió a remachar los clavos sobre la tapa del ataúd.

Corbett llegó al tejo, se sacó el paño de la boca y observó a un pájaro revolotear sobre las extensiones de hierba. ¿Sería un tordo?, se preguntó. Intentó concentrarse en algo agradable. Ranulfo estaba a punto de abrir la boca pero Corbett negó con la cabeza. El franciscano había terminado su tarea y se acercaba.

—No la dejarán ahí, ¿verdad?

—No, los hermanos volverán a enterrarla.

Corbett levantó la mirada.

—¿Sabéis algo de su muerte, hermano?

El franciscano negó con la cabeza.

—¡Nada! Ni siquiera sé quién es y os aseguro que conozco todas las caras de estos alrededores. Una muerte extraña —añadió—. Corren rumores de que fue enterrada y luego la sacaron y la abandonaron en las puertas del priorato —estudió con detenimiento a Corbett—. ¿Os vi una vez, sabéis? Hace muchos años, en una marcha galesa. Decían que erais un tipo malhumorado, pero el escribano de más confianza del rey.

Ranulfo soltó una risita.

—¿Y este debe de ser vuestro siervo? El que tiene los ojos de demonio a juego

con su cabello. Así que sois los esbirros del rey, ¿eh?

—Soy escribano de la corte —replicó Corbett—, y sigo siendo un tipo malhumorado. Sin embargo, soy responsable de que se haga justicia real y eso también sigue siendo igual, no cambia.

—¿Ah sí? En ese caso, debo presentaros a uno de mis feligreses: Roberto Verlian, jefe de los guardabosques de lord Henry Fitzalan, recién fallecido. Se ha refugiado en el santuario de mi iglesia, si no *sir* William le habría colgado del árbol más cercano.

—¿Es inocente? —preguntó Corbett.

—Eso dice.

—¿Y qué pensáis vos, hermano? Quiero decir, vos mismo habéis mencionado que se os da bien juzgar a otras personas.

El franciscano soltó una carcajada y dio una palmadita en la espalda a Corbett.

—Bien dicho, escribano —se golpeó el pecho—. *Mea culpa, mea culpa*, he pecado. Me alegra que seáis el juez real en estos parajes, Verlian puede tener alguna oportunidad. Sí, dice que es inocente y sí, creo que lo es. ¿Vendréis a visitarle?

—Haré algo mejor que eso —contestó Corbett—. Llevo conmigo la autorización real para Oír y Determinar. Tengo el derecho de celebrar un juicio y escuchar cualquier caso.

—¿Y queréis utilizar mi iglesia?

—Sí, nos ahorraría bastante tiempo. Y os nombraría testigo real. Prefiero San Oswaldo que cualquier otro sitio. Ahora, voy a lavarme la cara y las manos antes de ir a ver a *lady* Magdalena y tener algunas palabras con ella.

—En ese caso, me despediré de vos —el franciscano estrechó la mano de Corbett—. Vos vais al aposento de mi señora y yo a la cocina, a pedir algunas sobras.

—Por cierto, hermano.

Cosmas se volvió.

—¿Fuisteis al hostel de caza de Beauclerc la noche antes de que lord Henry fuera asesinado?

—Sí, estuve solo un rato. Le advertí de que estaba ejerciendo la ley forestal con demasiada severidad.

—¿Y qué hacíais la mañana en la que fue asesinado?

—Estaba rezando, escribano, como siempre —y el franciscano giró sobre sus talones y se alejó.

Al cabo de poco rato Corbett, con las manos y la cara limpias, con media copa de vino tinto reponiendo su estómago, fue acompañado a través del patio de guijarros hasta el confortable salón del priorato. La estancia estaba cubierta con paneles de madera tallada que cubrían tres cuartas partes de las paredes y la parte superior se había renovado de yeso rosa. Pequeños dibujos, enmarcados en oro, se habían trazado, por toda la estancia, encima de los paneles. Cada uno representaba escenas de la vida de la Virgen. Alfombras, de pura lana, se extendían encima de las losas del suelo, limpias como una patena. Cofres, armarios, sillas y bancos se habían dispuesto

por toda la cámara. El de la priora se encontraba junto a una ventana sobresalida que dominaba su jardín privado. *Lady* Magdalena permanecía sentada, dictándole a otra hermana, acomodada, también, en un escritorio, a su derecha. Cuando Corbett y Ranulfo entraron en la estancia, *lady* Magdalena despidió a la hermana; ni siquiera se levantó a saludarles, sino que señaló a Corbett un taburete bastante alto al otro lado del escritorio y a Ranulfo, ni siquiera le ofreció sentarse.

—¿Ya habéis visto lo que queríais? —inquirió.

Corbett declinó la invitación a sentarse y permaneció de pie, con los brazos cruzados, mirándola, mientras Ranulfo se apoyó en la puerta y silbó por lo bajo. Intentó incomodar a la priora y lo consiguió. *Lady* Magdalena, echando chispas por los ojos, retiró su silla, con lo que se vio forzada a mirar a Corbett.

—¿Tenéis preguntas que hacerme, señor escribano?

—No, mi señora, el rey las tiene. Habladme de la muerte de vuestro hermano.

—Le asesinaron cuando estaba cazando —replicó secamente *lady* Magdalena—. A Henry le encantaba la sangre, la sangre y la destrucción, presumir, como siempre hacía, ante sus invitados franceses.

—No parecéis muy apenada para ser su hermana.

—Su hermanastra, escribano.

—Pero seguís sin estar apenada.

—La pena es algo privado. Lord Henry vivía en su mundo y yo en el mío.

—¿Y no sabéis nada de su muerte?

—¿Perdón?

Corbett le devolvió una mirada fría.

—¿Por qué querría alguien matar a vuestro hermano?

Lady Magdalena echó atrás la cabeza y soltó una carcajada.

—Escribano, ya habéis visto nuestra iglesia, ¿verdad? Podría llenar toda la nave con gente que deseaba verlo muerto. Su crueldad, su lujuria... Oh, sí, siento pena por él, por el muchacho que fue una vez y también por su alma inmortal.

—¿Os informaron inmediatamente de su muerte?

—Me encontraba aquí, en mi cámara, cuando *sir* William envió a un mensajero —su rostro se suavizó—. Lo siento, *sir* Hugo —se cogió al borde del escritorio—, mirad —señaló una silla al fondo de una esquina—, ¿querríais sentaros, tomar algo de vino?

Corbett cruzó la estancia y cogió la silla.

—Vuestras hermanas, en la cocina, fueron de lo más amables —contestó sentándose—, pero tengo el estómago todavía revuelto después de lo que he presenciado. ¿Así que no podéis ayudarme con la muerte de vuestro hermano ni con el cadáver de la joven que he visto?

Lady Magdalena negó con la cabeza.

—¿Veíais a lord Henry con frecuencia?

—A veces le visitaba en el feudo de Ashdown. Cuando viajaba a Rye, él o *sir*

William me acompañaban. Tenemos algunas propiedades allí que gestiona un administrador.

—El priorato es muy rico —afirmó Corbett.

—Algunas tardes abrimos las puertas a los peregrinos. Sus ofrendas son generosas —contestó, mirando a Ranulfo, que seguía silbando por lo bajo.

Corbett desvió la mirada hacia su siervo, le guiñó un ojo y, acto seguido, este dejó de silbar.

—¿Creía *sir* Henry en Santa Hawisia, quiero decir en la reliquia?

—Henry no creía en nada.

—Pero reformó la reliquia.

—Los Fitzalan siempre se han hecho cargo de ella.

—Pero fue un acto generoso por su parte.

Lady Magdalena bostezó.

—Le estuve dando la lata —se llevó una mano a la boca para ocultar otro bostezo—. A Henry siempre había que rogarle para que cumpliera con sus deberes.

—¿Y qué hay de ese hombre búho? —preguntó Corbett.

—Ah, sí, he oído hablar de él. Sospecho que él es el asesino y no el pobre Verlian.

—¿Y qué os hace pensar eso?

—Creo que el hombre búho es alguien que pertenece al pasado de lord Henry —añadió—. Tanto Henry como William fueron unos jovencitos de cascos muy ligeros. Jugaban al juego de la seducción y solo se preocupaban por satisfacer sus deseos. Ninguna hermana, mujer, hija, incluso madre, estaba a salvo de ellos.

—¿Cómo sabéis eso?

—He oído historias, rumores sobre una joven que se colgó cerca de las afueras de Rye.

—¿Sabéis lo que significa la Rosa de Rye? —preguntó Corbett.

—Oh, sí —se llevó los dedos a los labios—. Lord Henry lo mencionó una vez. El hombre búho dejó algunos mensajes en los que preguntaba si recordaba tal nombre.

—¿Y lord Henry lo hizo?

—Sí, creo que sí. Y lo que es más, creo que también William —hizo una pausa—. Oí unos rumores sobre una taberna o una casa de cerveza llamada La Rosa Roja. Creo que se encontraba en el camino que salía de Rye. Los propietarios eran un matrimonio, un tabernero y su hermosa mujer. Según las habladurías, Henry y William se hospedaron en aquel lugar hace años. Se dice que Henry sedujo a la mujer, que la convirtió en su amante, pero luego la abandonó.

—¿Y? —preguntó Corbett.

Se la quedó observando mientras una figura negra saltaba al regazo de *lady* Magdalena. El gato era tan negro como la noche; se acurrucó y empezó a ronronear.

—Así, así, Lucifer —le susurró *lady* Magdalena acariciándole—. Es mi eterno compañero —sonrió—. Acaba con los ratones y toda clase de alimañas.

—¿Qué me decíais de la joven esposa?

—Según los rumores, se suicidó, se colgó de una viga de la taberna. Yo había ingresado en el priorato cuando eso ocurrió. Mi padre, ya en sus últimos años, se limitó a cubrir los hechos.

—¿Cuánto tiempo hace que sucedió?

—Oh, debe de hacer unos veinte o veinticinco años. Dicen que el fantasma de la joven encantó la taberna, así que cambiaron el nombre.

—Y ese hombre búho podría ser el marido de la joven.

—Es posible.

—¿Y el cadáver que yace en vuestro cementerio? —preguntó Corbett—, ¿sabéis algo de esa joven?

—Nada de nada.

—¿Nunca visitó este lugar?

—Os lo he dicho, *sir* Hugo, no sé nada.

Corbett chasqueó los labios.

—Tenía un lirio marcado en el hombro.

Lady Magdalena negó con la cabeza.

—*Sir* Hugo, no puedo ayudaros en ese asunto.

—¿Y su majestad, el príncipe de Gales, viene a menudo?

—La reliquia de Santa Hawisia es visitada por muchos nobles. El príncipe ha venido, sí, es verdad.

—¿Y el rey viene con un séquito de hombres?

—Uno o dos de su casa.

—Pero bajo ninguna circunstancia viene sin avisaros.

Lady Magdalena se ruborizó.

—*Sir* Hugo, estáis yendo demasiado lejos, ¿a qué se debe esa pregunta?

—Lo siento —se disculpó Corbett—, pero el rey pide respuestas a todos los misterios que ocurren en este lugar y yo, señora, tengo que dárselas —se puso en pie e hizo una reverencia—. Os doy las gracias por vuestro tiempo y cortesía. Si tengo más preguntas, por supuesto, volveré.

Lady Magdalena no respondió, se limitó a coger una pluma del bote de tinta y un trozo de pergamino, como si volviera a sus deberes.

—Entonces, me despido de vos, *sir* Hugo. Una de las hermanas os conducirá hasta los establos.

Al cabo de poco rato Corbett y Ranulfo salieron del priorato. Uno de los hermanos laicos les dijo qué dirección tomar y pronto encontraron el camino del bosque que les condujo, de vuelta, a la taberna de El Demonio en los Árboles.

—Una dama de alta cuna —comentó Ranulfo—, llena de arrogancia y además una embustera.

—¿Qué queréis decir? —preguntó Corbett tirando de las riendas de su caballo.

—Amo, con todos mis respetos, Eduardo de Carnarvon puede ser cualquier cosa, ¿pero un peregrino? —Ranulfo soltó una carcajada—. Si viene a este lugar es para

hacer una de las tuyas y ambos lo sabemos —continuó—. Bien, por lo menos sabemos quién es el hombre búho.

—Supongo —musitó Corbett—. Esto es como un pozo, Ranulfo. Los Fitzalan guardan celosamente sus secretos y no los sacarán a la superficie si no es a fuerza de luchar y trabajar duro.

Llegaron a la taberna pasado el mediodía. Jornaleros, agricultores, guardabosques y carboneros se habían congregado allí. Permanecían sentados en el patio de guijarros, con las espaldas apoyadas en la pared y tomando el sol. Un grupo hacía apuestas sobre un perro que acosaba a un tejón. Un bulero intentaba vender escarapelas de peregrinos, cintas y lazos, mientras se paseaba por el patio empujando su pequeño carrito. Un carterista, que había sido expulsado de la ciudad de Rye, estaba sentado cerca del pozo, lavándose la punta de las orejas que le habían cortado los alguaciles de la ciudad. Mozos de taberna y de cuadra llevaban y traían los caballos y los asnos de los establos. Al fondo, trabajaban limpiando el palomar y el repugnante hedor a estiércol se extendió por todo el lugar, levantando protestas entre aquellos que estaban comiendo su queso y su pan a la hora del mediodía.

Corbett y Ranulfo dejaron los caballos a un mozo y se dirigieron a la espaciosa taberna. El techo estaba enmaderado y las losas del suelo cubiertas con espesas estoras verdes. Al fondo, las ventanas y contraventanas eran abiertas de par en par, permitiendo que entrara la fragancia de las hierbas del jardín. Lonchas de jamón, tocino e incluso de queso, envueltas en paños de lino blanco, colgaban del techo para ser curadas. A pesar de que hacía buen día, un fuego crepitante ardía en la chimenea y un mozo sudoroso revolvía lentamente el asador sobre el que se había colocado un enorme costillar de cerdo. A su lado una niña, avivando el fuego, esparcía, por otro lado, hierbas sobre la carne que se iba asando. El agradable olor se expandió por la taberna, e incluso a Corbett se le hizo la boca agua ante aquel aroma tan delicioso. El tabernero, de estómago prominente, calvo y ojos penetrantes, se les acercó. Hizo uso de sus mejores modales cuando se dio cuenta que debía atender a los enviados de la corte.

—El cerdo estará listo en un momento —les dijo—. Os lo recomiendo, señores. Una jarra de nuestra cerveza, vino de Oporto y cogeréis el mejor puntillo a este lado de Rye.

Corbett asintió y el tabernero les condujo a una mesa más privada, cerca de la ventana. Corbett y Ranulfo se deshicieron de sus talabartes y se sentaron en los bancos. Corbett ordenó al tabernero que les sirvieran tres cervezas, la tercera para él mismo. Luego le hizo un gesto invitándole a sentarse a su lado.

—¿Tenéis visitas importantes, me refiero, de buena calidad?

—Bueno, van y vienen —contestó el tabernero con prudencia.

—¿Alguna misteriosa? —preguntó Corbett.

—Bueno, señores, esto es el bosque de Ashdown. Los caminos, a menudo, están transitados por aquellos que viajan de la costa a Londres, si es que no deciden desviarse por Canterbury. Tenemos estudiantes, marineros, mendigos habituales, peregrinos y comerciantes.

—Ya sabéis a lo que me refiero —afirmó Corbett con dureza—. ¿Alguien en especial? ¿Alguien cubriéndose con alguna capa misteriosamente, pagando con buen oro y plata para que le dejaran solo?

—Tenemos proscritos —admitió el tabernero—, forajidos.

Corbett soltó un suspiro de desesperación.

—¿Alguien más?

El tabernero desvió la mirada.

—¿Y el príncipe de Gales ha estado aquí?

—Sí, cogió la mejor cámara del primer piso, la que tiene una cama con dosel y alfombras de lana en el suelo.

—No me interesan vuestros muebles —cortó Corbett—, ¿había alguien más cuando el príncipe vino?

—Un tipo alto, rubio, de manos delicadas. Caminaba como un pavo real. Un caballero, creo. Tenía un vocabulario muy culto pero raras veces mostró su rostro.

—Y apuesto a que no lo hizo —afirmó Corbett con sequedad—. Seguro que también se alojó en una cámara del primer piso y os pagó bien para que le subierais la comida a la habitación.

El tabernero abrió la boca, sorprendido, ante aquel escribano de mirada oscura.

—¿Cómo lo sabéis?

—¿Os mostró ese caballero alguna insignia? —interrogó Corbett tocando la punta de la nariz bulbosa de aquel hombre—. Apuesto una moneda de plata a que sí lo hizo. ¿Acaso era un águila con dos cabezas? —dio un pisotón a la bota de Ranulfo al ver que este, sorprendido, dio un respingo.

—Sí, así es —el tabernero estaba, ahora, asustado—. Apenas se dejaba ver, vestía como un monje con una capa oscura y una capucha. Pero en la mesa de su cámara vi un anillo que llevaba el escudo que vos describís.

Corbett deslizó una moneda de plata sobre la mesa.

—No tenéis nada que temer —tranquilizó al hombre, ahora nervioso—. Os aseguro, buen hombre, que no habéis hecho nada malo. ¿Ese extraño estuvo aquí mientras el príncipe visitaba la taberna? —el tabernero asintió, cubriendo la moneda con los dedos.

—¿Y se marchó un poco después de que lo hiciera el príncipe?

—Sí, iba de peregrinaje a Santa Hawisia.

Corbett prendió su jarra entre las manos y bebió un sorbo, relamiéndose, luego, la espuma blanca de los labios. Recordó el cadáver que había estudiado, tan detenidamente, a principio del día.

—¿Y habéis oído hablar del cadáver? —preguntó—, ¿el de la joven?

—Oh, sí, esa que dejaron en el priorato de Santa Hawisia. Apuesto que a esas monjas casi les dio un ataque.

—No era de por aquí, ¿verdad?

—Oh, no. Si alguna moza de las aldeas del bosque hubiera desaparecido, se habría dado la voz de alarma, se habría oído por todo el bosque.

—Entonces, tanto si estaba viajando o de peregrinaje —añadió Corbett—, debió de pararse aquí.

—No necesariamente.

—Oh, vamos, vamos tabernero, una mujer joven, sencillamente, no anda sola por los caminos del bosque, desnuda como el día que vino al mundo. He visto el cuerpo de esa mujer, era suave, de una dama.

—Puede que lo fuera —replicó el tabernero—, pero, señor, aquí no se detuvo. Describídme la.

Corbett se la describió lo mejor que pudo, el tabernero negó con la cabeza y levantó su mano derecha.

—Me lo podéis hacer jurar delante del juez local, señor. Nunca he visto u oído hablar de alguien así.

Otra moneda de plata apareció entre los dedos de Corbett. Jugueteó con ella, moviéndola por el dorso de la mano, un truco que tenía muerto de envidia a Ranulfo.

—Sois muy generoso, señor. Podéis darme toda la plata del arca del reino pero no lograréis que diga que he visto a alguien a quien no he visto.

—No me malentendáis, maese...

—Taybois. Me llamo Edmundo Taybois.

—Hay otra cosa que os quería preguntar. Bueno, más de una para ser exactos. ¿Qué me decís del hombre búho?

El tabernero soltó una risotada emitiendo un profundo gruñido desde el fondo de su garganta, sus ojos no se apartaron ni un segundo de la moneda de plata en el dorso de la mano de Corbett.

—Es como las moscas en verano, señor. Resulta molesto, pero no para nosotros.

—¿Y ha venido alguna vez en busca de comida?

—Nunca. Quiero decir, señor, que estaría loco si entrara en esta taberna y dijera: soy el hombre búho y vengo a comer algo de carne de venado.

Corbett lanzó la moneda al aire y luego la cogió.

—No, maese, me refería más bien a cuando cae la noche y los oídos y los ojos fisgones están cerrados.

—Es cierto que esta taberna se llama El Demonio en los Bosques, señor, pero no damos sustento a los forajidos —el tabernero echó hacia atrás su taburete e hizo ademán de levantarse.

Ranulfo se inclinó sobre él y le apretó suavemente en el hombro.

—Os levantaréis cuando mi amo os lo diga.

El tabernero suspiró.

—No pretendía ofenderos.

—En ese caso, no lo haré —contestó Corbett—. Ahora habládme de los Fitzalan, vuestra taberna solo hacia que hablar de ellos anoche.

—Los Fitzalan proceden del mismísimo infierno y en lo que a mí respecta, ya pueden regresar a él —añadió el tabernero tomando un sorbo de su cerveza.

—¿Qué queréis decir?

—A los amos de las tierras, señor, les importa un comino la gente como nosotros.

—¿Sois un hombre libre, Edmundo?

—Soy un terrateniente, señor. Poseo esta taberna y los campos de detrás. Pago mis impuestos. Soy un hombre digno. Un tabernero honesto y nuestro caridad a aquellos que la necesitan.

Corbett estudió los rasgos de aquel tabernero rollizo.

—Pero en otro tiempo fuisteis arquero. Vuestros callos en los dedos os delatan. ¿Habéis tirado al arco más de una vez, verdad?

—Oh, sí, y compro mi venado a aquellos que lo venden, yo no me voy de caza por los bosques.

Corbett chocó su jarra contra la del tabernero.

—Entonces, que Dios os bendiga, señor. ¿Desde cuándo hace que sois tabernero?

—Ya lo era mi padre antes que yo.

—¿Sois miembro de una cofradía?

—Sí. Nos reunimos por Navidad y Pascua, normalmente en uno de los puertos, en Winchelsea o Rye.

—¿Habéis oído hablar alguna vez de La Rosa Roja? —preguntó Corbett—, era una taberna que se encontraba a las afueras de Rye.

—No, señor, pero conozco a alguien que sí —el tabernero se acabó su jarra y se puso en pie—, ¿y entonces me daréis esa moneda?

Corbett se la lanzó.

—Ya es vuestra.

El tabernero les llevó al exterior, por la puerta de atrás, y cruzó el jardín. Al fondo había un huerto de manzanos y perales. Uno de los chicos de la cocina estaba allí, recogiendo la fruta caída de los árboles y colocándola, con cuidado, en las cestas. Detrás del huerto, rodeada por un pequeño jardín, se levantaba una choza con techo de paja. En la puerta de entrada había un anciano tomando el sol, mordisqueando con cuidado una de las peras.

—Es mi padre —afirmó el tabernero—, le llamamos el Anciano.

Corbett pudo adivinar el porqué. Aquel hombre parecía tan viejo como Matusalén, tenía el rostro surcado de arrugas, unos ojos azules nublados, con barba y bigotes escuálidos.

—¿Eres tú, hijo?

—Hoy es uno de esos días, padre —contestó el tabernero con tono burlón—, en el que te traigo visita.

—Tengo noventa y cinco años —balbuceó el hombre—. ¿Te das cuenta? Recuerdo al abuelo del rey, a Juan Jackland. Pasó por Ashdown cuando se encaminaba a Runnymede. Les he visto a todos. Me llaman el Anciano, pero todavía tengo buena memoria —sonrió y dejó entrever un trozo de pera masticado—. Pero yo siempre digo, no cuenta lo que hay entre las orejas, sino entre las piernas —escudriñó el anillo de la mano derecha de Corbett—, ¿sois escribano del rey, verdad?

Corbett se inclinó.

—Abuelo —tocó la mano del anciano—, me alegro de conoceros.

—Ciruelas —terció el anciano—, ahora es otoño y tendremos ciruelas tan maduras como las tetas de las doncellas.

Corbett se quedó maravillado ante aquel viejo que debía de ser un chaval cuando el rey Juan condujo a sus ejércitos a luchar contra los barones.

—¿Qué queréis? —el hombre inclinó la cabeza como un pajarillo.

—Abuelo, ¿sabéis algo de una taberna llamada La Rosa Roja, a las afueras de Rye?

—Conocí a una moza llamada Rosa Roja. Vivía en Rye. Le llamábamos Roja porque se pintaba los pechos de ese color.

—Una taberna, abuelo —insistió Corbett—, que llevaban un hombre y su mujer. Ella se suicidó.

—Ah, sí, recuerdo eso —el hombre se dio un golpecito en la nariz—. La gente me cuenta todo. Había una taberna con ese nombre, ahora se llama Golden Cresset. En el pasado era un burdel, ¿sabéis?, en tiempos del padre del rey, lo frecuentaban los soldados, pero luego cambió de amos. El baile lo limpió. Y un joven pasó a ser el propietario, sí, eso es, un tal Alwayn, Alwayn Rothmere y su mujer, creo que se llamaba Katherine. Bueno, los Fitzalan solían ir allí. Una cosa llevó a la otra.

—De eso hace unos veinte o veinticinco años —le interrumpió Corbett.

—Eran solo unos muchachos por aquel entonces, llenos de palabrería y presunción —afirmó el anciano—. Henry era el malo. No había ni un solo corsé que no pudiera desabrochar ni unas enaguas que levantar. Actuaba como un señorito, ligero de pies, de mente despierta y buen ojo. La sedujo. Alwayn lo descubrió y la pobre muchacha se suicidó, se subió a una mesa y luego se colgó.

—¿Y Alwayn desapareció? —preguntó Corbett.

—No, no desapareció. Solo habéis oído la mitad de la historia —el anciano carraspeó y buscó, con la mirada nublada, a su hijo—. No creo que te lo haya contado, ¿verdad? Alwayn encontró el cuerpo y lo bajó —el anciano sorbió por la nariz—, luego se colgó él en el mismo lugar —debió entrever la cara de sorpresa de Corbett—. Ambos murieron —murmuró con tristeza—, se perdieron en la oscuridad. Estoy seguro de que estarán esperando a darle la bienvenida a lord Henry.

Capítulo VII

Corbett y Ranulfo se despidieron del anciano y entraron, de nuevo, en la taberna. El dueño se apresuró a cortar algunas lonchas de cerdo.

—Bueno, bueno, bueno —exclamó Ranulfo mientras se sentaban—. Si el rey supiera esto le entraría uno de sus ataques reales.

—El rey lo sabrá —afirmó Corbett—. Parece ser que Gaveston, que se supone que está exiliado, ha regresado a Inglaterra y se esconde en alguno de estos parajes.

—Por eso el príncipe de Gales quería vernos, ¿verdad?

—Sí, eso creo. *Sir William Fitzalan* pertenece al séquito del príncipe de Gales. Sospecho, ante la insistencia del príncipe, que *sir William* trajo de vuelta a Gaveston a Ashdown. Se quedó aquí y fue lo suficientemente arrogante como para mostrar su escudo. También creo que era el visitante secreto de *lady Magdalena*. El príncipe de Gales, llevado por un falso sentimiento de piedad, vino a Ashdown, alegando que deseaba ir de caza o a rezar a la famosa reliquia, pero en realidad vino a reunirse con su amante.

Ranulfo le devolvió una mirada alarmada.

—Si el rey os oyera —afirmó—, ni vuestra amistad os salvaría, *sir Hugo*.

—El rey sabe la verdad. El príncipe de Gales es un hombre a quien le gusta lo mejor de ambos mundos. Oh, bueno, claro, se casará con cualquier princesa que se le presente —la voz de Corbett se convirtió en un susurro—, pero, en el fondo, sospecho que su verdadero amor es y será siempre Gascón Piers Gaveston.

—¿Y se escondió aquí? —pregunto Ranulfo.

—Aquí y en el priorato.

—¿Y sobre el otro asunto?

—Estoy decepcionado —admitió Corbett—. Pensé realmente que el hombre búho era el marido de la joven que se suicidó en La Rosa Roja, pero ambos están muertos, así que tendré que pensar en otra posibilidad.

—*Lady Magdalena* tendrá que responder a unas cuantas preguntas.

—Tiene muchas preguntas que contestar, más de las que se imagina. ¿Viste el cabello, Ranulfo? ¿Crees que realmente se trata de una reliquia?

—El mundo está lleno de trucos, amo. ¿Acaso no existen cantidad de aceites, pociones, brebajes de hierbas que pueden mantenerlo lustroso y natural?

Se callaron un momento cuando el tabernero trajo las bandejas con lonchas de cerdo a la brasa, pan recién hecho, puerros y cebollas, cortados a trocitos y aromatizados con orégano.

—Le habéis alegrado el día al Anciano —les dijo—, ¿pero qué hay del otro asunto? —miró con nerviosismo a Corbett y el escribano se preguntó si el tabernero habría sabido, desde el principio, la identidad de su extraño huésped.

—Haceos el inocente —le aconsejó Corbett— y creerán que lo sois.

El tabernero siguió sonriendo y al final se marchó. Corbett sacó su cuchillo, cogió

una cuchara de cuerno de su zurrón y empezó a cortar el cerdo.

—¿Sois el emisario del rey?

Corbett se volvió. Una joven apareció de la nada. Vestía una capa verde turquesa, ribeteada en las puntas con hilo rojo, que la cubría de pies a cabeza; pero Corbett entrevió unas botas, manchadas de barro, sobresaliendo por debajo. Sin embargo, fue su rostro lo que le fascinó: con el cabello oculto bajo un velo grisáceo, tenía unas facciones tan perfectas hasta el punto que le recordó a la estatua de la Virgen María que una vez había visto en una iglesia a las afueras de París. Su piel era aceitunada, tenía los ojos azules, una nariz perfecta y unos labios rojos, ligeramente entreabiertos, que dejaban entrever unos dientes blancos como perlas. La joven sostuvo la mirada de Corbett.

—¿Os estoy haciendo perder el tiempo, señor? Tengo entendido que sois *sir* Hugo Corbett, el emisario del rey.

Corbett se levantó y acercó un taburete. Cogió la mano de la joven, envuelta en un guante, y le indicó que se sentara.

—Y vos debéis ser Alicia Verlian.

Aquel hermoso rostro esbozó una sonrisa.

—¿Cómo lo sabéis?

Corbett señaló su capa.

—Supongo que os delata. Os habéis marchado de casa con bastante precipitación, habéis cabalgado durante un buen rato por un camino lleno de lodo y me pregunto qué mujer desearía verme con tanta urgencia. Os estoy mintiendo. He oído hablar de vuestra belleza.

Corbett sonrió a Ranulfo y se quedó atónito al ver el cambio que había sufrido su siervo. A Ranulfo nunca le faltaban palabras ante una dama y ahora permanecía sentado como un hombre colapsado, con la mirada fija, boquiabierto, con un trozo de carne en su cuchillo a medio camino de la boca.

—¡Ranulfo!

Ranulfo cerró la boca y bajó el cuchillo, pero sus ojos no se apartaron del rostro de Alicia.

—Mi criado está cansado —le excusó Corbett.

Alicia sonrió a Ranulfo.

—No cabe duda de que habéis dado de que hablar a la gente de la localidad —añadió con dulzura—. Estáis en boca de todo el mundo de por aquí y de los bosques. Hicisteis que *sir* William llegara hecho una furia al feudo y a sus criados les pica la curiosidad.

—¿Queréis tomar algo de vino? —preguntó Corbett.

—No, señor, quiero que se haga justicia —la joven levantó la cabeza, sus ojos resplandecían pero su mirada era muy dura—. Lord Henry era un mujeriego, que Dios se apiade de él.

Los otros huéspedes se volvieron de inmediato. Corbett les dedicó una mirada de

advertencia y acto seguido prosiguieron con la comida.

—Bajad la voz, mi señora.

—¡Lord Henry era un mujeriego! —esta vez elevó todavía más su tono de voz—. Un hombre cruel y vicioso que ha recibido su castigo. Dios ha hecho justicia.

—Pero no para vuestro padre —apunto Corbett.

—Mi padre es inocente de cualquier crimen.

—Pero no se encontraba en la cacería.

—Tampoco *sir* William.

—Pero vuestro padre huyó.

—Cualquier hombre con dos dedos de frente habría hecho lo mismo —contestó—. No estaba con lord Henry cuando lo mataron. Todo el mundo sabe que tenía motivos más que suficientes para detestarle. Si *sir* William hubiera cogido a mi padre le habría colgado, sin más.

—Y ahora vuestro padre se ha asilado en San Oswaldo.

—Se ha refugiado allí, señor, porque es el único lugar en el que está a salvo hasta que se haga justicia real.

—Podéis continuar chillándome —le dijo Corbett colocando sus dedos sobre el guante de piel de la joven sin que ella retirara la mano—, pero mientras yo esté aquí —continuó, admirando aquellos hermosos ojos— ningún hombre será ahorcado ni se llevará a cabo ninguna sentencia hasta que se descubra la verdad.

—Pilatos se preguntó qué era la verdad. Era juez.

—Yo no soy Pilatos, soy *sir* Hugo Corbett y descubriré la verdad tras hacer las preguntas que considere convenientes.

—¿Como cuáles?

—¿Dónde se encontraba vuestro padre cuando se estaba celebrando la cacería?

Alicia tragó con dificultad.

—Mi padre estaba con los otros guardabosques.

—No, no es cierto. Se encontraba con vos, ¿me equivoco?

Alicia pestañeó y asintió.

—Mi padre tenía miedo de que lord Henry, aprovechando la cacería y que él no se encontraba en casa, regresara y...

—¿Os encontrara?

—No, *sir* Hugo, que me acosara. Que echara la puerta abajo y me forzara, como ya intentó hacer en numerosas ocasiones. Yo estaba aterrorizada, mi padre hecho un manojo de nervios. Así que regresó a la casa del campo. Le dije que estaría bien, luego se marchó, a toda prisa, antes de que notaran su ausencia.

—Y durante ese espacio de tiempo mataron a lord Henry.

—Mi padre llegó a Savernake Dell un poco después de que el asesino diera en el blanco, echó un vistazo a lo que había pasado y regresó corriendo. Quería que huyésemos, llegar a uno de los puertos, a Rye o Winchelsea y marchar al extranjero —la joven hizo una pausa—. Pero me negué. Le dije que era injusto huir por un

delito que no habíamos cometido.

—¿Y por qué no os marchasteis antes? —preguntó Corbett.

—*Sir Hugo*, ¿y adónde iríamos? Mi padre es guardabosque. Los caminos están llenos de familias sin tierras, y el brazo de lord Henry era muy fuerte y largo. ¿Por qué deberíamos renunciar a nuestras vidas por su lujuria?

—¿Estáis contenta de que haya muerto?

—Puede quemarse en el mismísimo infierno, por lo que me hizo a mí y a mi padre.

—¿Y ahora? —preguntó Corbett.

—*Sir William* está cortado por el mismo patrón, pero, en el fondo de su corazón, creo que siente vergüenza por lo que hizo su hermano.

—Y entonces, ¿por qué habéis venido a mí?

—Mi padre está en el santuario.

—Podéis visitarle.

—¿Pero hasta cuándo?

—Mañana —contestó Corbett rápidamente—, mañana celebraré un juicio en la iglesia de San Oswaldo. Reuniré a todos aquellos involucrados en este asunto y averiguaré la verdad. ¿No es así, Ranulfo?

Corbett estaba alarmado por su criado: no había tocado la comida ni había pronunciado una sola sílaba, en su lugar seguía mirando fijamente a Alicia. Normalmente, en presencia de jóvenes hermosas, Ranulfo se mostraba sonriente, era muy hábil con las palabras e incluso se atrevía a flirtear. En este caso, permanecía sentado, como un borrego trastornado, aunque Alicia no parecía darse cuenta.

—Debo regresar —retiró el taburete y se puso en pie.

—Yo... me encargaré de vuestro caballo.

Ranulfo echó a un lado su bandeja y se levantó como un sonámbulo. Cogió a la joven por el brazo y la escoltó amablemente hasta la salida de la taberna de camino al patio del establo. Un mozo se les acercó con mirada apenada, con la silla desgastada y maltrecha cruzada sobre la espalda. Ranulfo hizo un gesto malhumorado con la mano y prendió él mismo las riendas. Luego ayudó a Alicia a montar.

—¿Sabéis montar como un hombre? —encontró aquella pregunta algo torpe y desacertada. Solo deseaba que la joven se fijara en él y no se marchara sin más. Ella le miró.

—Vos debéis ser Ranulfo-atte-Newgate.

—Sí —respondió con precipitación—, escribano de alto rango de la cancellería del Sello Verde.

La joven le sonrió.

—¿Siempre os quedáis mirando a las mujeres de ese modo?

Ranulfo se frotó las sudorosas manos en su justillo.

—Nunca antes había visto a una como vos.

Alicia se echó a reír.

—¿Con dos cabezas?

—No, solo tenéis una —contestó Ranulfo con seriedad. Agarró las riendas y la miró con fiereza—. Vuestro padre es inocente —añadió honestamente—. Debe ser inocente —entrevió una mirada de inquietud en sus ojos—. No, no, esperad y veréis. Maese Cara Larga, quiero decir *sir* Hugo, él descubrirá la verdad.

—¿Acaso queréis sobornarme? —le preguntó con dulzura—. ¿Por eso estáis aquí, Ranulfo-atte-Newgate? ¿Sois como el resto, con el cerebro en las calzas?

Ranulfo se ruborizó.

—Me habéis malinterpretado, señora.

—¿Ah sí? Nunca he malinterpretado a un hombre en mi vida. Se deshacen en elogios y cumplidos, siempre dispuestos a jugar al gato y al ratón.

—¡Este no es el caso! —espetó Ranulfo, notó como le ardían las mejillas de rubor. Estaba perplejo, atónito por lo que estaba pasando, pero el rostro de la joven, sus modales, el cambio de humor reflejado en sus ojos le habían hecho huella. Ranulfo maldijo por lo bajo. Tenía la lengua trabada. Qué extraño, aquella mujer le recordaba a *lady* Maeve, la mujer de Corbett, causaba en él el mismo efecto. Para ser franco, Ranulfo se sintió sobrecogido, incluso atemorizado, y eso le irritaba. ¡A él, a Ranulfo-atte-Newgate, un escribano, un tipo duro, un hombre de guerra!

Alicia continuaba observándole.

—¿Estáis diciéndome la verdad, no es cierto? —le preguntó con tranquilidad—. Realmente no queríais ofenderme. Nunca antes había visto a un hombre ruborizarse —sostuvo en alto las riendas—. Lo siento si fui algo brusca.

La joven le tendió la mano. Ranulfo la tomó y le besó el dorso del guante de piel. Levantó la vista. Alicia entrevió la pasión en sus ojos y la retiró de inmediato.

—Dicen que vuestro amo es extraño, pero lo mismo puede decirse de sus compañías —levantó la mano—. *Adieu*, Ranulfo-atte-Newgate.

Y haciendo dar media vuelta a su caballo se dispuso a salir del patio. Ranulfo la observó mientras se alejaba. Sintió ganas de correr tras ella, de explicarle cómo se sentía. ¿Había hecho lo correcto? ¿No debería haberse ofrecido a escoltarla? Oyó unas risitas y se volvió. Dos mozos de cuadra le estaban observando. Ranulfo se llevó la mano a la empuñadura de su daga y los dos muchachos pronto recordaron que tenían cosas que hacer. Regresó a la taberna, donde Corbett había terminado de comer.

—Ranulfo, ¿estás bien? —le preguntó señalando la bandeja medio llena—, ¿no vas a terminar la comida?

—No tengo hambre.

Corbett se puso en pie.

—Ranulfo, por el amor de Dios, ¿qué te pasa?, ¿conoces a esa joven?

—Juro por Dios que ya me gustaría.

—Ah, es eso —exclamó Corbett colocando una mano sobre sus hombros—. Ranulfo-atte-Newgate, el terror de las damas, el hombre que incluso quería

convertirse en cura.

—¡No os burléis!

—No me burlo —afirmó Corbett retirando la mano—. Estas cosas pasan, Ranulfo, siempre sucede así, de repente, y como la muerte, nunca sabemos cuándo.

Corbett escudriñó el rostro de su criado, estaba más pálido de lo habitual. Tenía las mejillas encendidas, lo que no solía sucederle cuando se sentía nervioso o conmocionado; sus ojos de gato brillaban como si hubiera estado bebiendo.

—Tienes que elegir el lugar y el momento adecuados —le aconsejó. Cogió a Ranulfo por el brazo y le condujo fuera de la taberna, hacia el jardín—. Recuerda, Ranulfo, que un jardín es siempre el mejor lugar para urdir un plan —sonrió— y también para cortejar, sin oídos que escuchen ni ojos que miren.

Se sentaron en un banco. Corbett cogió su anillo de la cancillería, lo movió haciendo que el sol, por su reflejo, brillara en él.

—¿Qué es lo que tenemos, Ranulfo? ¿Rayos de sol o algo más sustancioso? ¿Sombras o algo más tangible? Es la misma historia de siempre, ¿verdad? Cuando asesinan a alguien, la gente siempre dice lo que uno espera oír, os hacen ver lo que uno espera ver —dio un codazo a su compañero—. Menos el galán enamorado, ¿dónde está el ingenioso escribano del Sello Verde? Primer asunto —empezó Corbett enumerando con los dedos de la mano—. Lord Fitzalan es un hombre rico y poderoso, despreciado por todo el mundo y es asesinado en una cacería —lanzó una mirada a Ranulfo, pero su criado tenía la mente en otra parte—. Segundo —continuó Corbett—, era detestado por su hermano pequeño, al que controlaba las cuentas del monedero. *Sir William* no estaba presente cuando lord Henry fue asesinado. Tercero, tenemos a Robert Verlian, jefe de los guardabosques. Odiaba a lord Henry por las intenciones lujuriosas con su hija. Y él tampoco estuvo presente cuando mataron a su señor y huyó de modo inexplicable. Cuarto, *sir William* parece querer echarle la culpa a Verlian. Quinto, Santa Hawisia se encuentra en ese estanque de carpas de allí. ¿No estáis de acuerdo, Ranulfo?

—Sí, claro, desde luego.

—¡Ranulfo! —exclamó Corbett—, no estás escuchando lo que te digo.

El angustiado escribano murmuró una disculpa. Corbett se preguntó, en el fondo, si era la primera vez que el famoso Ranulfo-atte-Newgate estaba tan apagado.

—Sexto, sabemos que *sir William* ha estado ayudando a su señor, el príncipe de Gales. Seguramente trajo a Gaveston a Ashdown. Su hermana le ayudó, la indomable *lady Magdalena*. Sospecho que el hombre que la hermana Fidelis vio colándose en la casa de *lady Magdalena* no era otra persona que el preferido de Gascón. Seguramente, se refugió en el priorato esperando a que llegara el príncipe de Gales. ¿Qué más?

—Séptimo —le interrumpió Ranulfo—, tenemos a un forajido, un proscrito. Parece ser inofensivo pero libró una fastidiosa guerra contra lord Henry, enviando mensajes crípticos haciendo referencia a la Rosa de Rye. Sabemos que los dueños de

la taberna se suicidaron a causa de la lujuria de lord Henry.

—Bien —musitó Corbett—. Octavo, tenemos el cadáver de una joven asesinada por una flecha en la garganta. Entierran su cuerpo desnudo en el bosque, luego lo desentierran y lo dejan a las puertas del priorato. Noveno, tenemos a un buen número de personajes locales a los que nos gustaría interrogar más detenidamente. El franciscano, el hermano Cosmas, odiaba a su señor y conocemos que, en otro tiempo, fue arquero.

—Y también lo fue el tabernero —interrumpió Ranulfo—, y luego nos queda el ermitaño. Podría saber, haber visto u oído algo.

—Cierto —corroboró Corbett—, pero nos falta alguien, ¿verdad? O más bien dos. El misterioso médico Pancius Cantrone. ¿Qué relación debería tener con lord Henry?

—¿Y quién más? —preguntó Ranulfo.

—Bueno, cultivado escribano, la dama a la que acabamos de conocer.

Ranulfo se puso a la defensiva.

—No saltes como una liebre en marzo —advirtió Corbett dándole una palmadita en la rodilla—. Y no dejes que tus sentimientos nublen tu juicio. Alicia es una joven decidida, apuesto a que podría coger un arco y disparar al blanco.

—Pero estaba en casa la mañana que lord Henry fue asesinado.

—No, Ranulfo, su padre dijo que la dejó allí. ¿Cómo sabemos que no fue a coger un arco y una aljaba con flechas? Sabemos que alguien dejó esas armas en uno de los robles huecos. Además, también tiene un caballo, podría haberle asesinado con la misma rapidez y eficacia que cualquier otro.

—No lo creo —negó Ranulfo apretando los labios, obcecado.

—Está bien, está bien —replicó Corbett—, pero continuemos con la caza, Ranulfo. ¿Qué más sabemos?

—Que el rey no nos ha contado toda la verdad.

—Cierto.

—¿Y por qué querrían los franceses que lord Henry condujera a los enviados franceses a Francia? Más o menos —concluyó Ranulfo—, ese es el desafío al que nos enfrentamos.

Corbett se puso en pie.

—Así que os dejaré para que penséis en la dulce Alicia y compongáis un poema. Esta noche viajaremos a Ashdown. Allí estarán reunidos todos nuestros candidatos —Corbett se frotó las manos—, y, por supuesto, hay un nombre al que no debo olvidar, mi enemigo por excelencia, ese Lucifer de carne y hueso, el *seigneur* Amaury De Craon.

Corbett entró en la taberna. Ranulfo le observó mientras se alejaba y luego se cogió la cara con las manos. No podía entender lo que estaba pasando. Hacia un minuto que estaba comiendo y, al siguiente, se encontró observando un rostro que le hizo dar un vuelco al corazón y acelerar su pulso en las venas. «Eres lascivo como un macho en época de celo», le había dicho en una ocasión Maltote, pero ahora era

distinto, no era lujuria lo que le movía. Ranulfo solo quería pasar un rato con aquella mujer, sentarse en una silla y observar las distintas expresiones de aquel rostro hermoso. Perdido en sus cavilaciones, Ranulfo apenas se dio cuenta de la figura que se colaba en el jardín y se acercaba, a su lado, hasta que el recién llegado movió los pies con nerviosismo y tosió ruidosamente. Ranulfo levantó la mirada.

—Ah, Baldock, ¿qué queréis?

—Esta mañana —replicó el mozo— no había nadie que se encargara de vuestros caballos. Soy un hombre libre...

—¿Buscas trabajo? —le sonrió Ranulfo—. Bueno, podría ayudarte pero ven, siéntate a mi lado, cuéntame todo lo que sepas sobre Alicia Verlian.

El palacio del Louvre era el coto privado de Felipe IV de Francia. Los jardines de los alrededores repletos de maceteros de flores y de diferentes hierbas, los huertos, las fuentes y los estanques con carpas, eran la delicia de su vida. Solo a él y a sus confidentes más próximos se les permitía pasear por allí y descansar. De hecho, miembros de su casa, especialmente aquellos que sentían la picadura de su lengua de serpiente, se mostraban reticentes en aceptar una invitación a lo que Felipe llamaba «El jardín de las delicias». Al fondo de aquel jardín, en su propio recinto, se encontraba lo que el rey denominaba «huerto de los colgados», donde pendían otro tipo de frutas de sus viejos perales y manzanos, además de los que el buen señor había permitido crecer en gloriosa profusión. En aquel lugar, los verdugos y torturadores del rey Felipe ahorcaban a los culpables de crímenes contra su majestad real: un cocinero sospechoso de haberle querido envenenar; un portero culpable de vender secretos a mercaderes extranjeros, escribanos que, por culpa del alcohol, se habían ido de la lengua y, sobre todo, espías ingleses a los que Amaury De Craon había seguido el rastro y capturado. Aquel sitio apestaba a muerte. Los cuerpos pendían de las horcas hasta que el hedor era insoportable y el rey Felipe ordenaba que los bajaran y enterraran en el cementerio abandonado, conocido con el nombre de Hacelma; un término judío que significaba «campo de sangre». A veces, el rey reunía a los sospechosos en aquel lugar, les cogía del brazo y paseaban entre los árboles mientras les mostraba la fruta podrida y describía los crímenes y fechorías de cada uno de los bellacos. Tales paseos siempre refrescaban la memoria y soltaban las lenguas, pero aquella vez no había dado resultado.

El rey Felipe permanecía sentado en su jardín y desvió la mirada hacia la cara, ensangrentada y amoratada de Simon Roulles, aquel erudito inglés que, finalmente, había sido atrapado. El rey, con rostro impasible, sus cabellos panocha cayéndole sobre los hombros, se atusó el bigote y la barba, bien peinados, mientras examinaba al espía inglés.

—¿Podéis aguantar el dolor?

Los ojos del rey se volvieron, ahora, hacia los torturadores, vestidos de negro, que

permanecían, de pie, detrás de la víctima.

—*Monsieur* Roulles ha estado en la rueda.

El verdugo, con una máscara roja, asintió.

El rey Felipe se humedeció los labios. Roulles apenas estaba consciente. Le habían atado con unas cuerdas a la silla. El rey cogió una servilleta y, con cuidado, le secó el hilillo de sangre que le resbalaba por la comisura de la boca.

—¿Sabéis algo Simon? —le preguntó—. Siempre quise conoceros.

Los labios de Roulles se movieron, pero no emitieron sonido alguno.

—No, no, es inútil —afirmó el rey, rascándose la cabeza en señal de preocupación—, entendéis mi inglés, ¿verdad? —preguntó pero sin esperar respuesta alguna—. No os servirá de nada que digáis que sois un erudito inglés para que os meta en algún barco que zarpe de Calais o Boloña y os aleje de Francia. Llevabais cartas que afirman que sois francés, hasta tenéis un falso primo en el campo. Pero no son más que mentiras, sombras. Vuestro señor, *sir* Hugo Corbett...

—¡Él no es mi señor! —protestó, escupiendo aquellas palabras.

—Claro que no. Os pido disculpas. Eduardo de Inglaterra nunca permite que su mano izquierda sepa lo que está haciendo la derecha. Sin embargo, seguís siendo un espía inglés. Descubristeis algunos secretos que luego enviasteis a vuestro príncipe —el rey se inclinó y, amablemente, le limpió la boca—. ¿Queréis vino?

Uno de los sicarios cogió una copa, con incrustaciones de joyas, y la sostuvo a la altura de los labios de la víctima. Roulles bebió como un perro, dejando que el vino limpiara su boca. Sabía que era el último que iba a probar. Su cuerpo entero era una llama encendida. Le habían sujetado a la rueda y dado vueltas y más vueltas, haciendo que sus brazos y piernas se estiraran, ocasionándole punzadas de dolor por todas partes. Le hicieron las mismas preguntas una y otra vez. ¿Qué sabía? ¿Qué le había dicho la señora Malvoisin? Pero Simon no confesó, confiaba en que el mensajero que había despedido en dirección a Inglaterra ya hubiera entregado el secreto a su majestad.

—Os lo preguntaré otra vez —repitió el rey—, si no me contestáis iréis de nuevo, de cabeza, a la rueda. No es mi deseo, *monsieur* Roulles, lo que quiero es que me digáis el secreto.

—Pero si os lo confieso —balbuceó Roulles mientras la sangre brotaba de sus labios—, dejará de ser un secreto. Y vos lo sabéis, majestad.

El rey se inclinó por encima de la mesa y le golpeó con la palma de la mano, arañando la mejilla del prisionero con su anillo de amatista.

—El secreto —insistió—, y si me lo contáis, yo os contaré otro.

Roulles estuvo a punto de sonreír y como un soñador ensimismado, continuó en sus trece, casi a punto de perder la consciencia. A veces, se veía de nuevo en Oxford, en una taberna, cantando un villancico con sus amigos mientras la nieve caía afuera o bien, cogido del brazo del rey Eduardo, mientras paseaban por los jardines de Westminster.

—¿Conocéis a Pancius Cantrone? —preguntó el rey.

Roules se estremeció de dolor.

—Debéis conocerle —insistió—, a él y a esos escandalosos chismorreos que afirma que son ciertos.

—No conozco a tal hombre.

—Vamos, vamos, maese Roules, dejad que os refresque la memoria. *Monsieur* Malvoisin, antes de morir en un desafortunado accidente naval, pensaba que había descubierto determinados secretos.

—¡Os estoy diciendo la verdad! —balbuceó el prisionero luchando contra una oleada de náuseas. No debía derrumbarse, si solo pudiera no sentir el dolor.

—No, no, *monsieur* Malvoisin compartió sus chismorreos con el *signor* Cantrone, y de algún modo u otro vos lo descubristeis.

Roules mantuvo la cabeza baja.

—Vais a morir —añadió el rey Felipe sin remordimientos—, de forma rápida o colgando de una cuerda en mi huerto.

Roules se negó a contestar.

—¿Cuál era el secreto? —insistió el rey—, ¿por eso vuestro señor os envió a París? —Felipe hizo una señal a uno de los verdugos para que levantara la cabeza de Roules—. Lord Henry Fitzalan está muerto —declaró—, una flecha le atravesó el corazón. Y en cuanto al *signor* Cantrone, bueno, el *seigneur* Amaury De Craon le está siguiendo muy de cerca. O, tal vez, pensasteis que vuestros secretos fueron remitidos a Inglaterra. Ese mercader, ese calderero, ¿cómo se llamaba? Ah, sí, Malsherdes. ¿Acaso imagináis que ese tipo llegó a Boloña y embarcó rumbo a Inglaterra?

Roules intentó concentrarse. A pesar de la agonía de su mente y de su cuerpo, pensó en el pequeño Malsherdes y en su poni encaminándose, por las calles empedradas de París, en dirección al campo.

—Solíais beber con él, ¿verdad? —continuó el rey—, en esa taberna de la calle Fontainebleu. Os sentabais en un rincón y os susurrabais cosas al oído, como niños. Malsherdes se ha ido —el monarca hizo una pausa—, pero vos podéis tomar más vino, beber cuanto queráis —esperó hasta que el prisionero tuvo la boca llena—. Malsherdes ha muerto, mis hombres le prendieron en el campo, un lugar muy tranquilo.

Roules tosió y escupió el vino que había bebido. El rey Felipe, tan atento como una madre, le secó los labios con una servilleta empapada en sangre.

—Sin embargo, Malsherdes fue más rápido de lo que nos pensamos. Encendió fuego y antes de que pudiéramos detenerle, vuestras cartas se quemaron, con lo que mis hombres le quemaron a él.

Roules forzó una sonrisa.

—Entonces, sabéis lo mismo que yo, majestad.

El rey se reclinó en su silla, a modo de trono y, levantando la cabeza, escuchó a

medias el canto de algún pájaro, cautivo en una jaula de plata que colgaba de las ramas de un cerezo. Procedente de la otra parte del palacio sonaron, estridentemente, las trompetas anunciando la hora de la misa del mediodía. Estaba perdiendo el tiempo. Ordenó a los verdugos.

—¡Sacadle fuera!, ¡colgadle!

Roules fue puesto en pie y, a empujones, se lo llevaron. El rey Felipe limpió, enojado, la sangre del borde de la copa de vino y luego tomó un sorbo. Se alegraba de que lord Fitzalan estuviera muerto. Se acabaron las cartas y las insinuaciones de chantaje. ¿Pero qué pasaría con Cantrone? ¿De Craon le mataría? Al rey Felipe le traía sin cuidado. ¿Qué importancia tenía la muerte de otro hombre en su gran plan? Sin embargo, no debía ofender a Eduardo de Inglaterra. ¿Vendería su secreto Cantrone, al que le hubiera gustado colgar al lado de Roules? ¿Habría huido? Si lo había vendido, ¿qué consecuencias tendría? ¿Cómo se divertirían los agentes del rey Eduardo, en París o Aviñón, dándole a la lengua! El rey Felipe miró hacia la puerta. ¿Tendría De Craon algo que ver en la muerte de lord Fitzalan? ¿Habría acatado sus órdenes literalmente? El rey se frotó un lado de la cara. Debía marcharse a orar para pedir a san Luis, su antecesor santificado, que los caminos de Cantrone y los del entrometido escribano *sir* Hugo Corbett nunca se cruzaran.

Capítulo VIII

El rey Felipe habría estado encantado ante la conmoción que, ahora, había causado Pancius Cantrone. De hecho, el rey francés se habría felicitado porque, en aquella tarde de otoño bañada por el sol, el médico italiano tuviese contados sus momentos de vida. El italiano, por supuesto, no sabía que tenía la muerte tan cerca. Estaba decidido a huir de Inglaterra, a escapar de los franceses y a no permitir que la corona inglesa lo utilizara como una prenda, como arreglo de cuentas con el rey Felipe de Francia.

El médico italiano había visitado el priorato de santa Hawisia. Había atendido amablemente a la joven novicia, la hermana Fidelis, cuyos nudillos estaban tan inflamados que parecía que le hubieran picado abejas en los dedos. Cantrone se había comportado como un médico profesional. Examinó su piel, palpó los huesos y, aunque la joven se sintió algo incómoda, estudió detenidamente su orina por si la inflamación había causado algún daño en sus humores corporales. Desde luego, *lady* Magdalena le había recibido y habían charlado tranquilamente en su cámara, antes y después de atender a la hermana. Pancius Cantrone tomó, entonces, algo de vino y dulces en el refectorio, antes de recoger el caballo. Ahora, cabalgaba de vuelta por los senderos del bosque en dirección al feudo de Ashdown.

El médico italiano se envolvió bien en su gruesa capa de lana, incluso llevaba puestos los guanteletes porque, a pesar de que los ingleses decían que todavía no había llegado el invierno, Cantrone tenía frío. Odiaba esos bosques, oscuros y húmedos, suspiraba por los frondosos valles de la Toscana. Cantrone estaba decidido a huir. Había venido a Inglaterra porque lord Henry le había ofrecido protección. A cambio Cantrone le había contado los secretos que había descubierto de *monsieur* Malvoisin. Ahora esos secretos le perseguían mientras su caballo había encontrado el camino a través de los senderos solitarios del bosque. Imágenes sombrías se agolpaban en su mente: monjes con capuchas oscuras, con cirios en las manos, serpenteando su camino hacia la catedral, detrás de ellos un ataúd, cubierto por un manto de terciopelo, sobre los hombros de los portadores del féretro. El solemne coro elevando y bajando sus voces, como una ola distante, en concordancia con la misa del funeral. A las afueras de la catedral se agrupaban caballeros con malla, controlando la multitud. Cantrone había estado en aquella procesión al lado de Malvoisin. Habían observado a los plañideros reales inclinándose sobre la efigie de cera colocada sobre el ataúd. A su alrededor, habían dispuesto rosas acompañadas de lirios de una blancura purísima. Malvoisin parecía no poder soportar la situación por más tiempo. De pie, entre la multitud, se volvió y susurró: «No ha sido una infección de pulmón».

—¿Qué? —le había preguntado Cantrone.

—No ha sido una infección de pulmón —repitió Malvoisin manteniendo bajo su tono de voz, hablando por la comisura de los labios, con los ojos encendidos y su rostro rubicundo sonrojado por el vino—. Fue envenenada.

Cantrone se quedó petrificado, pero Malvoisin, tan astuto como siempre, había elegido su momento.

—Sabéis que digo la verdad.

Sus ojos llorosos habían mantenido la mirada de Cantrone y el médico italiano había confirmado las dudas que le asaltaban. Después, cuando la iglesia se había quedado vacía y el incienso flotaba en el aire, como una oración olvidada, enroscándose hacia el techo de piedra, Cantrone se llevó a Malvoisin a un lado.

—Si repetís lo que habéis dicho, nos colgarán a ambos.

Malvoisin, aspirando ruidosamente, paseó la mirada nerviosa a su alrededor.

—Mis deberes ya se han terminado —afirmó—. Ya he tenido bastante. Es hora de tranquilidad, de un poco de paz.

Malvoisin había dimitido de su puesto en la casa. Todo el mundo esperaba que Cantrone ocupara su puesto, pero el italiano había estudiado las intrigas de la corte además de medicina. Advirtió los hombres que le habían seguido hasta una taberna o que le esperaban, fuera de su casa, cuando caía la noche. Cantrone conocía los síntomas como lo haría un buen médico. Había enfardado sus arcas y huido en la oscuridad de la noche. Primero se dirigiría a Italia y luego, por mar, en dirección a Burdeos, la ciudad dominada por los ingleses. Pero, incluso allí, se había sentido perseguido; estaba planeando marcharse a un lugar más lejano cuando conoció a lord Henry Fitzalan. El lord inglés necesitaba a un médico e, impresionado por la habilidad de Cantrone, le ofreció un puesto en su casa. Cantrone había aceptado rápidamente. Las semanas se convirtieron en meses. Cantrone descubrió que Fitzalan era un hombre poderoso dentro de la corte inglesa, un espía de confianza de Francia. Por lo tanto, con el fin de asegurar todavía más su lugar en la casa, Cantrone le había revelado sus oscuros secretos. Lord Henry Fitzalan pareció entusiasmado. Cantrone depositó en él su confianza, por primera vez en su larga vida llena de intrigas. Sin embargo, Fitzalan utilizó aquellos secretos contra los franceses, insinuando lo que sabía tanto en sus encuentros como en sus cartas.

Cantrone tiró de las riendas del caballo y levantó la vista hacia las ramas que se entrelazaban sobre su cabeza.

—Fui un estúpido al confiar en él —murmuró.

Lord Henry le había jurado que nunca tendría que acompañarle a Francia. Sin embargo, en medio de la confusión tras la muerte de Fitzalan, Cantrone había descubierto que, a pesar de que lord Henry le había dado su palabra, cuando llegara a Rye, él no recibiría cariñosos besos y abrazos de despedida. Por el contrario, lo embarcarían y sería entregado a los franceses. ¿A cambio de qué? ¿Más influencia? ¿Más poder? ¿Una bolsa de oro? Cantrone clavó los talones en su yegua y el noble animal continuó la marcha. ¿Cómo podía haberle traicionado lord Henry cuando había hecho tanto por él?

Ahora, lord Henry había muerto, ¿pero y *sir* William? Era un joven inocente y franco, fue él quien le había revelado, sin querer, que cuando llegara a Rye, Cantrone

no podría regresar al feudo de Ashdown. ¿Sabría *sir* William su oscuro secreto? ¿Le ofrecería protección? Cantrone negó con la cabeza. Lo dudaba. *Sir* William estaba más interesado en limpiar hasta el último vestigio de su hermano en el feudo. Los criados de la casa, los sirvientes e, incluso, hasta los mozos del establo, habían sido despedidos.

Cantrone se había mantenido bien alejado del *seigneur* Amaury De Craon pero, en una ocasión, había pillado al enviado francés escudriñándole con la mirada, aquellos ojos maliciosos le habían sonreído y Cantrone vio en ellos más peligro que en una cámara llena de horrores.

Respiró hondo y, luego, arrugó la nariz al percibir el olor a vegetación en estado de descomposición. Había sido incapaz de encontrar el libro de horas de lord Henry, que era donde guardaba todos sus secretos; pero él había reaccionado, como la serpiente que era, con rapidez y decisión, y utilizó la información que él mismo había descubierto para ganar algo de oro. Había regresado al feudo de Ashdown, recogido sus cosas y decidió huir antes de que cayera la noche, ocultarse en alguno de los puertos del Canal y, quizá, dirigirse al norte, hacia Flandes, Hainault, o incluso a los estados bálticos o alemanes.

Cantrone podía sentirse satisfecho. Una sola frase había bastado para despertar las sospechas y la burla de lord Henry, y luego una cosa había llevado a la otra. Sin embargo, ahora contaba con los medios para huir.

Un ruido, a su derecha, le hizo detenerse. Escudriñó a través de los árboles. En aquel lugar no corría peligro. La batalla del hombre búho, el proscrito, era con los Fitzalans, no con un médico italiano, y en cuanto a los franceses, Cantrone dudaba que se decidieran a atacar en aquel momento. No ahí, donde podrían ser descubiertos y armar un gran escándalo.

Cantrone asió la pequeña ballesta que llevaba colgada en el cuerno de la silla de montar. A tientas, debajo de la capa, echó mano a su cuadrillo lleno de lengüetas y lo colocó en la ranura de una flecha, lentamente, mientras tensaba la cuerda. Se rio de sí mismo, se estaba poniendo tan nervioso como una damisela.

El sol de la tarde se coló entre los árboles. El canto de los pájaros rompió el silencio. De nuevo, escuchó otro ruido y un conejo cruzó ante su camino. Cantrone se relajó. Sacó el cuadrillo de la flecha pero, todavía con la ballesta en la mano, decidió emprender la marcha. En las ramas, sobre su cabeza, las hojas se estaban volviendo de un marrón dorado, una señal inequívoca de la llegada del otoño; cuando llegara la niebla, él ya se habría marchado, dejando atrás todo esto. Se abrió la blanca camisa de batista desabrochándose el botón a la altura del cuello, sin darse cuenta que, de aquel modo, se estaba convirtiendo en un blanco perfecto para el arquero escondido entre los árboles. El arco de madera de tejo se inclinó, la cuerda se tensó y, luego, se oyó un zumbido suave, casi melódico, y la flecha de plumas grises alcanzó a Cantrone, de pleno, en la garganta. El médico soltó las riendas y cayó lentamente sobre el camino. Su caballo, algo sorprendido, continuó la marcha, pero luego se

detuvo y empezó a pacer en la hierba. El arquero, oculto bajo una capa negra, con capucha y el rostro cubierto con una máscara, salió de entre los árboles. Durante un segundo la figura se agachó, vigilando que no se acercara nadie por el camino y, finalmente, se acercó corriendo al cuerpo, vació su zurrón y sus bolsillos, cogió el caballo de Cantrone, levantó el cadáver y ambos, la víctima y su asaltante, desaparecieron entre los árboles.

La cena que celebró *sir* William en el feudo de Ashdown resultó ser una excelente ocasión. Corbett y Ranulfo fueron recibidos por los mozos que, con antorchas en la mano, les condujeron desde las verjas del feudo hasta la puerta principal de la hermosa casa construida con piedra y tejas. Los criados, ataviados con los trajes de la casa de los Fitzalan, recogieron sus capas y talabartes y les invitaron a entrar al gran salón. Las paredes de aquella espléndida cámara estaban, en la parte inferior, semicubiertas con paneles de madera, en la parte superior, revocada con yeso blanco, se habían colgado banderas, pendones, escudos, partes de armadura reluciente y un valioso tapiz bordado con hilo de oro. Las banderas, con el escudo del ejército de Francia e Inglaterra, y también de Flandes, colgaban de las vigas del techo. El suelo de madera se había barrido, pulido y cubierto con hierbas recién cortadas. Macetas de plata, llenas de flores, se habían colocado en las repisas de las ventanas y en las esquinas. Los mozos y monteros mantenían a los perros alejados del gran estrado donde se había dispuesto una enorme mesa, cubierta con un mantel verde y blanco y, sobre este, las copas, bandejas, platos y aguamaniles de lo más costoso, todos ellos con el blasón grabado de los Fitzalan. Las antorchas y velas de cera iluminaban la estancia y desprendían una suave fragancia.

Sir William, que parecía estar hecho un manojo de nervios, les saludó al entrar en la cámara, declarando, en voz alta, que debían haber venido antes, mientras les explicaba que, a pesar de que su hermano todavía no había sido enterrado, seguiría la tradición de los Fitzalan de tratar a sus huéspedes con opulenta generosidad. *Sir* William llevaba el cabello, el bigote y la barba bien recortados y acicalados. Vestía una túnica de lino dorada, con un cinturón con joyas incrustadas, además de calzar unas botas rojas de piel suave. Les dijo que estaba preocupado por Cantrone, pues todavía no había regresado, mientras observaba, por encima de sus hombros, hacia donde De Craon y su escribano de mayor rango permanecían, ya sentados en sus sillas, sobre el estrado.

—Tengo entendido que conocéis al enviado francés —afirmó *sir* William.

—Como a mi propio hermano —contestó Corbett, con una sonrisa.

Seguido por Ranulfo, se dirigió hacia el estrado. De Craon, con una sonrisa cruzándole el rostro, se levantó y se acercó a saludarle. Estrecharon las manos, se abrazaron y se intercambiaron un beso de paz.

—Hugo, salve Dios, pensábamos que os habían matado.

—Solo Dios sabe, Amaury, lo mucho que habríais llorado ante tal noticia.

De Craon retrocedió.

—No habéis envejecido, *sir* Hugo. *Lady* Maeve debe cuidaros mucho.

Corbett miró los cabellos finos y pelirrojos de De Craon, su rostro cetrino y su barba y bigote re peinados. De Craon sería realmente feo si no fuera por aquellos ojos llenos de vida y de malicia. Podía parecer tanto un cortesano encantador como un asesino frío y despiadado. A veces, Corbett sentía algo de aprecio por el más temible de sus enemigos; se preguntó si De Craon sentiría lo mismo por él. El rostro del francés compuso una mueca de preocupación.

—¡Y sin embargo corren malos tiempos! Lord Henry ha sido asesinado. La mayoría de mis hombres todavía se alojan a las afueras de Rye, pero desean regresar.

—El rey enviará a otra persona —replicó Corbett—. A *sir* William o mi señor de Surrey.

—¿No vendréis a París? —preguntó De Craon sentándose de nuevo. Sonrió afectadamente al escribano de rostro gris—. Tenemos tanto que enseñaros, *sir* Hugo, sobre todo los jardines de mi señor de detrás del Louvre.

Sir William se colocó entre ambos y se sentó en su enorme silla parecida a un trono. Corbett decidió no responder. El administrador, que permanecía nervioso detrás de *sir* William, levantó las manos. Al fondo de la estancia se oyó un toque de trompeta y la cena empezó. Sirvieron sopa de carne en gelatina, pescado a la crema, ternera, venado y un cisne asado. Un plato siguió a otro y corrió el vino por doquier. *Sir* William se esforzó por ser un magnífico anfitrión. Las conversaciones subieron y bajaron como las mareas, dejando a un lado las corrientes submarinas. Hablaron, mayoritariamente, de las distintas cortes y cancillerías, de los preparativos del funeral de lord Henry y de las expectativas de una paz duradera entre Francia e Inglaterra, una vez celebrada la boda entre la princesa Isabel y el príncipe Eduardo.

Ranulfo permaneció sentado, picoteando la comida, con sus copas de plata de vino tinto y blanco prácticamente vacías. De Craon se dio cuenta de ello y le escudriñó con la mirada. Preguntó sobre el asalto en Oxford. Aquel comentario fue seguido de un debate generalizado sobre el mantenimiento de la paz del rey. Solo en una ocasión la tensión salió a flote.

—¿Dónde está Cantrone, el médico italiano? —preguntó De Craon—. Me gustaría mucho cruzar algunas palabras con él.

Sir William, que había bebido mucho y muy rápidamente, se encogió de hombros. A continuación eructó y, cogiendo unos trozos de carne, los arrojó al fondo de la estancia donde esperaban, hambrientos, los mastines.

—Si lo supiera os lo diría —contestó.

De Craon estaba a punto de presionarle un poco más cuando la fiesta fue interrumpida por una flecha que rompió una de las ventanas de la estancia y se incrustó con fuerza en uno de los paneles de madera. Los perros empezaron a ladrar y a aullar. Los criados entraron precipitadamente en la sala. *Sir* William permaneció

sentado, con la boca abierta y la copa a medio camino de los labios.

—¡Nos atacan! —gritó el anciano administrador—. ¡Hombres, a las almenas!

Corbett se preguntó si el tipo habría bebido más vino del que había estado sirviendo.

—¡Memeces! —exclamó De Craon reclinándose en la silla y soltando a continuación una carcajada a la que se unió su escribano.

Corbett se dirigió, apresuradamente, al fondo de la estancia y vio el rollo de pergamino atado con un trozo de cuerda a la flecha.

El hombre búho va a donde desea
y hace lo que se le antoja
Recordad la Rosa de Rye

Corbett examinó la saeta, que era como las otras, sin ninguna marca distintiva. *Sir William* se le acercó, tambaleándose ligeramente.

—Tengo que hablar con vos, señor —le susurró Corbett—, sobre esto —sostuvo la mirada del lord—, referente el hombre búho y, principalmente, sobre ese médico italiano y Piers Gaveston.

El rostro de *sir William* palideció de pronto.

—No sé de lo que estáis hablando —balbuceó *sir William*.

—¡Quiero la verdad! —le exigió Corbett—. Señor, podríamos seguir jugando al gato y al ratón toda la noche.

Desvió la mirada hacia el estrado donde De Craon permanecía repapado en su silla. De Ranulfo, no había ni rastro.

—*Sir William* —continuó Corbett acercando su rostro al del señor feudal—. De Craon es uno de los mayores enemigos del rey y un hombre que conspira para conseguir mi destrucción. Olvidaos de toda esa falsa palabrería y del beso de paz. Si De Craon me tuviera a solas, en el pasillo, no tardaría en tener una cuerda alrededor del cuello o una daga en el estómago.

El rostro de *sir William* estaba, ahora, empapado de sudor.

—Y bien, señor, ¿qué vais a hacer? No puedo quedarme a ciegas, en presencia de mis enemigos, cazando sombras. ¿Me diréis la verdad o debo marcharme y alquilar los servicios de uno de vuestros juglares para escuchar sus historias?

Sir William se volvió.

—*Seigneur* De Craon, se trata de un altercado sin importancia.

De Craon movió una mano y se encogió de hombros.

—Pero debo tener unas palabras con *sir Hugo* —añadió *sir William*.

—Como todos, en un momento u otro —contestó el francés.

Sir William, seguido de Corbett, se dirigió al fondo de la sala. Salieron a un pasadizo a través de unos claustros y, luego, cruzaron una puerta que daba a un pórtico, limpio y empedrado, para subir por unas escaleras de madera oscura de roble.

—¿Y la cámara de vuestro hermano? —preguntó Corbett.

Sir William le miró como si estuviera a punto de negarse. Corbett se volvió y maldijo en silencio a Ranulfo. Sospechaba dónde se encontraría, en busca de su encantadora Alicia Verlian. *Sir William* recorrió el pasadizo hasta que se detuvo frente a una puerta, manoseó un manojito de llaves y luego la abrió para dar entrada a una estancia de muebles muy lujosamente amueblada, pero desordenada. Corbett descubrió una enorme cama de dosel, con cortinas de un púrpura oscuro ribeteadas con borlas plateadas y doradas; dos enormes armarios que se ubicaban a ambos lados del banco de la ventana, y también se fijó en los cofres y arcas con los cerrojos levantados. Sobre un taburete había una armadura, y una espada descansaba en el centro de una ancha mesa de madera de roble. *Sir William* invitó a Corbett, con un gesto de la mano, a que se sentara en la silla, al fondo de la mesa, luego trajo una bandeja con una jarra de vino y copas, pero Corbett rechazó la invitación.

—Ya he bebido demasiado, *sir William*.

—Pero yo no y, como dicen los eruditos, «*In vino veritas*».

Llenó una copa hasta arriba, se sentó frente a Corbett y le dedicó un brindis en silencio.

—¿Matasteis a vuestro hermano? —empezó Corbett.

—Estaba vaciando mis intestinos —replicó *sir William*—, no he tenido nada que ver con esa muerte. Me llamo William y no Caín.

—¿Y qué me decís del cadáver de la joven encontrado en el bosque?

—Tampoco puedo responder nada.

—¿Por qué tendría esa mujer un lirio marcado en el hombro?

Sir William bajó la cabeza.

—¡Vamos! —exclamó Corbett—. Tanto vos como vuestro hermano habéis visitado en alguna ocasión ese tipo de casas. Creo que sé lo que es. Es la marca de una prostituta.

—Pero no de una corriente, sino de la dueña de algún burdel o de una cortesana de clase alta.

—Pero ¿por qué el lirio?

Sir William soltó una carcajada.

—*Sir Hugo*, dirigíos a Rye y luego cruzad el estrecho hasta Francia. La mujer debía ser francesa. Si estáis en lo cierto, debió de venir de Abbeville o Boloña. Los franceses son más blandos con las prostitutas que los ingleses. Si una mujer es culpable de llevar un burdel la marcan con ese símbolo. Se convierte en propiedad del rey y hasta puede ser multada.

—¿Y qué es lo que estaba haciendo en Inglaterra? —preguntó Corbett.

—No lo sé, *sir Hugo*, pero desnudos, todos somos iguales, ¿no es cierto? A los ingleses les gustan esas mujeres, a los franceses, a los alemanes e incluso a los religiosos. Es algo que sucede en todos los países —*sir William* soltó la copa de vino de un golpe—. ¡Por el amor de Dios, señor! Las putas inglesas trabajan en Francia y

las francesas vienen a Inglaterra. Oh, se comportan como auténticas damiselas en peligro. Para un granjero que visite Rye, Dover o Winchelsea, una puta francesa es una joya. Sin embargo, no conocía a esta. No sé por qué estaba en Ahsdown o por qué alguien la mató con una flecha.

—¿Descubristeis su cuerpo y luego lo dejasteis en la puerta del priorato?

—No, claro que no.

—¿Y vuestro hermano?

—Henry no se habría ensuciado las manos en un asunto así.

Corbett se reclinó en la silla. Observó, por primera vez, las estanterías llenas de tomos forrados con piel de becerro. Algunas de las tapas, bordadas con hilos de plata y oro, resplandecían a la luz de las velas.

—Ya estaban encendidas cuando entramos —afirmó Corbett señalando una de las velas—, ¿no teméis que se prenda fuego?

—Oled el aire —replicó *sir* William—, son de pura cera de abeja, no saltan chispas. El soporte es de bronce y la cubierta, de cobre. Un capricho de mi hermano —añadió *sir* William volviéndose a su alrededor—, Ashdown está construido con piedra, el mejor material que los Fitzalan pudieron encontrar. El fuego no es uno de nuestros temores.

—Pero sí esos misteriosos arqueros —observó Corbett—, y ya sé lo de la Rosa de Rye.

—No tuve nada que ver con ese asunto.

—No dije tal cosa, pero me mentisteis. Sabéis a lo que me refiero.

—Henry estaba loco —explicó *sir* William revolviéndose en la silla—. Se encaprichaba de prostitutas y mujerzuelas. Pero la mujer del tabernero de La Rosa Roja se enamoró de él. Henry la dejó y ella se colgó, y luego su marido. La taberna se vendió y cambió de nombre. Mi padre hizo todo lo que pudo para mantener aquel escándalo en secreto.

—Entonces, ¿quién es el hombre búho?

—Henry llevó a cabo una investigación muy concienzuda. El tabernero y su mujer se suicidaron, pero tenían un hijo de cinco años.

—¡Ah! —suspiró Corbett.

—Salve Dios —exclamó William—, yo solo tenía diez años por aquel entonces.

—Y ese niño podría ser, ahora, el hombre búho.

—Es posible. Sin embargo, es extraño, aunque es un excelente arquero nunca va a la caza del venado ni ataca a nuestros criados, ni tampoco se comportó de forma violenta conmigo o con mi hermano.

—¿Pensáis que podría ser un párroco?, ¿alguien como el padre Cosmas?

—¿Ese matón de Dios? Odiaba mucho a mi hermano. Vigilábamos la iglesia, pero no a él.

—¿Y De Craon? —preguntó Corbett.

Sir William gesticuló, ya que el vino le estaba poniendo de mal humor. Corbett se

inclinó, cogió la espada y la dejó caer estrepitosamente sobre la mesa haciendo que rozara su superficie pulida.

—¿De Craon?, también habéis mencionado a Gaveston —*sir William* levantó la cabeza ofreciéndole una sonrisa ladeada en su rostro embriagado.

—Ah, ya veo de qué va el juego —afirmó Corbett, apoyando los codos sobre la mesa—. Responderéis a mis preguntas si os protejo del rey.

—*Sir Hugo*, no he hecho nada malo. El príncipe de Gales nos visitó. Todo el mundo sabe que Piers Gaveston se encuentra escondido en Inglaterra. Ahora bien, el príncipe nunca hubiera tenido nada que ver con lord Henry, pero sí conmigo. Gaveston fue escondido en casas del feudo y aldeas de la costa sur. ¿Cómo iba a traerle a Ashdown? Le dije al príncipe que mi hermano se pondría furioso.

»Pero se puso muy arrogante, me recordó que algún día se convertiría en rey, que era parte de su séquito y que se acordaría de aquellos que no le habían ayudado, así que accedí. Gaveston viajó a Ashdown, disfrazado de peregrino. Alquiló una cámara en la taberna de El Demonio en los Bosques y visitó el priorato de Santa Hawisia. El príncipe se encontró con él en la taberna, en el bosque y en el priorato.

—¿Y dónde está ahora Gaveston?

Sir William llenó, todavía más, su copa.

—Se marchó tan pronto como supo que un escribano real iba a venir —chasqueó los dedos—, desapareció como la niebla de la mañana.

—¿Y *lady Magdalena*? ¿Sabía todo eso?

—Oh, por supuesto. El príncipe de Gales la visitó, le dedicó toda su dulzura y encantos, hablándole de esa maldita reliquia.

—¿Maldita?

—Es lo único que le importa. El príncipe le contó el mismo cuento que a mí. Que, una vez se convirtiera en rey, visitaría Santa Hawisia con tanta frecuencia como la tumba de Becket en Canterbury. *Magdalena* se tragó el anzuelo. Se permitió la entrada de Gaveston en el priorato y el príncipe se encontró con él allí.

—Y si el rey se enterara de esto —continuó Corbett, enderezándose en la silla—, os llevarían a Westminster y cómo os lo diría, mientras esperaseis la audiencia, os alojarían en una de las cámaras de la Torre, ¿me equivoco?

Sir William se humedeció los labios.

—No he cometido ningún crimen. Gaveston es un pisaverde. No supone una amenaza para el rey o el reino. Debéis recordar, *sir Hugo* —afirmó hoscamente—, que un día, y que Dios me perdone por lo que voy a decir, el rey morirá y la corona descansará en otra frente.

—Estáis en lo cierto. Pero no olvidéis, *sir William*, que es a la corona a la que sirvo y no a quien la lleva.

—Siempre al servicio de la justicia, ¿eh, maese escribano?

—No, siempre al servicio de la verdad. Y la verdad es que no habéis hecho nada, pero De Craon es otro cantar. ¿Por qué el rey de Francia instó que lord Henry

condujera a los enviados franceses a París?

—Henry viajaba mucho —afirmó *sir William*—, era un erudito, un coleccionista de todo tipo de artefactos, además de ser muy conocido en las cortes extranjeras.

—Como yo —replicó Corbett—. Los franceses fueron un poco especiales al solicitar que fuera lord Henry Fitzalan quien les acompañara a París, ¿pero por qué?

Sir William levantó la vista hacia las vigas del techo.

—La verdad, *sir Hugo*, es que no lo sé —levantó una mano—. Os lo juro. Mi hermano se llevaba bien con los franceses.

—¿Y ellos le correspondían?

—Bueno, le enviaban regalos y cartas.

—¿Podría verlas?

—Si queréis.

—Pero vamos, *sir William*, podéis decirme algo más —Corbett abrió las manos—, queréis mi protección en la corte, entonces compradla.

Sir William se puso torpemente en pie, se dirigió a cerrar una de las contraventanas, pero antes se quedó mirando a través de la ventana de celosía.

—La clave de todo esto, *sir Hugo*, es Pancius Cantrone. Pero sabe Dios dónde está. Ya es de noche y temo por su seguridad.

Corbett se volvió a sentar. «Sí —pensó—, y ¿dónde estará Ranulfo?».

Ranulfo-atte-Newgate, que había bebido más de lo conveniente, se escurrió por uno de los pasillos, como había planeado, para encontrarse con maese Baldock. Se encontró con su nuevo amigo y se sentaron, juntos, en las escaleras, fuera del salón principal.

—¿Estáis decidido, maese Ranulfo? ¿Mencionaréis mi nombre a *sir Hugo*?

Ranulfo le dio unas palmaditas en el hombro.

—Os llevaré frente al mismísimo rey, Baldock. Pero ¿dónde está la casa de la señorita Alicia?

Baldock le invitó a seguirle. El mozo le condujo por una serie de pasadizos, a través de las cocinas, todavía impregnadas de los olores de la cena y del horno que habían precedido al banquete de *sir William*. Los escuderos, sirvientes y mozos estaban ahora comiéndose los restos, apurando los huesos, hundiendo las manos en la crema de vainilla, sin darse cuenta de las dos figuras que se deslizaban, a través de una puerta falsa, para cruzar el patio.

Hacía una noche, cálida y agradable, de luna llena. Baldock encontró la antorcha que había escondido, la encendió y condujo a Ranulfo a través de un pequeño puente pasados los establos, cruzando los huertos, hasta donde se encontraba la casa del guardabosque. Era un edificio de dos plantas, su base estaba construida de ladrillo rojo mientras que el resto era de yeso y las vigas de color negro. El techo, de paja, había sido sustituido por uno de tejas y aparecía una chimenea en el lateral. En la

parte trasera existía una escalera exterior, ante la que Ranulfo se habría detenido, pero Baldock le dijo que continuara. Saltaron una verja y entraron en un jardín. Al final, Baldock se detuvo debajo de un peral.

—Os dejo aquí —le susurró—, ¿no le haréis daño a la joven, verdad?

—Oh, callaos —siseó Ranulfo—. Regresad y esperadme en el puente. Ocultad la antorcha, cuando me oigáis llegar, levantadla.

Baldock se marchó sigilosamente. Ranulfo se bajó el cuello de su camisa blanca de batista y miró hacia la ventana donde brillaba una luz. Estaba orgulloso de su capacidad para hablar y de su educación, además lo sabía todo acerca de los trovadores franceses, aquellos cantores y juglares que recitaban poesías debajo de la ventana de su dama y, luego, dejaban su poema prendido en la puerta. Ranulfo se había estado preparando toda la tarde para aquello. ¡Una noche de misterio!, ¡de pasión descontrolada! No molestaría a la joven que había tocado tan profundamente su corazón, sino que se convertiría en el galán perfecto, gentil, en todo un caballero del amor. Alicia no era una moza de taberna; era una dama en la torre para ser cortejada, adorada y adulada. Ranulfo cerró los ojos. El suave olor de las flores en la fría brisa de la noche le acarició el rostro encendido. Se encontraba solo bajo las estrellas. Todos sus pensamientos sobre convertirse en párroco, en gozar del favor de la corte y de la cancillería habían desaparecido.

Abrió su zurrón y sacó el poema de amor. Estaba demasiado oscuro para leer, pero se sabía las frases de memoria. Dio un paso al frente, como había visto hacer a los juglares.

Con los ojos fijos en la ventana, una mano sobre el corazón, Ranulfo empezó a recitar el poema:

Alicia mi amor,
el amor de mi corazón,
mi estrella de la mañana,
mi torre de marfil,
mi castillo de deseo,
luz de mi vida,
llama de mi corazón,
toda hermosura

De pronto notó una mano en el hombro.

—Buenas noches, maese Ranulfo.

Se volvió.

Alicia Verlian, envuelta en una capa oscura, tan bella como la noche, permanecía de pie, a su lado, mirándole fijamente.

Capítulo IX

Amor a la luz de la luna, ¿eh Ranulfo?

Su criado se sentó en el extremo de la cama y le devolvió una mirada soñadora. Corbett se desató el talabarte y lo lanzó al suelo.

—No deberías haberlo hecho —le advirtió—. ¡No deberías haberte marchado! Te necesito guardándome las espaldas y no deberías andar por ahí solo cuando De Craon está cerca.

—Estaba con Baldock.

—Ah sí, el omnipresente e inquisitivo Baldock.

Corbett se sentó en la cama y se apoyó contra la pared. Había conocido al mozo de cuadra justo antes de marcharse de Ashdown Hall y se sintió profundamente impresionado por él. De hecho, guardaba un parecido muy curioso con Maltote, no tanto por su aspecto, como por sus maneras y actitudes. Y adoraba a Ranulfo, con el que tenía en común su talante socarrón, pero por el modo de manejar a los caballos, parecía un jinete y un mozo de cuadra excepcional.

—¿Le cogeréis amo? Fitzalan pretende despedir a todos los criados por Navidad. Creo que borrará hasta la última señal de su hermano en el feudo.

—¿Es Baldock honesto?

—Como yo, amo.

Corbett soltó una risotada.

—¿Y el amor de tu vida?

Corbett se sentía profundamente alarmado por la mirada distraída de los ojos de Ranulfo. Se preguntó si había sido el vino o el secreto encuentro en el silencio de la noche. Corbett había visto a más de un hombre perder la cabeza por amor, incluso él mismo había sentido sus punzadas, pero siempre había pensado que Ranulfo era diferente. Sin embargo, ahora se golpeó el pecho mentalmente y repitió «*Mea culpa, mea culpa*». Había sido un arrogante al considerar que conocía tan bien a su criado.

—¿Y vos, amo?

Ranulfo sabía que el ataque era la mejor defensa. Corbett había marchado de Ashdown mirando tras de sí, como un gato que había robado algo de crema y queso, incluso tarareando una canción, por lo bajo, mientras tomaban el camino del bosque de vuelta a la taberna.

—Sir William está metido en un lío —afirmó Corbett—. Confesó un poco, pero ha ofrecido su ayuda y apoyo a Piers Gaveston, supuestamente exiliado de su reino por decreto real. Él y su hermanastra tienen todavía mucho por contar.

Ranulfo se frotó las manos. No había nada como *maese cara larga* enseñando una lección de humildad a los arrogantes nobles y orgullosas prioras.

—Pero no es más que una pulga encima de nuestro plato —continuó Corbett—. Sir William me dijo que el cadáver de la joven encontrado en el bosque era, probablemente, el de una prostituta francesa de alta cuna.

—¿Pero qué demonios...?

—No lo sé. No sé qué estaría haciendo en Ashdown. *Sir William* también me dijo que De Craon y Felipe de Francia sentían más bien temor que amistad por lord Henry. La clave de ese temor la tiene el médico de rostro sombrío Panchas Cantrone, pero ha desaparecido. ¡Lord Henry y su querido médico! Opino, y también *sir William*, que su hermano descubrió algún escándalo, algo que podría causar gran daño a Felipe de Francia. Ahora bien, lord Henry y Felipe se intercambiaban cartas; Inglaterra y Francia están en paz, no hay nada de malo en ello, pero Felipe también enviaba a lord Henry presentes muy valiosos. *Sir William* me enseñó algunos de ellos: coronas de oro, copas con incrustaciones de piedras preciosas y cosas así, pero que valoradas y tasadas por algún escribano del Tesoro Real, podrían sumar una considerable fortuna. Ahora bien —Corbett se mordió el labio inferior—, creo que Felipe solicitó que enviaran a lord Henry a Francia no solo para encargarse de las negociaciones de la boda de su hija, sino para comprar, de una vez por todas, su secreto.

—¿A cambio de qué? —preguntó Ranulfo.

—De una pequeña fortuna.

—¿Pero no resultaría peligroso? Quiero decir, si lord Henry visitaba París podría suceder un desafortunado accidente.

—Le pregunté lo mismo a *sir William*. Me dijo que lord Henry, cuando viajaba al extranjero, siempre dejaba a Pancius Cantrone en Inglaterra.

—¿Y así podía controlar el secreto?

—Sí, pero *sir William* me contó como lord Henry, entre copa y copa, le había anunciado que cuando llegaran a Rye, le confiaría determinados secretos a su hermano, mientras que a Cantrone lo metería en algún barco de vuelta a Francia.

Ranulfo se frotó la frente. Intentó sacarse la imagen del bello rostro de Alicia de su mente y concentrarse en el asunto que le estaba planteando su amo.

—Parece ser, Ranulfo —continuó Corbett—, que Felipe de Francia deseaba que fuera lord Henry quien pusiera fin a su asunto privado con Cantrone. De este modo, entregaría su secreto y traicionaría al hombre que se lo había confiado, probablemente a cambio de tierras, castillos o algunos tesoros.

—¿Y si le sucedía algo a lord Henry mientras estaba de viaje? —Ranulfo estaba ahora totalmente centrado en el asunto en cuestión.

—*Sir William* informaría al rey, según las secretas instrucciones de lord Henry.

—Me lo imagino.

—¿Pero por qué Fitzalan no contó esos secretos al rey de Inglaterra?

Corbett soltó una risotada.

—Nuestro rey pediría que le fueran comunicados libremente, como deber que tiene un vasallo con su señor feudal.

Corbett levantó la vista hacia las vigas del techo. Olfateó el aire y percibió diferentes olores procedentes de la cocina de abajo. La taberna se estaba quedando en

silencio, a excepción del extraño crujido de una escalera. En alguna parte de la perrera se oyó un gruñido ahogado y el aire de la noche transportaba el canto de algún tipo borracho. Un lugar muy concurrido, pero ahora solitario, pensó Corbett, ideal para que lord Edward se encontrara con su hermano de sangre Gaveston.

—¿Y por qué ha desaparecido Cantrone? —preguntó Ranulfo.

—*Sir William* cree que ha huido. Verás, *sir William* era el criado más importante de su hermano, siempre viajando de un sitio para otro, lo que, por supuesto, le permitía un contexto ideal para escoltar a Gaveston por toda la costa sur. Ahora bien, *sir William* tiene la mente ocupada con el funeral de su hermano y con el dedo de la acusación señalándole. Sin darse cuenta, reveló a Cantrone lo que su hermano pensaba hacer en Rye. Parece ser que Cantrone palideció, se puso muy nervioso, ofuscado y luego se retiró a su cámara. Al día siguiente, se marchó al priorato de Santa Hawisia. *Sir William* envió allí a un mensajero. El médico italiano, al parecer, fue a curar los nudillos doloridos de la hermana Fidelis, recogió su caballo y se marchó, pero no se ha encontrado ni rastro de él. Puede haber huido, pero también podrían haberle asaltado los proscritos, el hombre búho o el asesino.

—O uno de los encantadores hombres de De Craon —sugirió Ranulfo.

—De Craon podría estar implicado —aceptó Corbett.

—También debe de estar entusiasmado.

—Sí y no. Lord Henry está muerto y Cantrone puede haber ido a hacerle compañía. Sin embargo, lord Henry y Cantrone eran de la clase de hombres que dejarían escrito su secreto en alguna parte, como garantía de su propia seguridad.

Corbett alcanzó las alforjas, a punto de reventar, que había traído del feudo, desató las hebillas y levantó las correas. Esparció el contenido sobre la cama, un rollo de pergamino y dos libros de horas.

—Bien, como *sir William* está deseoso de echar una mano, me entregó una copia de las cartas que se enviaron lord Henry y el rey Felipe.

Corbett cogió un pergamino. Ranulfo pudo ver como las cartas habían sido cosidas, conjuntamente, por algún escribano.

—Así que las leí rápidamente. Hay muy poco: felicitaciones, saludos. Nada que no pudieras encontrar en la cancillería de cualquier noble inglés. Estoy seguro de que el conde Surrey tiene correspondencia muy parecida con los diferentes legisladores europeos —suspiró—. Sin embargo, volveré a echarles un vistazo.

—¿Y en los zurrones? —preguntó Ranulfo.

Corbett desató el cuello.

—Encontré muy poco en la cámara de Cantrone. Libros de hierbas, un poco de especias, algunos escritos sobre medicinas, pociones y brebajes. Sospecho que, nuestro buen médico guardaba muy bien los secretos sobre su persona —Corbett cogió un libro de horas—. Lord Henry lo adquirió recientemente.

Ranulfo abrió el libro de oraciones, acabado en oro. Las páginas eran del pergamino más caro, de una textura muy limpia y maleable, la caligrafía exquisita.

Cada oración empezaba con pequeño dibujo, realizado con unos colores maravillosos. En el dorso, lord Henry había escrito algunas anotaciones personales. Nada inusual: observaciones, listas de joyas de sus cofres, dinero que debía a alguna iglesia, nada que no pudiera encontrarse en cualquier libro de horas, concluyó Corbett.

—Y este otro —afirmó Corbett levantando un pequeño tomo forrado con piel de becerro. La cubierta estaba raída, ennegrecida por el paso del tiempo, algunas de las pequeñas piedras preciosas, incrustadas en forma de cruz, estaban resquebrajadas y otras faltaban.

—Ahora bien, *sir* William me dijo que lord Henry siempre lo llevaba consigo — Corbett abrió las páginas, que crujieron al pasarlas—. De nuevo nada inusual, oraciones, salmos, lecturas de las escrituras, las vidas de los santos, incluso se menciona a Santa Hawisia.

Corbett llegó al final, donde las páginas blancas del libro estaban escritas con una caligrafía en tinta negra. Ranulfo se dio cuenta de lo que parecía ser una página suelta que asomaba y que señaló con el dedo.

—¿Qué es eso?

Corbett pasó las hojas hacia atrás.

—Ah, sí, es una pintura de devoción. Mira.

Se la entregó. El dibujo era pequeño, realizado sobre pergamino arrugado. Se trataba de una escena del viejo testamento, mostraba a Susana siendo acusada de adulterio por los ancianos: una escena que, a menudo, se veía en paredes de las iglesias o en libros de horas como aquel. Sin embargo, este tenía la excepción de que los ojos de las figuras habían sido recortados.

—¿Por qué haría eso lord Henry? —preguntó Ranulfo—, estropear deliberadamente un dibujo y luego guardarlo en el libro de horas que llevaba a todas partes.

Contuvo un bostezo y Corbett levantó la vista. Ranulfo tenía los ojos enrojecidos.

—Será mejor que te vayas a la cama —dijo Corbett—. Mañana vamos a tener un día muy ocupado. Al mediodía, tengo intención de celebrar una comisión de investigación en la iglesia de San Oswaldo en los Árboles. Primero, tengo que pedir permiso a *sir* William. Y como siempre está tan dispuesto a complacerme, le pediré que me facilite una pequeña guardia para asegurarme de que determinadas personas vendrán a responder mis preguntas.

—¿Y *lady* Magdalena? —preguntó Ranulfo.

—No, es demasiado distinguida para una ocasión como esa y probablemente se negaría. Pero el ermitaño Odo, el hermano Cosmas y Roberto Verlian sí acudirán — Corbett levantó la vista—, y su hija Alicia también. Oh, sí, y esa extraña mujer llamada Jocasta, a la que llaman bruja. Es mejor si les pregunto en ese lugar.

—*Sir* William se ha mostrado muy colaborador.

—*Sir* William está aterrorizado —replicó Corbett—, hará lo que sea para que no

te envíe a Westminster con la historia de sus asuntos con Gaveston. Sin embargo, al rey le traería sin cuidado y, por otro lado, no quiero perderle de vista. También me ha dado su palabra de que vigilará de cerca a nuestro buen *seigneur* De Craon.

Ranulfo se puso en pie y se desabrochó la capa. Corbett se puso a estudiar de nuevo el libro de horas. Entre las de portada había una página en blanco, llena de dibujos infantiles y cortas oraciones; Corbett se dio cuenta de que lord Henry había aprendido a escribir como un profesional. Algunas de las entradas eran muy antiguas, la tinta se había vuelto grisácea. Otras, en tinta verde o roja, eran mucho más recientes. Corbett las estudió con cuidado. Una, dedicada a un corto diario de un viaje a Francia con las fechas y los lugares donde lord Henry se había detenido. En otra, aparecía el dibujo de un leopardo que Fitzalan había visto en la Torre de Londres. También encontró una lista de provisiones para la festividad de los locos y el traje que lord Henry había diseñado para el Señor del Desgobierno. Corbett pasó a la siguiente página y se dio cuenta de que la tinta era mucho más clara, la caligrafía era propia de un escribano y narraba la historia de un devoto y una santa mujer llamada Juana Capillana. Corbett la leyó pero solo era una lista de las hazañas piadosas de la mujer, de su devoción por los pobres, de su ternura para con los enfermos y de sus conocimientos sobre hierbas.

—¿Has oído hablar alguna vez de una santa llamada Juana Capillana? —preguntó Corbett.

Ranulfo ya se encontraba tumbado en la cama, envuelto en la manta, con el rostro vuelto a la pared. Corbett sonrió y dejó el libro a un lado. Se desvistió, colocó las ropa sobre un taburete, sopló las velas y se quedó mirando a través de la ventana. La taberna estaba, ahora, en silencio. Hecho una ojeada a Ranulfo. Normalmente, el escribano se habría puesto a roncar.

—El amor es algo terrible —comentó Corbett—, un arma de doble filo. De repente puede cortarte y entonces no hay curación.

Ranulfo, tumbado en la cama, se limitó a sonreír en vez de responder. Había prestado atención al asunto de su amo aquella noche, pero ahora su mente regresó a aquel jardín bañado por la luz de la luna y su corazón saltó de alegría. Esperaba que Alicia se riera de él, pero no había sido así. Le explicó como su doncella se encontraba en la habitación de arriba y que se habría sentido muy adulada al escuchar aquel poema.

—Siempre salgo a dar una vuelta por la noche —le dijo y luego señaló hacia la oscuridad—, por ahí hay un arroyo. Mi padre y yo vamos siempre cuando las tardes son cálidas y me pongo a escuchar los sonidos de la noche. Me alegro de haber ido hoy —se acercó y le agarró por la muñeca—. Estoy acostumbrada a que los hombres me deseen, Ranulfo-atte-Newgate, a sus miradas descaradas y comentarios picantes. ¡Pero nunca había escuchado un poema leído a la luz de la luna! Realmente, debéis de ser alguien extraño. Me equivoqué con vos —y poniéndose de puntillas le besó dulcemente en la mejilla, le arrebató el poema de las manos y se marchó

tranquilamente.

—Lo que una vez fuimos, eso somos. Lo que somos, así seremos.

Corbett leyó las inscripciones sobre el Juicio Final visibles encima de la puerta de la iglesia de San Oswaldo en los Árboles.

—Al final —le comentó a Ranulfo abriendo la puerta—, todos nosotros seremos lo que Dios quiera.

Se detuvo en el pórtico. La pequeña iglesia se había construido totalmente con madera: el artesano había utilizado ingeniosamente una hilera de robles como pilares que aguantaran el techo y, a ambos lados de la nave, se habían adosado unos oscuros cruceros, con pequeñas ventanas cuadradas, para que entrara la luz. El techo parecía muy antiguo, alrededor del crucifijo de Cristo se habían colocado algunas tallas de san Juan y otros santos, pero estaban en muy mal estado, totalmente deterioradas. Corbett atravesó la reja que separaba el coro de la nave y entró en el santuario. Se encontró con un hombre vestido con un hábito de franciscano. En la alcoba de atrás había un colchón pequeño y delgado, con unas mantas cuidadosamente dobladas y colocadas encima; a su lado, en el suelo, descubrió algunos restos de comida sobre una bandeja.

—¿Roberto Verlian? —preguntó Corbett.

Observó los finos cabellos del jefe de guardabosques. Verlian asintió y se puso en pie, haciendo una mueca de dolor y frotándose la rodilla derecha.

—Cuando me escapé debí de hacerme daño —explicó.

Se acercó y le tendió la mano a Corbett que, acto seguido, se la estrechó. El guardabosque era de estatura media, su rostro, curtido por el viento y el sol, estaba surcado de arrugas, los ojos enrojecidos por el cansancio y la preocupación. Iba bien afeitado, pero se había hecho varios cortes.

—Os pido disculpas por mi aspecto —se excusó—, pero ahora soy prisionero de este lugar, que depende de la generosidad del hermano Cosmas.

—Conocimos a su hija Alicia —dijo Ranulfo sonriendo de oreja a oreja y dando un paso al frente.

—Lo sé. Debéis de ser *sir* Hugo Corbett, el emisario del rey, y su escribano Ranulfo-atte-Newgate. Mi hija viene a visitarme, pero el hermano Cosmas le ha pedido que no traiga nada de ropa, comida o vino —captó el asombro en el rostro de Ranulfo.

—Es la ley del asilo —captó Corbett—, si alguien quiere refugiarse en él no puede recibir de afuera ni ropa, ni comida, ni bebida, ni ningún otro tipo de manutención.

—Pero ahora os encontráis a salvo —insistió Ranulfo—. Gozamos de autoridad real. No hay ninguna prueba de asesinato contra vos y no sois culpable de ningún crimen.

Verlian se encogió de hombros.

—No me atrevo a salir de esta iglesia, no de momento. *Sir* William tiene el puño

levantado en mi contra. Será mejor que me quede aquí hasta que este asunto se aclare de una vez por todas.

—Estoy de acuerdo.

Corbett se volvió. El hermano Cosmas había entrado por la puerta lateral que daba a la sacristía. Trazó una bendición en su dirección.

—*Sir William* me ha dicho que no piensa hacer nada, pero he oído lo que vos decís, Roberto, y estoy de acuerdo. Quedaos aquí hasta que este asunto se resuelva.

—¿Qué queréis decir? —preguntó Corbett.

—Ashdown puede ser un lugar solitario.

El párroco cruzó el santuario mientras los pasos de sus sandalias resonaban sobre el suelo. Cogió una yesca y encendió dos velas sobre el altar.

—Roberto Verlian es un hombre inocente. No quiero que le ocurra ningún accidente. Ha solicitado asilo, permitamos que se quede. Aquí se encontrará más a salvo que en cualquier otra parte. ¿No estáis de acuerdo, Roberto?

El guardabosque se rascó la barbilla.

—Tenéis este asilo —continuó el fraile con ánimo de tranquilizarle— y por la noche podéis utilizar mi casa. ¿Qué más podéis pedir?

—Pero, si sois inocente —intervino Ranulfo—, ¿por qué no vais a enfrentaros con vuestros acusadores?

Verlian se sentó en un banco y se apoyó la cara entre las manos. Durante un rato permaneció en silencio, luego levantó la vista.

—La mañana en que murió lord Henry regresé a casa para asegurarme de que Alicia se encontraba bien. Luego volví a la cacería. No vi nada extraño. Sin embargo, cuando llegué a Savernake Dell, lord Henry estaba muerto con una flecha en el corazón.

—¿Cómo fuisteis? —preguntó Corbett.

—Vine corriendo desde mi casa —explicó Verlian—. A mi frente pude escuchar a los cazadores y los cuernos, el ruido de los ciervos cuando mis hombres los dirigían, a través del bosque, hacia el claro.

—¿Por qué lado os acercasteis? ¿Por el lado en el que se encontraba lord Henry o por el otro?

Verlian cerró los ojos.

—Vine por detrás —añadió—, siguiendo los pasos a los cazadores.

—Entonces os encontrabais en la entrada del claro.

—Sí y ahí me detuve. Pude ver que algo había sucedido. Unas figuras agolpadas alrededor de un hombre caído. Alguien gritó que lord Henry había muerto.

—¿Pero, por qué salisteis corriendo?

—No lo sé —Verlian levantó la vista, pestañeó—. De verdad que no lo sé. Tuve miedo. Se me cruzó un pensamiento por la mente. Todo el mundo se encontraba donde se suponía que debía estar menos yo.

—*Sir William* no, fue al bosque a desahogar sus intestinos.

—No lo sabía —Verlian sacudió la cabeza—. No olvidéis, *sir* Hugo, que me encontraba muy confundido. Era el jefe de los guardabosques de lord Henry, pero también el padre de la joven que era objeto de su lujuria. No entiendo de derecho, pero cuando empecé a correr pensé en lo que mis acusadores dirían. Cuando lord Henry fue asesinado Verlian no se encontraba donde se suponía que debía estar. Verlian es todo un maestro del arco. Verlian conoce los bosques como la palma de su mano y, sobre todo, Verlian tenía un motivo, una razón de peso para acabar con su señor.

Corbett cogió un taburete de debajo de la reja y se sentó junto al guardabosque.

—Maese Verlian, vine pronto esta mañana porque quiero haceros unas preguntas antes de que lleguen los demás, escuchen lo que decís y le den la vuelta —observó una mirada cauta en los ojos de Verlian.

—¿Qué queréis decir? —preguntó.

—Puedo entender vuestro miedo y pánico —Corbett trató de tranquilizarle—, pero hay algunos cabos sueltos en vuestra historia, ¿verdad? Veréis, maese Roberto, desconozco las horas, quiénes estaban en el lugar cuando la cacería empezó. Vuestra tarea era conducir a los hombres de caza y a los ciervos hacia Savernake Dell, ¿verdad?

Verlian asintió.

—Pero no hicisteis eso. Sabemos, por Alicia, que regresasteis a casa para asegurarnos de que lord Henry no se había alejado de la cacería y le había hecho una visita. Salisteis de Beauclerc muy pronto, fuisteis a los establos para asegurarnos de que los guardabosques, cazadores y monteros estaban preparados. Probablemente, echasteis una ojeada a la empalizada en Savernake Dell plantada para que los ciervos cayeran en ella. Después de todo, lord Henry no quería decepcionar a sus huéspedes. Ahora bien —continuó Corbett—, sabemos que la cacería fue mal. Pero vos no estabais allí. Los cazadores condujeron a las presas demasiado rápido y, cuando llegaron a Savernake Dell dos ciervos corrían como el viento. Así que los arqueros fallaron y los animales saltaron la trampa tan astutamente construida para ellos.

—¿Qué estáis queriendo decir? —Verlian se toqueteó, nervioso, uno de los cortes de la mejilla.

—Oh, ahora os lo diré. Creo que sois inocente, maese Verlian. Lo que intento deciros es que os alejasteis de la cacería durante mucho rato. Planeasteis hacerlo, pero por poco tiempo, y luego regresaríais corriendo. Sin embargo, algo os entretuvo —añadió Corbett haciendo una pausa.

Levantó la vista hacia el hermano Cosmas de pie junto a él. El fraile miraba con dureza al jefe de los guardabosques.

—Decidme —Corbett le dio una palmadita en la rodilla—, ¿cuándo huisteis fuisteis a casa?

—No, no —forzó una sonrisa—, quiero decir...

—Teníais miedo de que los criados de lord Henry os atraparan.

—Sí, eso es.

—No, no es cierto —replicó Corbett—, aún pasaría algún tiempo hasta que la noticia de la muerte de lord Henry llegara hasta allí. No volvisteis a ver a Alicia porque ella no se encontraba allí, ¿verdad? —Corbett pasó por alto la respiración de Ranulfo—. Salisteis del alojamiento de caza, pronto, por la mañana —continuó Corbett—, y regresasteis corriendo a casa, donde esperabais encontrar a Alicia, pero ella no estaba allí. Disteis algunas vueltas, nervioso, preguntándoos dónde podría estar. Después de todo, era el día de la cacería. El último lugar donde se podría encontrar sería en el bosque.

Cuando regresasteis, los cazadores y los guardabosques ya habían avanzado bastante y, debido a la falta de vuestra habilidad y disciplina, los ciervos llegaron demasiado pronto a Savernake Dell. Cuando alcanzasteis el claro os disteis cuenta de que algo terrible había sucedido. Sabíais que podíais ser acusado, como de hecho hizo *sir* William, y por eso huisteis —Corbett hizo una pausa—. Pero no hacia casa, porque sabíais que Alicia no se encontraba allí y qué sentido tenía ponerse en peligro. Así que corrísteis en dirección al bosque, ¿verdad?

—Estáis en la casa del Señor —le recordó el hermano Cosmas con voz autoritaria—, y en su santuario —señaló hacia el sagrario de plata—. Bajo la apariencia del pan, Nuestro Señor Jesús vive entre nosotros. Os he dado asilo en el santuario, os he acogido como a un invitado —su voz se volvió más amable—, pero no por lo que dicta la ley de la iglesia, Roberto, sino porque creo en vos. ¿Dónde estaba Alicia?

Ranulfo andaba de arriba para abajo por todo el santuario, totalmente fuera de sí.

—¿Dónde se encontraba vuestra hija? ¿Había cogido un caballo?

Verlian se limitó a pestañear. Se quedó mirando a Ranulfo.

—¿Había cogido un arco y unas flechas? —añadió Corbett—. Alicia es la hija de un guardabosque. Sabe disparar. ¿Acaso no había amenazado a lord Henry en una ocasión?

Verlian abrió la boca para responder.

—No mintáis —le advirtió Corbett—. Si mentís, Roberto, no podré ayudaros a vos o a vuestra hija. Así que no sabíais dónde estaba. Alicia os ha visitado en este lugar, seguro que se lo habéis preguntado y os lo ha dicho.

—Decídselo, padre.

Alicia, envuelta en una capa marrón, permanecía de pie en la reja; en la mano llevaba un fardo de lino atado con una cuerda. Se echó hacia atrás la capucha y miró rápidamente a Ranulfo, que se ruborizó y desvió la mirada.

—Os he traído unos pasteles de harina de avena, padre —se los entregó al franciscano—, podéis compartirlos con quien queráis —luego se acercó a su padre y se arrodilló a su lado, colocó un brazo protector sobre sus hombros y miró desafiante a Corbett—. Sois un hombre peligroso, *sir* Hugo. Sois la comidilla en El Demonio entre los Árboles, hablan hasta del modo en el que os sentáis y os quedáis pensativo como un gato.

Corbett sonrió.

—En ese caso, señora, no tenéis nada que temer. Soy el gato del rey, solo cazo a las ratas que molestan su casa.

—Mi padre está asustado. Es guardabosque, *sir* Hugo, y muy bueno —acarició con cariño los cabellos de su padre—. Está acostumbrado al bosque, a la gente que habita en él, a los animales, a sus caminos, a sus senderos secretos. Y de repente, en un abrir y cerrar de ojos, su amo se deja llevar por la lujuria y luego es asesinado.

Verlian levantó la cabeza, las lágrimas rodaban por sus mejillas.

—¿Qué puedo hacer? —preguntó suplicante—, si me expulsaran, ¿a dónde podría ir? Nací en estos parajes, señor.

—Y vos lo sabéis escribano, ¿verdad? —preguntó Alicia—, sois como un gato, os sentáis y pensáis.

—¿Así que habéis vuelto a la taberna de El Demonio entre los árboles? —preguntó Corbett.

—Esta mañana —contestó Alicia evitando encontrarse con la mirada de Ranulfo — quería ver a alguien, pero ya se había marchado. Uno de los mozos, sin embargo, me dijo que se había levantado mucho antes del amanecer. El chico se encarga de encender el fuego. Pero vos, *sir* Hugo, todavía estabais allí, envuelto en vuestra capa, contemplando las blancas cenizas en la chimenea, como si os hubierais pasado ahí toda la noche.

—Necesito dormir poco —Corbett mantuvo firme su mirada—. Bajé a leer unas cartas. Estudié un libro de horas, pero no descubrí nada. Me senté y rumié sobre la muerte de lord Henry y sobre vuestro padre, al que ahora me gustaría hacerle algunas preguntas. Me pregunté por qué salió mal la cacería, por qué tardasteis tanto en regresar y por qué no volvisteis a casa.

—¿Y qué más pensasteis?

—Os lo diré, señora, cuando me digáis dónde estabais vos.

—Hay un cementerio detrás de la iglesia. Mi madre está enterrada allí. Es el único lugar en el bosque en el que me siento segura de lord Henry y sus secuaces. Cogí un caballo, un pequeño palafrén y me dirigí a aquel lugar. Recogí algunas flores silvestres, dejé el caballo en la puerta del cementerio y las deposité sobre la tumba de mi madre. Me senté y hablé con ella durante un rato —Alicia pasó por alto los sollozos, en silencio, de su padre.

—¿Y después?

—Salí del cementerio y volví a casa, pero lentamente. Me pregunté qué podríamos hacer mi padre y yo en el futuro. Cuando llegué a Ashdown, ¿no es extraño, señor escribano? ya se había decidido mi futuro. Lord Henry había muerto y mi padre huido.

—¿Y cogéis a menudo un arco y una aljaba de flechas para ir a la tumba de vuestra madre?

El rostro de Alicia se encendió.

—¡Sí! —siseó entre dientes—. Y os diré una cosa, escribano, si me hubiera encontrado con lord Henry por el camino, le habría disparado una flecha al corazón —sus ojos brillaron de odio—. Pero Dios dispone y alguien lo hizo por mí.

Capítulo X

Corbett se levantó del taburete.

—Hermano Cosmas, gracias por vuestra ayuda. Los soldados de *sir* William llegarán pronto...

—¡Amo!

Corbett notó como Ranulfo le tiraba de la manga. Si el rostro de Alicia estaba rojo de ira, el de Ranulfo estaba blanco. Se estaba mordisqueando la comisura de los labios y, con las yemas de los dedos, tamborileaba la empuñadura de la daga colgada en su talabarte.

—Amo, quiero deciros algo.

Corbett hizo una fría reverencia ante los demás y siguió a Ranulfo fuera del santuario, hacia una pequeña capilla en la que se alzaba una imagen, enorme, de la Virgen y el Niño. Ranulfo acercó su rostro al de Corbett.

—¿Por qué no me dijisteis nada de todo esto? —se dio un golpecito en la cabeza—. Vuestro cerebro funciona igual que la rueda de un molino. Puede que sea vuestro siervo, pero también soy escribano de la Cancillería del Sello Verde: la comisión del rey lleva mi nombre.

Corbett se volvió y, cogiendo una vela, prendió un cirio sobre la repisa de hierro, bajo los pies de la Virgen.

—Uno para Maeve —murmuró. Cogió otro—, uno para mi hijita Eleanor y otro para el hijo que está al llegar —cogió un cuarto y depositó una moneda en la caja que, para su sorpresa, estaba cementada al suelo cerca de la estatua—, y este para Ranulfo, caballero herido de amor.

—No creo que sea divertido, *sir* Hugo.

—El asesinato nunca lo es, Ranulfo. No te lo dije porque sabía —se acercó de nuevo a su escribano—, sabía —continuó bajando el tono de voz— lo que harías. Pero sí, me senté en la taberna esta mañana, pensé en Verlian, en la cacería y en su huida. Es una cuestión de lógica, Ranulfo. A veces, que Dios me perdone, el amor y la lógica no van de la mano. No quiero ser una amenaza para ti o para Alicia. Pero un asesinato es un asesinato. La ley del rey es la ley del rey. Se debe hacer justicia, por eso eres escribano del Sello Verde, para aplicarla, si no, no seríamos mejores que los animales del bosque, donde solo los más listos y poderosos sobreviven.

—Lord Henry era muy poderoso.

—Ah, Ranulfo, lord Henry era vulnerable. Piénsalo. Si un gran señor puede ser derribado sin impunidad, no importa lo que era o lo que hizo, entonces nadie está a salvo. Lo sabes, ya sea el señor de un feudo o un escribano en medio de las calles de Oxford.

Ranulfo sonrió con malicia.

—¿Pero no pensaréis que Alicia es la asesina?

—Te seré franco, Ranulfo, no lo sé —Corbett se tocó la yema de los dedos—.

Odiaba a lord Henry y se encontraba en el bosque cuando él murió. Montó acaballo y llevaba un arco y una aljaba que sabe manejar muy bien. Y por último, no hay ningún testigo que pueda corroborar dónde estaba o lo que hizo. Por lo tanto, te guste o no, en este estado de la cacería, la señorita Alicia es sospechosa aunque no haya pruebas.

Se volvió por encima del hombro, el hermano Cosmas permanecía, ahora de pie, al lado del guardabosques y de su hija. Corbett empujó suavemente a Ranulfo hacia las sombras de la capilla lateral.

—Hay más en este bosque y en esta gente que lo que el ojo alcanza a ver.

—¿Como qué? —preguntó Ranulfo.

—Utiliza tu lógica, Ranulfo. Has estado en el bosque de Ashdown, ¿y qué has visto? Ya sé —levantó una mano—, millas y millas de árboles y laderas sumidas en la oscuridad, pantanos y ciénagas. Se podría esconder un ejército entero y nadie lo sabría. Pero la verdad es que ese bosque es como una calle desierta, alargada y oscura, con casas a ambos lados. A pesar del túnel oscuro que las atraviesa, los habitantes de esas casas saben cuándo alguien pasa por la calle y, sobre todo, si lo hace a menudo.

—¿Y? —preguntó Ranulfo.

—Lo mismo se puede decir del bosque. Puede que haya árboles más allá de donde alcance la vista, pero recuerda, Ranulfo, ¿cómo era? La maleza enmarañada y sumida en la oscuridad, esos prados de hierba verde que pueden ser pantanos o ciénagas. Ahora bien, cuando caminas por un bosque estás forzado, te guste o no, a caminar entre la espesura, haciendo crujir todo a tu paso, como si fueras un jabalí herido, y adentrándote en sabe Dios qué peligros, arriesgándote a ser visto u oído por cualquiera que pueda pasar por ahí en ese momento.

—O —intervino Ranulfo rápidamente— podéis encontrar determinados caminos y senderos donde también podríais ser oído o visto.

—Ahora ha hablado un buen observador. Así que volvamos al interrogatorio y, si puedes, mi noble Galahad, mi caballero de la luz de la luna, deja al lado tu pasión y utiliza tu mente.

Corbett salió de la capilla lateral y se encaminó hacia el santuario. Ranulfo suspiró, sacó una moneda que depositó en la caja y encendió una vela.

—Esta es por *maese cara larga* —musitó— y su maldita lógica.

Luego siguió a Corbett hacia el santuario, donde el escribano ya se había sentado en su taburete.

—¿Y bien maese Verlian?

—No me gustó la forma en la que interrogasteis a mi hija, *sir* Hugo, o en lo que la implicasteis.

—Si vuestra hija es inocente no tiene nada que temer. Y vos tampoco. Es verdad, mis preguntas pueden ser un poco mordaces —sonrió de soslayo a Alicia, que ahora estaba sentada en el suelo con la espalda apoyada en el pilar—. Pero vuestras respuestas son lógicas y no tenéis los ojos de un asesino.

Ahora, Ranulfo sonrió para ocultar su ansiedad. Si hubieran estado solos, habría preguntado a su amo cómo son los ojos de un asesino, teniendo en cuenta el dulce rostro de algunos villanos con los que se había encontrado a lo largo de los años. De pronto, se encontró con los ojos suplicantes de Alicia y desvió la mirada. ¿Tendría algo que esconder?

Sin embargo, Corbett se estaba frotando, ahora, un lado de la cara, una señal inequívoca de que su astuto cerebro estaba maquinando algo.

—¿Tenéis alguna pregunta que hacerme, escribano? —preguntó Verlian.

—Sí, no es sobre el asesinato de lord Henry, es sobre el bosque. ¿Lo conocéis bien?

—Como el rostro de mi hija.

—¿Sois buen cazador?

Verlian se encogió de hombros.

—Eso decía lord Henry.

—¿Podéis seguir el rastro de un ciervo?

—Puedo seguir el rastro de cualquier cosa que camine sobre la faz de la tierra —replicó Verlian con orgullo—, sea un hombre o una bestia.

—Y vuestros hombres, los cazadores y los guardabosques, ¿son gente acostumbrada a vivir y a utilizar el bosque?

—Algunos son muy buenos, a otros les queda mucho por aprender.

—¿Y qué me decís de los proscritos? —preguntó Corbett repentinamente.

Verlian le miró cautelosamente.

—Os he preguntado sobre los forajidos y los proscritos —insistió Corbett.

—Muchos de ellos no sobreviven. Van de una ciudad a otra. No duran demasiado tiempo en el bosque. He descubierto muchos cuerpos congelados sobre la nieve o en el borde de un pantano, incluso he encontrado algunos que se han colgado porque habían perdido el juicio. Si tienen algo de sentido común no se quedan demasiado tiempo, se marchan hacia otra ciudad.

—¿Y el resto? ¿Aquellos que se quedan? Los campesinos que matan ciervos o huyen de un señor cruel.

—Nos dejan en paz y nosotros a ellos, hacemos la vista gorda cuando se llevan algunas cosas.

—¿Entonces los veis?

Verlian negó con la cabeza.

—Si no se meten con nosotros, como os he dicho, nosotros tampoco con ellos.

—Eso es cierto —interrumpió el hermano Cosmas.

—Ah, sí, os lo iba a preguntar —Corbett sonrió al franciscano—. Vos vivís aquí, hermano. Dijisteis que Ashdown era vuestra parroquia. Debéis conocer a toda la gente del bosque así como aquellos pobres desafortunados que decidieron huir.

—Es verdad —replicó el franciscano con orgullo—. Soy fraile, no uno de los oficiales del rey. Si un hombre caza una liebre para guisarla en la olla de su familia,

¿por qué tendría que poner objeción alguna?

—¿Y qué me decís vos, Alicia?, sabéis cabalgar por el bosque y soléis llevar un arco y una flecha.

—Mi padre ya ha contestado a eso. ¿Qué estás insinuando, escribano?

—Me llamo *sir* Hugo Corbett.

Alicia se encogió de hombros de un modo encantador.

—Me atrevería a decir que los tres os manejaís perfectamente en el bosque —comentó Corbett en tono jocos—, probablemente conocíaís sus caminos y senderos mejor que lord Henry. Sin embargo, eso me sorprende, porque en el bosque se encuentra el hombre búho, un proscrito diferente al resto. De hecho me tiene intrigado. Cuando estaba sentado en la taberna, esta mañana, pensé en él. Es un forajido que no ataca a los viajeros o, por lo menos, no hay pruebas de ello. Tampoco caza el venado del rey. A decir verdad, lo único que persigue es a la familia Fitzalan. Envía sus mensajes atados a la punta de una flecha, pero nadie lo ha visto ni oído. Nadie sabe cómo es.

Observó la sorpresa en los ojos de Verlian, desvió rápidamente la mirada hacia Alicia y luego la fijó en el fraile. El hermano Cosmas se había vuelto, fingiendo distracción por la vela que chisporroteaba sobre el altar. Corbett se puso en pie.

—Es realmente un misterio.

—No había pensado en ello —declaró Verlian—. Estamos en otoño y el hombre búho lleva en el bosque desde la primavera. Nunca he visto nada sospechoso, ni tampoco mis cazadores o guardabosques.

—¿Estáis diciendo que es otra persona? —preguntó Alicia.

—Esa es una posibilidad —concluyó Corbett—. Incluso, podría ser uno de los tres. Pero os voy a decir una cosa...

—¡*Sir* Hugo Corbett!, ¡*sir* Hugo Corbett!

Ranulfo se acercó a la reja del santuario. La puerta de la iglesia estaba abierta de par en par y unos arqueros, con la enseña de los Fitzalan, permanecían de pie en la entrada y, a sus espaldas, una mujer que con un brazo rodeaba los hombros de alguien. Ranulfo no pudo distinguirla con claridad porque la figura llevaba capucha y capa.

—Ah, nuestros invitados han llegado —sonrió Corbett—. Hermano Cosmas, ¿podríaís ayudarnos?

—Y así llegaréis a vuestras conclusiones, ¿verdad escribano?

—Con el tiempo, pero ahora ¿podría utilizar eso como escritorio? —preguntó Corbett señalando la mesa del ofertorio.

El hermano Cosmas ayudó a Corbett y a Ranulfo a mover la mesa y a colocarla en la parte superior de la nave. Luego, trajo bancos de los cruceros y un taburete para él. Corbett se puso cómodo. Ranulfo sacó sus utensilios para escribir y extendió sus hojas de pergamino, colocó sobre la mesa un bote de tinta, cuidadosamente cerrado, y una bolsita de terciopelo con plumas afiladas.

—¿A quién habéis traído? —preguntó Corbett.

Los arqueros dieron un paso al frente.

—A Jocasta, a su hija y al ermitaño que se hace llamar Odo.

—Os agradecería que primero hicierais pasar a Jocasta. No, no —Corbett se puso en pie y se inclinó sobre la mesa—. Vos quedaos en el pórtico, hermano Cosmas. Traed otro banco para que se siente la dama.

Ranulfo estaba preparado para anotar según las normas de la cancillería, el nombre de la mujer y el de su hija Blanche.

Jocasta se sentó en el banco frente al escribano, rodeando con un brazo a su hija de mirada recelosa y mandíbula caída. Corbett maldijo en silencio la poca luz que había en la nave. El rostro de Jocasta quedaba oculto por las sombras, pero pudo ver con claridad sus pómulos bien marcados, sus ojos almendrados de mirada cortante, la boca voluptuosa y su barbilla firme. Llevaba los oscuros cabellos sueltos, dejando entrever algunas canas. Corbett advirtió que tenía unos dedos fuertes y las uñas limpias. La mujer vestía una bata de color marrón oscuro y llevaba colgada, alrededor de su grueso cuello moreno, una cadena de plata con una pequeña luna creciente de oro.

—¿Sois Jocasta?

—¿Y quién sois vos? —la voz era fuerte y profunda.

—Sabéis quién soy, señora: *sir* Hugo Corbett, el escribano del rey, y este es Ranulfo-atte-Newgate...

—¿Bajo qué autoridad me habéis traído? —le interrumpió—, ¿estoy en un juicio? Corbett sacó la comisión real de su zurrón y la puso sobre la mesa.

—No estáis en un juicio, señora, pero tengo derecho a haceros unas preguntas, según declara esta comisión.

—No sé leer, escribano, pero sé que las cartas con sellos son importantes —desvió la mirada hacia el hermano Cosmas—. Buenos días, padre.

—Buenos días, Jocasta. Me alegra veros en este lugar, finalmente.

La pluma de Ranulfo empezó a trazar sobre la página; cuando la punta se quebraba, maldecía por lo bajo pero, acto seguido, cogía otra y la mojaba en el bote de tinta.

—¿No sois feligresa del hermano Cosmas?

—Es bienvenida como cualquiera —interrumpió el franciscano.

—No vengo a San Oswaldo —replicó secamente Jocasta, sin apartar el brazo de los hombros de su hija—. Dicen —cerró los ojos— que esta es la casa del Señor y la Puerta del Cielo: un lugar horrible.

—¿Por qué no venís?

—Soy indigna de venir a un lugar como este y mi hija se asusta.

—¿Es eso verdad?

—¿Conocéis otra distinta, escribano?

—Dicen que sois bruja.

—¿Quién lo dice?

—Entonces, ¿no lo negáis?

—No empleéis juegos de palabras conmigo, escribano.

Corbett levantó la mano.

—Lo siento, señora, os he estado ofendiendo más que preguntándoos. Permitid que empiece de nuevo. ¿Por qué no venís a la iglesia?

—He llevado siempre una vida indigna. Mi hija no está en su sano juicio, así que la mantengo alejada de los que podrían burlarse de ella y señalarla con el dedo.

—¿Y qué me decís de esas habladurías que afirman que sois bruja?

—Son mentiras, como os podría confirmar el hermano Cosmas. Conozco algunos remedios, sé destilar pociones, preparo cataplasmas, pero no soy una bruja. No desentierro la raíz de la mandrágora ni celebro sacrificios sangrientos a la luz de la luna.

—¿Y por qué vivís en Ashdown?

—Porque es el único lugar al que puedo llamar mi hogar —suspiró la mujer, susurró suavemente algo al oído de su hija y le retiró el brazo de los hombros—. Tenéis una mirada afable, escribano, no hay malicia en vuestros ojos. Estáis aquí por la muerte de lord Henry, ¿verdad? Entonces, os hablaré de él. Él era el padre de esta criatura —pasó por alto la mirada atónita del franciscano—. Oh, sí, lord Henry, en su juventud, era conocido a todo lo largo y lo ancho de los cinco puertos, no había ni un solo burdel o casa de citas por el que no hubiera pasado. Cuando yo era joven jugaba a interpretar a Magdalena —les explicó con una sonrisa ladeada—, antes de la gran conversión de la santa, claro. Por mis venas corre sangre española. Me casé con un marinero al que mataron en una pelea de taberna. El capitán no me dejó subir de nuevo a bordo, ni, incluso, después de haberle ofrecido mi cuerpo. Así que me convertí en una vagabunda, en una prostituta de la ciudad de Rye. En mi juventud, escribano, me consideraban hermosa.

—Y lo seguís siendo —comentó Corbett. Entrevió un brillo de sorpresa en los ojos de Jocasta.

—Tenéis un pico de oro, ¿eh, escribano? —dijo bajando la cabeza, llevándose las manos al regazo—. Lord Henry también lo tenía. Oh, en muchos sentidos tenía un alma de acero, un corazón de piedra. Sin embargo, cuando se le antojaba, podía deshacerse en alabanzas y no dudaba en malgastar el dinero para satisfacer su lujuria. Un día, estaba de viaje en Rye y compró mis favores —asintió mirando a su hija—. Todavía era una novata y me quedé embarazada. Unas hermanas muy bondadosas me acogieron, no como esas altivas monjas de Santa Hawisia.

—¿Habéis acudido al priorato? —le interrumpió Corbett.

—Una vez, para pedirles ayuda, pero desde entonces juré que no volvería...

—¿Qué les pedisteis?

—Ropa y comida para mi hija.

—*Lady Magdalena* no es muy conocida, precisamente, por su caridad —añadió el

hermano Cosmas.

—Y, finalmente, os quedasteis en Ashdown —concluyó Corbett.

—Traje a mi hija conmigo. Al principio, lord Henry no me creía pero se lo juré. Se llama Blanche —dijo acariciando los cabellos plateados de su hija.

Corbett miró con lástima a la niña: tenía la mirada perdida, la baba goteándole de la boca y parecía asustada como un conejo, acurrucada al lado de su madre.

—Blanche nació con el juicio perdido, un castigo de Dios. Sin embargo, lord Henry la observó detenidamente y me creyó. Entonces, me dio la choza y me pasaba una pequeña pensión.

—¿Y venía a visitaros?

—A veces —respondió Jocasta desviando la mirada—. Lord Henry era un hombre de deseos carnales, no me mintió pero ¿cómo os lo diría, escribano? —dijo levantando las manos—, en ocasiones, seguí haciendo de puta para él.

—¿Le odiabais?

Jocasta miró, detrás de Corbett, al austero crucifijo de madera sobre el altar. Su mirada se desvió hacia donde se encontraban Verlian y su hija, sentados, con las cabezas juntas, al fondo del santuario.

—¿Odiabais a lord Henry? —repitió Corbett.

—No sentía nada por él, escribano, solo una terrible frialdad. El paso del tiempo parecía no dejar huella en él. Era un hombre duro, enamorado profundamente de sí mismo. No había espacio en su corazón para nadie más, ya fuera hermano, hermana, amante o una hija bastarda —rodeó a Blanche por los hombros—. Ni una sola vez tocó a su propia carne como un padre. Oh, ya he oído lo que dicen de los Fitzalan, que proceden del mismísimo infierno y por mí, allí pueden irse todos.

—¿Y allí le enviasteis? —preguntó Ranulfo.

Jocasta le estudió intencionadamente.

—Vaya, aquí tenemos a un hombre duro, de mirada honesta —dijo dedicándole una pequeña sonrisa—. Supongo que vos sois la espada de Corbett.

—Soy escribano como él.

—Y uno muy ambicioso —apreció Jocasta—. Yo no maté a lord Henry.

—¿Cómo os enterasteis de su muerte? —preguntó Ranulfo.

—Por las mismas lenguas que dicen que soy una bruja. Me vino a ver un hulero que venía de El Demonio en los Árboles. Se había herido la barbilla y le di una cataplasma. Debió de ser unas horas después de que se llevaran el cuerpo de lord Henry de Savernake Dell.

—¿Tenéis arco y flechas, señora?

—Por supuesto. Uno muy viejo y dos aljabas llenas de flechas, un regalo de lord Henry. Y sí, escribano, sé manejarlos bien. A veces, cazaba cuando lord Henry me lo permitía. Además, no todo el mundo que pasa por Ashdown es un cortesano o un escribano.

—¿Tenéis caballo? —preguntó Ranulfo.

—No, no tengo.

—¿Y conocéis a la mayoría de la gente del bosque? —insistió Corbett.

—Les conozco y ellos me conocen. Verlian, el guardabosque que ahora se asila en el santuario, vino a mi casa, yo le dije que acudiera a este lugar. El hermano Cosmas es el único hombre del bosque que puede enfrentarse al poder de los Fitzalan.

—¿Habéis visto alguna vez al hombre búho? —preguntó Corbett—, me refiero a ese proscrito que libra una extraña batalla contra los Fitzalan.

—Creo que sí, una vez.

—¿Y lograsteis verle?

—Eso creo —desvió la mirada hacia el hermano Cosmas—. Llevaba una máscara, un trozo de piel con orificios a la altura de los ojos y la boca.

—¿E iba a caballo? —preguntó Corbett.

Jocasta negó con la cabeza.

—Llevaba una capa gris atada a la espalda. Recuerdo que la tela estaba manchada, pero parecía de buena calidad. Yo me encontraba al lado del arroyo de Ferndown. Es un pequeño riachuelo muy adentrado en el bosque. Estaba recogiendo hierbas y Blanche permanecía sentada en el tronco de un árbol unas yardas detrás de mí. Yo estaba cerca del río, lavando las plantas que había arrancado cuando, de repente, salió su figura de entre la maleza y se agachó al lado del arroyo. Canturreaba algo por lo bajo mientras llenaba su cuero. Yo me quedé de piedra. Él no se dio cuenta de mi presencia y, luego, Blanche me llamó pero, finalmente, levantó la vista y se marchó tan tranquilamente como había llegado.

—¿Y nunca os vio?

Jocasta negó con la cabeza e hizo un gesto con la mano.

—Él estaba aquí a un lado del río y yo al otro, cerca de unos arbustos. No podía verme —afirmó alisándose bien la deshilachada bata de color verde—. De algún modo, soy como los animales del bosque, no llevo colores llamativos.

—¿Qué os hace pensar que era el hombre búho?

La mujer se puso a reír.

—Os lo he dicho, escribano, todo el mundo en Ashdown conoce a todo el mundo. En cuanto a los otros proscritos, bueno, se pasean por ahí con harapos, pero este era diferente. Se movía con un propósito.

—Describidle —le ordenó Corbett.

—Ya lo he hecho. Llevaba una máscara de piel, una capucha, una capa gris y entreví un arco largo colgado de su espalda.

—¿Era joven o viejo?

—Señor, no soy bruja.

Corbett sonrió.

—¿Y si os encontrarais bajo juramento?

—Diría que tenía vuestra edad. Se movía despacio, con tranquilidad.

—¿Y qué canturreaba? —preguntó Corbett.

—Señor, ni soy bruja ni entiendo de música, pero sé que no era una de esas canciones de las tabernas. Sonaba más bien como un salmo de los que se cantan en las iglesias. No me atrevería a jurarlo, pero diría que algunas palabras eran en latín.

—Pues se arriesgó mucho —afirmó Ranulfo.

—Pensaría que estaba solo —le recordó Jocasta—. El arroyo de Ferndown está muy alejado de cualquier camino, era ya entrada la tarde. Apuesto a que pensó que allí estaría a salvo.

—¿Y la mañana en que murió lord Henry visteis algo sospechoso en el bosque?, ¿algo fuera de lo normal?

Jocasta negó con la cabeza.

—Los soldados de *sir* William me dijeron, al traerme, que tendría que responder algunas preguntas pero no bajo juramento, escribano, pero si queréis puedo hacerlo. Ya os he contado lo que sé. No tengo nada más que añadir, pero os diré una cosa —continuó, poniéndose en pie—, ambos tenéis buen ojo y unas mentes despiertas. Sé que removeréis la mierda de Ashdown, así que no olvidéis lo que os digo, quien mató a lord Henry conocía el bosque como la palma de su mano, sus oscuros y secretos senderos.

—¿Y sospecháis de alguien? —preguntó Corbett.

—Soy analfabeta, escribano, pero pienso que, al fin y al cabo, ¿quién sacaba mejor tajada de la muerte de lord Henry? Ahora, si ya habéis terminado...

Corbett abrió su zurrón y sacó dos monedas de plata. Jocasta le miró como si estuviera a punto de rechazarlas.

—No acepto favores, escribano.

Corbett se puso en pie. Se despojó de la túnica, desabrochó la camisa, dejando al descubierto la cicatriz morada, a la altura del pecho, donde se le clavó el cuadrillo de la flecha. Jocasta se acercó y la estudió con detenimiento palpando, con los dedos, la herida cicatrizada.

—La piel está limpia —le dijo—, ¿pero os duele?

—A veces.

—Una herida de flecha.

Corbett miró aquellos hermosos ojos, oscuros y risueños. La mujer olía a una fragancia de lavanda y a algo más fuerte pero no desagradable. Volvió a tocar la herida. Corbett se estremeció.

—Todavía os dolerá un tiempo —declaró Jocasta—. Esta parte del cuerpo —explicó palpándole el pecho—, se encuentra protegida por los músculos y los huesos. La herida en la carne cicatriza pronto, pero no en los huesos de debajo —concluyó dando un paso atrás y aceptando la moneda que Corbett le ofrecía con la mano extendida—. Tardará unos meses en curarse completamente. E, incluso entonces, escribano, hasta el día que os muráis, sentiréis punzadas de dolor, esos, como otros golpes de la vida, los tendréis que soportar siempre.

Corbett le sonrió dándole las gracias, se abrochó la camisa y vistió de nuevo la

túnica.

—Amo —dijo Ranulfo una vez Jocasta y Blanche habían marchado y se dirigían a la puerta de la iglesia—. Hay tan buenos médicos en Sussex como en Londres.

Corbett se abrochó el último botón del cuello de la camisa.

—Mi herida es lo de menos —contestó—, solo ha sido la prueba final.

—¿De qué? —preguntó el hermano Cosmas.

—De que decía la verdad. Los mejores médicos de Londres han examinado mis heridas, y es curioso, hermano, pero me dijeron lo mismo que ella. Y podría haberse sentido agasajada y ofrecerme algún brebaje o aceite, pero solo me dijo la verdad. Y sospecho que lo mismo puede decirse de lo que nos ha contado —cogió la pluma que Ranulfo había desechado—. Tendremos que investigar lo que nos ha explicado —añadió— y luego pensaré en sus palabras.

—¡Acusaba a *sir* William! —añadió el hermano Cosmas con acritud.

—No estoy seguro, pero me interesó mucho su descripción sobre el hombre búho. Bueno, vayamos a ver a ese ermitaño.

Ranulfo se levantó del banco y se encontraba a medio camino de la nave cuando la puerta se abrió de par en par y *sir* William entró precipitadamente.

—¡*Sir* Hugo Corbett! —gritó—. ¡Venid, hombre!, ¡y vos, hermano!

Corbett y el hermano Cosmas se apresuraron a su encuentro. Afuera, el pequeño patio de la iglesia estaba lleno de hombres armados. Jocasta y Blanche habían sido detenidas en la puerta del cementerio y miraban sobre sus hombros. Corbett fijó la vista en los soldados que acompañaban a una figura, de rostro sucio y curtido, que debía de ser el ermitaño, pero su atención fue acaparada por el cuerpo que yacía, extendido en el suelo, cubierto con una capa deshilachada. Lo habían desmontado de un palafrén cuya silla había quedado cubierta de lodo y suciedad. *Sir* William se abrió paso entre sus hombres, se arrodilló al lado del cuerpo y retiró la capa.

—Pancius Cantrone —explicó—, el antiguo médico de mi hermano.

El cadáver estaba cubierto de pies a cabeza por el lodo que, todavía, afeaba más el horrendo rictus de su muerte, la boca, medio abierta, manchada de barro y sangre. Tenía los ojos abiertos, la piel húmeda y casi cubierta de porquería; el cabello estaba empapado y, en el cuello, un agujero lleno de sangre coagulada.

—Otra herida de flecha —afirmó Ranulfo. Sacó la daga y con ella apartó el lodo.

—¿Dónde lo encontraron? —preguntó Corbett.

—En la orilla del pantano, bosque adentro.

—¿Y la flecha?

—La arrancaron.

—¿El asesino?

—Eso parece —replicó *sir* William—, mis cazadores lo encontraron porque el cuerpo salió a flote, vieron como sobresalía una bota.

Corbett dio la vuelta al cadáver. Cantrone todavía llevaba su capa, con la daga en su vaina, pero la cartera y zurrón, que colgaban de su cinturón, habían sido abiertos y

vaciados.

—¿Y su caballo?

Sir William, agachándose al otro lado del cuerpo, compuso una mueca.

—Iba cabalgando cuando se marchó de Santa Hawisia, pero del animal no hay ni rastro.

—Sospecho que fue desensillado —concluyó Corbett—. Tiraron el arnés al pantano y dejaron que el animal pastara libremente, alguien no tardaría en encontrarlo y se lo llevaría.

—Es igual que el cuerpo que vimos en el priorato —señaló Ranulfo—, una herida de flecha en la garganta. Le han vaciado el zurrón y la cartera.

—Amaury De Craon estará encantado —observó Corbett, limpiándose las manos y poniéndose en pie—. *Sir William*, este buen médico era vuestro invitado, se merece un entierro honorable.

Sir William asintió.

—¿Pero quién puede ser ese asesino, *sir Hugo*?

—No lo sé, es todo un misterio, *sir William*, se está convirtiendo en un auténtico rompecabezas. Sin embargo, debo tirar de un cabo suelto. Os agradecería, señor, si pudierais retirar a vuestros hombres de la iglesia —desvió la mirada hacia donde Jocasta y Blanche ahora se alejaban—. ¿Sabíais que esa pobre niña es la hija de vuestro hermano? —vio la sorpresa en los ojos de *Sir William*—. Todos somos pecadores y os pido, por piedad, que os hagáis cargo de ellas.

Y Corbett regresó a la iglesia, haciendo señas a Ranulfo para que trajera consigo al ermitaño.

Capítulo XI

Corbett se sentó en el banco y leyó cuidadosamente el memorándum que Ranulfo había redactado. A veces, encontraba desconcertante cómo el estilo redactor se parecía tanto al suyo. En el fondo, se preguntaba qué peligros podría suponerle aquello en el futuro.

El hermano Cosmas, que se había apartado para absolver el cuerpo, se acercó ligero. Corbett advirtió, con ironía, lo nervioso que se había puesto el franciscano. Entró en el santuario y contó a Verlian, que todavía permanecía sentado al lado de su hija, lo sucedido.

—Mi padre no estaba allí cuando murió —declaró Alicia en voz alta.

Corbett se volvió desde el banco.

—Shuu, callad ahora, mi señora —susurró—, no hay pruebas contra vuestro padre.

Se abrió la puerta de la iglesia y, acto seguido, se cerró. Ranulfo accedió por el lateral de la capilla en compañía del ermitaño Odo que, finalmente, se sentó en un banco frente a la mesa. Era un hombre de aspecto juvenil, con los cabellos, tan negros como las plumas de un cuervo, cayéndole por los hombros. La barba y bigote, desarreglados, estaban ligeramente teñidos de gris. Tenía unos ojos grandes, nariz aguileña y un rostro cetrino y surcado de arrugas. Corbett estudió su mirada, ¿parecía preocupado o nervioso? Observó sus manos envueltas en unas vendas ensangrentadas. Sus pies desnudos y protegidos por unas sandalias bastante raídas, estaban sucios. Vestía un traje que en su tiempo había sido de color verde botella, pero ahora estaba roto y manchado de sudor. Un trozo de cuerda de cáñamo rodeaba su cintura.

—¿Sabéis por qué estáis aquí? —empezó Corbett.

Era consciente de que el hermano Cosmas se acercó y se sentó en un taburete. Ranulfo también había ocupado su lugar, había empuñado una pluma y se encontraba ocupado escribiendo el nombre del ermitaño.

—Maese Ranulfo ya me ha informado de quién sois —contestó el ermitaño. Su voz era suave y educada, a diferencia de su basta apariencia—. También me ha dicho por qué estáis aquí. Pero no me ha dado ninguna razón por la cual me tenga que someter a este interrogatorio.

—No es un interrogatorio. Más bien deseo que me digáis si sabéis algo sobre las circunstancias de la muerte de lord Henry.

—Soy ermitaño. Vivo en la cueva de la Boca del Dragón. Dedico mi vida a rezar y a la penitencia, por vuestros pecados y los míos.

—Gracias —comentó Corbett. Abrió las manos y las extendió sobre la mesa—. Conozco mis pecados, maese Odo, ¿pero cuáles son los vuestros?

El ermitaño le devolvió una mirada de estupor.

—No sois un hombre de iglesia —continuó Corbett—, no estáis protegido por sus

leyes, puedo pedirlos vuestra ayuda y debéis dármela. Vos, según vuestras propias confesiones, vivís en Ashdown y debéis ver u oír cosas que pueden ser de mi interés.

—El día que mataron a lord Henry me encontraba orando. Pocas veces salgo de mi cueva —sostuvo en alto sus manos vendadas—. Nací con una enfermedad en la piel, no puedo utilizar las manos para trabajar, así que rezo por la justicia de Dios.

—¿Y cómo coméis? —preguntó Corbett por curiosidad.

—La bondad y generosidad de la gente del bosque es conocida por todos.

—¿Os traen comida y bebida?

—Preferiría decir, como el profeta Elijah, que me alimentan los cuervos. Pero hombres como Verlian y el hermano Cosmas —añadió mirando rápidamente al franciscano— son generosos y buenos.

—¿Conocéis a alguien llamado el hombre búho? —preguntó Corbett.

—No. No he oído ni he visto nada que pueda ser de vuestra ayuda, maese escribano. Os ruego que me dejéis marchar. Os recordaré en mis oraciones.

—Todavía no, todavía no —afirmó Corbett golpeando la mesa—. ¿Debo deciros lo que sois? Un mentiroso. Tenéis de ermitaño lo que yo.

—¿Cómo podéis decir tal cosa? —interrumpió el hermano Cosmas—. Odo ha sido...

—Sí, ¿cuándo llegasteis a Ashdown? —preguntó Corbett.

—A principios de la primavera del año pasado —contestó, ahora algo nervioso, el ermitaño.

—Puede que se os pase por la cabeza ponerlos en pie y salir huyendo, pero os aviso que, si no habéis hecho nada malo, no tenéis nada que temer.

—¿Qué queréis decirme?

—Aquí tenemos —le señaló Corbett— a un ermitaño autoconfesado. Un extraño en esta región. ¿Por qué vinisteis a Ashdown? No es un lugar santo ni sagrado. El priorato de Santa Hawisia no es de la clase que atrae a los hombres entregados al servicio de Dios.

—No tengo nada que ver con ese lugar.

—No, es cierto. Pero apuesto a que sí tenéis mucho que ver con el hermano Cosmas.

—¡Eso es una tontería! —afirmó el franciscano poniéndose en pie de un salto—. *Sir Hugo*, esta es la casa de Dios y mi iglesia —se levantó y dio unas suaves palmaditas en los hombros del ermitaño.

—¿Os importaría sacarle esas vendas? —preguntó Corbett.

El hermano Cosmas le miró como si estuviera a punto de negarse, por lo que Ranulfo se levantó y se acercó al ermitaño desenvainando su espada.

Estaba tan sorprendido como cualquiera por lo que había dicho su amo, pero si el comisario del rey deseaba que le retiraran esas vendas, entonces Ranulfo se encargaría de hacerlo.

Odo soltó un suspiro. Se sacó las vendas y las dejó caer lentamente al suelo.

Ranulfo envainó su daga y cogió las manos del hombre.

—La piel está sana, ¿verdad? —preguntó Corbett.

—Sin marca alguna, más blanca que las propias vendas.

Ranulfo le tomó las manos y las apretó con fuerza. El ermitaño se estremeció de dolor.

—¿Quién sois? —preguntó.

—Es el hombre búho —declaró Corbett—, suéltale, Ranulfo.

Ranulfo volvió a su escritura. El ermitaño tenía ahora las manos sobre el regazo, con la cabeza baja. El hermano Cosmas estaba mirando fijamente un punto por encima de la cabeza de Corbett, entreabriendo la boca perplejo.

—No estéis tan nervioso, Odo. No es ningún crimen llevar vendas manchadas de sangre en las manos y, aparte de algunas flechas y mensajes crípticos que me habéis enviado a mí, a lord Henry o al feudo de Ashdown, como anoche, no habéis hecho nada malo, o por lo menos eso es lo que las pruebas demuestran hasta el momento. ¿Debo deciros cómo lo sé? —preguntó haciendo una pausa.

Alicia Verlian se había acercado a ellos, aturdida al descubrirse tal secreto.

—El gran Aquinas, haciendo eco de Abelard, dijo que una conclusión lógica puede alcanzarse a través de dos métodos —afirmó Corbett—. El primero son las pruebas, y ya tengo algunas, y el segundo es la lógica. Permitid que me explique.

—Primero, el hombre búho debía ser alguien que hubiera llegado hace poco al bosque de Ashdown, como vos. Segundo, debía ser alguien que pudiera moverse por él con total tranquilidad, ergo, debía ser alguien que viviera en el bosque y conociera bien los caminos. Pero, lo más importante, es que debía ser capaz de desplazarse sin dejar rastro alguno, no solo porque va disfrazado, sino por la ayuda y el apoyo que otra persona le brindaba. Y vos, hermano Cosmas de la iglesia de San Oswaldo en los Árboles, sois esa persona. En tercer lugar, el hombre búho no es un vulgar proscrito ni un juglar. Tenía la oportunidad de matar a lord Henry, o al menos de causar daños considerables, pero no lo hizo, simplemente se limitaba a recordarle que no olvidara a la Rosa de Rye. Y en cuarto lugar, el vínculo que unía a lord Henry con el hombre búho era esa taberna y por lo que sé, tal relación no podía darse con nadie de los que he conocido en Ashdown. Solo hay una excepción, Jocasta, pero ya ha confesado. Nos explicó, con sinceridad, cuál era su relación con lord Henry.

Corbett abrió las manos.

—Simplemente, eliminando lo que es posible de lo que es probable —añadió señalando a Odo con el dedo—, vos erais el más sospechoso. Fingís ser un ermitaño que vive en la cueva de la Boca del Dragón. Debió resultaros fácil. ¿Qué sois realmente, ermitaño? ¿Un párroco franciscano, un hermano lego? Eso no os impediría ejercer, también, de ermitaño. Os habéis escondido tras esa máscara. Nadie sospecharía que un hombre devoto, cuyas manos están tan malheridas, pudiera levantar una espada y mucho menos tirar con el arco. Pero la verdad es que, en ocasiones, dejáis de ser ermitaño y os vais a un lugar secreto donde guardáis vuestra

capa, vuestra máscara, vuestro arco, vuestra aljaba de flechas, vuestro pergamino y vuestra tinta. Como todos los franciscanos, sois un hombre cultivado.

Corbett hizo una pausa. El ermitaño mantenía la cabeza baja. El hermano Cosmas se había acercado un poco, como para ofrecer su apoyo y tranquilidad.

—Teníais un motivo para odiar a lord Henry —continuó Corbett—, pero no sois, en el fondo, un asesino. Actuasteis como un párroco. No queríais castigar a lord Henry por su pecado, sino atormentar su alma, hacerle recordar, quizá con la esperanza de aflorar en él el remordimiento. Y lo hicisteis a través de esos mensajes, que a mí no me incumben. Lo que quiero saber es si se os acabó la paciencia. ¿Os cansasteis de jugar a ese juego y en vez de recordarle a lord Henry la justicia de Dios decidisteis llevar a cabo su venganza? ¿Sois un asesino, Odo? ¿Sois culpable de la muerte de lord Henry?

—No tenéis pruebas —arguyó el ermitaño levantando la vista—. Es verdad, me vendé las manos, pero era para despertar compasión. A decir verdad, *sir* Hugo, hay mucha gente en Ashdown que tenía motivos para odiar a lord Henry.

—No deseo perjudicaros —replicó Corbett—. Quién sois o de dónde venís me trae sin cuidado. Pero puedo ordenar que os arresten, os encadenen y os lleven a Londres. Os alojarán en Newgate, en la torre, mientras los carceleros del rey os vigilarán de cerca y preguntarán a vuestros superiores en Londres. El hermano Cosmas os acompañará y al final la verdad saldrá a la luz.

El hermano Cosmas estaba a punto de protestar, pero el ermitaño le dio unas suaves palmaditas en el dorso de la mano.

—Os vi cabalgar por el bosque —añadió con una sonrisa de soslayo—. El escribano del rey y su ayudante han venido a hacer justicia porque lord Henry ha sido asesinado. Estaba enfadado. Cuando un terrateniente es asesinado, el rey hace notar su poder. Sin embargo, cuando una mujer joven se cuelga y su marido, sumido en la desesperación, hace lo mismo, el estremecimiento que eso puede causar es como el de un gorrión cayendo del cielo. Lancé esas flechas porque estaba furioso y, también, para desviar vuestras sospechas —movió una mano—. No, esa no es toda la verdad, que Dios me perdone. Cuando lord Henry fue asesinado casi creí que yo fui el responsable, de algún modo, no me importaba que le echaran la culpa al hombre búho.

—Pero eso no es verdad —interrumpió el hermano Cosmas con sequedad.

El ermitaño le miró sorprendido.

—No, no es verdad —repitió el franciscano bajando el tono de voz—. Odo, vos no podríais matar a nadie. Os diré cuál es la verdad —el monje se apresuró, como si estuviera ansioso por desviar la atención de Corbett—. Ya conocéis la historia de La Rosa Roja de Rye, ¿verdad?, sabéis que era una taberna alas afueras de la ciudad y lo que le pasó a sus propietarios, a Alwayn y Katherine Rohtmere.

Corbett asintió.

—Odo era su hijo. Después de la muerte de sus padres, le enviaron con sus

parientes a Essex y creció entre gente muy parecida a la que vive en Ashdown. Se convirtió en un guardabosque y luego en soldado. Tan solo siendo un muchacho ya se enteró de la verdad sobre la trágica muerte de sus padres.

—Al principio juré vengarme —el ermitaño decidió continuar él la historia—, pero mi familia era buena gente. Me educaron para temer a Dios y al rey. Desde que era muy joven sentí una gran vocación por convertirme en franciscano. Ingresé en la Casa de Estudios de Canterbury, donde conocí al hermano Cosmas. Nos hicimos buenos amigos; verdaderos hermanos en todos los sentidos de la palabra. Me contó sus años de soldado. Yo le expliqué mi pasado, lo mucho que deseaba vengarme de la familia Fitzalan. El hermano Cosmas fue como una poción para aliviar el dolor de una vieja herida. Me convertí en monje franciscano —luchó para que no se le quebrara la voz—. Trabajé al servicio de los pobres de Dios, viajando de una parroquia a otra, rezando a Cristo. Veréis, *sir* Hugo, sentía una profunda tristeza por la manera en la que murieron mis padres. Lo que la iglesia opina sobre el suicidio es desconsolador. Y mi madre... —los ojos se le llenaron de lágrimas—, voy a ser honesto, escribano, mi madre cometió adulterio, lo que causó su muerte y la de mi padre. Pensé en dedicar mi vida a la penitencia, debía pagar por sus pecados. De ese modo, Cristo les perdonaría y les conduciría al paraíso. Sin embargo, a veces, por la noche, o cuando veía a un señor a caballo por la ciudad, las banderas y pendones ondulando al viento y las trompetas tocando, pensaba en lord Henry Fitzalan, el verdadero culpable de su pecado. Oía como él engordaba y se hacía rico, gozando de los favores tanto del rey como de la iglesia. Regresé a mi casa en Canterbury, debía de ser un mes después de la última Pascua. El hermano Cosmas también se encontraba allí, me contó que estaba habitando en el bosque de Ashdown.

—Teníamos una amistad —le interrumpió el hermano Cosmas—, ahora reforzada por el odio a lord Henry Fitzalan y a todo lo que le rodeaba. Creedme, escribano, era un hombre perverso —Cosmas fijó la mirada en Alicia—. Era frío y egoísta. Al hablar con él se podía percibir su alma detrás de una máscara con la que se burlaba de todo el mundo.

—Convencí a mis superiores de que me iba a rezar a las reliquias del sur de Londres —continuó Odo—. Que Dios me perdone, pero vine aquí para matar a lord Henry. Fingí ser ermitaño, me adiestré en arquería y en la caza de venado. El hermano Cosmas me enseñó todos los caminos y senderos de este bosque. Me alimentó y sustentó —Odo respiró ruidosamente—. También me pidió que no ejecutara la venganza que tenía en mente. Os diré algo, *sir* Hugo, no podía quitarme de la cabeza la imagen de lord Henry y, en multitud de ocasiones, podría haberle disparado una saeta al corazón.

—¿Y lo hicisteis? —preguntó Corbett—, ¿aquella mañana en Savernake Dell vuestro deseo de venganza hizo que dierais en el blanco?

—No me encontraba cerca de Savernake —respondió con sequedad. Los ojos del ermitaño brillaban encendidos—. Pero os lo confesaré, escribano, y que Dios se

apiade de mí, bailé de alegría cuando oí que había sido asesinado.

—¿Y qué me decís de la flecha de anoche?, la que lanzaron contra la ventana del feudo de Ashdown.

El ermitaño soltó una risa sofocada.

—Os lo creáis o no, escribano, fue mi despedida. Podía haberme quedado una semana, diez días más y haberme marchado. *Sir William* está hecho del mismo material, pero no lo considero culpable de ningún pecado —suspiró—. Siento haber lanzado una flecha contra vos.

Corbett escudriñó, con la mirada, al hermano Cosmas y al ermitaño. Por un lado, notaba que el ermitaño estaba diciéndole la verdad pero, por otro, sentía cierta intranquilidad. ¿Qué pasaría si el hermano Cosmas fuera el asesino y utilizara a su amigo como pretexto, como un instrumento a su conveniencia? Como muchos frailes, ambos eran hombres prácticos, fuertes, vigorosos y con una gran pasión por la justicia. ¿Podría esto haber nublado su formación eclesiástica?

—¿Y ahora qué? —preguntó el hermano Cosmas.

Corbett miró a Ranulfo, pero este parecía distraído, estaba dibujando algo en un lado del pergamino y que Corbett reconoció como la letra A. Corbett se puso en pie. Se dio cuenta de que Alicia estaba detrás de él y Verlian sentado al fondo del santuario, por lo que la joven habría oído todo lo que se había dicho.

—Os seré honesto —empezó Corbett. Apretó sus dedos contra los hombros de Ranulfo, advirtiéndole de que guardara silencio—. Los cuatro sois sospechosos.

—Pero os he dicho la verdad —protestó el ermitaño.

—Ya os lo he mencionado antes —le recordó Corbett—, las pruebas o la lógica, ambos, demuestran una hipótesis, verifican una conclusión. Sé que sois el hombre búho, que el hermano Cosmas os ayudó. La lógica y las pruebas también levantan sospechas contra los Verlian, tanto la hija como el padre. Así que, si instruyera un jurado, destacaría que cada uno de los presentes tiene un caso al que responder.

—Pero nosotros somos clérigos —protestó el hermano Cosmas.

—Pero eso no quita que también podáis ser unos asesinos —replicó con suavidad Corbett—. Uno de los dos, o los dos —notó como la nuca se le enfriaba—. De hecho, los cuatro podríais estar compinchados. Dejad que me explique —se sentó en el banco. Sus ojos se fijaron en la gárgola que había sobre uno de los pilares, representaba a un demonio sonriente, con la capucha de un monje y una lengua de serpiente sobresaliendo entre sus gruesos labios; el carpintero que lo talló, seguramente, quiso ridiculizar algún párroco. Corbett se preguntó si los dos clérigos sentados frente a él le estarían tomando el pelo.

—Tres personas han sido asesinadas en el bosque de Ashdown —se apresuró a continuar—. Lord Henry y un médico italiano, Pancius Cantrone. Y luego está esa joven, a la que alcanzó una flecha; enterrada con el cuerpo desnudo, en un foso sombrío pero, por alguna extraña razón —continuó mirando intencionadamente al ermitaño—, su cuerpo fue exhumado y depositado ante las puertas del priorato de

Santa Hawisia. Ahora bien, Odo, vos mismo expresasteis un profundo deseo por disparar una flecha al corazón de lord Henry y eso fue exactamente lo que pasó. Sin embargo, los otros dos fueron asesinados por una flecha en la garganta.

—¿Qué estáis insinuando? —preguntó Odo poniéndose nervioso—. Yo..., yo, simplemente, lo dije sin pensar.

—Un jurado podría encontrarlo significativo. Cabría preguntarse si tenemos a dos asesinos, uno que mató a lord Henry y otro que acabó con la vida de las otras dos víctimas —hizo una pausa—. Decidme, hermano Cosmas, y vos, Odo, ¿habéis observado alguna vez algo extraño en el bosque? Si lo deseáis puedo ponerlos a ambos bajo juramento. Dejad que os ayude. Una joven es asesinada por una flecha en la garganta. El asesino la desnuda, sabe Dios por qué, y entierra el cuerpo en un foso donde debía quedarse para siempre. Ahora bien, si otra persona hubiera descubierto el cuerpo, digamos por ejemplo un proscrito, lo habría dejado, seguramente, en el mismo lugar, pero si el hermano Cosmas lo hubiera encontrado, lo habría llevado a San Oswaldo para que tuviera un entierro decente. Sin embargo, si lo hubiera descubierto alguien del pueblo habrían dado la voz de alarma, y en el caso de Verlian o uno de sus guardabosques, lo habría llevado al feudo de Ashdown.

La pluma de Ranulfo escribía ahora a toda celeridad sobre el pergamino, chirriando mientras intentaba resumir, brevemente, las palabras de su amo. Corbett señaló a Odo.

—Vos descubristeis el cuerpo, ¿no es cierto? Sois ante todo sacerdote, y sospecho que un hombre de buen corazón. No os atrevisteis a dar la voz de alarma porque la gente habría preguntado qué hacía un anacoreta como vos vagabundeando por el bosque. Tampoco lo habríais llevado al hermano Cosmas, eso habría levantado sospechas. Así que lo llevasteis al priorato. Así tendríais la conciencia tranquila y os habríais librado de vuestra carga, ¿me equivoco?

Odo asintió.

—La mañana que lord Henry fue asesinado —replicó—, sabía lo de la cacería. Fui a ver si podía crear algo de alboroto: lanzar una flecha, seguir con mi juego. Me resbalé y caí donde la tierra era blanda —se encogió de hombros—. Encontré el cuerpo. Lo demás lo habéis dicho vos. Luego me dirigí a San Oswaldo para explicárselo al hermano Cosmas, pero vi a la hija de Verlian en el cementerio, así que regresé a mi cueva.

Corbett se volvió, balanceando una pierna sobre el banco, y llamó a Verlian y a su hija.

—Esto es lo que voy a hacer. Que cada uno se quede donde está. El hermano Cosmas, aquí, en San Oswaldo. Vos, Odo, podéis seguir fingiendo ser un ermitaño hasta que se resuelva este asunto, aunque os pediré que me llevéis adonde encontrasteis el cuerpo.

Odo asintió.

—Maese Verlian, tengo que haceros una pregunta —continuó Corbett—. La

noche antes de la cacería, lord Henry y sus invitados se trasladaron a Beauclerc, no muy lejos de Savernake. ¿Por qué?

El guardabosque, ahora sentado en los escalones del altar, abrió las manos.

—Era la costumbre. Lord Henry siempre se trasladaba fuera del feudo. Llevaba allí a los perros, a los cazadores y daba instrucciones a los guardabosques.

—¿Y vos estuvisteis presente?

El rostro de Verlian palideció.

—Tengo entendido que lord Henry enfermó del estómago, vomitó y se pasó parte de la noche en las letrinas, vaciando sus intestinos.

—Bebió hasta muy tarde —respondió Verlian—, tanto él como su hermano. Abrieron algunas botellas de vino. Lord Henry siempre se sentía muy orgulloso de su vino.

—¿Y ese vino? —preguntó Corbett—, ¿lo trajeron del feudo?

Verlian se enjugó las gotas de sudor que le resbalaban sobre el labio superior.

—Vamos —insistió Corbett—, erais el jefe de sus cazadores. Vuestro deber era preparar el alojamiento, proporcionar las piezas, aseguraros de que lo guisaban bien para lord Henry y sus invitados.

—No estoy seguro de lo que estáis diciendo.

—¿Y de quién era el deber de servir a los señores el vino? Quiero decir, si se encontraban lejos de Ashdown, los criados y siervos habituales se habrían quedado allí.

—Yo lo hice —gritó Verlian poniéndose en pie, frotándose las manos en su túnica—. Yo serví el vino.

—¿Y algo más? —preguntó Corbett—. Sois un hombre de campo, maese Roberto, os encargáis de los caballos y de los perros. Apuesto a que sabéis tanto sobre plantas y hierbas como Jocasta. ¿Pusisteis algo en el vino? ¿Algo que perjudicara las entrañas de lord Henry para apagar así su lujuria? ¿O fue un acto de venganza o, incluso, un intento de envenenarle?

Verlian rehuyó su mirada. Ranulfo permaneció con la boca abierta; se prometió, en silencio, que la próxima vez que su amo saliera de la habitación, pronto, por la mañana, le seguiría. Corbett demostró tener una mente tan cortante como una navaja.

—Y bien, ¿lo hicisteis?

—Sí, lo hice —admitió el jefe de los cazadores levantando la mano para acallar a su hija—. No era veneno, solo una sustancia purgante. Le vi sentado ahí, con su grasienta cara burlándose de mí. El resto de los invitados ya se habían retirado. Pidió que le sirviera otro vaso de vino, uno traído especialmente de Burdeos. Abrí el tapón y vertí unos polvos, no un veneno, *sir* Hugo, pero sí algo que mantuviera ocupados los humores de su estómago y su mente alejada de la lujuria. Uno no puede ir por ahí, en celo, cuando tiene los intestinos revueltos, pero era una simple poción de esas que recetan los boticarios. Sabía que nunca sospecharía nada. Luego regresé a casa, pero más tarde volví. Por la mañana, lord Henry, que tenía una constitución fuerte, se

encontraba mejor; había purgado su vientre, la poción no le causó ningún daño importante. Finalmente, nos reunimos en el patio, listos para la cacería. Estaba atando las correas de sus botas cuando me dio unas palmaditas y dijo en tono burlón «¿Cómo está la bella Alicia?, no hay nada como una cacería, Roberto, para encender los fuegos del estómago» —Verlian se humedeció los labios—. Me asusté. Me pregunté si Fitzalan abandonaría la cacería, así que fui a avisar a Alicia, pero ya se había marchado, lo demás sucedió como vos habéis dicho.

—¿Y *sir* William también bebió?

—Un poco, pero mezcló el vino con agua. Lord Henry siempre le obligaba a acompañarle cuando bebía, pero *sir* William había aprendido la lección.

Corbett se puso en pie y cogió su capa.

—He terminado.

Mientras se colocaba la capa sobre los hombros, observó como Ranulfo recogía los enseres de escritura. Sacudió un poco de arena que había caído sobre el pergamino y la sopló, enrolló el pergamino y lo ató con una cinta verde. Luego, lo metió en su bolsa de cancillería, junto a las plumas, el cuchillo y la piedra pómez.

—Hemos terminado —dijo sonriendo al hermano Odo—. Hemos dejado nuestros caballos en El Demonio en los Árboles y el día ha resultado de provecho. Hermano Cosmas, ¿podrías traer un azadón y una azada?

El fraile asintió y se marchó corriendo con el ermitaño pisándole los talones. Verlian regresó al santuario mientras Ranulfo se paseaba arrastrando los pies. Corbett decidió no ser demasiado severo con él y se dirigió a la entrada de la nave, dejando que el enamorado se despidiera. Salió y se quedó, de pie, en los escalones. El patio de la iglesia estaba, ahora, desierto y en silencio. *Sir* William se había llevado a sus hombres, incluyendo el cadáver, de vuelta al feudo. Corbett permaneció en pie y cerró los ojos, escuchando el canto de un pájaro. La fragancia del bosque, de la hierba aplastada, de las flores y de la tierra recién removida le despertaron los sentidos. Se preguntó cómo se encontraría Maeve en Leighton. ¿Estaría a salvo? ¿Estaría bien? Siempre le preocupaba que se excediera en sus tareas, pero luego se acordó de que su tío lord Morgan Ap Llewelyn, que había llegado como invitado hacia unos años pero finalmente decidió quedarse, la seguiría a todas partes, cloqueando como la vieja gallina que era. Oyó como se abría y cerraba la puerta tras de sí.

—¿Estás bien, Ranulfo? ¿Y la señorita Alicia?

Ranulfo, con el rostro ligeramente ruborizado, se le contó todo. Abrió la mano y Corbett vio el pequeño broche que había visto prendido en el cuello de Alicia.

—¿Es una prenda de su amor, eh, Ranulfo?

El rostro de su criado se ensombreció.

—Cree que sois un hombre muy peligroso, *sir* Hugo.

Corbett negó con la cabeza.

—¿Has leído a san Agustín? Define el asesinato como el máximo caos y ese caos, Ranulfo, debe resolverse con lógica, pruebas y el ejercicio de la justicia real —le dio

una palmadita en la mejilla—. El asesinato puede disfrazarse de muchas formas y por lo que sabemos, Ranulfo, podríamos haber pasado la mañana en presencia de un cruel criminal. Recuerda el proverbio: «De los dos hermanos, Abel y Caín, Caín era el más tranquilo y el que más sonreía».

Capítulo XII

Ospués de buscar durante un rato, el ermitaño encontró el lugar por donde había cruzado el camino. Todavía no era mediodía; las nubes tapaban el sol y empezaban a notarse los primeros vientos frescos del otoño. Las hojas de un marrón dorado se arremolinaron con el aire, cayendo como una alfombra sobre el sendero. El bosque estaba sumido en silencio, a excepción de la llamada ocasional de los pájaros y del incesante graznido de los grajos. Corbett fijó la vista al frente, donde el camino se curvaba y luego, más adelante, parecía inclinarse.

—Una curva —afirmó—. El mejor lugar para una emboscada, o eso es lo que mi señor de Surrey siempre me decía.

Él y Ranulfo siguieron al ermitaño y al hermano Cosmas hacia el estrecho foso del que Odo había desenterrado el cuerpo de la joven. Corbett se arrodilló y, con los guanteletes puestos, retiró las hojas y las ramas que se habían acumulado en el lugar. El suelo era blando, fácil de cavar; el asesino debió de tardar muy poco en enterrar el cadáver y luego ocultarlo bajo una capa de tierra fangosa.

—¿Qué estáis buscando? —preguntó el hermano Cosmas.

Corbett señaló hacia el camino.

—Sospecho que la joven venía de El Demonio en los Bosques, o bien se dirigía al feudo o al priorato, e incluso, tal vez, hacia el norte, hacia Londres, entonces se encontró con esa curva y el asesino, que debía permanecer oculto en algún lugar de por aquí, disparó la flecha. Es un truco muy conocido entre los proscritos, se tira una piedra al aire y se deja caer en el camino.

—Y la víctima, naturalmente, alza la vista.

—Exacto, levanta la cabeza y muestra su garganta convirtiéndola en un blanco perfecto.

—Y el arquero debía ser un buen tirador —insistió el franciscano.

—No conocemos lo cerca que se encontraba —replicó Corbett—, pero, desde luego, era muy hábil con el arco y su intención era la de matar. Vos, hermano, servisteis en las guerras. ¿Recordáis a algún hombre que fuera herido en la garganta y sobreviviera? De todos modos, el asesino se acercó al camino y recogió el cuerpo aquí, lo desnudó y lo enterró. La ropa de la pobre desafortunada, la capa, el vestido, las botas, el cinturón y el tontón... —hizo una pausa y observó como una ardilla saltaba de una rama a otra.

Ranulfo miró con curiosidad a Corbett. Su maestro permanecía boquiabierto con el ceño fruncido.

—Amo, estabais hablando del cuerpo despojado.

—Ah, sí —suspiró Corbett—, ¿por qué desnudaría el cadáver?

—¿Porque podría necesitar la ropa? —bromeó el ermitaño.

—No, no —negó Corbett con la cabeza—. El asesino no era un vulgar ladronzuelo. Estaba esperando a la joven, dudo que se la encontrara por casualidad.

Tiene todo el aspecto de ser una emboscada bien planeada. Nuestro arquero puede permitirse un buen arco y una aljaba con flechas, así que ¿por qué iban a importarle las ropas de una pobre joven? —pellizcó a Ranulfo en el hombro—. Recuerda el cadáver, los cabellos bien cortados, su cuerpo vigoroso...

—¡Un hombre! —exclamó Ranulfo—. La mujer viajaba disfrazada de hombre. Por eso le quitaron la ropa. Si regresamos a la taberna y preguntamos, como ya hemos hecho, «¿recordáis a una joven?», la respuesta, por supuesto, será que no.

—Tanto en la vida como en el amor —observó Corbett—, la verdad siempre es la misma: muy obvia para aquellos que la buscan. Hermano Cosmas, Odo, os voy a pedir un favor. ¿Os importaría cavar alrededor del foso?

El hermano Cosmas le devolvió una mirada estupefacta.

—Os he pedido un favor —añadió Corbett—, pero yo también pondré mi granito de arena.

Tras estas palabras, el hermano Cosmas cogió el azadón y la pala, entregó la tercera a Odo y empezaron a cavar mientras Corbett se llevaba a Ranulfo a un lado.

—¿Conoces bien estos bosques, Ranulfo?

—No, en absoluto.

—Muy bien. Vuelve a El Demonio en los Bosques. Busca al joven Baldock, ahora se le conoce como el Señor del Caballo de *sir* Hugo Corbett, el comisario del rey. *Sir* William no pondrá objeción alguna. Redactaré el contrato de aprendizaje esta noche antes de marchar a Rye.

—¡A Rye! —exclamó Ranulfo.

—Sí, a Rye. Baldock tiene dos tareas que hacer. La primera, llevarte a Savernake Dell y, cuando hayas terminado, traerte de vuelta a la taberna. Luego, que vaya a pedir a *sir* William una carta en la que certifique que le libera de sus servicios.

—¿Y qué se supone que debo buscar en Savernake Dell?

—Bueno, cualquier cosa que demuestre que *sir* William estuvo enfermo.

—¡*Sir* Hugo!

—Y, lo más importante, comprueba cuánto se tarda en ir, corriendo, desde el lugar en que lord Henry fue asesinado hasta el otro lado del valle y volver. Baldock te ayudará, sabe dónde se encontraba todo el mundo.

Ranulfo se marchó. Corbett se unió a los demás. Cavaron en el foso, pero solo desenterraron un botón de plata no más grande que un grano de avena.

—¿Escondería aquí el asesino la ropa? —preguntó el hermano Cosmas—, después de las molestias que se tomó en desnudar el cuerpo...

—Es cierto.

Corbett se agachó al borde del hoyo, entrecerró los ojos y escuchó los sonidos del bosque. El hermano Cosmas había dejado de cavar y el escribano empezó a sentirse receloso. El franciscano era un hombre inteligente, no demostró ningún interés en cavar en otra parte: como un siervo diligente, había seguido, literalmente, las órdenes de Corbett, cavando cada vez a mayor profundidad, sin aceptar la lógica de que el

asesino podría haberse limitado a cavar un solo foso, profundo, para enterrar la ropa, cubrirlo y luego colocar el cuerpo encima. Odo también se mostraba taciturno y distraído. Corbett se llevó la mano a la daga. ¡Había actuado con demasiada arrogancia! Se había quedado solo con dos extraños, los dos bajo sospecha, y ahora se encontraba en medio del bosque, a solas con ellos, donde podría ocurrir cualquier tipo de accidente. Se puso en pie, prometiéndose, en silencio, que no ofrecería la espalda a aquella encantadora pareja.

—Ya os he enseñado el lugar —protestó Odo— y he cavado como me habéis pedido. Aparte de un botón, no hemos encontrado nada más:

Corbett paseó la mirada por el foso. ¿Serían aquellos hombres culpables de asesinato? ¿Le había traído Odo a aquel lugar porque no tenía elección? Corbett desenvainó la espada.

—El cuerpo fue enterrado aquí —empezó—. El asesino se movió con rapidez. Desnudó el cuerpo y lo enterró rápidamente —Corbett miró a su izquierda y señaló un grueso tojo y la maleza que crecía a lo largo de un lado del banco de tierra—. El asesino debió desear alejarse de este lugar lo antes posible. Rápidamente metió la ropa en una bolsa —Corbett pasó al otro lado del hoyo recién cavado, se agachó y con su daga removi6 entre algunas ramas y hojas—. Esperemos que se le cayera algo.

Los otros dos hombres se mantuvieron al margen. Corbett continuó con su búsqueda, utilizó la daga para cortar la hierba y la maleza que se agarraban con tenacidad al suelo. Dividió el suelo, cuidadosamente, en pequeñas parcelas, desplazándose desde la parte de abajo del bancal hasta arriba. De vez en cuando dirigía la mirada hacia donde se encontraban el hermano Cosmas y Odo. Se habían alejado y se susurraban algo al oído. Corbett estuvo a punto de pedirles que le ayudaran, pero decidió que se encontraría a salvo si los mantenía a distancia y, además, tampoco estaba muy seguro de lo que harían si encontraban algo extraño.

Se hallaba a mitad del bancal cuando encontró dos pequeñas presillas de tela de una textura excelente, ahora manchadas de hierba y lodo. Ambas, estaban cosidas con hilos dorados alrededor del centro y estaba claro que eran algo más que una puntada en forma de circunferencia, pues estaban muy bien trabajadas. Corbett las metió en su zurrón y continuó buscando, pero no encontró nada más.

Cuando Corbett regresaba por el camino, sacó los dos trozos de tela y los estudió con detenimiento y, en seguida, concluyó que se trataba de dos bordados, cosidos con gran precisión.

—¿Habéis encontrado algo, maese escribano?

—Creo que sí —respondió Corbett alargando la mano—, pero no sé lo que significa —volvió a guardar los bordados en su zurrón—. Tengo que pedir os un último favor.

—Yo debo regresar a mi iglesia —protestó el hermano Cosmas—. Señor, me aguardan otros deberes aparte de estar al servicio de un escribano real y de cavar hoyos.

Corbett rebuscó una moneda en su zurrón, pero el fraile negó con la cabeza.

—Guardaos vuestra plata, señor. Hemos hecho lo que queríais.

—Solo llevadme hasta Santa Hawisia —pidió Corbett—. Tengo que hablar con *lady* Magdalena.

Al cabo de un rato el fraile, todavía malhumorado y rezagado, condujo a Corbett hasta la puerta principal del priorato y luego se marchó sin mediar palabra. El escribano observó como él y Odo se alejaban. Sintió que sus sospechas eran tal vez infundadas pero, de nuevo, aquel par de frailes le habían confundido. Ambos vivían en Ashdown y ambos tenían sobrados motivos y medios para matar a lord Henry. Suspiró y tiró de la cuerda de la campana. La pequeña puerta falsa de la puerta principal se abrió y la desesperada hermana Verónica le indicó con un gesto que entrara al patio.

—Sabía que erais vos —espetó—. Miré por la rejilla y os vi llegar con esa encantadora pareja.

—Hermana, por el amor de Dios, ¿acaso no tenéis piedad?

—Más que vos, señor, pero es cosa mía cuándo y cómo la practico.

La mujer le condujo, a través del jardín de rosas, hacia los edificios del priorato.

—Me gustaría ver a *lady* Magdalena.

—Bueno, ya sé que no habéis venido a verme a mí. Os llevaré, como al resto, a la casa de invitados y allí la esperaréis.

Corbett le tiró de la manga. La pequeña monja se detuvo y le miró a la cara.

—¿Qué pasa, escribano?

—¿Por qué no me lleváis con la priora?

—*Lady* Magdalena tiene su propia casa —le explicó con dulzura la hermana Verónica como si Corbett hubiera perdido el juicio—. Tiene su propia casa —repitió—, un jardín, un establo y una cocina. No se le permite la entrada a ningún hombre.

—Lo recordaré.

—¿Qué queréis decir?

—Nada. Pero, hermana Verónica, una pregunta más. ¿Recordáis el cuerpo de la joven que dejaron ante la puerta falsa?

—Por supuesto. Oí como tocaban la campana, abrí la puerta y lo encontré allí en el suelo.

—¿Desnudo?

—Oh, no, envuelto en una manta, o una capa gris, no me acuerdo.

—¿Y quién se encargó de ella?

—Bueno, primero envié un mensaje a *lady* Magdalena.

—¿Y?

—Ordenó que el cadáver fuera llevado al depósito del cementerio. Uno de los trabajadores lo recogió y lo colocó allí. Cuando nuestra priora decidió, amablemente, sepultar aquí a esa joven, yo lavé su cuerpo y le coloqué uno de nuestros hábitos; al poco ya estaba enterrada. ¿Tenéis más preguntas, señor escribano?

—No, ninguna más.

La hermana Verónica aceleró el paso. Llevó a Corbett, alrededor de la iglesia, hacia un edificio, pequeño pero agradable, de dos plantas, atravesó un pórtico de madera y luego se dirigió a una espaciosa sala pintada de blanco. La sala de invitados era austera y apenas tenía muebles. Un enorme crucifijo, de color negro, estaba colgado a un lado de la ventana y al otro, una talla de Santa Hawisia.

—Esta es vuestra cámara para descansar —le explicó—. La priora os recibirá seguramente aquí —la hermana Verónica señaló un taburete cerca de la puerta—. Sentaos. Os traeré algo de comer y de beber.

Al cabo del rato la hermana Verónica regresó con una jarra de hidromiel y un pequeño plato con pastas cubiertas de azúcar.

—*Lady* Magdalena os verá tan pronto pueda.

Corbett quiso hacerle más preguntas, pero la hermana Verónica, a pesar de su edad, salió casi corriendo de la sala, cerrando, tras ella, de un portazo. Corbett cogió la jarra de hidromiel y se acercó a la ventana para mirar el patio. Intentó darle sentido a todo lo que había descubierto aquella mañana, pero sabía que necesitaría la ayuda de Ranulfo para desentrañar aquel acertijo. Estaba satisfecho con lo que había averiguado, pero ahora consideró que había progresado muy poco. Sabía quién era el hombre búho, pero ¿estaba más cerca de desenmascarar al asesino? ¿O tal vez se trataba de un grupo de asesinos? ¿Sería el pueblo de Ashdown, que odiaba a lord Henry, quien urdió un complot para aniquilarle? Y, por supuesto, estaban De Craon y sus hombres. ¿Pero cómo iba a preguntarles? De Craon era un enviado francés, acreditado, que simplemente tenía que negarse a contestar sus preguntas e incluso si aceptaba someterse a su interrogatorio, pensó Corbett mientras tomaba un sorbo de la jarra, el francés le contaría a medias la verdad.

—¿Todavía estáis aquí, escribano?

Perplejo, Corbett se volvió y se encontró con *lady* Magdalena que, silenciosamente, había abierto la puerta para entrar en la habitación. Advirtió enseguida que no era bienvenido, por la forma en la que los dedos toqueteaban el ribete del blanco hábito mientras, con la otra mano, jugueteaba con el medallón que llevaba alrededor del cuello.

—¿Más preguntas, escribano?

Corbett dejó la jarra sobre la mesa.

—Sí, mi señora, más preguntas. Piers Gaveston ha sido expulsado, por decreto real, de este reino. Ha sido desterrado y constituye una grave violación de la ley ofrecer auxilio y refugio a un exiliado como él, así que dejad de comportaros como una gran dama. Vos y *sir* William sois culpables de un grave delito. Creo que vuestro hermano trajo a Gaveston desde la costa, permitió que el exiliado se hospedara, aunque disfrazado, en la taberna y luego se le permitió la entrada a estas tierras e, incluso, a vuestra casa.

Lady Magdalena pestañeó. Tragó con dificultad.

—¡Estoy protegida por la madre iglesia! —espetó.

—¡No seáis ridícula! No he venido a arrestaros, sino a saber la verdad. Ofrecisteis refugio a Gaveston en este priorato, ¿verdad? Vino en dos ocasiones, fue visto entrando en vuestras cámaras privadas.

—Gaveston es más mujer que yo —replicó—. Todo el mundo lo sabe —se sentó en el banco—. ¡Ese loco arrogante! Vino a estas tierras como un trovador. ¿Quién le vio?

—Será mejor que no os lo diga.

Lady Magdalena respiró ruidosamente.

—Cuando éramos jóvenes, *sir William* y yo éramos compañeros de juego del joven príncipe. Eduardo solicitó la protección y ayuda de *sir William* y él se la concedió. Yo me quedé con la intriga de lo que pasó entre ellos. Más tarde, el príncipe de Gales me envió una carta sellada, prometiendo que, cuando se convirtiera en rey, no olvidaría mi ayuda ni tampoco la de la reliquia de Santa Hawisia —sonrió tímidamente, cogió una sarta de cuentas del bolsillo de su hábito y la enredó entre sus dedos—. Entonces, le dije a Gaveston que viniera —prosiguió como si hablara consigo misma—. Ya habéis visto mi casa, está construida tras los muros del priorato y cuenta con su propio establo y patio. Podría haber entrado sigilosamente, pero no, ese gallito de Gaveston tuvo que llegar dando zancadas, haciendo resonar sus espuelas por toda la finca. Debió de pensar que era divertido.

—¿Y cuando el príncipe vino?

—Se encontraron en la iglesia; el príncipe cerró la puerta con llave. Ambos iban disfrazados. Les dije a las buenas hermanas que eran obradores que habían venido a echar un vistazo a unas posibles obras. Luego, Eduardo se marchó y al cabo del rato, Gaveston.

—¿Cuántas veces?

—Vos lo habéis dicho, escribano, fue visto dos veces, ¿no es cierto? ¿Y qué vais a hacer ahora? ¿Enviar cartas a Westminster?

—No, mi señora —Corbett acercó un taburete y se sentó—. Simplemente, deseo un poco más de cortesía y colaboración.

—¿Sobre qué?

—Sobre la muerte de vuestro hermano.

—No sé nada sobre eso. Henry era un loco arrogante.

—¿Y sobre la muerte de esa joven?

—Ya os he contado todo lo que sé. Dejaron su cadáver frente a nuestras puertas y me encargué de darle un entierro cristiano.

—¿Sabéis que, probablemente, viajaba disfrazada de hombre?

Lady Magdalena se encogió de hombros.

—¿Y eso qué tiene que ver conmigo? La encontramos desnuda, la bendijimos y luego la enterramos.

—Pero apareció envuelta en una capa —añadió Corbett.

—Sabe Dios dónde andará ahora, escribano.

—¿Y Pancius Cantrone? —preguntó Corbett—, el médico italiano. ¿Sabéis que fue asesinado? De una flecha en la garganta. Su cuerpo fue encontrado a la orilla del pantano. Debió de ser asesinado al poco rato de marcharse de aquí.

Lady Magdalena suspiró ruidosamente.

—*Sir* Hugo, mirad este priorato. Es un oasis de calma y santidad, una protección segura contra el mundo de lord Henry y de otros hombres —añadió como escupiendo las palabras—. Apenas salgo de este lugar. Siento la muerte de Cantrone, pero ¿cómo os puedo ayudar?

—Pero le llamasteis para que viniera.

—Sí, era un médico muy bueno. La hermana Fidelis tenía los nudillos inflamados. He hablado con la hermana Juana, la maestra del coro, para que no sea tan severa con las novicias.

—¿Puedo ver a la hermana Fidelis ahora?

—Si queréis, pero ¿por qué?

—Cuando Cantrone se marchó —continuó Corbett—, ¿os disteis cuenta si llevaba algo consigo?

—*Sir* Hugo, apenas conocía a este hombre, vino al priorato porque le llamamos. Le presenté a la novicia Marcelina, ella le llevó hasta la hermana Fidelis, examinó sus manos, le recetó un tratamiento y, como de costumbre, le dimos algo de comer y de beber y luego se marchó. Si queréis hablar con la hermana Marcelina y la hermana Fidelis puedo hacer que os reciban, pero poco podrán contaros.

Corbett se rascó la cabeza, estaba cansado y nada parecía tener sentido.

—¿Y el *seigneur* De Craon? —preguntó—, el enviado francés, ¿os ha visitado alguna vez?

—Visitó dos veces nuestra reliquia. Me encontré con él en una ocasión. No me gustó nada su mirada descarada, pero no sé nada de sus asuntos con mis hermanos —se puso en pie—, pero si deseáis ver a las hermanas...

Corbett iba a negarse.

—No, insisto.

Y, sin mediar palabra, *lady* Magdalena salió de la sala. Al cabo del rato, el rostro duro de la hermana Marcelina junto al de la sonriente hermana Fidelis, con los dedos vendados, entraron en la estancia. Corbett les hizo algunas preguntas. La hermana Fidelis parecía atemorizada, pero sus ojos le sonreían.

—¿Quién fue a buscar al médico?

—Uno de los mozos debió de traerle —contestó la novicia.

—¿No tenéis un médico o un boticario aquí?

—*Sir* Hugo, somos monjas, no médicos. Los dedos de la hermana Fidelis preocuparon a *lady* Magdalena. Además, el médico ya había venido en varias ocasiones para tratar a algunas hermanas. Era un hombre que conocía muy bien su trabajo.

—¿Era? —preguntó Corbett.

La hermana Marcelina forzó una sonrisa simpática.

—*Lady* Magdalena nos ha dado la terrible noticia de cómo fue asesinado después de marcharse de aquí.

—¿Dijo o hizo algo extraño? —preguntó Corbett.

Escuchó como se abría la puerta a su lado y vio entrar a *lady* Magdalena.

—Todo lo que sé —respondió la hermana Marcelina, presa de nerviosismo— es que fui llamada a la cámara de la priora. Me presentó al médico y me dijo que lo llevara con la hermana Fidelis. Examinó sus nudillos, diagnosticó la inflamación que tenía en las heridas más profundas bajo la piel y le recetó una cataplasma de hierbas.

—¿Y luego qué?

—La hermana Verónica le trajo algo de comida y bebida. Comió, bebió y se marchó.

Corbett observó a la novicia, que miraba con unos ojos abiertos como platos cómo su superiora asintió con la cabeza en señal de acuerdo.

—Parecía distraído —intervino la hermana Fidelis—. Oh, fue muy amable y paciente, pero parecía que tenía la mente en otra parte.

—¿Tenéis algo más que preguntar, *sir* Hugo? —interrumpió *lady* Magdalena.

—No, mi señora, nada más.

—Bien, descansad un rato, mandaré que os traigan algo de comer y de beber. Debéis refrescaros un poco antes de marchar. Os lo ruego —sonrió *lady* Magdalena—. *Sir* Hugo, me siento algo descortés con vos. Me gustaría ofreceros un presente antes de marcharos. Nuestra miel es famosa en todo Sussex. La hermana Verónica os traerá una jarra. Mientras, permitid que nuestras cocinas os reconforten un poco.

Corbett estaba a punto de negarse, pero se dio cuenta de que se había mostrado también de una forma un poco grosera, así que accedió. Las tres monjas se marcharon. Corbett se terminó la hidromiel. Oyó el tañido de las campanas llamando a las hermanas a rezar sus oraciones.

—Estaré de regreso en la taberna ya entrada la tarde —pensó—, escribiré todo lo que he descubierto hoy y luego lo examinaré y ataré los cabos sueltos.

Se abrió la puerta y entró la hermana Verónica con una pequeña bandeja sirviendo una liebre asada, cubierta con una espesa salsa vinosa, una copa de vino y un cuenco con varias rebanadas de pan untadas con mantequilla.

Corbett comió con hambre. Estaba delicioso y le recordó la buena mano que tenía Maeve para la cocina. Cuando la hermana Verónica regresó, ahora más tranquila y amable, le entregó una bolsa de piel que contenía dos jarras selladas con un pergamino y una cinta.

—No encontraréis una miel mejor en todo el reino —afirmó.

Corbett apartó la bandeja, agarró la bolsa y se levantó.

—Entonces, hermana Verónica, lo único que os puedo pedir es que me mostréis la salida y me marcharé.

La monja le condujo desde la sala de invitados hasta la puerta falsa.

—Y antes de que me lo preguntéis —espetó—. Sí, aquí fue donde encontramos el cuerpo.

Y sin dar tiempo a Corbett para que pudiera responder, le cerró la puerta en las narices. El escribano ató la bolsa de piel a su talabarte, aflojó la hebilla, se colocó bien la capa y encaminóse hacia el bosque, siguiendo el camino que le conduciría hasta el sendero y finalmente a la taberna. El día se estaba apagando. Se distrajo con el canto de los pájaros y con el crujido de algún animal entre la maleza; se detuvo para observar a dos armiños que se cruzaron en el camino y desaparecieron entre los arbustos del otro lado. De vez en cuando se detenía, mirando a su alrededor, para asegurarse de que todo iba bien. Se sentía incómodo y, una vez más, se dio cuenta de que había cometido un error.

—¡Nunca piensas, Hugo! —le solía regañar Maeve—. Estás tan ocupado, perdido en tus cavilaciones, que caminas derecho a la boca del lobo y ni te enteras. Por favor —le suplicó cogiéndole la cara entre sus manos—, prométeme que nunca más andarás por ahí solo.

Corbett respiró profundamente.

—¡Que Dios me perdone, Maeve!

Los pájaros habían dejado de cantar, ¿o era su imaginación? Se desató el talabarte ya que las jarras pesaban mucho y las volvió a atar con más fuerza. Sosteniendo la bolsa de piel en una mano y con la daga en la otra, Corbett apresuró el paso. El bosque le recordaba a los espesos valles de Gales. Recordó el consejo que un maestro del arco le había dado, un capitán al mando de las tropas del rey.

—Recordad —le advirtió—. Mirad a vuestra izquierda y a vuestra derecha. No hagáis caso de vuestra imaginación. Escuchad los sonidos del bosque. Si oís algo extraño, moveos rápidamente, nunca os quedéis quieto. Un hombre corriendo es, siempre, un blanco más difícil.

Corbett caminaba con rapidez. Sintió una dolorosa punzada en el pecho, por la herida que había recibido en Oxford. Las memorias afloraron en su mente. Controló el pánico, escuchando detenidamente, observando los árboles a ambos lados. Un pájaro voló de las ramas soltando un grito de alarma. Corbett volvió a acelerar la marcha. Una rama crujió a su derecha. Algo golpeó el camino como si hubieran tirado una piedra. Corbett no esperó un minuto más y con el cuerpo inclinado, la cabeza baja, empezó a correr; moviéndose de un lado a otro, oyó como la flecha pasaba, silbando, cerca de su cara. Estuvo a punto de detenerse, de lanzarse al suelo. El asesino debería encontrarse a su derecha así que, saliendo del sendero, se metió entre la maleza, utilizando los árboles como escudo. Pensó que así estaría a salvo, pero otra flecha se clavó en uno de los árboles, se incrustó con tal fuerza que el forajido debería de estar cerca. Corbett siguió corriendo. Intentó no moverse en línea recta. Las ramas le arañaron el rostro, las ortigas y zarzas, las piernas. Tropezó y, tal vez, esto le salvó la vida ya que otra flecha pasó, zumbando, por encima de su

cabeza. Corbett miró hacia su derecha. Debía de mantener a la vista el sendero, no podía perderse.

Dejó caer la bolsa de piel y siguió corriendo, el dolor en el cuello era muy intenso. Le costaba respirar. Al final, se vio obligado a detenerse; se apoyó contra un árbol, tosió y carraspeó. Corbett escudriñó los árboles detrás de él. No había ni rastro del asesino. Se miró las manos arañadas, cogió los guantes de un bolsillo de su capa y se los puso. Luego, se abrió paso entre la maleza, regresó al sendero, asegurándose de que había dejado atrás al rufián. Quienquiera que fuera debió de darse cuenta que la persecución era demasiado arriesgada. A su frente, Corbett oyó el chirrido de un carro. Se desabrochó la capa, sin hacer caso de las punzadas de dolor en el estómago y de las heridas que las ramas habían causado en su piel y, volviendo a tropezar, tomó una curva en dirección al cruce de caminos. El carretero, un agricultor que llevaba a su familia en la parte de atrás, abrió la boca sorprendido mientras Corbett se agarraba a un lado del carro.

—No os preocupéis —balbuceó Corbett—. Soy un invitado de *sir* William, un escribano real.

El hombre todavía no podía dar crédito a sus ojos.

—¿Os dirigís a la taberna de El Demonio en los Bosques?

El hombre asintió con la cabeza. Corbett sacó una moneda del zurrón y la depositó en la mano callosa de aquel tipo.

—¡Llevadme con vos!

Sin esperar respuesta alguna, Corbett subió al lado del conductor. Sonrió, para tranquilizar a la familia, una madre y cuatro niños mirándole con ojos de búho. El granjero asió las riendas.

—Muy bien señor, si queréis ir a la taberna de El Demonio en los Bosques, entonces hacia allí iremos, pero, por vuestro aspecto, diría que ya os habéis encontrado con el mismísimo diablo.

Corbett se relajó al ver como el campesino se reía de su propia broma e instaba al caballo a continuar. Corbett se volvió sobre sus hombros y miró hacia la oscura espesura del bosque. En silencio, se prometió que utilizaría todo su poder y habilidad para que la justicia se hiciera cargo de aquel demonio.

Capítulo XIII

Entonces, ¿has encontrado algo? —preguntó Corbett lavándose la cara con el agua salada que el tabernero le había servido.

Ranulfo, sentado sobre la cama, negó con la cabeza.

—Nada extraño, ni rastro de armas escondidas.

—Pero ¿pudo *sir* William desplazarse al otro lado de Savernake Dell? —insistió Corbett—, ¿coger un arco escondido y una aljaba con flechas y luego matar a su hermano?

—Es posible —Ranulfo, en el fondo, se estaba preguntando cómo iba a explicar a Maeve el ataque brutal que había sufrido su amo—. Solo le llevaría un rato, unos cuantos minutos.

Corbett se estremeció al volverse a mojar el rostro con el agua salada.

—No le digas a *lady* Maeve lo que me ha ocurrido.

Ranulfo levantó una mano.

—Oh, sobre eso, amo, tenéis mi palabra.

—Entonces —añadió Corbett, comiendo unos pedazos de conejo estofado que un mozo de la taberna había subido y dando algunos sorbos a su jarra de cerveza—, dime, con pelos y señales, qué es lo que tenemos.

—Primero, lord Henry fue asesinado por una flecha al corazón. Los culpables podrían ser su hermano, el hombre búho que hoy hemos descubierto que es el ermitaño Odo, el hermano Cosmas, Roberto Verlian y sí, amo, incluso Alicia.

Corbett sonrió ante el brillo apasionado en los ojos de Ranulfo.

—También —continuó— podemos incluir a Jocasta o a un asesino pagado por la gente del pueblo que hemos mencionado. Ni tampoco debemos olvidar al *seigneur* Amaury De Craon.

—O a *lady* Magdalena —apuntó Corbett.

—No creo que eso sea posible.

—Pudo salir del convento —señaló Corbett—, dirigirse a uno de esos robles huecos, coger un arco y una flecha y disparar a su hermano.

—¿Pero, por qué? —preguntó Ranulfo—. ¿Qué motivo tendría? Vivo o muerto no significaba nada para ella. ¿Y qué me decís de las otras muertes? Además, no puedo imaginarme a *lady* Magdalena cabalgando por el bosque, disparando una flecha y regresando, apresuradamente, a los muros del convento. Su hábito la habría delatado. Y por último...

Corbett bajó su jarra de cerveza. Ranulfo sonrió orgulloso.

—Todos los buenos arqueros son diestros. Eso lo sabéis. Un arquero zurdo suele ser muy torpe. ¿Os acordáis del pobre Maltote? No siquiera podía coger un arco sin lastimarse. Cuando estuvimos en el priorato me di cuenta que *lady* Magdalena es zurda por el modo en que sostuvo la pluma.

Corbett asintió.

—¿Qué más tenemos, Ranulfo?

—Tenemos el asesinato de esa joven, muerta por una flecha disparada a su garganta. Si vuestras conclusiones son correctas, viajó hasta Ashdown vestida de hombre y ese fue el motivo por el que la encontraron desnuda. Su ropa, probablemente, se encuentra en el fondo de algún pantano. ¿Encontrasteis algo?

Corbett sacó de su zurrón los dos trozos de tela que había encontrado.

—Esto, son unos bordados.

Se los entregó a Ranulfo, que se acercó a la luz de la ventana para verlos mejor, sosteniendo cada uno como si fueran monedas.

—Son dos filetes —concluyó Ranulfo—, cintas de pelo. *Lady Maeve* utiliza lo mismo para recogerse el pelo en la nuca. Se los pone para mantener las trenzas bien prietas.

—Pero el cadáver tenía el cabello corto —murmuró Corbett—, bien recortado, como el de un hombre. Me pregunto quién sería. Debo cruzar algunas palabras con el tabernero. Continúa Ranulfo.

—El médico italiano Pancius Cantrone, que también fue asesinado con una flecha, venía de Santa Hawisia. Sabemos que existe alguna conexión entre él, lord Henry y Amaury De Craon.

—Sí, es cierto. Cantrone debió vender o confesar a lord Henry algún secreto importante al que temían los franceses. Cantrone podría haber sido víctima de los proscritos o de alguno de los hombres de De Craon para que cerrara la boca para siempre. Ahora bien, no podemos interrogar a De Craon. Dirá que goza de un *status* diplomático y presentará una furiosa queja en Westminster. Al final, Ranulfo, nos quedan tres asesinos. ¿Pero actúan por separado o en grupo? ¿Hay solo uno, dos o tres? Con la muerte de lord Henry es comprensible, todo el mundo le odiaba. Pero Cantrone y esa joven misteriosa no encajan en este rompecabezas.

—¿Creísteis al ermitaño Odo? —preguntó Ranulfo.

—Sí y no. Él y Cosmas creo que siguen ocultando algo. Por un lado son frailes, buenos hombres. Sin embargo, ambos, Odo sobre todo, sentían un gran odio por los Fitzalan.

Hizo una pausa al escuchar como llamaban a la puerta y, a continuación, entró Baldock arrastrando los pies.

—Siempre os esperaréis hasta que *sir* Hugo os dé permiso para entrar —le dijo Ranulfo.

Baldock sonrió y movió, nervioso, los pies.

Corbett observó al joven mozo de cuadra de pies a cabeza. Había hecho un esfuerzo para causar una buena impresión, iba limpio y se había peinado con agua, lavado la cara y las manos, aunque el resultado fue que, simplemente, se llevó la suciedad a las orejas.

—¿Cómo os llamáis?

—Baldock, señor. Solo tengo un nombre, Baldock —entregó a Corbett un trozo

de pergamino—. La carta de liberación de mis servicios, señor.

—Por el amor de Dios, manteneos firme —le pidió Corbett.

—Lo siento, señor, es que estoy muy nervioso.

—Ranulfo me ha dicho que sois muy bueno lanzando el cuchillo y mucho mejor con los caballos.

—Duermo con ellos, señor.

Corbett miró con advertencia a Ranulfo. No quería que su siervo hiciera ningún comentario jocoso al respecto. Baldock tenía un rostro inocente; el estrabismo de su ojo le otorgaba una mirada vulnerable y bastante inocente. Resultaba obvio lo mucho que el joven deseaba unirse a ellos.

—¿Os habéis encontrado alguna vez en algún lío, Baldock?

—Nunca, señor.

—¿Nunca habéis sido arrestado por un oficial de la ley?

—Bueno... —añadió moviendo de nuevo los pies—, en alguna ocasión he cazado ilegalmente, señor. Me han prendido los guardabosques más veces de las que puedo contar, pero soy un siervo leal y bueno, nunca he robado nada a mi amo.

Corbett le tendió la mano.

—Vamos, hombre, estréchala.

Baldock obedeció. Su apretón fue cálido y fuerte.

—Maese Baldock, vuestro apretón me lo ha dicho todo. Sois, a partir de este momento, mí hombre en la paz y en la guerra. Vos cuidaréis de mí y yo de vos. Ahora, sois un oficial de la ley, un oficial de los establos. Donde vaya, me seguiréis. Mi casa es la vuestra. Contestaréis a las preguntas de Ranulfo, que redactará un contrato de aprendizaje esta misma tarde. Se os pagará bien. Compartiréis nuestra comida, llevaréis espada, daga y arco. Se os dará ropa tres veces al año, se os pagará semanalmente con un regalo especial por Navidad, Pascua y a mediados de verano. Nunca contaréis a nadie lo que me oigáis decir. ¿Lo habéis entendido?

Baldock asintió.

—¡Buen chico! Ahora id a los establos. Quiero que los caballos estén listos para mañana por la mañana. Saldremos antes del amanecer.

A Baldock le faltó tiempo para salir de la habitación.

—¡Ah! —le gritó Corbett—, y decidle al tabernero que quiero verle ahora.

—Ahí va un hombre feliz —afirmó Ranulfo al oír como los pasos de Baldock se perdían por el pasillo y bajaban las escaleras—. Pero cuando tengáis tiempo, amo, tenéis que oírle cantar. *Lady Maeve* se quedará horrorizada, pero estoy contento de que esté con nosotros —añadió pensativo—. Echo de menos al viejo Maltote. Me alegro de haber matado a su asesino.

Corbett se volvió a secar la cara con un trapo, pero lo dejó enseguida en la jofaina al escuchar como alguien llamaba a la puerta.

—¡Adelante!

El tabernero entró con cuidado ya que tenía las manos chorreando sangre. Se

quedó en la entrada, temeroso, ante la mirada escudriñadora del escribano y los comentarios que se hacían en la taberna sobre él.

—Estaba en la carnicería, señor. ¿Queríais verme?

Corbett sacó una moneda de plata del zurrón y la sostuvo en alto.

—Entrad, cogedla.

El tabernero se enjugó las manos y luego tomó la moneda.

—¿Conocéis el viejo proverbio que dice «siempre preguntad al tabernero»? —empezó Corbett—. Los dueños de las tabernas tienen buen ojo y buena memoria —Corbett señaló un taburete—. Sentaos, maese Taybois. ¿Recordáis que os pregunté sobre una joven que vino sola?

El tabernero asintió.

—Creo que se paró aquí, pero iba disfrazada de hombre.

Al escuchar aquellas palabras el tabernero entrecerró los ojos.

—Debió de venir aquí —Corbett se estremeció al recordar el cadáver—, debió de ser el mes pasado, viajaba sola.

En aquel momento, era evidente que el tabernero estaba nervioso, se frotó las manos con el delantal y tragó con dificultad.

—Claro —exclamó Corbett—, sabéis muy bien de lo que estoy hablando. Ranulfo, arrestad a este hombre.

—¿Perdón? —protestó el tabernero.

—Sois un ladrón de caballos —afirmó Corbett—. Esa mujer no era de Ashdown o de alguna aldea de por aquí. Debió de venir a caballo. ¿Dónde está su caballo?

—No sé de lo que estáis hablando, señor.

—Creo que sí. Sabéis perfectamente lo que sucedió. Dejad que lo adivine. Una joven llega a la taberna, ¿a qué distancia nos encontramos de Rye?, ¿unas cuantas horas? Deja su caballo en el establo, come algo, se queda a pasar la noche, luego se marcha de la taberna y nunca más regresa. Los días se convierten en semanas y vos, tabernero, os quedáis con el caballo y el arnés. Y ahora, ¿recordáis algo?

—¿Qué os hace pensar que venía de Rye?

—Buena pregunta, tabernero: a ver si lo adivino. Creo que esta misteriosa mujer tenía algo que ver con el feudo de Ashdown. Hay un vínculo muy fuerte entre los Fitzalan y la ciudad de Rye y sospecho que ella venía de allí.

El tabernero tosió nervioso.

—Yo de vos no mentiría —advirtió Ranulfo—. Mi amo se pone furioso con los mentirosos, sobre todo aquellos que hacen perder el tiempo a un escribano real.

—Es verdad lo que decís —confesó el tipo—. Llegó un extraño. Hablaba, bueno, como si fuera extranjero pero dijo que era de Rye. Llegó ya entrada la tarde. Comió y bebió en la taberna, alquiló una habitación y, luego, se marchó pronto a la mañana siguiente, llevándose las alforjas con él.

—¿Sus alforjas? —preguntó Corbett.

—Sí, eran pequeñas y se las llevó colgadas al hombro —explicó el tabernero—.

En la taberna se comportó de modo extraño, siempre con la capucha puesta. No hablaba mucho, solo en susurros. Ya sabéis lo que pasa en estos casos, señor, los extraños siempre son objeto de interés, pero de este fue difícil conocer algo. Compró pastel de pollo, una jarra de cerveza y se lo llevó consigo.

—¿Por qué dejó su caballo? —preguntó Corbett.

—No lo sé, señor, pero debió de ir a algún sitio de por aquí, al feudo, a la iglesia, al priorato o algún lugar del bosque —el tabernero de pronto se dio una palmada en la frente—. ¡Ah, claro, eso es! La mañana en la que se fue estuvo controlando la hora. Comió y bebió tranquilamente y, de vez en cuando, se levantó para echar una ojeada a las velas de horas que arden a ambos lados de la chimenea.

—¿Y a qué hora se marchó? —preguntó Corbett.

—Creo que debía de ser un poco antes del mediodía. Pensé que volvería. Después de todo, dejó su caballo, una silla de montar y un arnés, aunque nada más.

—¿Y no alquiló una habitación para pasar otra noche?

—No, señor, aunque me dijo antes de marcharse que tal vez necesitaría una, pero que cuando volviera ya hablaríamos.

—¿Y no os pareció extraño que no regresara?

—Maese escribano, llevo una taberna. No le pregunto a la gente cuándo viene ni cuándo se va. Y sí, me quedé con el caballo y el arnés. Lo alimenté durante una semana y luego se lo vendí a un tipo.

—¿Y nunca pensasteis en notificárselo a lord Henry u otra persona?

El tabernero negó con la cabeza.

—Os diré lo que pasó, señor —empezó Corbett—. El joven que vino era en realidad una mujer disfrazada, probablemente francesa. Venía desde Rye para encontrarse con alguien en Ashdown. Alrededor de las once, al día siguiente de su llegada, tomó el camino que conduce al feudo, pero fue asesinada por una flecha que le alcanzó en la garganta.

—¿Y ese es el cuerpo que dejaron ante las puertas de Santa Hawisia?

—El mismo.

El tabernero abrió las manos suplicante.

—*Sir Hugo*, no lo sabía. Los clientes a menudo se van...

—No importa. Nos habéis tratado bien, además vuestro misterioso cliente os debía dinero por guardar su caballo en el establo, aunque podríais haber sido de más ayuda cuando os pregunté al principio, pero bueno, ahora es vuestra oportunidad. ¿Hay algo más que deseáis decirme? Vuestra colaboración será tenida en cuenta.

El tabernero se cogió el rostro entre las manos.

—Ashdown —musitó.

—¿Qué decís? —preguntó Ranulfo.

—Le pregunté, al extraño, si conocía a alguien de por aquí. «Lord Henry» fue su respuesta y ya está. Me sonrió, creo que lo dijo para impresionarme o, tal vez, para no despertar mi curiosidad.

—¿Y lord Henry nunca vino a hacer preguntas sobre él?

—Nadie lo hizo. No sabía qué hacer, señor. Un extraño llega a mi taberna y luego desaparece. ¿Qué habría pasado si el dedo de la acusación me hubiera apuntado a mí? Es verdad, vendí el caballo y el arnés, ¿pero qué otra cosa podía hacer?

—No importa —Corbett hizo un gesto a Ranulfo—. Déjale marchar. Guardaos la plata que os he dado, señor, compraos una jarra de cerveza a vuestra salud.

—Esto es un auténtico rompecabezas, Ranulfo. El día se está acabando, pero creo que deberíamos visitar una vez más a *sir* William —sintió el cuerpo dolorido cuando se relajó—. Haz lo que quieras —musitó—, pero no te alejes de la taberna —añadió frotándose un codo—. Quiero decir, Ranulfo, que si el asesino ha ido detrás de mí también puede ir detrás de ti.

Corbett se tumbó en la cama, su mente recordó el peligroso asalto que sufrió en el bosque. ¿Quién podría ser? Sin embargo, como dijo el tabernero, ahora todo el mundo le conocía, sabía quién era y adonde iba. De hecho, pensaba que los senderos del bosque de Ashdown eran mucho más peligrosos que las callejuelas de Londres. Intentó descomponer, pieza por pieza, aquel rompecabezas. Lord Henry, definitivamente, iba a traicionar a Cantrone al enviarle de nuevo a Francia y llegar así a un acuerdo definitivo sobre el secreto que guardaba. ¿Pero de qué se trataría? ¿Y ese misterioso extraño? ¿Por qué viajaría una mujer disfrazada de hombre? ¿Con quién iba a reunirse? ¿Qué llevaba? ¿Y esas pequeñas cintas de pelo? ¿Por qué una mujer, cuyos cabellos eran más cortos que los suyos, las llevaría encima? ¿O pertenecerían al asesino? ¿O serían dos objetos sin relación alguna con la investigación?

Corbett suspiró y se dio la vuelta en la cama. A la mañana siguiente, irían a Rye, preguntaría al alcalde si había desaparecido alguna fulana o dueña de un burdel. ¿Pero qué probaría eso?

Corbett fijó la mirada en la pequeña rejilla en el marco de la ventana que permitía que el aire entrara en la habitación. A pesar de la malla, pudo ver parte del tronco de un árbol y, al mover la cabeza, la imagen de lo que estaba viendo cambió, se desencajó a través de la rejilla. Le recordó a un cuadro... Corbett saltó de la cama de inmediato. Ranulfo, que estaba escribiendo otro poema para Alicia, dio un respingo y soltó una maldición.

—Por el amor de Dios, amo, pensé que estabais durmiendo.

Le observó con curiosidad. Corbett fue en busca de su bolsa con los utensilios para escribir, murmurando algo por lo bajo. Buscó el libro de horas que le dio *sir* William, lo abrió y sacó el pergamino de la pequeña ilustración de Susana frente a sus acusadores en la que los ojos de todos los personajes habían sido recortados. Corbett colocó la ilustración en la última página del libro, donde lord Henry había escrito sus memorandos.

—¿Qué estáis haciendo, amo?

—Sabía que había visto esto en otra ocasión. Ranulfo. Se escribe algo inocente,

como una carta en la que se confiesen sentimientos o se cuenten simples habladurías. Sin embargo, si ponemos una ilustración como esta encima del texto lo que obtenemos es un mensaje secreto. El problema está en saber cómo colocarla y descubrir cuáles de estas entradas contienen la clave.

Ranulfo se inclinó sobre el hombro de Corbett y observó como el escribano colocaba la ilustración sobre las páginas.

—No, no, eso no significa nada.

Corbett lo volvió a intentar.

—Siempre lo mismo, todo lo que tenemos es un conjunto de palabras que no significan nada.

—¿Estáis seguro, amo?

Corbett señaló, por encima de su hombro, la reja de la ventana.

—Estaba tumbado allí, mirando a través de la reja. Me encontraba medio adormecido cuando me di cuenta de cómo los pequeños barrotes de hierro pueden alterar la visión que tenemos de las cosas.

—¿Pero estáis seguro de que lord Henry utilizaría tal código?

—Es posible. Desde luego explicaría por qué tenemos una pequeña ilustración, una escena del viejo testamento en la que lord Henry recortó, cuidadosamente, los ojos de todos los personajes.

Corbett continuó pasando páginas y Ranulfo regresó a su poema. La poesía de los trovadores franceses le había causado una gran impresión y ahora intentaba recordar algunas frases que pudiera utilizar para describir los hermosos ojos azules de Alicia, las facciones de su rostro. Al otro lado de la cámara Corbett seguía murmurando.

Empezó a anochecer y Corbett pidió que trajeran más velas de abeja y de junco para encenderlas. De vez en cuando, se levantaba y se estiraba para aliviar los calambres. Ranulfo pensaba en Alicia. Si el *viejo maese cara larga* se fuera a dormir, podría escaparse. No tenía miedo al bosque y tan solo la idea de encontrarse con su amada hacía que cualquiera temor a ser atacado se disipara.

Sin embargo, Corbett estaba muy concentrado en sus estudios. Cuando Ranulfo hubo terminado su poema lo metió en un bolsillo de su jubón, bajó a los establos, pero Baldock estaba profundamente dormido sobre un montón de paja y Ranulfo no se atrevió a despertarlo. Salió al patio y examinó el cielo. El sol se estaba poniendo, la taberna estaba en silencio y el sendero que se dirigía al bosque parecía más peligroso, más amenazante a medida que las sombras se iban extendiendo. Oyó como le llamaba su amo y regresó, subiendo a toda prisa las escaleras. Corbett estaba sentado en el borde de la cama, sonriendo de oreja a oreja.

—He descubierto el secreto —dijo sosteniendo en alto el libro de horas—, ¿recuerdas la historia sobre la santa Juana Capillana?

—Sí, de la que lord Henry hablaba al final de su libro de horas.

—Ranulfo, apuesto una jarra de cerveza a un tonel de vino a que no existió tal santa llamada Juana Capillana —abrió el libro de horas y colocó la ilustración sobre

el texto—. Deja que me explique. Capillana es un nombre en latín, muy corriente, que significa cabeza, pero también Capet.

—¿El nombre de la familia real francesa?

Corbett dio unas palmaditas sobre la página emocionado.

—Hace dos años, la mujer del rey Felipe, Juana de Navarra, murió de repente. La gente pensó que se trató de una fiebre, pero si empleamos el código de lord Henry, la historia de Juana Capillana es la de Juana Capet, la reina de Francia —Corbett hizo un gesto a Ranulfo—. Dame un trozo de pergamino y una pluma.

Corbett abrió el libro de horas.

—Ahora escribe lo siguiente: «Juana Capillana, *regina Occisa, Mari, Rex interfecit eam, non per gladum, sed vitrio secreto infuso, teste medico suo*». ¿Lo has cogido?

Ranulfo asintió.

—Son unos versos en latín mal escrito —explicó Corbett—. Cada una de estas palabras está enmarcada por los agujeros de la escena de Susana y traducidas...

Ranulfo soltó un silbido bajo su respiración.

—Juana Capet —añadió lentamente—, la reina fue asesinada por su marido. El rey la mató, no con una espada sino con una secreta poción venenosa. Y de ello fue testimonio o, al menos, lo supo su médico —Ranulfo negó con la cabeza—. Amo, no puede ser.

—Escribano del Sello Verde, sí puede ser. Si recuerdo bien, Gilles Malvoisin era el médico de la reina Juana. Nos vimos en dos ocasiones, era un hombre arrogante pero un médico muy bueno.

—¿Pero por qué mataría el rey Felipe a su propia esposa?

—No lo sé. Pero tenía un abogado, un miembro de su consejo secreto llamado Pierre Dubois, que escribió un memorando, confidencial, en el que aconseja al rey Felipe extender su poder por Europa, pero no a través de la guerra sino a través de un matrimonio.

—¿Cómo el de su hija Isabel con el príncipe de Gales?

—Exacto. El rey Felipe tiene tres hijos, prometidos a varias princesas, cuyas bodas y dotes fortalecerán el poder de los Capet y ampliarán las fronteras de Francia.

—¡Flandes! —exclamó Ranulfo—, el conde de Flandes tiene una hija.

Corbett lanzó el libro de horas sobre la cama.

—Ranulfo, el amor no ha afectado tu cerebro tanto como creía. Hace dos años, el rey Felipe invadió Flandes pero acabó con una derrota desastrosa en Coutrait. Es posible que Felipe, como la araña que es, haya tejido planes alrededor de la princesa flamenca, aunque el rey de Inglaterra jamás permitiría tal boda.

—¿Y qué más? —preguntó Ranulfo.

—El rey Felipe también tiene sus propios planes respecto a la orden templaria. Siempre los ha tenido, desde que subió al trono. Ya conocéis a los templarios, Ranulfo, una orden poderosa de monjes guerreros. Y lo más importante, los

templarios tienen casas por toda Europa. Solo su riqueza, en Francia, supera las cuentas de la cancillería real. Ahora bien, hace unos meses, corrían rumores de que el propio rey Felipe había solicitado, como estudiante, adherirse a la orden —vio la mirada de sorpresa en los ojos de Ranulfo—. ¿Puedes ver el camino que se nos está abriendo? El rey Felipe se convierte en templario, en monje guerrero, dedicado a la castidad. Esto me recuerda a su antepasado Luis. Europa se quedaría maravillada ante Felipe Capet, rey, cristiano, guerrero y monje. Sin embargo, eso sería solo el principio. Si los templarios aceptasen al rey, me apuesto la corona de oro que, en dos años, se convertiría en el Gran Maestro de la Orden.

Corbett se sentó de nuevo en la cama.

—¿Te lo puedes imaginar, Ranulfo? El rey Felipe no solo lo sería de Francia, sino de una orden que se extiende por toda Europa, desde las frías costas de Noruega hasta los oasis del norte de África, desde España hasta Grecia y Siria. Tendría acceso a sus riquezas, a su poder y a su conocimiento. El rey Felipe tenía mucho que ganar y nada que perder con la muerte de su esposa, que ya había cumplido a su propósito.

—¿Y su muerte es el secreto que lord Henry conocía?

—Sí, Ranulfo. Pancius Cantrone fue socio de Malvoisin, el médico de la corte. Malvoisin murió en un accidente de bote. Seguramente, fue asesinado por lo que conocía. Cantrone huyó, lord Henry le proporcionó protección, Cantrone le reveló el secreto y el listillo de Fitzalan insinuó al rey Felipe de Francia lo que sabía.

—En otras palabras, lord Henry le estaba haciendo chantaje.

—Eso es, algunos regalos, unas cuantas baratijas, pero finalmente lord Henry le pidió que saldara su cuenta por completo.

—Y por eso el rey Felipe de Francia pidió que fuera él quien condujera a la embajada inglesa a Francia.

—Por supuesto. Lord Henry habría ido con la excusa de las negociaciones de boda; seguramente, habría recibido una buena recompensa a cambio de que se olvidara para siempre de su secreto.

—¿Y qué habría sido del pobre Panchas Cantrone?

—Cantrone iba a ser drogado, subido a bordo de un barco y entregado a los oficiales franceses. Nuestro rey no pondría objeción alguna. Cantrone no era uno de sus súbditos. Lord Henry, seguro que tenía alguna historia preparada que justificara sus actos. Amaury De Craon fue enviado a Inglaterra no solo para concluir las negociaciones de boda, sino para traer de vuelta a lord Henry y asegurarse de que cumpliría su pacto.

—¿Y qué clase de recompensa le interesaría a lord Henry?

—No lo sé —replicó Corbett—, seguramente lingotes de oro. Da igual, lord Henry se habría convertido en uno de los hombres más ricos del reino. El rey Felipe habría silenciado a Cantrone y el asesinato de su mujer quedaría en secreto, lo que le permitiría llevar a cabo sus malvados planes.

Ranulfo acercó su taburete.

—Pero eso es muy peligroso, amo.

—Sí, sé lo que estás diciendo —musitó Corbett—. Pero volvamos a la premisa principal de nuestro argumento. Creo que lord Henry sabía que *sir* William había ayudado a Gaveston, por eso se pelearon. Lord Henry no quería que sucediera nada que le impidiera ir a Francia con De Craon. Ahora bien, centrémonos en el problema que has mencionado, Ranulfo —añadió dando unas palmaditas sobre el libro de horas—. Esto es solo una historia, un rumor, una difamación. El rey Felipe la negaría, sin más. Segundo, lord Henry debió de darse cuenta de que viajar hacia la boca del lobo era extremadamente peligroso. ¿Y eso qué significa, Ranulfo? ¿Cómo se protegería lord Henry en Francia?

Capítulo XIV

Corbett permaneció fuera de la casa de dos plantas en el estrecho camino empedrado que procedía del mercado de Rye. Las casas, a ambos lados, eran de piedra y con entramado de madera; el cristal relucía en las ventanas. El tallado de madera estaba pintado de un negro deslumbrante y un marrón rojizo; el yeso, de blanco y rosado. El albañal, en medio de la calle, estaba limpio y lleno de salitre, lo que le hizo arrugar la nariz. Baldock, sosteniendo a los caballos al final de la calle, estaba estornudando ante la acritud de aquel olor. Ranulfo se había llevado también la mano a la nariz. Corbett se volvió hacia el baile.

—¿Estáis seguro que este es el lugar? Parece más la lujosa casa de un mercader que un burdel.

El hombre se echó hacia atrás la capucha y rascó la calva. Su rostro, surcado de arrugas, esbozó una sonrisa, mostrando el único diente que le quedaba en la boca.

—Cuando los ricos se dedican al placer, *sir* Hugo, les gusta hacerlo discretamente. Cámaras limpias, ropa de cama recién planchada y la carne más suave, ya sea de Inglaterra o de Francia.

Corbett levantó la vista hacia el edificio. A ambos lados de la puerta colgaban unos relucientes garfios de latón de los cuales pendían unos fanales. Sobre estos, sobresalían unas barras de hierro sosteniendo unas macetas con flores, que desprendían la más dulce de las fragancias. El badajo de la puerta tenía forma de un fraile jovial, con una gaita en las manos, símbolo habitual de lujuria.

—La calle está muy tranquila —observó.

—Tan solo es mediodía —replicó el baile—, y los jueves no hay mercado.

—¿A qué estamos esperando, amo? —preguntó Ranulfo—, ¿por qué no llamamos a la puerta?

—No podéis entrar hasta que obtengáis el permiso del alcalde.

—Tenemos la autorización del rey —espetó Ranulfo.

—La ley —citó el baile con arrogancia— afirma que en un barrio de la corte los decretos reales deben pasar primero por manos del alcalde antes de poder aplicarlos.

Corbett guiñó un ojo a Ranulfo.

—La obtendremos, ya estoy esperándola.

Corbett bajó la calle en dirección a Baldock, haciendo gestos a los otros dos para que le siguieran.

—No quiero que las damas de la casa se alarmen.

Corbett había llegado a Rye justo cuando las campanas estaban anunciando la misa de la mañana. Había ido al ayuntamiento, donde el alcalde y sus concejales superiores habían sido reunidos. Corbett no había perdido el tiempo. Preguntó si conocían a una prostituta, con el cabello corto y la marca de un lirio en el hombro, que había desaparecido, recientemente, de la ciudad. Por supuesto, como era habitual, negaron con la cabeza, murmuraron por lo bajo y bajaron la mirada. Sin embargo,

Corbett sabía que aquellos venerables señores de la ciudad podían ayudarle, a pesar de que aseguraban que no sabían nada de una mujer como aquella. Corbett les amenazó con convocar también a los oficiales de justicia y aquello despertó sus recuerdos. Le dieron un nombre: Françoise Sourtillon, una cortesana y tabernera de una discreta casa de placer, en Friar Lane.

—No sabemos nada de esa mujer —insistió el alcalde—. Excepto que, ¿cómo os lo diría?, su «hermana», que vive en la misma casa, llamada Roheisia Blancard, vino al ayuntamiento para denunciar que Françoise había desaparecido.

—¿Y qué hicisteis? —preguntó Ranulfo.

—Organizamos una búsqueda —el alcalde abrió sus manos rechonchas—, pero el paradero de una mujer como esa no es asunto nuestro.

Corbett les había dado las gracias, pero el alcalde insistió en que esperaran a obtener la autorización antes de entrar en aquel lugar. Corbett replicó que no esperaría más de media hora y que confiaba en que, cuando entrara en la casa, no se encontraría con ningún alboroto.

—¿No estaréis pensando que tenemos intención de avisarlas?

—Por supuesto que no, pero os diré algo, señores, si alguien lo hiciera, una visita a la prisión de Marshalsea en Londres es una experiencia inolvidable.

—Aquí viene —afirmó Ranulfo.

Un oficial se acercaba, apresurado, por el camino, con la varilla blanca en una mano y en la otra un rollo de pergamino atado con una cinta roja. Ranulfo no esperó a que lo cogiera Corbett, fue hacia la puerta y golpeó el badajo con estridencia. Corbett levantó la vista hacia las ventanas. Sospechó que las señoras de la casa no se habían levantado todavía. Como su siervo había señalado cáusticamente, habrían trabajado hasta entrada la noche. Ranulfo, ahora, se estaba divirtiendo, golpeando una y otra vez el badajo hasta que una voz chilló: «Ya os hemos oído, ya os hemos oído».

Se oyó un ruido descorriendo cerrojos y retirando pestillos. La puerta se abrió y una mujer alta, de cabellos canosos, con una bata ribeteada de piel sobre los hombros, les miró con la mirada todavía adormecida...

—El Dulcis Domus —les dijo— está cerrado hasta el anochecer.

—Oh, ¿así es como lo llamáis? —preguntó Corbett abriendo completamente la puerta—, ¿la casa de la dulzura? Vos debéis de ser Roheisia Blancard.

—Si sois hombres del baile —respondió Roheisia mirando al oficial que Corbett tema a sus espaldas—, hemos pagado nuestros impuestos, como os podrán confirmar miembros de la corporación que nos visitan.

Corbett observó el pasillo, maravillado ante tanta majestuosidad y confort. Respiró la suave fragancia mezcla de velas de abeja, macetas de hierbas y los olores sabrosos procedentes de la cocina. El suelo pavimentado estaba cubierto por alfombras de lana y los paneles de madera relucían como el oro.

—¿Sois Roheisia Blancard? —preguntó Corbett pacientemente.

—Sí, ¿y vos sois...?

—Soy el escribano del rey *sir* Hugo Corbett. Este es Ranulfo. Me parece que ya conocéis al caballero que nos acompaña —declaró Corbett dando una suave palmadita en los hombros al hombre del baile—. Ahora, os podéis marchar, oficial.

Ranulfo casi empujó al tipo a la calle. Luego cerró la puerta y pasó los pestillos.

—Ahora, señora —dijo Corbett acercándose—, llevó una autorización del rey y quiero que me digáis la verdad u os enviaré al castillo Arundel, os meteré a todas en carros y os llevaré a Londres para que os interroguen.

—No hace falta que nos amenacéis.

—No es una amenaza, señora, es una promesa. Françoise está muerta, fue asesinada en Ashdown Forest.

—Ya veo —afirmó Roheisia—, será mejor que vengáis conmigo.

Les condujo por el pasillo hacia un pequeño recibidor, una sala muy bien amueblada. El fuego en la chimenea acababa de ser encendido. En las paredes colgaban cuadros de llamativos colores, no muy bien logrados pero intentando representar escenas del viejo testamento y de los clásicos. Todos tenían un motivo en común: mujeres jóvenes, rollizas, en varios estados de desnudez. Roheisia colocó dos sillas frente al fuego mientras ella se sentó en un banco al lado de la pared.

—¿Queréis algo de comer o de beber? —preguntó apartándose los cabellos canosos de la cara.

—No, señora, solo la verdad y lo más rápidamente posible.

—Françoise vino de Abbeville —explicó la mujer luchando por ocultar las lágrimas. Finalmente, levantó la cabeza—. Fue la amante de un noble que más tarde la abandonó, por lo que Françoise le robó gran parte de su tesoro y huyó a Rye —se encogió de hombros—. Dios los cría y ellos se juntan. Nos conocimos y decidimos compartir nuestros recursos. Compramos esta casa y la llenamos de mujeres jóvenes y apetecibles.

—¿Y por qué se marchó Françoise?

—No lo sé —vio la mirada de advertencia en el rostro de Corbett—. Os digo la verdad, señor. Hace un mes, cogió un caballo de los establos, llenó algunas alforjas y dijo que estaría fuera unos dos o tres días y que regresaría convertida en una mujer rica. Ahora, si queréis, podéis llevarme a Londres, podéis quemarme y derretir mi carne, pero eso es todo lo que sé —se reclinó contra los paneles de madera y levantó la vista al cielo—. ¿Cómo murió?

—De una flecha en la garganta, desnudaron su cuerpo y la enterraron en un foso. Sospechamos que iba disfrazada de hombre.

Roheisia soltó una carcajada desde el fondo de su garganta.

—Así era como Françoise viajaba siempre —sus ojos se volvieron cautos—. Cómo decíroslo, a Françoise no le gustaban los hombres, pero se divertía actuando como ellos. Podía andar como un pavo real y soltar tacos como cualquiera de ellos. Si estaba en Ashdown, entonces, debió de ir a ver a lord Henry Fitzalan.

—¿Sabéis que también está muerto? Otra flecha.

La mujer le miró atónita.

—No, no lo sabía.

—Pronto se correrá la voz. ¿Pero qué os hace pensar que fue a visitar a lord Henry?

—Porque siempre nos visitaba y es la única persona que Françoise conocía en Ashdown.

—¿Y lord Henry venía a menudo?

—Oh, el señor del feudo era todo un gallito —sonrió Roheisia—, pero antes de que me lo preguntéis, Françoise no compartía su cama con ningún hombre. Solo le entretenía, le permitía mirar en las habitaciones cuando estaban ocupadas por otros y le dejaba elegir a las mejores mujeres.

—¿Por qué?

—Oh, no porque a ella le gustara. A decir verdad, Françoise le odiaba, por todo lo que era, por su riqueza, por su desconsideración. Era un hombre, ¿cómo lo dijo ella?, ah, sí, profundamente enamorado de sí mismo. Soy puta, maese escribano, una fulana, una alcahueta, pero le temo a Dios y no finjo ser lo que no soy. Según Françoise, lord Henry no temía ni a Dios ni a ningún hombre.

—¿Y no sentís la muerte de vuestra amiga? —preguntó Ranulfo.

—La sentiré a mi manera, en el momento y sitio que yo decida. Así que, señor de ojos de gato y rostro alargado, haced vuestras preguntas y marchaos, no puedo ayudaros en nada más.

—¿Qué mujeres eran sus preferidas? —preguntó Corbett.

—Todas. En la variedad está el gusto, solía decir. A veces se iba con una, otras veces con dos o tres a la vez.

—¿Sabía alguna de ellas...? —Corbett se calló, tenía que ir con cuidado al formular la pregunta.

—¿El qué? —preguntó la mujer enojada.

—Bueno, señora, ¿tenía Françoise alguna mujer preferida?, me refiero a alguien en quien confiara.

—Entiendo lo que estáis diciendo, escribano. Sin embargo, siempre y cuando las mujeres fueran limpias, no causaran problemas y estuvieran disponibles, lo que hicieran era asunto suyo.

—Entonces no podéis ayudarnos.

—No, no puedo.

—En ese caso —Corbett se sacó la autorización del bolsillo—, quiero que se despierte toda la casa, quiero conocer a todas y cada una de estas mujeres —abrió el zurrón y le entregó una pieza de oro a la mujer, que la cogió de inmediato—. Ahora mismo.

Roheisia se marchó sin demora. Corbett se sentó de nuevo en la silla y escuchó cómo se despertaba la casa, el ruido de pasos sobre su cabeza y en las escaleras, chillidos y gritos de protesta. Roheisia regresó a la sala y le hizo una burlona

reverencia.

—Mi señor, he reunido a las damas de esta casa en el vestíbulo. Si queréis echarle un vistazo, ya habéis pagado por la presentación, pero si tocáis alguna de las mercancías, tendréis que pagar.

Ranulfo estaba a punto de responder, pero Corbett levantó la mano. Roheisia, que ahora se había atado bien la bata, abrió la puerta.

—No podrán aguantar su impaciencia por mucho tiempo.

—¿Saben quién soy?

—Un hombre del rey, pero un hombre al fin y al cabo.

Roheisia salió de la sala, condujo a Corbett y a Ranulfo por el pasillo hacia una cámara de paneles de madera, oscura y alargada que se encontraba en la parte de atrás de la casa. Las mujeres, despeinadas, estaban reunidas alrededor de una mesa de comedor. La mayoría llevaba capas o túnicas sobre los hombros. Un montón de rostros pálidos y ojos adormecidos se encontraron ante los dos hombres. Una docena de diferentes edades, tamaños y nacionalidades se había reunido allí, sospechó Corbett. Solo unas pocas eran hermosas. Otras, que parecían algo decaídas, ni siquiera se preocuparon en levantar la cabeza cuando Corbett y Ranulfo entraron en la sala. Algunas les miraron con descaro, una frunció los labios y lanzó un beso a Ranulfo. Corbett se dio cuenta de que su siervo se sentía incómodo al empezar a tamborilear la mesa con los dedos.

—Señoras, aceptad mis disculpas por este precipitado despertar. Soy escribano del rey y necesito que me respondáis algunas preguntas. Un miembro de esta... — hizo una pausa—, de esta comunidad, Françoise Sourtillon, fue asesinada en el bosque de Ashdown.

Sus sonrisas y risitas sofocadas desaparecieron.

—¿Alguien sabe por qué fue allí?

—Por el señor Fitzalan —respondió una mujer entrada en carnes y de cabellos pelirrojos.

—¿Eso os dijo? —preguntó Corbett.

—Françoise me contó muy poco —replicó la pelirroja—, pero mucho menos a mis hermanas aquí reunidas.

—¿Alguna sabe algo más? —rugió Ranulfo. Se sentía incómodo. El burdel le despertaba recuerdos y eso intranquilizaba a su corazón, ahora que prometía fidelidad a la hermosa Alicia.

—No sabemos nada —replicó la pelirroja bruscamente.

La respuesta fue acogida con asentimientos de cabeza y murmullos de acuerdo.

—La única que os podría decir algo —afirmó una joven de cabellos rubios sentada al fondo de la mesa— es Cecilia.

—¿Y dónde está? —preguntó Corbett.

—Se ha ido —replicó Roheisia—. Lord Henry la expulsó de la casa.

—No sabemos dónde fue. Oímos rumores de que se encontraba alojada en una

taberna de la ciudad y luego la enviaron al extranjero.

—¿Y por qué lord Henry haría eso?

—No lo sé. Se la compró a Françoise, le pagó por sus servicios con oro del bueno. Cecilia se marchó y eso es lo último que hemos oído de ella.

—Entonces podría encontrarse en Rye.

—Es posible —interrumpió la pelirroja—, pero Roheisia tiene razón. Lord Henry sintió debilidad por la chica, se acostó con ella en innumerables ocasiones y luego se marchó.

—¿Es eso algo habitual?

—Si a un señor le gusta una de las mujeres, puede comprar su libertad y alquilarle una habitación privada para sus propios placeres personales —Roheisia se encogió de hombros, y luego guiñó un ojo a Corbett como señal de que quería decirle algo más, pero no en aquel lugar—. Entonces —dijo Roheisia poniéndose en pie—, maese escribano, si no tenéis más preguntas que hacer..., mis hermanas necesitan descansar.

Corbett contempló los diferentes rostros, pero no pudo apreciar ninguna señal o gesto, en aquellas damas de la noche, que indicara que desearan ayudarle. Les dio las gracias, entregó dos piezas de plata a Roheisia para que les comprara a cada una una copa de vino y la siguió hasta el recibidor. Roheisia cerró la puerta tras él y permaneció de pie, chasqueando la lengua.

—Lo siento —sonrió—, pero vuestra plata solo ha hecho que despertar mis recuerdos. Françoise era muy amiga de Cecilia pero, como cualquiera de nosotras, nunca se opondría al ascenso de una de sus hermanas. Convertirse en la querida de un gran señor marca el principio de una carrera próspera.

—¿Pero? —preguntó Corbett.

—Cecilia se marchó hace dos meses. Una noche me encontré a Françoise aquí, en el recibidor, estaba fuera de sus casillas. No me dijo qué era lo que había ocurrido, solo lo que os he dicho, que lord Henry embarcó a Cecilia en una nave y la envió al extranjero.

—¿Por qué?

—No lo sé, pero Françoise afirmó que había llevado a cabo una investigación concienzuda entre los distintos barcos atracados en Rye. Según parece, descubrió, por el capitán de una nave, lo que lord Henry había hecho.

—¿Y?

—Todo lo que dijo Françoise fue que le echaría en cara haber tratado a Cecilia del modo en el que lo había hecho. Le pregunté qué quería decir con eso, pero ella no contestó.

—¿Dejó Françoise algunos papeles privados? —preguntó Ranulfo—, ¿documento o cartas?

Corbett sacó una moneda de oro del bolsillo. La avaricia brilló en los ojos de Roheisia.

—Françoise sabía escribir y leer sus cartas.

—¿Y Cecilia?

—Es posible.

—¿Cómo era Cecilia? —preguntó Corbett.

—Oh, una joven muy hermosa, fina, con los cabellos como el oro que le caían casi hasta el suelo, estaba muy orgullosa de su cabellera. Françoise solía peinársela. La joven Cecilia era muy famosa entre los señores. Françoise cobraba muy alto por sus servicios —miró la moneda de oro—. Veré lo que puedo hacer.

Salió del recibidor, preguntándoles si querían tomar algo, pero Corbett se negó. Una sospecha le rondaba por la mente.

—¿Qué pensáis de esto? —preguntó Ranulfo una vez Roheisia se hubo marchado.

—No lo sé. Pero vamos a ver lo que nuestra dama de la noche puede encontrar para nosotros.

—Deberíamos seguirla —instó Ranulfo—, registrar este lugar desde las buhardillas hasta las bodegas.

Corbett negó con la cabeza.

—Primero, Ranulfo, eso solo nos enfrentaría con las buenas señoras. Segundo, Françoise ha desaparecido desde hace un mes. Estoy seguro de que la buena de Roheisia ya ha registrado sus documentos y correspondencia. Ya sabe si hay algo que nos podría interesar y ha ido a buscarlo. Si empezamos a dar patadas y a sacar nuestras espadas, no creo que nos lo entreguen.

Roheisia regresó con un fajo de grasientos pergaminos en las manos. Se los ofreció a Corbett, pero no se los dio hasta que no le entregó la moneda de oro. El escribano, bajo la luz de una vela, los hojeó rápidamente. Uno o dos hacían referencia a unas compras, pero un tercero era una carta, enigmática y concisa. Corbett sospechó que era un mensaje para uno de sus clientes, o por lo menos un borrador que nunca había sido enviado. Levantó la vista. Roheisia le miraba fijamente.

—No juguéis conmigo, señora —le advirtió—, no pago oro por una copa vacía. Sabíais todo esto cuando llegamos.

—Oh, hay algo más ahí —protestó ella—, aunque no mucho.

Corbett continuó hojeando los papeles y luego lo encontró. Se trataba del borrador de una carta para Cecilia Hocklewell enviada a la taberna Chambard, en Dieppe. Corbett se sintió un poco culpable. Françoise había escrito a Cecilia más como su amante que como su amiga, diciéndole lo mucho que la echaba de menos, que volvería. Se fijó especialmente en una frase que decía: «Cuando vuestra gloria esté restaurada». Miró a Roheisia.

—¿«Cuando vuestra gloria esté restaurada», señorita Roheisia? ¿Qué demonios significa?

Ella le devolvió la mirada sin ni siquiera inmutarse. Corbett enrolló el trozo de pergamino y se lo metió en el zurrón.

—Señora, he venido como oficial del rey. Sabéis muy bien que Françoise fue

asesinada en el mismo bosque que lord Henry. Ahora bien, lord Henry era más que un cliente de esta casa. Él y Françoise tenían un vínculo en común: Cecilia. Lord Henry se la llevó como su amante, pero luego la embarcó rumbo al extranjero. Françoise se toma el tiempo en hacer averiguaciones. Encuentra a Cecilia, pero ella parece ser que se niega a volver hasta que, como afirma Françoise, «su gloria esté restaurada». —Asió a Roheisia por la muñeca—. Ahora, señora, quiero una explicación.

Roheisia se dirigió hacia una silla y se sentó. Adoptó el porte de una reina, con las manos colgándole a ambos lados.

—Odio a los hombres, los odio porque son hipócritas, porque creen que pueden comprar lo que es bello. Llegan aquí pavoneándose, borrachos como cubas, soltando toda clase de insolencias, duros, como si esto no fuera más que un corral de gallitos. Françoise me gustaba, incluso la quería, pero a medida que fueron pasando los años la cosa se enfrió. Fue Françoise quien trajo a Cecilia a esta casa. No era más que una muchacha de Kent. Nunca supe si amaba a Cecilia como a su hija o como un hombre lo haría con su amante. Françoise desconfiaba de lord Henry, pero permitió que se la llevara. Cuando Françoise descubrió que había desaparecido, se volvió loca. Se olvidó de llevar esta casa y de complacer a nuestros clientes. Lord Henry vino a vernos y se enfrentaron. No escuché nada de sus amargas palabras, solo la risa de lord Henry burlándose de ella como de costumbre. Françoise tomó una decisión, visitaba con frecuencia el puerto, iba de un sitio a otro, a veces incluso se marchaba unos días. Maldijo a lord Henry y aseguró que tanto él como su familia pagarían por lo que habían hecho. *Ça ira*, eso es todo lo que sé.

—¿Y sobre la gloria de Cecilia? —preguntó Ranulfo.

—Debió de referirse a lo que le hizo a la joven en la cara. No estoy segura sobre lo que hizo lord Henry, cuando bebía se volvía muy vicioso. Hay hombres, escribano, a los que les gusta pegar a las mujeres, verlas sangrar antes de alcanzar el placer.

—¿Y creéis que eso fue lo que pasó? —preguntó Corbett—, ¿qué lord Henry golpeó a Cecilia de tal modo que la envió a Dieppe para ocultar el escándalo?

—Es posible.

—Entonces, Cecilia no podía regresar hasta que se le curaran las heridas.

—Sí, tal vez. También pudo ser que Françoise viajara a Ashdown para enfrentarse con lord Henry, pero si lo hizo no debía estar en su sano juicio. Después de todo, ¿a quién le importa que una flecha alcance la garganta de una fulana?

—¿Hay más cartas? —preguntó Ranulfo.

Roheisia echó hacia atrás la cabeza y soltó una risotada.

—Françoise era como yo respecto a su correspondencia, joven. Os lo diré de otro modo, las buenas putas y las cartas no son muy buenas amigas. Una nota de amor el lunes puede ser peligrosa el viernes. Y Françoise no era distinta. Antes de marcharse o bien quemó las cartas o se las llevó consigo. Solo encontré estas por casualidad. Las metió en el bolsillo de una bata colgada en una percha de su habitación. ¿Estáis bien, escribano?

Corbett permanecía sentado, con los ojos cerrados.

—Me pregunto, Ranulfo —murmuró—, lo que lord Henry llegó a hacerle a aquella muchacha.

En la casa parroquial, un estrecho edificio de dos plantas, construido justo detrás de la iglesia de San Oswaldo en los Árboles, Alicia Verlian escanció una copa para su padre y la colocó sobre la mesa, en la cocina recién barrida del hermano Cosmas. Afuera caía la noche; el silencio solo se rompía por los sonidos del bosque, mientras esperaban que oscureciera completamente. El guardabosque tomó un sorbo de la copa y miró a su hija.

—Será mejor que vuelvas a casa —le dijo.

—Deberíamos marcharnos ahora —replicó Alicia—, no tenéis nada que temer y *sir* Hugo nos protegerá de *sir* William.

Verlian negó con la cabeza.

—Es mejor esperar.

Alicia miró a su padre, apenada. Había envejecido en los últimos años, estaba nervioso, había perdido la confianza en sí mismo. Incluso, las sombras de la iglesia le asustaban. El hermano Cosmas había accedido, amablemente, a que se hospedara en su casa. De hecho, desde el interrogatorio de Corbett en la iglesia, el franciscano parecía muy preocupado. Había salido pronto, por la tarde, alegando que quería conversar con Odo.

—Pero sentíos como en casa —les invitó—. Tengo algo de vino, carne curada y pan recién hecho. Encended el fuego. Alicia, si lo deseáis, os podéis quedar y dormir en la iglesia o preparar unas camas para los dos en el suelo de la cocina.

Tras aquellas palabras, cogió su capa y su porra y se marchó. Alicia compensó su amabilidad ordenando el santuario y barriendo el suelo. Se prometió a sí misma que, a la mañana siguiente, regresaría a casa y cocería unos pasteles para agradecerle al párroco su bondad.

—¿Crees que esto se acabara pronto? —le preguntó su padre interrumpiendo sus pensamientos.

—*Sir* Hugo es un buen hombre. Conseguiré que se haga justicia sin miedo o favores. Sin embargo, se guarda lo que piensa. Sospecho, padre, que en este hombre hay más cosas de las que nunca vos o yo podamos imaginar.

—¿Y el otro? —le instó su padre, intentando ponerse buen humor—, ese que camina y mira como un gato. Está loco por ti, Alicia.

—Y yo por él —admitió.

—¿Te prometerías a alguien como él?

Alicia desvió la mirada.

—¿Y qué haríais entonces, padre? —le preguntó tirando del hábito franciscano que vestía—, ¿convertiros en párroco?

—No sé lo que haría —replicó Verlian—, pero cuando todo esto se termine, habré acabado con los Fitzalan.

—¿Y querréis que me case?

—Es un joven ambicioso —Verlian cogió a su hija por las muñecas—. Alicia, ¿no le estarás correspondiendo porque tienes algo que esconder?

Alicia se sonrojó.

—No tengo nada que ocultar, padre. Ranulfo-atte-Newgate es un joven atractivo, nunca había conocido a uno como él. Oh, algunos hombres del bosque son muy amables pero lord Henry, en realidad, no era tan diferente del resto, excepto que él tenía poder y riqueza para satisfacer su lujuria.

Alicia estudió el rostro de su padre. Le quería tanto. Era amable y bueno, había hecho de padre y de madre a la vez. Un hombre que amaba el bosque, él le había enseñado todo lo que ella sabía. Incluso, cuando era una niña, se la llevaba consigo para enseñarle la guarida de los tejones y los zorros, cómo subir a los árboles para observar los huevos de los tordos. ¿Cómo le iba a confiar su secreto?

—¿No te convertirás en monja? —le preguntó irónicamente—, ¿no serás como una de esas novicias de *lady* Magdalena?

—No lo sé, padre.

El corazón de Verlian dio un vuelco. Solo había querido gastarle una broma, pero se dio cuenta que ella no había rechazado la idea.

—Yo he... —se le cortó la voz—, sé lo que no quiero ser. Yo... desearía...

—Haz lo que quieras, hija mía —la tranquilizó.

Alicia estaba a punto de contestar cuando oyó como alguien golpeaba la puerta de entrada. Hizo el ademán de levantarse, pero Verlian, avergonzado por sus propios miedos, se encogió de hombros y se puso en pie.

—Quédate ahí hija. Seguro que será alguien del bosque que busca al padre Cosmas —se echó la capucha sobre la cabeza y se dirigió hacia la puerta para abrirla—. ¿Quién anda ahí? —preguntó.

Afuera, una brisa fría se levantó, haciendo que las hojas caídas se arremolinaran como almas perdidas. Verlian inhaló la fragancia del bosque, intentó controlar su rabia. Salió al pórtico dejando la puerta abierta tras de él. Verlian dio un paso al frente, luego se dio cuenta de que había cometido un error. No había nadie fuera y con la luz de la iglesia a sus espaldas se convirtió en un blanco perfecto. Se volvió pero fue demasiado tarde, una flecha le alcanzó, de pleno, en el pecho.

Capítulo XV

Corbett contempló el cadáver yacente con hábito de franciscano. El ataúd no era más que una caja de madera, probablemente de flechas; vendas blancas y gruesas cubrían el pecho del hombre muerto y aunque tapaban la herida, la muerte siempre tenía un aspecto horrible: dos monedas mantenían cerrados los ojos de Verlian, pero su rostro estaba hundido, sin afeitar, con la boca entreabierta. Tenía las manos cruzadas a la altura del pecho sosteniendo un crucifijo. Corbett escuchó como alguien gimoteaba. Se dirigió a la entrada de la reja que separaba la nave del coro y desde allí vio como Ranulfo estaba sentado, en un banco, al lado de Alicia.

El dolor que la joven sentía por la muerte de su padre era insoportable. Tenía los ojos rojos de tanto llorar, el rostro pálido, sus hermosos cabellos le caían enredados sobre los hombros mientras permanecía sentada, con la cabeza inclinada y las manos sobre el regazo. Ranulfo tenía una mano sobre su hombro y le susurraba consuelo, pero ella no parecía escuchar lo que le decía. Corbett se acercó y se arrodilló.

—Alicia, lo siento mucho. Me siento triste porque no hay nada que pueda decir o hacer para aliviar vuestro dolor.

—Mi padre ha sido asesinado —afirmó Alicia levantando la cabeza—. Era un buen hombre, escribano. Ha sido tan de repente... —balbuceó—. Estábamos sentados en la cocina, oímos como alguien llamaba a la puerta, mi padre fue al pórtico, preguntó si había alguien y luego escuché como caía al suelo. Corrí a su encuentro pero no vi a nadie, solo el bosque.

Corbett le acarició las manos, antes de volver al ataúd y colocar la tapa. Desvió la vista hacia el hermano Cosmas, que permanecía arrodillado en el *prieu-dieu*, ante la capilla de la Virgen.

—¿Por qué? —masculló entre dientes y poniéndose en pie—, ¿por qué ocurren estas muertes, Corbett? ¿Por qué Dios no envía a uno de sus ángeles?

—Ya conocéis el motivo —afirmó Corbett. Señaló a la pared en la que un artista había dibujado una escena, muy viva, de Satanás, en la que aparecía representado como una liebre cazando zorros con rostros humanos. La liebre llevaba una máscara demoníaca, sus largas orejas eran cuernos, tenía los ojos rojos y en sus afiladas garras llevaba una red—. El señor llamó a Satanás el primer asesino, pero todos lo somos, hermano. Aquí —dijo golpeándose el pecho—, en nuestros corazones, deseamos matar y destruir. ¿Acaso nunca quisisteis levantar una espada o una porra contra lord Henry? Que Dios me perdone, hermano, pero me gustaría resolver de una vez por todas mis asuntos con el francés Amaury De Craon, pagar una cuenta que ya dura hace muchos años —Corbett se acercó al párroco—. Pero os diré una cosa: voy a tender mi red y atrapar a ese asesino. Nuestra única defensa, nuestra única protección contra esos hijos de Caín, que se ensañan en sus asesinatos, es la ley.

—Y la justicia de Dios —añadió el franciscano.

—Sí y ahí reside el misterio, su justicia depende de nosotros. Debéis rezar,

hermano.

—Siempre lo hago.

—No, debéis rezar por Verlian y por vos.

El hermano Cosmas le miró sorprendido.

—No creo que el asesino quisiera matar a Verlian —explicó Corbett—. Creo que vos erais su víctima.

El franciscano se llevó los dedos a los labios.

—*Jesús miserere!*

—Pensadlo bien, hermano. Alguien llama a la puerta por la noche, Verlian responde...

—¡Claro, llevaba uno de mis hábitos! Alicia me dijo que llevaba puesta la capucha.

—El asesino no sabía que Verlian se alojaba en vuestra casa, que vos os habíais marchado a visitar a Odo.

El franciscano asintió.

—El forajido solo tuvo un par de minutos, muy poco tiempo, y bajo la pobre luz debió de confundir a Verlian con vos; luego, esa flecha salió disparada y acabó con el alma del pobre hombre.

—¿Pero quién puede ser?, ¿quién puede desear mi muerte?

—Todavía no lo sé, hermano, pero tengo sospechas. ¿Y sabéis cuál es la ironía de todo esto? Creo que el asesino, incluso si os hubiera matado, habría cometido un error. Ahora debo irme.

Corbett se dirigió a la reja y vio como Ranulfo todavía seguía sentado al lado de Alicia. La joven le estaba hablando con sinceridad y dulzura. Cuando Ranulfo levantó la vista, Corbett se dio cuenta que nunca le había visto tan afectado, había dejado de ser aquel muchacho que fácilmente se encendía y buscaba pelea, había perdido su sonrisa sarcástica. Ranulfo parecía más joven, como un niño que acaba de aprender una terrible lección.

—Estaré en la taberna —le dijo—. Cuando termines, reúnete conmigo.

Corbett se despidió del párroco con una reverencia y salió de la iglesia. Recogió su caballo, todavía cansado y lleno de barro después de cabalgar sin tregua desde Rye, y subió a la silla. Cuando estaba a punto de espolear al animal y salir al galope, unos jinetes salieron de entre los árboles. Corbett se llevó la mano a la espada, pero luego tiró de las riendas al ver que eran hombres de Fitzalan. *Sir William* se acercó, echándose hacia atrás la capucha de su traje militar.

—Pensé que os habíais marchado a Rye, Corbett.

—Y es cierto, salimos de allí antes del amanecer.

Sir William señaló la iglesia con un gesto de cabeza.

—Otra muerte, pobre Verlian.

—Sí, pobre Verlian.

Sir William descubrió cierto sarcasmo en el rostro del escribano.

—Era un buen guardabosque, sabía mucho sobre ley forestal.

—También era un buen hombre y un padre cariñoso —añadió Corbett.

—Ya lo sé, ya lo sé —replicó *sir William*—. Acudí anoche a presentar mis condolencias —se removió sobre la silla—. Escribano, admito que los Fitzalan hemos hecho mucho daño a esa familia, me encargaré de que Verlian tenga un buen entierro.

—¿Y qué pasa con su hija?

—¿No os lo ha dicho, señor? —*sir William* no esperó respuesta alguna—. Tiene una parienta, una priora en Malmesbury. He acordado con la señorita Alicia ofrecerle una buena dote...

—¿Va a ingresar en el convento? —preguntó Corbett—, ¿formulará los votos?

—Sí, ingresará en el convento —afirmó *sir William* inclinándose para darle a su caballo una palmadita en el cuello—, pero si toma los votos o no, es asunto suyo. Anoche le di mi palabra, recibirá una dote y una pensión anual.

Sir William cogió las riendas, pero Corbett le detuvo agarrándole con la mano.

—*Sir William*, ¿por qué abandonasteis la cacería la mañana que vuestro hermano fue asesinado?

—Ya os lo dije, tenía el vientre revuelto, necesitaba desahogar mis intestinos.

—No, no es cierto —negó Corbett acercando su caballo—. Apenas tomasteis vino la noche anterior, aunque es cierto que le echaron algo.

—¿Cómo sabéis que...?

—¡Eso no importa ahora! ¿Por qué abandonasteis la cacería y os adentrasteis en el bosque? ¿Era para apartaros del blanco, del asesino que se encontraba al otro lado del valle?

—¡No seáis ridículo!

—No me amenacéis, mi señor. Ahora decidme, los Fitzalan sois buenos cazadores, ¿verdad?, desde pequeños os enseñaron todo sobre la caza.

La rabia de Fitzalan se transformó en aturdimiento.

—¿Y qué tiene que ver eso?

—No importa, pero si lord Henry bebió de aquel vino corrompido y se recuperó, ¿por qué no su hermano?

—De acuerdo, Corbett, os lo diré. La mañana de la cacería mis intestinos y mi estómago estaban en perfectas condiciones, pero mientras esperábamos en Savernake Dell, mi hermano me amenazó diciéndome que sabía que estaba ayudando a Gaveston. No conocíais a lord Henry, era un hombre de mucho poder y que no dudaba en ejercerlo sobre los demás. Si tenía un cuchillo en las manos os lo clavaba hasta haceros gritar de dolor.

—¿Cómo hizo con el rey de Francia?

Sir William parecía sorprendido.

—¿Qué? —balbuceó.

—Limitaos a repetir mis palabras ante Amaury De Craon —respondió Corbett—, pero me estabais hablando de vuestro hermano.

—Cuando me di cuenta de que sabía lo de Gaveston —continuó, sacudiendo los hombros—, supe que nunca escucharía el final, no mientras viviera. Me marché, estaba tan asustado y me sentía tan humillado que me puse enfermo. Vomité como un niño, no podía parar de temblar. ¿Os lo imagináis, Corbett, lo que significa vivir a la entera disposición de alguien como lord Henry?

—¿Por eso mismo *lady* Magdalena se convirtió en monja?

—Os lo confesaré, Corbett, pero si lo repetís, os lanzaré el guantelete a la cara. Magdalena odia a los hombres, pero no puedo culparla por ello. Hace años, cada vez que Henry tenía la oportunidad, le levantaba las faldas como si fuera una moza de taberna.

Corbett apartó su caballo, sorprendido por lo que *sir* William acababa de contarle.

—Y ahora me despido de vos, escribano.

Sir William estaba a punto de emprender la marcha, pero Corbett sujetó las riendas. *Sir* William llevó la mano a la empuñadura de su espada.

—Tranquilo, mi señor —afirmó Corbett—, solo recordad decirle al *seigneur* De Craon lo que os he dicho sobre lord Henry y su rey.

—Se marchará pronto, gracias a Dios. Partirá hacia Eltham, tiene una audiencia con el rey.

—¿Y Gaveston?

—Bueno, escribano, ahora soy el señor de este feudo, el súbdito más fiel del rey. Gaveston se encuentra ya muy lejos.

Sir William se marchó escoltado por sus hombres en dirección al pequeño patio de la iglesia. Perdido en sus pensamientos acerca de lo que *sir* William le había contado, Corbett espoleó su caballo.

Una vez llegó a la taberna, el escribano subió a su cámara, donde ordenó la mesita, sacó un trozo de pergamino, las plumas y la piedra pómez y anotó todo lo que había descubierto. Un mozo le subió una bandeja con comida y algo de cerveza. Corbett, pensativo, le dio las gracias y volvió a sus tareas.

Apuntó en una lista los nombres de las víctimas que habían sido asesinadas en el bosque, todas por una flecha, luego levantó la vista y se golpeó la mejilla con la pluma. Desde alguna parte del bosque escuchó, de vez en cuando, el canto rítmico de un pichón. Corbett sintió una dolorosa punzada en el cuello y se tocó la cicatriz que le había dejado el asesino de Oxford. ¿Y el secreto?, ¿qué pasaba con el chantaje que Fitzalan le hizo al rey francés? ¿Dónde estaba la prueba? *Sir* William no sabía nada sobre aquel asunto. ¿Estaría De Craon involucrado? Escribió el nombre de «Pancius Cantrone el médico italiano» y sonrió ligeramente.

¡Claro!, no había manuscritos secretos, Cantrone era la prueba, había sido médico de la corte real en Francia: así era como iban a sellar el pacto. El rey Felipe estaría feliz y pagaría lo que fuera por ponerle las manos encima a aquel hombre. Una vez Cantrone hubiera desaparecido, lord Henry Fitzalan no tendría nada más que decir. «Es cierto», reflexionó Corbett, «lord Henry podría haber dejado algún mensaje

críptico a su hermano, pero ¡qué plan más ingenioso!», murmuró. Por supuesto, el rey Felipe tendría a Cantrone pero lord Henry recibiría, a cambio, lingotes de oro procedentes de los banqueros de la corte. El rey francés habría silenciado, de una vez por todas, a Fitzalan, pero ¿cómo le explicaría un lord inglés a su rey que se había vuelto tan rico a costa de los franceses? ¡Incluso, podría ser acusado de traición! Era como un juego de ajedrez. El rey Felipe y lord Henry se habían hecho jaque mate el uno al otro.

Corbett oyó un ruido en las escaleras y, acto seguido, Ranulfo entró en la cámara. Se sentó al borde de la cama, con una expresión de desconsuelo en el rostro.

—He hablado con Alicia.

—¿Te quiere? —preguntó Corbett—. Siento ser tan directo pero de eso se trata, ¿no?, no importa el poder, el dinero ni las influencias. ¿Te quiere?, pues, como dice el poeta, ¿qué es el amor si no es correspondido?

Ranulfo escondió el rostro entre las manos.

—No lo sabe —murmuró—, no sabe qué decir, ni tampoco me lo dirá —afirmó dando una patada al suelo—. Quiere ingresar en un convento, en una casa cerca de Malmesbury, y no cambiará de opinión. Le he preguntado por qué y dice que quiere estar en paz, tener tiempo para pensar y reflexionar —levantó los ojos llenos de lágrimas—. Pero sé que una vez entre en ese lugar, no volverá a salir, y cuando se vaya la habré perdido para siempre. No pensé que sería así, pero este vacío... —se puso en pie y se dirigió a la puerta—. Estaré al otro lado del camino —afirmó Ranulfo sin volverse—. Estáis cerca del asesino, ¿verdad? —le preguntó—. Lo veo en vuestros ojos.

—Sí, muy cerca.

—¿Tenéis pruebas?

—No, Ranulfo, esto va a ser una mezcla de trucos y lógica. Quiero repasar el libro de horas de lord Henry otra vez —hizo una pausa—. Ranulfo, quiero que me des tu palabra de que adonde vayamos luego no habrá violencia.

—Tenéis mi palabra, señor, no habrá violencia.

Ranulfo cerró la puerta. Corbett suspiró y tomó otra vez el pergamino. Escribió de nuevo el nombre de las víctimas, todas las cosas que había descubierto. ¿Qué tenían en común? —se preguntó—, ¿cuál es el vínculo que las une a todas?

Corbett anotó rápidamente un nombre y luego, dejando la pluma sobre la mesa, recordó todo lo que había pasado, intentando ponerse en la mente del asesino, observando su figura deslizarse a través de los árboles para dar caza a sus víctimas, sin ningún tipo de compasión o remordimiento. ¿Por qué tantas muertes? Corbett se puso en pie y se abrochó el talabarte.

—Así está mejor —dijo en voz alta en la cámara vacía—. Si De Craon regresa a Eltham, debo estar allí cuando se encuentre con el rey.

Corbett prendió la capa, bajó las escaleras y entró en los establos en busca de Baldock. Sacaron también el caballo de Ranulfo, a quien encontraron sentado sobre

un tronco caído, en medio del camino.

—¿Es la hora, no?

—Sí, Ranulfo, es la hora.

Al llegar al priorato de Santa Hawisia, Corbett no estaba de humor para aguantar las protestas y comentarios mordaces de la hermana Verónica.

—Quiero ver a la priora —le pidió lanzándole a la cara la concesión del rey—. Quiero verla ahora mismo, a solas en la iglesia del priorato. Ella sabrá dónde encontrarme.

La menuda monja salió disparada a obedecer sus órdenes, algo asustada por aquel escribano de rostro sombrío y sus sirvientes. Corbett subió por el camino a través del jardín de rosas y entró en la iglesia por una puerta lateral. El templo estaba en silencio, tranquilo, el aire impregnado del olor a incienso y velas de abeja después del servicio del mediodía.

—Ranulfo, Baldock, quedaos en la parte de atrás —ordenó cogiendo a Ranulfo por el brazo—, ¡prométemelo, sin violencia!

Cuando Corbett se quedó con la espada y la daga de su siervo, el escribano de ojos de gato no puso objeción alguna y, a continuación, se dirigió a la capilla lateral. Corbett colocó las espadas y las dagas sobre el enorme sarcófago de madera de roble y se quedó contemplando los hermosos cabellos que descansaban sobre el cojín de seda a través la vitrina ribeteada con oro.

—Blasfemia y sacrilegio —susurró.

La puerta se abrió, pero Corbett no levantó la vista hasta que *lady* Magdalena se detuvo ante la tumba, frente a él.

—¿Venís a venerar nuestra reliquia, *sir* Hugo? —preguntó con tono apaciguado.

Corbett levantó la vista.

—¿Por qué debería hacerlo, *lady* Magdalena? ¿Por qué debería venerar el cabello de una prostituta de Rye?

Lady Magdalena se apoyó en el féretro con fuerza y se tambaleó ligeramente. Corbett la sostuvo por el codo y la condujo hacia el pequeño plinto de piedra que basaba la pared.

—¿Por qué decís eso, *sir* Hugo? —preguntó la monja con el rostro pálido y una mirada de cautela en los ojos—, ¿qué tontería es esa?

—*Lady* Magdalena Fitzalan —replicó Corbett—, hija de una familia noble, hermanastra de lord Henry y *sir* William, una mujer que ha sido criada según la tradición, una excelente jinete, cazadora y arquera. En vuestra época dorada, antes de que la vida se volviera amarga, jugabais en el bosque de Ashdown. Vos y vuestros hermanos conocéis estos parajes mejor que cualquiera de los aldeanos, especialmente Savernake Dell y los robles huecos.

Lady Magdalena mantenía la cabeza baja con las manos sobre el regazo.

—Pero la vida cambia —continuó Corbett—, a medida que el corazón envejece, se enfría. La dureza de la edad empieza a congelar la alegría de la juventud.

Crecisteis odiando a vuestro hermano Henry. ¿Y por qué no? Tal vez teníais un buen motivo. Era un hombre que no temía ni a Dios ni a nadie. Sin embargo, los Fitzalan utilizaron su influencia para convertiros en la priora de Santa Hawisia. Este lugar se ha convertido en vuestro palacio, vuestra fortaleza al resguardo del mundo de los hombres. Una comunidad de mujeres, devotas a la memoria de una mujer que fue asesinada por su propia familia —añadió Corbett, haciendo una pausa.

—¿Me vais a decir que maté a mi hermano? —preguntó *lady* Magdalena con frialdad. Levantó la cabeza, Corbett pudo ver que había recuperado la compostura.

—Sí, sois una asesina —replicó—. Tenéis las manos manchadas de sangre de mucha gente: lord Henry, Pancius Cantrone, Roberto Verlian y la pobre prostituta Françoise Sourtillon.

—Y decidme, escribano, ¿cómo les maté? ¿Y por qué?

—No lo neguéis —replicó Corbett—, y ya sabéis lo de la muerte de Verlian.

—Las noticias corren muy deprisa en Ashdown.

—Sí, es cierto. Permitid que empiece por el principio —afirmó Corbett señalando la tumba—. Vuestra patrona, Santa Hawisia, es la causa de todas esas muertes, ¿verdad? Me enteré de que la reliquia estuvo cerrada al público durante un tiempo —dijo mirando a su alrededor las paredes pintadas de rosa—, la reformasteis, ¿verdad?

—¡Dejad de hacer preguntas escribano e id al grano!

—Lord Henry vino a este lugar —continuó Corbett— mientras vos os encontrabais fuera recogiendo vuestras rentas, actuando como una verdadera señora del feudo, pero no vino solo, se trajo consigo al médico italiano Cantrone. Lord Henry era un cínico, siempre burlándose de vuestra reliquia y su sagrado contenido, así que abrió la vitrina para examinar detenidamente el cabello, o más bien, Cantrone lo hizo por él. La vitrina está fijada por unos cierres, un hombre tan habilidoso como Cantrone pudo abrirlos y sacar el cabello para examinar su textura. Quería complacer a lord Henry y demostrarle que no era una reliquia. No sé exactamente lo que pasó, pero lo cierto es que el cabello empezó a deteriorarse, tal vez se contagió con el aire. Lo cierto es que volvieron a colocar el cabello en su sitio, pero este acabó por estropearse y pudrirse. Cuando regresasteis os disteis cuenta de lo que había pasado, habían violado la reliquia. Lord Henry volvió al priorato, pero ¿por qué?, ¿para burlarse de vos, para regocijarse de lo que había hecho?

—¿Tenéis pruebas de eso? —preguntó la priora—, tal blasfemia y sacrilegio habrían causado un auténtico alboroto.

—No lo creo, mi señora. Habíais regresado a Santa Hawisia. Vos misma reconocisteis que apenas salís de este sitio, os enterasteis de que vuestro hermano había estado aquí, que se había encerrado en la iglesia. Recordasteis sus burlas, los ataques cínicos sobre vuestra reliquia. Lo primero que hicisteis fue ir a ver y comprobar que todo estaba en orden. Al principio no visteis nada extraño, pero tal vez un día más tarde, o quizá dos, visteis como el cabello se iba corrompiendo. Entonces cerrasteis la reliquia y llamasteis de inmediato a lord Henry. Estabais

furiosa, pero quisisteis mantener el asunto en secreto. Después de todo, la reliquia es la fuente de vuestros ingresos y *status*. Puedo imaginar lo divertido que fue para lord Henry. ¿Cómo le amenazasteis, eh? ¿Qué pasó durante esa furiosa y violenta discusión entre hermano y hermana? Lord Henry debió darse cuenta del peligro en el que se encontraba. Después de todo, si se destrozaba la reliquia, vos podríais alegar que fue debido a un acto de sacrilegio y blasfemia. A la Santa Madre Iglesia no le gustan este tipo de acciones. Si el escándalo llegaba a Canterbury, podría haber sido excomulgado, pero eso no lo podía permitir, él era un señor poderoso y deseaba conducir una embajada a Francia en representación del rey... —Corbett hizo una pausa y dejó sus palabras flotando en el aire.

Al fondo de la iglesia pudo ver a Ranulfo, sentado, con la espalda apoyada en un pilar. Baldock estaba a su lado, susurrándole algo al oído, y Corbett se dio cuenta de que Ranulfo había encontrado a un nuevo amigo. Pudo adivinar, por el rostro de Baldock, que el mozo estaba haciendo todo lo que estaba en sus manos para consolar a su nuevo patrón. Corbett miró a su alrededor. *Lady Magdalena*, ahora tenía las manos entrecruzadas como si rezara. Al mirarle con aquel rostro de piel fina y enormes ojos, pudo entrever lo bella que debió de ser cuando era joven, pero también pudo percibir un destello de obsesión, de fanatismo en su mirada.

—Lord Henry debió arrepentirse —continuó Corbett—, lo que había hecho como una travesura contra su piadosa hermana ahora se volvía en su contra. Por eso, se ofreció a reparar la reliquia, a llegar a un acuerdo que satisficiera a los dos. Entonces, decidisteis cerrar la reliquia con la excusa de que sería reformada, pintaríais las paredes, todo a su cuenta, de este modo ocultaríais el daño causado, mientras, él intentó buscar otros cabellos para reemplazar la reliquia.

—¿Y yo lo acepté, escribano?

—No os quedó otro remedio. Sin reliquia no habría peregrinos, ni *status* real. Me pregunto cómo os involucrasteis en ese asunto de *sir William* con Gaveston y el príncipe de Gales. Lo hicisteis por un motivo, no por una antigua amistad entre niños, sabíais que si ahora ayudabais al príncipe, cuando se proclamara rey Santa Hawisia se convertiría en una de las reliquias más famosas de toda Inglaterra. Y no os podíais permitir perder esa oportunidad —añadió Corbett, dando golpecitos en el sarcófago—. En fin, cerrasteis la reliquia y los obreros no llegaron hasta que lord Henry cumplió con su parte del trato. Sin vos saberlo se marchó a Rye y compró los hermosos cabellos dorados de una prostituta. Le pagó y la embarcó rumbo a Francia, pero sus tirabuzones los trajo aquí; probablemente, el habilidoso médico Cantrone se ocupó de ello. Untó el cabello con algunas pociones y ungüentos que le proporcionaron un aspecto natural, con lo que abrieron la vitrina y lo reemplazaron. Luego, pintaron las paredes e hicieron las reformas pertinentes y, de nuevo, abristeis las puertas para recibir las oraciones de las buenas monjas y feligreses. Y ahí se habría terminado todo.

Corbett se sentó a su lado.

—Y con cualquier otro hombre ese habría sido el final del asunto. Lord Henry había cumplido su parte del trato, pero tenía cierto control sobre vos y seguro que os debió de recordar que si las cosas se ponían feas entre los dos, podría negar su sacrilegio pero, tal vez, podría promulgar a los cuatro vientos el origen de vuestra famosa reliquia. Y ¿qué pasó entonces?, ¿os dijo de dónde procedía?, ¿se burló? ¿lo encontró gracioso y os amenazó con revelar vuestro secreto?

—Como muy bien habéis dicho, escribano —afirmó *lady* Magdalena volviendo el rostro—, lord Henry no temía a Dios ni a ningún hombre.

—Por desgracia para los dos —continuó Corbett—, alguien descubrió lo que había pasado: una prostituta de Rye. Aquella mujer sentía un cariño especial por la joven Cecilia, cuyos cabellos habían sido sacrificados. Hizo toda clase de averiguaciones y descubrió que Cecilia había sido enviada al extranjero y, por ese motivo, Françoise vino a Ashdown. Ahora bien, dudo de si lord Henry le habría dicho por qué se quedó con las trenzas de oro de Cecilia. Sin embargo, Françoise Sourtillon era una mujer de mundo, ¿verdad? Sospecho que vino hasta este lugar y visitó la reliquia, tan solo fue una más entre tantos peregrinos, pero ella conocía muy bien el cabello de Cecilia, lo había peinado en multitud de ocasiones y entonces descubrió la verdad. Lo que no sé es lo que hizo, ¿se enfrentó a vos?, ¿o la atareada priora no pudo atenderla?

»Entonces, Françoise os escribió una carta, a primera vista muy inocente pero vos supisteis leer entre líneas. ¿Os amenazó con haceros chantaje o con revelarlo todo? Y vos, por supuesto, le contestasteis también con una carta aparentemente inocente en la que le invitabais a venir a tratar el tema personalmente, aconsejándole, también, que podría alojarse en la taberna de El Demonio entre los Árboles. Françoise, furiosa, debió aceptar, quería que se hiciera justicia.

—Y entonces salí del priorato, me adentré a caballo en el bosque y la maté, ¿verdad? —preguntó *lady* Magdalena.

—Es posible. Tenéis caballo, cocinas y establo desde donde hay una puerta lateral que da al bosque. No teníais que dar explicaciones a nadie, pudisteis decir que no deseabais ser molestada y cogisteis el caballo. Vestida con capa y capucha, ¿quién sospecharía que se trataba de una priora? Vos habíais fijado la hora y el día en el que debíais encontraros con Françoise. Se lo pregunté al tabernero, Françoise se quedó una noche y, a la mañana siguiente, se marchó de la taberna. Caminó por aquel sendero solitario para llegar a su cita y al lugar de encuentro a la hora acordada. Debió de ocurrir en algún lugar solitario, no muy lejos de la taberna, en un valle o en un claro, quizá hasta vos misma os ofrecisteis a encontraros con ella en algún punto del camino.

—Enviar una carta habría resultado peligroso.

—¿Ah sí?, ¿sin firmar ni sellar? Además, le pudisteis decir que la trajera consigo como prueba de identificación.

—Se lo pudo contar a alguien más.

—¿Y por qué debía hacerlo si deseaba haceros chantaje?

Lady Magdalena desvió la mirada.

—Mientras tanto —continuó Corbett—, habíais salido del priorato por un camino secreto. Ya habíais escondido vuestro arco y aljaba de flechas en algún sitio. Llegaríais a tiempo, e hicisteis lo mismo que conmigo, lanzasteis un guijarro sobre el camino. Françoise se detuvo y levantó la vista, entonces la flecha le alcanzó la garganta. Os asegurasteis de que no había nadie y os acercasteis al cuerpo, empujasteis el cadáver por un terraplén, os hicisteis con sus pertenencias, la desnudasteis y luego la enterrasteis. No perdisteis la calma y mirasteis bien entre sus cosas personales, sospecho que Françoise llevaba un mechón de pelo de Cecilia — Corbett abrió su zurrón y sacó los dos filetes de tela—. Os llevasteis el mechón pero, al salir huyendo, se cayó esto. Luego, disfrazada, os deslizasteis con sigilo por el camino, montasteis vuestro caballo, tirasteis todas las cosas de Sourtillon al pantano y regresasteis a Santa Hawisia.

—Un relato muy interesante, escribano.

—Sabe Dios lo que pasó a continuación —continuó Corbett—, ¿se enteró vuestro hermano al visitar el burdel de Rye que Françoise había desaparecido? ¿Os amenazó? ¿O continuó con sus insinuaciones sobre revelar el secreto de vuestra reliquia? Pero llega un punto en el que se agota la paciencia, ¿verdad? Lord Henry era la causa de todos vuestros problemas. Os enterasteis de lo de la cacería, fuisteis al valle donde jugabais de niña, la tarde antes de que se celebrara. Ocultasteis un arco y una aljaba de flechas en unos de los troncos huecos de los robles. A la mañana siguiente, con vuestra capa y la capucha echada sobre la cabeza, salisteis del priorato. Esta vez silenciaríais para siempre las amenazas sobre vuestra reliquia y las burlas de vuestro hermano sobre Gaveston. Definitivamente, saldaríais las cuentas con aquel hombre al que odiabais tanto.

Lady Magdalena bajó la cabeza.

—Hacía una mañana agradable, soleada —continuó Corbett—. Lord Henry resultaría ser un buen blanco, esta vez no disparar al cuello, sino directamente al corazón. Incluso antes de que cayera al suelo ya habríais montado sobre vuestro caballo, ocultado las armas y emprendido el camino de vuelta a Santa Hawisia.

—¿Pero, por qué debería matar a mi hermano? —preguntó la priora levantando la cabeza—, si, como vos decís, el médico italiano Cantrone lo sabía todo.

—Era un extraño, un extranjero. ¿Qué pruebas podría presentar? ¿Y a quién creerían?, ¿a él o la prostituta de Cecilia ahora que Françoise y lord Henry habían muerto? —preguntó Corbett, tras lo que hizo una pausa—. Y transcurridos ya algunos meses —continuó—, ¿qué podría decir Cantrone? Sin embargo, vos estabais decidida a ir a la caza y Cantrone era una víctima fácil. Así que, ¿por qué dejarle ir? Se atrevió, incluso, a amenazaros sin darse cuenta del peligro al que se estaba enfrentando. Y vos, *lady Magdalena*, cuando matáis, no solo arrebatáis vidas, sino que urdís nuevos complots, otros planes. A Cantrone le traía sin cuidado la reliquia.

Él y lord Henry estaban involucrados en otras estratagemas, muy peligrosos para él. Cantrone, simplemente, quería desaparecer. Su patrón había muerto y los franceses querían ponerle las manos encima. Necesitaba oro y plata, ¿verdad? No le enviasteis a buscar, sino que vino al priorato a preguntar por vos. Mencionó lo de la reliquia e insistió en comprar vuestro silencio. Le disteis algo de oro y plata para su viaje, dijo que se marcharía y que ahí acabaría todo. Cantrone no quería realmente causaros daño alguno, pero vos no confiasteis en él.

—Pero yo me encontraba aquí cuando se marchó.

—No, *lady* Magdalena, sois muy lista. Probablemente, le pagasteis y entonces os acordasteis de la hermana Fidelis. Ella fue la excusa, la razón de la visita. Os inventaríais una historia diciendo que fuisteis vos quien le llamasteis y Cantrone, seguramente, aceptó el acuerdo, aunque se quedaría un poco sorprendido pero —añadió Corbett encogiéndose de hombros—, ¿qué suponía aquello para él? Incluso le ofrecisteis tomar algo. El feudo de Ashdown era un caos después de la muerte de lord Henry. Los criados y sirvientes se marchaban, Cantrone tendría hambre. Ordenasteis que lo llevaran al refectorio y le dieran algo de comer. Entretanto, salisteis del priorato, una vez más, como hicisteis conmigo. Ashdown, especialmente para el que no es de aquí, puede ser una trampa mortal. Solo hay un sendero que lleve al feudo, el que tomamos yo, Cantrone y Françoise Sourtillon cuando no nos perdimos entre los árboles.

—Entonces, llegado Cantrone a aquel punto del camino, ya le estabais esperando, de nuevo le disparasteis una flecha al corazón y le quitasteis su cartera y su zurrón. Cantrone era un hombre delgado, de constitución poco fuerte, lo subisteis encima de la silla de su caballo, os adentrasteis en el bosque y lo tirasteis al pantano.

Corbett se levantó y miró hacia el fondo de la iglesia, donde observó como Ranulfo todavía seguía sentado al pie del pilar.

—Y finalmente, señora, llegamos a una muerte que no tuvo por qué ocurrir: la muerte de Roberto Verlian.

Capítulo XVI

Su muerte —continuó Corbett— fue la más rápida y fácil de planear, la de Verlian o la de la persona a la que realmente queríais matar. Fuisteis a la casa parroquial, llamasteis a la puerta y os escondisteis, rápidamente, entre las sombras de los árboles, a unas cuantas yardas de distancia. Os pensasteis que el hermano Cosmas estaba allí, debisteis ver la luz en la ventana. Imaginasteis que el padre abriría la puerta, vos dispararíais una flecha y acabaría todo. Pero lo que ignorabais era que el hermano Cosmas no estaba en casa, que se había ido a ver a su amigo Odo —Corbett se sentó al lado de la priora—. Sabíais que el ermitaño era el hombre búho, ¿verdad?

—¿Qué?

Por primera vez desde que Corbett había empezado a preguntar, *lady* Magdalena pareció realmente sorprendida.

—Oh, sí, odiaba a vuestro hermano tanto como vos debido a un pecado cometido hace mucho tiempo, uno que se enroscó como una serpiente venenosa, fruto de la lujuria de lord Henry y de su falta de interés por la gente.

—¿Por qué querría matar yo a un franciscano? —preguntó con sequedad.

—Volvamos a la muerte de Françoise Sourtillon —replicó Corbett—. La matasteis, enterrasteis su cuerpo y os pensasteis que ahí acabaría todo. Es cierto que el hoyo no era muy profundo y que algún día alguien podría desenterrar el cuerpo pero, simplemente, pensarían que se trataba de la víctima de algún proscrito, o incluso del temible hombre búho. Vuestra generosidad levantó mis primeras sospechas. *Lady* Magdalena, podéis estar consagrada a Dios pero, para seros honesto, demostráis muy poco de la doctrina de la iglesia. Estáis encerrada en vuestro propio paraíso, donde os mantenéis al resguardo de los hombres y de las cosas duras de la vida. Sin embargo, os ofrecisteis a enterrar el cuerpo de una extraña, ¿por qué?

—Por un acto de compasión, es uno de los actos corporales de piedad.

—Pero si ni entendéis lo que eso significa —espetó Corbett—. Enterrasteis el cuerpo para sacároslo de encima y enterrarlo bajo suelo firme lo antes posible. Si se hubiera tratado de otro cuerpo, lo habríais enviado a San Oswaldo en los Árboles. Me pregunté por qué la respetada priora de este lugar tomaría medidas tan rápidas y piadosas. Os mantuvisteis bien alejada del cadáver, pero os encargasteis de llevar a cabo todo tipo de averiguaciones. Quizás ese fue el modo en el que Dios hizo justicia, ya que os sentisteis muy recelosa cuando el cuerpo de vuestra víctima apareció ante las puertas de vuestro priorato. ¿Os estaría acusando alguien? ¿Alguien habría visto como matabais a la pobre Françoise? ¿Era aquello una amenaza? Sin embargo, se trató de una coincidencia; en otro tiempo, habríais pensado que se trataba de vuestro hermano, de uno de sus ingeniosos trucos para atormentar vuestra alma. Pero aquella mañana no pudo haber sido él, se encontraba preparando la gran cacería en la que más tarde fue asesinado.

—¿Y entonces? —preguntó con cierto tono burlón.

—Fuisteis a la estancia del cementerio, donde depositáis los cadáveres, y vestisteis el cuerpo con un hábito. Examinasteis detenidamente la capa en la que había sido envuelta cuando la dejaron en las puertas y me apuesto un tonel de vino a que la reconocisteis porque vuestro propio priorato se la dio al hermano Cosmas.

—¿Y dónde está ahora? —preguntó *lady* Magdalena levantando las cejas.

—Oh, señora, estoy segura de que ha desaparecido. Seguramente, reconocisteis las costuras y llegasteis a la lógica conclusión de que pertenecía al franciscano. Lo que no sabíais era que el hermano Cosmas, a su vez, le había dado la capa al ermitaño Odo, que era el hombre búho y que había llegado a este bosque para arreglar cuentas con lord Henry.

—¿Entonces fue él quien descubrió el cuerpo? —preguntó *lady* Magdalena con calma.

—Sí, y lo ha confesado. No quiso llevarlo a San Oswaldo en los Árboles porque habría levantado sospechas. El cuerpo era de una mujer, por eso lo dejó en este priorato.

Lady Magdalena se puso repentinamente de pie. Corbett se llevó la mano a la daga que llevaba en el cinturón. La priora se acercó al lado del sarcófago de roble, pero se mantuvo alejada de la espada y la daga de Ranulfo que yacían sobre este. Durante un segundo permaneció en silencio, acariciando la madera oscura pulida. Luego, rodeando el sarcófago, miró de frente a Corbett.

—Es una reliquia muy hermosa, Corbett —añadió levantando la cabeza hacia el techo—, y yo soy su celadora y la priora de este lugar, no hay testigos que puedan escuchar lo que diga.

—Excepto Dios, los santos y sus guardias celestiales.

—En ese caso, escribano, ya conocen las maquinaciones más profundas de mi corazón —se inclinó sobre la tumba y sonrió ligeramente—. Así que habéis venido hasta esta reliquia a lanzar toda clase de acusaciones en mi contra, yo, una de las discípulas de la Santa Madre Iglesia. Sin embargo, ¿qué pruebas tenéis? ¿Dónde están los testigos? ¿Dónde hay documentos que acrediten lo que decís? ¿Cómo podéis probar que salí del priorato para cometer asesinatos en el bosque?

—Tengo muy pocas pruebas, señora, ya os lo he dicho desde el principio. Pero hay una lógica aplastante en todo esto. Deseabais la muerte de vuestro hermano. Teníais que matar a Françoise, silenciar a Cantrone y la muerte de Verlian fue el resultado de vuestra alma retorcida y atormentada.

Lady Magdalena retrocedió, como si Corbett le hubiera propinado un bofetón.

—¿Cómo os atrevéis? ¿Cómo os atrevéis a venir a este lugar y comportaros como un pavito real?

—Sois un demonio —Corbett cogió la espada y la daga y las echó a un lado—, un demonio vestido con ropas de ángel. Sabe Dios lo que sentís en vuestro fuero interno, pero sin duda no se trata de Dios. Habláis de pruebas, puedo ir a buscarlas. ¿Dónde está la capa en la que fue envuelto el cadáver de Françoise? ¿Debemos

llamar a la hermana Verónica? Estoy seguro de que se dará cuenta de que ha desaparecido y se preguntará por qué. ¿O debo llamar a la hermana Fidelis? ¿O al resto de las monjas? Veremos quién de ellas fue a buscar a Cantrone —hizo una pausa—. ¿Quién de vuestros siervos llevó el mensaje?, ¿algún campesino? Seguramente alguien de Ashdown recordará la llegada de un mensaje como aquel. Y luego, por supuesto, podría pasearme por vuestro priorato y llevar a cabo una búsqueda concienzuda de la capa y la capucha que, probablemente, os ponéis cuando salís. O tal vez podría examinar el arnés y la silla de vuestro caballo, inspeccionar el camino que conduce a la puerta principal y sale de vuestros aposentos privados. ¿O debería probar, simplemente, dónde os encontrabais cuando vuestro hermano, Cantrone y Verlian fueron asesinados?

Corbett dio unas cuantas palmaditas sobre el roble pulido.

—Ranulfo dijo que erais zurda, lo que os habría podido convertir en una arquera poco habilidosa, pero tenéis un don, me he dado cuenta, podéis utilizar ambas manos. ¿Todavía conserváis el arco y la aljaba de flechas? —levantó la mano—. ¡Vos, demonio encarnado, casi me matasteis! Sois una magnífica arquera que haríais lo que fuera por defender vuestra reliquia. Ahora que lord Henry, Cantone y Françoise han muerto, ¿quién podría desafiaros?

—Así es, escribano —replicó con sequedad—, ¿quién podría hacerlo?, ¿vos con vuestras pruebas tan consistentes?

Corbett abrió las manos.

—Quizá podría enviar a oficiales reales para que busquen a esa joven prostituta llamada Cecilia, que la trajeran de vuelta a Inglaterra y la interrogaran como es debido. ¿O debería ofrecer una recompensa a los vagabundos y proscritos que recorren los caminos entre Rye y Ashdown? De ese modo, comprobaría si alguien llevó un mensaje de Françoise Sourtillon a la priora —Corbett sostuvo en alto la espada de Ranulfo como si fuera una cruz. Pudo ver, por la expresión en el rostro de *lady* Magdalena, que había dado en el blanco—. Sois una asesina, no sé si es que sois el demonio en persona, si estáis loca, o ambas cosas. Y todo esto —añadió golpeando el sarcófago con la espada— no son más que tonterías. Los cadáveres de santos, las reliquias de cabellos dorados... No creéis en Jesucristo más que en los animales que habitan en el bosque; al menos, ellos son sinceros con su propia naturaleza. Vos, *lady* Magdalena, no sois sincera con nada ni con nadie.

Y girando sobre sus talones, se alejó del sarcófago y se encaminó nave abajo.

Eduardo de Inglaterra permanecía reclinado en su silla de respaldo alto, haciendo tamborilear sus dedos sobre la mesa, mientras Corbett explicaba lo que había pasado en Ashdown. El rey, ataviado con una sencilla túnica marrón y unas calzas arremetidas en unas botas de montar de tacón, jugueteaba con las borlas de su talabarte sobre la mesa. Cogió la copa con incrustaciones preciosas y observó su

grabado: un caballero arrodillado, con las manos cruzadas, frente a un crucifijo.

—¿Estáis seguro de eso, Corbett?

El rey mantuvo la cabeza baja para que el escribano no pudiera ver su expresión de júbilo.

—Como que estoy sentado aquí, majestad. *Lady Magdalena* es una asesina y, de algún modo u otro, debe hacerse justicia con ella.

—Oh, por eso no os preocupéis —añadió el rey bebiendo un sorbo de la copa y mirando por encima del borde a Corbett—. Lo que me preocupa es que Piers Gaveston tenga impunidad para regresar a mi reino y se pasee como un rufián por alguna de sus callejuelas.

—Pero señor, prometisteis no levantar más polémica sobre ese asunto.

—Oh, y no lo haré —el rey se rascó un lado de la cabeza y miró, con cariño, a uno de sus más queridos y preciados escribanos—. Creo que anunciaré recompensas en todos los puertos y muelles. Gaveston se lo pensará dos veces antes de poner un pie en este reino. No, no, lo más importante es lo que me habéis contado sobre mi querido hermano en Cristo, el rey Felipe de Francia.

El rey alzó la copa a la altura del pecho y se reclinó de nuevo en la silla. Observó a Corbett por debajo de sus ojos de pesados párpados.

—¿Os lo podéis imaginar, eh? El descendiente de san Luis de Francia matando a su propia esposa... Habíamos oído rumores, ¿sabéis?

Corbett mantuvo la boca cerrada, no quería hablar al rey sobre Aidan Smallbone, después de todo era una verdadera fuente de cotilleos y habladurías. El rey se santiguó.

—¿Recordáis a Simon Roullés?

Corbett asintió.

—Encontraron su cuerpo, descuartizado, en un banco de barro en el Sena. Unos días antes, descubrieron el cuerpo medio desnudo de la señora Malvoisin, unas cuantas yardas más arriba.

—¿La viuda del médico de la corte?

—La misma. El pobre Simon estaba buscando lo que vos habéis descubierto en Ashdown y puede que, incluso, lo hubiera averiguado. ¡Qué desperdicio! Un buen espía, un escribano muy astuto pero no tan bueno como vos, ¿eh, Hugo?

—No lo cumpliréis, ¿verdad, majestad?

Corbett desvió la mirada hacia Ranulfo, que permanecía tenso, con los ojos observándolo todo. Desde que habían salido de Ashdown, de camino a Eltham, Ranulfo se obsesionó en impartir justicia con *lady Magdalena*.

—¿Qué queréis decir con que no lo cumpliré?

—El tratado, majestad.

La sonrisa del rey fue todavía mayor.

—¡Ah!, ¿queréis decir la boda entre mi querido hijo y la princesa Isabel?

—Majestad, sabéis que el tratado de boda cuenta con el apoyo del papado, por no

mencionar el Consejo y la Cámara de los Comunes, que se reunieron recientemente para celebrar un parlamento. Si lo rompéis, en un mes entraremos en guerra y los barcos franceses ayudarán a los rebeldes en Escocia.

Corbett observó al rey Eduardo, sentado a su lado. Estaba rebosante de alegría, pero él, que se había sentado con el resto del Consejo Real y había negociado el tratado para conseguir una paz duradera, sabía cuan profundo era el odio que su majestad sentía por el rey Felipe de Francia.

—El *seigneur* Amaury De Craon —afirmó Corbett— os espera en vuestra antesala. Insiste en regresar a Francia y debéis nombrar al señor que debe conducir la delegación inglesa.

—¿Sabe él que lo sé? —preguntó el rey divertido.

—Puede que lo sospeche, majestad, ¿pero qué pruebas tenemos? ¿Una entrada en un libro de horas, el cadáver de un médico italiano?

El rey depositó su copa sobre la mesa. Se frotó las manos como un niño pequeño tras haber ganado a un juego.

—Dentro de poco, Corbett, De Craon sabrá que yo sé lo que el rey Felipe sabe, pero lo que no sabe —el rey se echó a reír ante tal juego de palabras— es lo que yo realmente sé y dónde he escondido la prueba.

—¿Qué prueba, majestad? —intervino Ranulfo.

El rey chasqueó los labios.

—¡Así está la cuestión, Ranulfo! Siempre se preguntarán qué prueba tengo —el rey levantó las manos en señal de que la reunión había terminado—. *Sir Hugo*, no creo que debáis estar presente cuando vea a De Craon.

Corbett y Ranulfo se pusieron en pie e hicieron una reverencia. El rey frotó los dedos por la superficie de la mesa.

—¿Sabéis qué, Corbett? —le preguntó pensativo—, a menudo, me pregunto si el juego es más importante que la victoria. Conocí a la reina Juana, a menudo me preguntaba cuánto tiempo la aguantaría Felipe. ¿Qué es lo que debe ir buscando? ¿Casarse con una princesa flamenca? Le detendré. Y en cuanto a los templarios, pronto será Navidad, quizá va siendo hora de invitar al gran maestre Jacques de Molay, de vuelta a Inglaterra —el rey batió las palmas—. Ah, Corbett, Ranulfo, creo que celebraré la festividad de todos los santos en Leighton.

Corbett sonrió para ocultar la angustia que sentía al tener que actuar de anfitrión ante el rey y su pandilla de amigos, llegarían a su feudo y alterarían la paz y tranquilidad.

—¿Hay algo que pueda hacer por vos?

—Cuando nazca mi segundo hijo —replicó Corbett rápidamente, pues sabía que al rey le encantaban este tipo de peticiones—, ¿podréis ser el padrino?

—Hecho —acordó el rey levantando la mano—, y antes de que os marchéis, Corbett, tengo algo para *lady* Maeve, un collar —sus ojos se dulcificaron—, era de mi Eleonor —abrió la bolsa que colgaba de su talabarte y sacó un puñado de monedas

de oro que rodaron sobre la mesa—, y esto es para vos, mi escribano del Sello Verde.

Ranulfo se quedó impasible.

—¡Vamos, vamos! —insistió el rey frunciendo el ceño—. ¿Vais a rechazar el presente de un príncipe? ¿Qué más queréis, escribano? ¿Un ascenso? ¿Un obispado?

—La muerte de *lady* Magdalena —afirmó Ranulfo, escupiéndole las palabras y haciendo caso omiso del siseo de desaprobación de Corbett.

—¡Coged ese oro! —ordenó el rey—. ¡Cogedlo, chico!

Ranulfo obedeció.

—No puedo ofreceros la cabeza de *lady* Magdalena en una bandeja —admitió el rey sacando su espada y cogiendo con fuerza la empuñadura—, pero yo, Eduardo, rey de Inglaterra, Irlanda y Escocia, os doy mi palabra de que, antes de que llegue Pascua, *lady* Magdalena Fitzalan se reunirá con su hermano ante la corte del Cielo. ¡Fin del asunto!

Corbett tiró del brazo de Ranulfo, volvieron a hacer una reverencia y salieron de la cámara. De Craon, sentado en el asiento junto a la ventana, se puso en pie.

—Ah, *sir* Hugo, ¿está el rey contento?

—Mi rey siempre lo está, *seigneur* Amaury.

De Craon compuso una mueca y abrió las manos.

—Espero que su majestad esté de buen humor. Sentimos la muerte de su escribano Simon Roulles, estudiante de la Sorbona. ¡Qué muerte más terrible! Eso prueba lo que dice la Sagrada Escritura, nunca sabemos cuándo ni dónde llegará nuestro momento.

—Mi querido *seigneur* —añadió Corbett desafiándole con la mirada—, ninguno de nosotros lo sabe, pero a Dios pongo por testigo que si existe un tiempo y un lugar en el que pueda saldar las cuentas con vos —dijo levantando la mano en señal de paz—, *pax et bonum*, mi querido Amaury.

El enviado francés le hizo una reverencia, dio un paso a un lado y luego entró en la cámara real.

—¡Mi querido Amaury! —saludó el rey medio incorporándose de la silla, luego se dejó caer como si hubiera realizado un tremendo esfuerzo. Con un gesto, invitó al francés a sentarse en la silla que había ocupado antes Corbett—. Tengo entendido que habéis disfrutado de la brisa de Sussex.

—Lo siento mucho, majestad —afirmó De Craon sentándose.

El rey le ofreció de beber de su copa. De Craon la cogió y tomó un sorbo agradeciendo aquel gesto de favor.

—Por la muerte de lord Henry y, por supuesto, del *signor* Cantrone. Os traigo noticias oficiales sobre la muerte de Simon Roulles. Majestad, aceptad mis condolencias así como las de mi rey Felipe de Francia.

—¡Sabe Dios lo que realmente sentís! —replicó el rey, luego señaló hacia un montón de documentos frente a él—. Yo también tengo malas noticias que daros, ¿conocéis a Pierre Rafael? —preguntó arqueando una ceja. De Craon se puso tenso

—, un estudiante francés de las facultades de Oxford —explicó el rey—, un hombre que, de hecho, parecía dedicar su vida a estudiar y que, a menudo, viajaba a nuestros puertos del este, parecía estar muy interesado en la navegación...

—¿Qué le ha pasado? —preguntó De Craon sin más.

—Desafortunadamente, se ahogó —replicó el rey—, pescaron su cuerpo en el Támesis. Mi escribano particular, Aidan Smallbone, se encontraba en las proximidades en aquel momento. Examinó el cuerpo detenidamente, fue un accidente —el rey abrió las manos en señal de aflicción—. ¡Estos estudiantes y la bebida!

De Craon tragó con dificultad. Echaría de menos a Pierre, se preguntó cómo el rey Eduardo habría descubierto la verdadera identidad de su espía.

—Simon, a menudo, escribía a su familia en Inglaterra —continuó el rey.

—Majestad, ¿qué tiene esto que ver con las negociaciones de boda de vuestro hijo y la princesa Isabel?

Eduardo agitó una mano.

—Oh, no os preocupéis por eso. Mi buen amigo Juan De Warrenne, conde de Surrey, conducirá vuestra embajada. Estaréis en Dover al cabo de tres días y en Francia a finales de semana. También le acompañarán otros señores y sus damas.

—¿Entonces los desposorios seguirán adelante?

—¡Por supuesto! —sonrió el rey—. Es un tratado bajo juramento, santificado por el Santo Padre en Aviñón. Sin embargo, hay una o dos pequeñas cláusulas que me gustaría tratar con vos.

—¿Qué cláusulas?

—Ah, por eso os he mencionado a Roulles. Era un hombre que estaba al tanto de todas las habladurías, un amigo de lord Henry Fitzalan y, por no mencionarlo, del *signor* Cantrone y *lady* Magdalena. Bien, para abreviar una larga historia, me siento tremendamente confundido ante los rumores maliciosos que afirman que la reina Juana de Inglaterra no murió por causas naturales —el rey mantuvo una expresión solemne en el rostro, aunque le divirtió comprobar el nerviosismo en los ojos de De Craon—. Algunos dicen que fue envenenada, ¿no es eso terrible?

—Mienten, y mi rey hará que los decapiten —replicó De Craon.

—Me parece bien —afirmó el rey Eduardo rascándose la cabeza—. El mismo tipo de rumores circulan acerca de las repentinas e inexplicables muertes de *monsieur* Gilles Malvoisin, médico de la reina Juana, y su viuda, por no mencionar, también, a su ayudante y amigo íntimo el *signor* Cantrone.

De Craon se humedeció los labios. El rey Eduardo se inclinó.

—Me entristece el corazón, Amaury —continuó el rey bajando el tono de voz—, que tales rumores culpen de la muerte de la reina a mi querido hermano en Cristo el rey Felipe. Cuentan historias maravillosos sobre como el rey desea casarse de nuevo con una princesa flamenca o, incluso peor, dicen que desea ingresar en la orden templaría para poder así dominarla.

—¡Todo eso son mentiras! ¿Quiénes difunden esas calumnias?

—Llegaremos a eso dentro de un rato —el rey volvió a ofrecer su copa a su huésped—, solo os cuento todo esto como amigo.

De Craon cogió la copa.

—Me siento tan ofendido por tales habladurías —continuó el rey regocijándose en su interior— que tengo la intención de escribir al Santo Padre y, de hecho, a todas las coronas europeas, simplemente para negar tales calumnias.

De Craon se atragantó con el vino. El rey Eduardo se puso en pie, le cogió la copa y le dio unas cuantas palmaditas en la espalda.

—Es un buen clarete, fuerte —añadió—. El mejor que produce *mi* ducado de Gascuña —explicó el rey haciendo énfasis en la palabra.

—No es necesario llegar tan lejos —tosió De Craon—. Por favor, majestad, no es necesario, si escribís tales cartas lo único que conseguiréis es que se expandan los rumores.

—Oh, no había pensado en eso —admitió el rey volviendo a sentarse—, pero son auténticas calumnias. Quiero decir, si el rey de Francia se casa con una princesa flamenca o intenta controlar la orden de los templarios, que posee casas, tierras y tesoros por toda Europa, Inglaterra y sus aliados consideraría tales acciones como actos de guerra. Se rescindiría el tratado de paz y, entonces, no habría boda entre mi hijo y la princesa Isabel.

—Majestad, estáis suponiendo demasiado.

—¿Deseáis que no escriba esas cartas? ¿Queréis que mantenga este asunto en secreto y en privado?

—Por supuesto, majestad, pero me gustaría saber quién es la fuente de tantas calumnias.

—Lo haré a su debido tiempo —el rey se enderezó en la silla—, pero existen ciertos puntos con los que no estoy totalmente de acuerdo en ese tratado de boda.

—¿Perdón, majestad?

—Quiero que dupliquéis la dote: seiscientas mil libras esterlinas.

De Craon se quedó pensativo.

—Supongo que, dadas las circunstancias, es posible —espetó.

—Bien, y también deseo la confirmación por parte de mi encantador hermano, que dejará de ofrecer su ayuda y mantenimiento a los rebeldes de Escocia.

—De acuerdo.

—Y, también, que el ducado de Gascuña y la ciudad de Burdeos sean reconocidos como parte de la corona inglesa.

—De acuerdo.

El rey Eduardo abrió las manos.

—Entonces, estamos en paz.

—¿Algo más? —preguntó De Craon receloso.

El rey Eduardo chasqueó los labios y negó con la cabeza.

—Mi majestad, el rey de Francia, estará de acuerdo, pero ¿qué garantía tenemos

de que tales habladurías no se expandirán?

—Envié a *sir* Hugo Corbett a Ashdown —replicó el rey Eduardo—, está al corriente de tales rumores y ha jurado mantenerlos en secreto. Sin embargo, ¿conocéis a *lady* Magdalena Fitzalan?

—¿La hermanastra de lord Henry y priora de santa Hawisia?

—La misma.

—Una mujer arrogante —afirmó De Craon—. He oído rumores...

—Están en lo cierto, *seigneur* Amaury. *Lady* Magdalena es una amenaza para la amistad entre ambos reinos. Cantrone le explicó todos esos rumores y se los contó a su hermano. Solo sabe algunos detalles —explicó el rey agitando una mano—, el tiempo, los lugares y cosas así. No le dijo demasiado a *sir* Hugo. Creemos que es la raíz y la causa de todo, le contó lo que sabía a su hermano. Por supuesto —sonrió el rey—, ahora es la única superviviente de esa impía trinidad. Creo que la muerte de Fitzalan y la de Cantrone fueron a causa de estos rumores maliciosos y de aquellos que quisieron sacar tajada con ellos.

—¿Una pelea entre ladrones, eh?

—Exacto.

—¿Y entonces, qué debemos hacer, majestad?

El rey captó que se refería en plural y sonrió.

—Sí, Amaury, ¿qué *debemos* hacer? —levantó una mano—. Antes de que partáis hacia Dover, declararé lo que hoy os he contado bajo juramento.

—¿Sobre el Evangelio? —preguntó De Craon.

—Sobre el Evangelio —acordó el rey. Levantó la copa pero luego recordó como De Craon se había atragantado y la dejó de nuevo sobre la mesa—. Esta noche, Amaury, os podéis alojar en mi casa y estáis invitado al banquete. Cantará un coro, les he enseñado un himno maravilloso. Asaremos una buena ternera y brindaremos por una amistad eterna.

—¿Y qué pasa con *lady* Magdalena Fitzalan? —insistió Amaury.

—Ah, sí, me escribiréis, expresando vuestras condolencias por la muerte de su hermano y solicitando que...

Una sonrisa cruzó el rostro de De Craon.

—¿Qué *lady* Magdalena Fitzalan me acompañe a Francia para que mi majestad pueda consolarla en persona?

—¡Amaury, Amaury! —exclamó el rey, inclinándose para estrechar su mano y apretársela con fuerza—. Me encantan nuestras conversaciones.

—Un viaje por los estrechos —afirmó De Craon, reprimiendo el dolor en sus dedos prensados— podría estar lleno de peligros.

—Si algo le sucediera a *lady* Magdalena —replicó el rey—, no os haré responsable ni a vos ni a vuestro rey.

De Craon hizo una reverencia.

—En ese caso, majestad.

Echó la silla hacia atrás y se levantó. El rey hizo otro tanto, se acercó y abrazó a De Craon como si fuera un enorme oso. Intercambiaron un beso de paz que el enviado francés correspondió, pero sin demasiada emotividad por temor a que el rey se extralimitara en sus muestras de cariño.

—Pero a Corbett —le susurró al francés al oído—, a Corbett lo considero mi hermano. Si algo le ocurriera y pudiera llamar a vuestra puerta o la de vuestra majestad en París para echaros la culpa, a Dios pongo por testigo, querido Amaury, que podríais contar lo que os quedara de vida en tan solo unos cuantos latidos.

El rey liberó al enviado y dio un paso atrás.

—¿Estamos de acuerdo, *seigneur* De Craon?

De Craon le hizo la reverencia más ostentosa.

—Por la búsqueda de la paz entre ambos reinos, majestad, yo y mi señor estamos completamente de acuerdo.

Nota del autor

Por supuesto, la historia que se narra en este libro es imaginaria, pero contiene algunos fragmentos históricos que sí sucedieron ciertamente. En la Edad Media, las reliquias eran a menudo objeto de falsificación y dieron lugar a un pujante comercio internacional que supuso, literalmente, cientos de miles de libras. Los mejores ejemplos de reliquias que convirtieron en millonarios a sus poseedores fueron santo Tomás Becket en Canterbury o la redoma de Hailes Abbey, que, supuestamente, contenía la Sangre Sagrada.

También existió una actividad diplomática entre Francia e Inglaterra en torno a la petición del rey Felipe de que su única heredera, la princesa Isabel, se casara con el príncipe de Gales. Felipe, con la ayuda de un abogado, Pierre Dubois, soñaba con tener un nieto sentado en el trono de Inglaterra. La boda tuvo lugar en enero de 1308. Sin embargo, hasta los mejores planes salen mal y todos los hijos del rey Felipe murieron sin dejar herederos y, a su vez, la descendencia de la princesa Isabel levantó protestas contra la corona de Francia, lo que marcó el inicio de la guerra de los Cien Años.

Después de 1303, el rey Felipe se encontró, súbitamente, ante un montón de osadas peticiones por parte de Eduardo I. He consultado los originales en el Archivo Nacional de París: Cartón J 665, N.º 65 y una de estas peticiones hacía referencia a una cuantiosa dote y que, como afirma la profesora Elizabeth Brown en su trabajo de investigación: «Las ayudas a los impuestos de aduana y el financiamiento de la corona durante el reinado de los Capetín en Francia (Academia de Medicina de América 1992) casi provocaron la bancarrota de la tesorería francesa».

La historia de que la reina Juana fue envenenada por su esposo el rey Felipe aparece en *Chronographia Regum Francorum*, editada por H. Moranville, volumen 1 (París, 1891). Dicha fuente, también, recoge los rumores de que el rey Felipe deseaba casarse con una princesa flamenca y/o hacerse con la orden templaria, contra la que el rey inició su salvaje persecución en 1307.

En cuanto a Gaveston, fue todo un personaje histórico. Fue expulsado de Inglaterra por Eduardo I, pero el empeño que tenía el príncipe en que regresara clandestinamente al reino dio lugar a mordaces enfrentamientos entre padre e hijo, que han sido confirmados posteriormente. Tras la muerte del rey Eduardo en 1307, Gaveston regresó a Inglaterra, donde se encontró con una violenta oposición y en 1312 fue asesinado.

P. C. Doherty

Notas

[1] Corbett, el nombre del escribano, hace referencia a la palabra «cuervo». (*N. de la T.*) <<